

George Sand

Espiridión



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

ESPIRIDIÓN

GEORGE SAND

**PUBLICADO: 1839
FUENTE: BNE DIGITAL
TRADUCCIÓN: JUAN LUNA**

LELIA.
—
ESPIRIDION.

POR

JORGE SAND.

Traducidas,

LA PRIMERA POR J. TIÓ
Y LA SEGUNDA POR J. DE LUNA.

TOMO I.



Barcelona.

IMPRESA DE JUAN OLIVERES, EDITOR,
CALLE DE ESCUDELLERS, N. 53.

—
1843.

ESPIRIDION.

Á D. PEDRO LEROIX.

Amigo y hermano por la edad, padre y maestro por la virtud y el talento, acepte V. este cuento, no como un trabajo digno de serle a V. dedicado; más si como un testimonio de mi amistad y veneración.

Jorge Sand.

Cuando entré en clase de novicio en el convento de los Benedictinos, contaba apenas diez y seis años. Mi carácter apacible y tímido pareció inspirar al principio confianza y afecto, pero poco tardé en observar la frialdad en que se cambió la benevolencia de los hermanos: el padre tesorero, único que conservó algún interés hácia mi, me llamó varias veces aparte para decirme reservadamente, que si no ponía una severa atención en mi mismo, perdería el favor del prior.

En vano le rogaba que se explicase; colocaba un dedo sobre sus labios, y alejándose con aire misterioso, tan solo me contestaba:

—Bien sabe V., mi querido hijo, lo que quiero decir.

Traté de inquirir, Aunque sin fruto, en que consistía mi

crimen. Érame imposible después del más escrupuloso examen descubrir en mi conducta yerros bastante graves para merecer una reprensión. Pasáronse semanas y meses, más en nada se mitigaba la especie de reprobación tácita que pesaba sobre mí. En vano redoblaba mi fervor y mi zelo; en vano velaba cuidadosamente sobre todas mis palabras y sobre todos mis pensamientos, en vano era yo el que asistía con más asiduidad a los oficios y con más calor al trabajo; cada día hacía mayor la soledad que me rodeaba: todos mis amigos me habían abandonado, nadie me dirigía ya la palabra. Los novicios todos parecían poseer el derecho de despreciarme. Algunos hasta recogían los pliegues de su hábito al pasar por mi lado, como si debiesen temer el contacto de un leproso. Aunque recitase mis lecciones sin equivocarme una sola vez, Aunque hubiese hecho grandes progresos en la música, un profundo silencio reinaba en las salas de estudio cuando mi tímida voz había dejado de resonar en la bóveda. Los doctores y los maestros nunca me dirigían una sola mirada de estímulo ni aprobación, mientras que novicios indolentes ó desaprovechados eran colmados de elogios y de recompensas. Cuando acontecía tener que pasar por delante del prior, volvía la cabeza al otro lado como si le horrorizase mi salud.

Examinaba todos los movimientos de mi corazón, y me interrogaba severamente, para saber si no tenía gran parte en mis sufrimientos el amor propio herido; pero cabíame al menos la satisfacción de no haber perdonado medio alguno para combatir lodo sentimiento de vanidad, y conocía bien que mi corazón se hallaba reducido a una profunda tristeza por el aislamiento a que se le había condenado, por falta de afecto, y no por la carencia de diversiones y de lisonjas.

Resolví acogerme al apoyo del único religioso que no podía esquivar ni desatender mis confianzas, mi confesor. Fui a echarme a sus pies, expúsole mis dolores, mis esfuerzos para merecer una suerte menos rigurosa, mis combates contra el espíritu de reproche y amargura que empezaba a sentir nacer en mí. Pero cual fue mi consternación, cuando me contestó con un tono glacial:

— Mientras no me abra V. su corazón con entera sinceridad y una sumisión perfecta, nada podré hacer en su favor.

— Ó padre Ilegesipo, le contesté, puede V. leer la verdad en el fondo de mi alma, pues nunca le he ocultado a V. cosa alguna de cuanto en ella pasa.

Levantóse entonces y me dijo con un acento terrible:

— ¡Miserable pecador! ¡alma vil y perversa! Sabe V. bien que me oculta un secreto formidable y que su conciencia es un abismo de iniquidad. Pero no engañará V. las miradas de Dios, ni evitará su justicia. Retírese V., apártese de mí; no quiero escuchar por más tiempo sus hipócritas quejas. Hasta que la contrición haya hallado cabida en su corazón, hasta que haya V. borrado por medio de una sincera penitencia las manchas de su alma, le prohíbo acercarse al tribunal de la penitencia.

— Un padre, ¡padre mío! exclamé, no me rechace V. así, no me reduzca a la desesperación, no me haga dudar de la bondad de Dios y de la sabiduría de sus juicios de V. Soy inocente ante el Señor; apiádese V. de mis sufrimientos....

— Reptil audaz, gritó con voz de trueno, gloriáte de tu perjurio ó invoca el nombre del Señor para apoyar tus falsos juramentos; pero déjame, apártate de mi vista; tu obstinación me causa horror!

Hablando de esta suerte tiró de su hábito que tenía entre mis manos suplicantes. Asime a él con una especie de extravió, pero me rechazó con toda su fuerza y caí de bruces en el suelo. Alejóse cerrando tras sí con violencia la puerta de la sacristía en donde tenía lugar esta escena y quedó todo en la más profunda obscuridad. Sea por la violencia de mi caída, sea por el exceso de mi pena, se rompió una de las venas de mi garganta que dió una copiosa hemorragia.

Fueme imposible levantarme, sentí un rápido desfallecimiento y atendido sin conocimiento sobre el pavimento bañado en mi sangre.

Ignoro cuanto tiempo permanecí de esta manera. Cuando empezó a volver en mí, sentí un fresco agradable, una armoniosa brisa parecía jugar alrededor mío, secaba el sudor de mi frente y agitaba blandamente mis cabellos; después creía oírla alejarse con un sonido vago, imperceptible, murmurando no se que débiles palabras en los ángulos de la sala, y volver hacia mi, como para darme fuerzas y ayudar a levantarme.

Sin embargo, no podía decidirme aún a verificarlo, experimentaba un inexplicable bienestar, y escuchaba con una especie de sosegada aberración el susurro de ese soplo da verano que se deslizaba furtivamente por las rendijas do una persiana. Entonces me pareció oír una voz que partía del fondo

de la sacristía, pero de tan débil acento que me era imposible distinguir las palabras. Quedé inmóvil prestando toda mi atención. La voz parecía elevar una de esas rogativas entrecortadas que nosotros llamamos oraciones jaculatorias. Por fin pude percibir distintamente estas palabras: Espíritu de verdad, alumbrá las víctimas de la ignorancia y de la impostura.; Padre Hege-sipo! dije con imperceptible voz, ¿es V. quien acude de nuevo hacia mí! Pero nada me contestó. Levantóme, apoyándome en mis manos y rodillas, escuché, pero nada oí. Póseme en pie y paseé mi vista al rededor; habia caído tan cerca de la única puerta de aquella pequeña sala, que persona alguna, después de la salida de mi confesor, hubiera podido entrar sin pasar por encima de mi cuerpo; por otra parte esta puerta solo se abría hacia dentro por medio de un pestillo de antigua forma. Toquéle y aseguróme de que estaba cerrado. Un fuerte terror se apoderó de mí y permanecí algunos instantes sin atreverme a dar un solo paso. Arrimado de espaldas a la puerta, traté de traspasar con mi vista oscuridad que reinaba en las esquinas de la sala. Un pálido

do resplandor que atravesaba por el postigo, aclaraba trémulamente el centro de esta pieza. Un débil viento que agitaba el postigo engrandecía y disminuía sucesivamente esta rara luz. Los objetos que estaban [en esta región a medio alumbrar, el reclinatorio cuya cumbre sostenía una calavera, algunos libros esparcidos por el suelo, una alba colgada en la pared, parecían moverse a la par de la sombra del ramaje que el aire agitaba tras la ventana. Cuando creí estar seguro de que me bailaba solo, me avergonzó de mi timidez, hice la señal de la cruz, y dispúseme a ir a abrir enteramente el postigo; pero un profundo suspiro que salió del reclinatorio, me detuvo extático en mi sitio, Sin embargo, yo percibía bastante distintamente este reclinatorio para estar bien seguro de que no habia nadie. Una idea que hubiera debido ya concebir más pronto vino a darme ánimo; alguno podía estar de la parle de afuera apoyado en la ventana, y dirigir su plegaria sin pensar en mí. ¿Pero quién podía ser bastante atrevido para emitir votos y pronunciar palabras como las que había oído?

La curiosidad, única pasión y distracción que el claustro permite, se apoderó de mí. Me adelanté hacia la ventana; más apenas habia dado un paso, cuando una sombra negra desprendiéndose, a lo que me pareció, del reclinatorio, atravesó la sala dirigiéndose a la ventana, y pasó por delante de mí como un relámpago. Este movimiento fue tan rápido que no tuve tiempo

para evitar lo que yo tomaba por un cuerpo, y mi terror fue tan grande que estuve a pique de perder nuevamente el sentido. Pero nada sentí, y como si hubiese sido atravesado por esta sombra, víla desaparecer a mi izquierda.

Arrojóme hacia la ventana é impelí precipitadamente el postigo; dirigí mis miradas a la sacristía, pero encontréme solo en ella, paseó las por lodo el jardín y hallóle desierto; tan solo el viento del mediodía corría sobre las flores, agitando sus matizadas corolas. Lleno de coraje, empezó a examinar los rincones de la sala, miré la parte posterior

del reclinatorio que era muy grande, sacudí los vestidos sacerdotales colgados de la pared, pero todo estaba en su estado natural, y nada pudo darme una explicación de cuanto habia pasado.

La vista de la sangre que habia perdido me indujo a creer que mi cerebro, debilitado por la hemorragia, habia sido juguete de algún alucinamiento, yreliréme a mi celda donde permanecí encerrado hasta el día siguiente.

Día y noche páselos llorando. La inanición, la pérdida de sangre, los vanos terrores de la sacristía, habian quebrantado todo mi ser. Nadie vino a socorrerme ni consolarme, ninguno se curó do mi existencia, y vi desde mi ventana al tropel de novicios desparramarse por el jardín. Los grandes perros, fieles guardianes del convento, corrieron alegremente A su encuentro, y recibieron de ellos mil caricias. Oprimióse dolorosamente mi corazón a la vista de aquellos animales, cien veces mejor tratados que yo y otras tantas más dichosos.

Tenía demasiada mi vocación para concebir idea alguna de revelamiento ó fuga. Acepté en suma esas humillaciones, esas injusticias yeso abandono, como una prueba enviarla por el cielo, como una ocasión da contraer méritos para llegar a él. Postróme y oré, golpeé mi pecho y recomendé mi causa a la justicia de Dios y a la protección de los santos, y al amanecer pude conciliar un dulce reposo. Despertóme sobresaltado por un sueño. Habiáseme aparecido el padre Alejo y sacudiéndome ásperamente me había repelido a corta diferencia las mismas palabras que el misterioso ser de la sacristía me habia dirigido en la misma,

— Vuelve en tí, víctima de la ignorancia y de la impostura.

¿Qué relación podía tener el padre alejo con esta reminiscencia? Ninguna encontraba yo, tan solo que la visión de la sacristía me habia ocupado mu-

cho en el momento que me habia dormido, y que en este mismo momento habia visto desde mi lecho entrar al padre Alejo, desde el jardín en el convento, al ponerse la luna, una hora a corta diferencia antes de amanecer.

Sin embargo, este paseo matutino del padre Alejo no me había sorprendido como un hecho extraordinario. El padre Alejo era el más sabio de los monjes; era un gran astrónomo, y tenía a su cargo la conservación de los instrumentos de física y geometría de que estaba bastante bien provisto el convento. Pasaba parte de la noche haciendo experimentos y contemplando los astros; iba y venía a toda hora, sin tener precisa obligación de asistir a las de los oficios, y estaba dispensado de bajar a la iglesia para los maitines; pero habiendo mi sueño traidolo a mi imaginación, póseme a recordar que era un hombre raro, siempre preocupado, a menudo ininteligible en sus palabras y que divagaba sin Cesar por el convento como una alma en pena; en una palabra, que muy bien pudiera ser él quien el dia anterior, apoyado en la ventana de la sacristía, habia murmurado una fórmula de invocación, y hecho pasar su sombra por la pared sin sospechar mis temores. Resolví preguntárselo, y reflexionando el modo con que recibiria mis preguntas, me animé a aprovecharme de este pretexto para trabar conocimiento con él. Acordóme que este sombrío anciano era el único de quien no hubiese recibido insulto alguno mudo ó de palabra, que nunca se habia apartado de mí con horror, y que parecía vivir absolutamente extraño a todas las resoluciones que se lomaban en el convento. Es verdad que nunca me había dirigido una palabra amiga, que su mirada jamás se habia encontrado con la mia, y que ni tan siquiera parecía acordarse de mi nombre; pero tampoco fijaba más su atención en los otros novicios. Vivía en un mundo aparte, absorto en sus especulaciones científicas. Ignorábase si era piadoso ó indiferente a la religión, nunca hablaba más que del mundo exterior y visible, y parecía no cuidarse mucho del otro. Nadie hablaba mal ni bien de él, y cuando los novicios se permitían alguna observación o alguna pregunta sobre él, los monjes les imponían silencio con severo tono.

SI fuese a confiarle mis tormentos, pensaba yo, quizás me daría algún consejo útil; quizás él, que pasa su vida enteramente solo tan tristemente, se compadecería de ver por la primera vez a un novicio acercársele para pedirle su favor. Los desgraciados se buscan y se comprenden. Tal vez también él es infeliz; tal vez simpatizará con mis tormentos. Levantóme, y antes de ir a buscarle pasé al refectorio. Un hermano lego partía pan; pedílc

y arrojóme un pedazo como si fuese youn animal importuno. Hubiera preferido una injuriad esta muda y brutal piedad. Considerábaseme indigno de oír la voz humana, y se me arrojaba el alimento al suelo, como si en mi abyección se me hubiese reducido a arrastrarme con los irracionales.

Cuando hube comido este pan amargo y humedecido con mis lágrimas, me trasladé a la celda del padre Alojo, Estaba situada apartada de todas las demás, en la parte más elevada del edificio, al lado del gabinete físico. Llegábase a ella por nn estrecho balcón suspendido al exterior de la cúpula. Llamé, nadie me contestó, y entré. Hallé al padre Alejo dormido en su poltrona, con un libro entre sus manos. Su figura sombría y pensativa estuvo a pique de hacerme perder mi resolución. Era un anciano de estatura regular, ancho de espaldas, encorvado más por el estudio que por el peso de los años su cráneo calvo, estaba cubierto aún hacia el occipucio por negros y encrespados cabellos, y sus facciones, Aunque enérgicas, no carecían de finura: notábase en su macilenta cara una mezcla inexplicable de decrepitud y de fuerza viril. Pasé por detrás de su sillón sin hacer ruido alguno, temiendo enfadarle despertándole bruscamente; pero a pesar de mis precauciones, notó mi presencia, y sin levantar su grave cabeza, sin abrir sus hundidos ojos y sin manifestar ni descontento ni sorpresa, me dijo:

— Te escucho.

— Padre Alejo... le dije con tímida voz.

— ¿Porque me Damás padre? repuso sin cambiar de tono ni de actitud; tú no acostumbras a hacerlo así. No soy tu padre, antes bien lu hijo, aún cuando esté marchitado por ia edad, mientras que tú permaneces siempre jóven, eternamente bello.

Este extraño discurso turbaba todas mis ideas; guardé silencio y el monje añadió:

— Pues bien, habla, te escucho. No ignoras que te amo como al hijo de mis entrañas, como al padre que me dió el ser, como al sol que me alumbrá, como al aire que respiro, y aún más que a todo esto.

—El padre Alejo, le dije maravillado y enternecido al oír salir palabras tan dulces de tan rígida boca, no es a mi miserable criatura a quien se dirigen sentimientos tan tiernos. No soy digno de semejante afecto, ni tengo la dicha de inspirarlo a persona alguna, más puesto que os sorprende en medio

de un dichoso sueño, puesto que el recuerdo de un amigo alegra vuestro corazón, buen padre Alejo, séame favorable vuestro despertar, que vuestra mirada caiga sobre mí sin cólera, y que vuestra mano no rechace mi humillada cabeza, cubierta con las cenizas del dolor y de la expiación.

Hablando así, arrodilléme a sus pies y esperé que dirigiese sus ojos hacia mí. Más apenas me vió se levantó como poseído de furor y de espanto al mismo tiempo. El rayo de la cólera brillaba en sus ojos, un frío sudor corría por sus despejadas sienes.

— ¿Quién sois? exclamó. ¿Qué me queréis? ¿Qué venís a buscar aquí? No os conozco.

Procuré en vano calmarle con mi humilde postura y con mis miradas suplicantes.

— Sois un novicio, me dijo, y nada tengo que ver con ellos. No soy ni un director de conciencias, ni un dispensador de gracias y de favores. ¿Por qué venís a espiarme en mi sueño? sin embargo no sorprenderéis el secreto de mis pensamientos. Volved hacia los que os envían, decidles que poco me resta ya de vida y que pido se me deje tranquilo.

Salid, salid; tengo que trabajar. ¿Por qué habéis violado la consigna que prohíbe el acercarse a mi laboratorio? Exponéis vuestra vida y la mía: idos pues.

Obedecí tristemente, y me retiré a paso lento, desanimado, quebrantado por los dolores, a lo largo de la galería exterior por donde habia venido. Háblame seguido basta el exterior, como para asegurarse de que me marchaba. Cuando llegué a la escalera me volví, y vile de pie con sus ojos inflamados aún por la desconfianza. Con un gesto imperioso me ordenó alejarme. Probé obedecerle: más no tenía ya fuerza para andar pues me faltaba para vivir. Perdí el equilibrio, rodé algunos escalones, y estuve a pique de ser arrastrado en mi caída por sobre la pendiente, y desde lo alto de la torre hacerme añicos en el pavimento.

El padre Alejo se arrojó hacia mí con la fuerza y la agilidad de un gato. Me cogió, y sosteniéndome en sus brazos:

— ¿Qué es pues lo que V. tiene? me dijo con un tono áspero pero lleno de solicitud. ¿Está V. enfermo, está V. desesperado, está V. loco?

Balbució algunas palabras, y ocultando mi cabeza en su pecho, me deshice en lágrimas. Cogióme entonces como si fuese un niño de cuna, y me colocó en su poltrona, frotó mis sienes con un líquido espirituoso, y humedeció con él mis narices y mis labios fríos. Después, viendo que recobraba mis sentidos, me preguntó con agrado. Entonces le abrí toda mi alma, contó lo las angustias a que se me abandonaba, hasta rehusarme el socorro de la confesión. Protesté de mi inocencia, de mis buenas intenciones, de mi paciencia, y me quejé amargamente de no tener un solo amigo que me consolase y me fortaleciese en esta prueba superior a mis fuerzas.

Escuchóme al principio con un resto de temor y de desconfianza, aclaróse después poco a poco su frente austera, y al acabar la relación de mis penas, gruesas lágrimas corrían por sus enjutas mejillas.

— ¡Pobre niño, me dijo, yo ahí lo que me han hecho sufrir a mí! ¡Víctima, víctima de la ignorancia y de la impostura!

Á estas palabras creí reconocer la voz que había oído en la sacristía, y cesando de inquietarme por ello no pensé ya en pedirle explicaciones de esta aventura; tan solo me llamó la atención el sentido de esta exclamación, y viendo que permanecía ensimismado, le supliqué me dejase oír otra vez su voz amiga, tan cara a mi corazón en medio de mi angustia.

— ¿Jóven, comprendisteis lo que hacíais cuando entrasteis en un claustro? ¿Os habéis dicho que ibais a encerrar vuestra juventud en la noche de la tumba y resolveros a vivir en los brazos de la muerte?

— Ó padre, le dije, lo he comprendido, lo he resuelto, la he deseado, lo deseo aún; pero era para la vida del siglo, para la vida del mundo, para la vida de la carne, para la que consen haen morir.

— ¡Ah! ¡Tú has creído, hijo, que se te dejaría la del alma! ¿Te has entregado a sacerdotes, y has podido creerlo?

— He querido dar vida a mi alma, he tratado de elevar y purificar mi espíritu, a fin de vivir por Dios, en el espíritu de Dios; pero he ahí que en lugar de acogerme y de ayudarme se me arranca violentamente del seno de mi padre, y se me deja en las tinieblas de la duda y de la desesperación....

— ¡Gustans gustavipaululum mellis et ecce morior! dijo el monje con aire sombrío, sentándose en su cama; y cruzando sobre su pecho sus flacos brazos, cayó en una profunda meditación.

Después levantándose y andando precipitadamente por su celda:

— ¿Cómo os llamáis? me dijo.

— Hermano Ángel, para servir a Dios y honraros, contesté; pero no escuchó mi respuesta, y después de un instante de silencio:

— Os habéis equivocado, me dijo, si queréis ser monje, si tratáis de habitar el claustro, es preciso que cambiéis todas vuestras ideas; de lo contrario; ¡moriréis!

— ¿Debo pues en efecto morir por haber probado la miel de la gracia, por haber creído, por haber esperado, por haber dicho: Señor, ¿amadme?

— ¡Si, por esto morirás! repuso con fuerte voz y paseando al rededor sus selváticas miradas, en seguida cayó otra vez en su delirio, y no fijó más su atención en mí. Empezaba a hacérseme penosa la permanencia a su lado; sus entrecortadas palabras, su aspecto áspero y desazonado, aquellos intervalos de sensibilidad seguidos al instante de una profunda indiferencia, todo en él tenía un carácter de alienación. De pronto reiteró su pregunta y me dijo con un tono casi imperioso:

— ¿Vuestro nombre?

— Ángel contesté, con suavidad.

— ¡Ángel! exclamó mirándome con aire inspirado. Báseme pronosticado: «Hacia el fin de tus días te será enviado un ángel, reconocerste por la flecha que le atravesará el corazón. Te se presentará y te dirá: Arráncame esta saeta que me da la muerte.... y si lo ejecutas caerá en seguida *a que te dislacara, cerraráse tu llaga y vivirás.»

— Padre, le dije, no conozco este texto, no lo he encontrado en parte alguna.

— Es que tú conoces pocas cosas, me contestó poniendo amistosamente su mano sobre mi cabeza; es que no has encontrado aún la mano que debe sanar tu herida; pero yo comprendo la palabra del Espíritu y te conozco. Tú eres el que debías presentárteme; te reconozco ahora, y tu cabellera es rubia como la cabellera del que te envía. Hijo, bendito seas, y cúmplase en ti el poder del Espíritu.... Tú eres mi querido hijo, y de hoy en adelante tú solo gozarás de todo mi cariño.

Estrechóme sobre su seno, y levantando los ojos al cielo! parecióme sublime. Su fisonomía tomó una expresión que

solo podía comparar a la que había visto en las cabezas de los santos y apóstoles, en los cuadros maestros que adornaban la iglesia del convento. Lo que habia tomado por extravío adquirió a sus ojos el carácter de la inspiración. Creí ver un arcángel, y doblando mis rodillas prosternóme a sus pies.

Colocó entonces sus manos sobre mi cabeza, diciendo:

— Cesa de sufrir. Deje de rasgar tu seno la acerada saeta del dolor, no hi-era más a tu pecho el emponzoñado dardo de la injusticia y de la persecución, no humedezca ya por más tiempo la sangre de tu corazón insensibles mármoles. Sé consolado, sé curado, sé fuerte, sé bendito. Levántate.

Verifíquelo, y sentí mi alma inundada de un consuelo tal, y mi espíritu fortalecido por una esperanza tan viva que exclamé:

— Si, hase cumplido en mí un milagro, y reconozco que sois ahora un santo ante el Señor.

— No habléis así, hijo mío, de un hombre débil y desdichado, me dijo con tristeza; soy un ser ignorante y limitado, de quien ha tenido compasión algunas veces el Espíritu. Alabado sea ahora pues he tenido el poder de curarte. Vé en paz; sé prudente, no me hables en presencia de persona alguna, y venme a ver siempre en secreto.

— No me despidáis aún, padre, le dije, ¿quién sabe cuándo podré volver? Hay penas tan severas contra los que se acercan a vuestro laboratorio, que se pasará quizás mucho tiempo antes de poder disfrutar de nuevo el encanto de vuestras palabras.

— Es preciso que te deje, y que consulte, repuso el padre Alejo. Es muy posible que se te persiga por la ternura que vas a acordarme, pero el Espíritu te dará fuerza para vencer todos los obstáculos, pues me ha predicho tu venida, y lo que debe cumplirse está dicho.

Sentóse en su poltrona y cayó en un profundo sueño. Contemplé por largo rato su cabeza, en la que se veía impresa una serenidad de sobrenatural belleza, en extremo diferente en aquel momento de lo que me babia pare-

cido al principio; besando después con amoroso respeto la punta de su pardo hábito, retiróme sin hacer ruido.

Cuando cesé de experimentar el embeleso de su presencia, cuanto acababa de pasar entre los dos me pareció un sueño. Yo, tan creyente, tan ortodoxo en mis estudios, yo, a quien la sola palabra de herejía hacia estremecer de espanto y horror, ¿por qué frases habia sido fascinado y por cuál fórmula habia dejado unir clandestinamente mi destino a aquel destino desconocido? Alejo me habia inspirado el espíritu de desobediencia contra mis superiores, contra esos hombres a quienes debía creer y habia creído siempre infalibles. Háblame hablado de ellos con un profundo desprecio, con un odio concentrado, y me habia dejado sorprender por las figuras y la oscuridad de su lenguaje. Sin embargo mi memoria reproducía cuanto hubiera debido hacerme dudar de su fe, y me acordaba con terror de haberle oído citar ó invocar cada instante el nombre del Espíritu, sin que nunca añadiese el epíteto sagrado, bajo el cual designábamos la tercera persona de la divina Trinidad. Quizás habia puesto sus manos en mi cabeza en nombre del maligno espíritu. Tal vez habia contraído alianza con los de las tinieblas al recibir las caricias y consuelos de aquel sospechoso monje. Hallábame turbado y agitado, y me fue imposible cerrar mis ojos en toda la noche. Lo mismo que Ja precedente dormirme ya de día y me levanté tarde. Me avergonzó entonces de haber faltado por tanto tiempo a mis ejercicios de piedad; entré en la iglesia y rogué ardientemente al Espíritu santo me iluminase y preservase de los lazos del tentador.

Sentíame tan triste y tan poco fortalecido al salir de la iglesia, que me consideré ya en camino de perdición, y resolví confesarme. Escribí al padre Hegesipo suplicándole me escuchase; pero me hizo dar verbalmente por medio de uno de los más groseros convertidos una contestación insultante y una negativa absoluta. Al propio tiempo se me intimó por aquel convertido de parte del prior la orden de salir de la iglesia, y de no poner nunca los pies en ella antes de la conclusión de los oficios de la noche. Aún mas, si algún religioso prolongaba su rezo en el coro, ó entraba en él para entregarse a algún acto de devoción particular, debía al momento purgar la casa del Señor de mi impuro hálito y ceder mi lugar a un servidor de Dios.

Esta inicua determinación me causó tal impresión que se apoderó de mi una insensata cólera. Salí de la iglesia golpeando las paredes con mis puños

como un furioso. El convertido me arrojó afuera llamándome blasfemador y sacrílego.

En el momento que atravesaba la puerta del fondo del coro que daba al jardín, faltó poco para que el sentimiento y la indignación me privasen del uso de los sentidos. Vacilé; una nube cubrió mis ojos; pero pudo más el orgullo que el dolor, y me abalancé hacia el jardín, volviéndome un poco de lado para hacer lugar a una persona que vi en el umbral de la puerta frente por frente de mí. Era un jóven de sorprendente hermosura y su vestido extranjero. Aun cuando le cubría una capa negra parecida a la de los superiores de nuestra orden, llevaba debajo una chaqueta corta de fino paño, sujeta por medio de un cinturón de cuero con hebilla de plata a la manera de los antiguos estudiantes alemanes. Al igual de ellos llevaba en lugar de las sandalias de nuestros monjes unos botines, y sobre el cuello de su camisa vuelto y más blanco que la nieve, caía en grandes bucles dorados la más hermosa cabellera blonda que hubiese visto en mi vida. Era alto, y su elegante actitud pareció revelar la costumbre de mandar, Lleno de respeto y de incertidumbre, le hice una ligera inclinación. No me devolvió el saludo; pero sonrióse con aire tan bondadoso, y al mismo tiempo sus hermosos ojos de un severo azul se endulzaron para mirarme con tan tierna compasión, que nunca jamás se han borrado sus facciones de mi imaginación. Detúveme, esperando que me hablaría, y persuadiéndome según la magostad de su aspecto, que tenía el poder de protegerme; pero el convertido que venia tras de mí, y que parecía no fijar su atención en él, le obligó brutalmente a retirarse hacia la pared y me impelió de tal modo que faltó poco para caerme. No queriendo empeñarme en una deshonrosa lucha con aquel hombre grosero, me apresuré a salir; pero después de haber dado tres pasos por el jardín volví y vi al desconocido que había permanecido de pie en el mismo lugar y me seguía con su vista llena de una afectuosa solicitud. El sol daba de Heno sobre su rostro, y sus cabellos heridos por su resplandor parecían despedir brillantes rayos. Suspiró y levantando sus hermosos ojos hacia el cielo, como llamando sobre mí el socorro de la justicia eterna y tomándola por testigo de mi infortunio, se volvió lentamente hacia el santuario, entró en el coro, y se perdió en la oscuridad, pues la brillante claridad del día hacia perecer tenebroso el interior de la iglesia. Deseaba volver atrás a despecho del converso, seguir a este noble extranjero y participarle mis penas; ¿pero quién era él para acogerlas y hacerlas cesar? Por otra parte, si

se atraía la simpatía de mi alma me inspiraba también una especie de temor, pues había en su fisonomía tanta austeridad como agrado.

Subí a la celda del padre Alejo y le conté las nuevas crueldades ejercidas en mí.

¿Por qué habéis dudado, hombre de poca fé? me dijo con aire triste. ¡Os llamáis Ángel, y en lugar de reconocer el espíritu de vida que respira en vos, habéis querido arrojaros a los pies de un hombre ignorante, pedir vida a un cadáver! pues bien, ese gestólíclo director os rechaza y os humilla. Habéis hallado el castigo en vuestra misma culpa, y vuestro sufrimiento nada tiene de noble, vuestro martirio nada de útil, porque sacrificáis las fuerzas de vuestro entendimiento a ideas falsas ó mezquinas. Por lo demás, había previsto ya lo que sucede; me teméis, é ignoráis si soy el servidor de los ángeles ó el esclavo de los demonios. Habéis pasado la última noche comentando mis palabras, y habíais resuelto esta mañana venderme a mis enemigos por una absolución.

— ¡Oh! eso no, exclamé yo; hubiérame confesado de cuanto me era personal, sin pronunciar vuestro nombre, sin soltar una sola de vuestras palabras, ¡Ay! ¿seríais también vos injusto para conmigo? ¿seré rechazado de todas partes? El templo de Dios se ha cerrado para mí, ¿lo estará también vuestro corazón? El padre Hegesipo me acusa de impío; ¡y vos, padre, me tacháis de cobarde!

— Es que lo habéis sido, me contestó el padre Alejo. El poder de los monjes os intimida ¡su odio os espanta. Envidiáis a los discípulos que tíenamente prefieren las distinciones y zalamerías que se les prodigan. No sabéis vivir solo, sufrir solo, amar solo.

— ¡Pues bien! padre mío, es verdad, no sé existir sin afecto, tengo esta fragilidad, esta cobardía si queréis. Soy tal vez un carácter débil, pero siento en mi un alma tierna y necesito un amigo. Es mi espíritu tan tímido, que no halla en sí mismo fuerza para abrazar a ese Dios todopoderoso y arrancar de su mano los dones de la gracia. He menester de mediador entre el cielo y yo. Sonme precisos consejos, apoyos, intercesores. Es forzoso que me amen, que trabajen para mí y conmigo a mi salvación. Es indispensable que rueguen conmigo, que me ayuden a esperar, que se me prometan las recompensas eternas; de otro modo dudo, no de la bondad de Dios, pero de la de mis intenciones. Tengo miedo del Señor, porque lo tengo de mi mismo. Me

entibio, me desaliento, siento que desfallezco, mi cerebro se turba y no distingo ya la luz del cielo de la del infierno. Busco un apoyo, y Aunque este fuese un desapiadado dueño que me castigase sin cesar, le preferiría a un padre indulgente que me olvidase.

— ¡Pobre ángel extraviado en el suelo! dijo el padre Alejo con enternecimiento; ¡chispa de amor desprendida de la aureola del Señor y condenada a anidar bajo la ceniza de esta miserable vida! reconozco en tus tormentos la naturaleza divina que me animó en mi juventud, antes que hubieran cubierto mis ojos las tinieblas del endurecimiento, antes que hubiesen helado bajo el cilicio los latidos de este corazón ardiente, antes que mis comunicaciones con el espíritu las hubiesen hecho penosas, raras, dolorosas é incompletas para siempre. Harán de tí lo que han hecho de mí. Llenarán tu espíritu de punzantes dudas, de pueriles remordimientos y de imbéciles terrores. Te volverán enfermizo, viejo antes de tiempo, frágil de espíritu; y cuando habrás sacudido todas las trabas de la ignorancia y de la impostura, cuando te sentirás bastante iluminado para rasgar todas las vendas de la superstición, ya no tendrás fuerza para ello. Tu fibra estará relajada, tu vista turbada, tu mano trémula, tu cerebro perezoso y fatigado. Querrás levantar los ojos hácia los astros, y tu cabeza grávida caerá estúpidamente sobre el pecho; querrás leer, y ridículas fantasmas danzarán ante tu vista; querrás hacer revivir tus recuerdos, y mil resplandores inciertos fatigarán tu agotada memoria; querrás meditar, y te dormirás en tu silla. Y durante tu sueño, si el Espíritu te habla lo hará en términos tan oscuros que no podrás explicar al despertarle. ¡Ah! víctima, víctima, te compadezco y no puedo salvarte.

Hablando así tiritaba como un hombre calenturiento: su ardiente hálito parecía rarificar el aire de su celda y hubiérase dicho al observar la exterminación de su ser que le quedaban apenas algunos instantes de vida.

— Buen padre Alejo, le dije, ¿vuestra ternura para conmigo está ya pues fatigada? He sido débil y crédulo, es verdad; pero me parecíais tan fuerte que contaba encontraren vos bastante calor para perdonar mi falta, para borrarla y fortalecerme de nuevo. MI alma cae en la muerte con la vuestra; ¿no podéis como ayer hacer un milagro que nos reanime a los dos?

— El Espíritu no mora hoy en mí, dijo. Estoy triste, dudo de todo, y aún de ti. Vuelve mañana, quizás estaré iluminado

—;Y qué será de mí hasta entonces?

— El Espíritu es fuerte, el Espíritu es bueno, quizás te ayudará directamente. En el ínterin quiero darle un consuelo para dulcificar los sinsabores de tu situación. Conozco el motivo porque los monjes han adoptado contigo ese sistema de inflexible malignidad, pues obran así con todos aquellos cuyo espíritu de justicia y natural rectitud les inspira temor. Han presentido que eras un hombre de energía, sensible a los ultrajes, compasivo a los sufrimientos, enemigo de las feroces y viles pasiones; y hanse dicho; en semejante hombre no encontraremos un cómplice sino un juez, y han tratado de hacer de ti lo que hacen de todos aquellos cuya virtud les atemoriza y cuyo candor les ata. Intentan embrutecerte, borrar en ti por medio de la persecución toda noción de lo justo y de lo injusto, embotar con inútiles sufrimientos toda especie de generosa energía. Quieren con misteriosos y viles complots, con enigmas mudos y castigos sin objeto habituarle a vivir brutalmente en el amor y estima de ti solo, a carecer de simpatías, a perder toda confianza, a despreciar toda amistad. Quieren hacerte desesperar de la bondad del Señor, disgustarle del rezo, obligarte a mentir ó a hacer traición a tus hermanos en la confesión, hacerle envidioso, solapado, calumniador, delator. Quieren volverle perverso, estúpido é infame. Quieren enseñarle que el primero de los bienes es la intemperancia y la ociosidad; que para entregarse a ellos en paz es preciso prostituirlo todo, sacrificarlo todo, despojar todo recuerdo de grandeza, comprimir lodo noble instinto. Quieren hacerte conocer efodio hipócrita, la venganza paciente, la cobardía y la ferocidad. Quieren que tu alma muera por haber saboreado la miel, por haber amado la suavidad y la inocencia. En una palabra quieren hacer de tí un monje. He ahí lo que intentan, hijo mío; he ahí lo que prosiguen de común acuerdo, los unos por cálculo, los otros por instinto, los menos malos por debilidad, por obediencia y por temor.

—¿Qué oigo? exclamó: ¡en qué mundo de iniquidad hacéis entrar mi trémula alma! ¡Padre Alejo, padre Alejo!, ¡en qué abismo habría caído si así fuese! ¡Oh cielo! ¿no os engañáis? ¿No os ciega el recuerdo de alguna injuria personal? ¿Este monasterio está solo habitado por monjes prevareciadores? ¿Debo buscar entre almas más cándidas la fe y la caridad que un impuro demonio parece haber arrojado de estos malditos muros?

— En vano buscarás un convento menos pervertido, y de monjes de mejor conducta; todos son lo mismo. La fe está perdida en el suelo, y el vi-

cio queda impune. Acepta el trabajo y el dolor, porque vivir es trabajar y sufrir.

— ¡Sí, acepto, acepto! pero quiero sembrar para recoger. Quiero trabajar en la fe y en la esperanza; quiero sufrir según la caridad lo ordena. Huiré de este abominable receptáculo de crímenes, rasgaré esta túnica blanca, mentido emblema de una vida de pureza. Volveré al mundo, ó me retiraré a un solitario asilo para llorar sobre las faltas del género humano y preservarme del contagio....

— Muy bien, me dijo el padre Alejo estrechando entre sus manos las mías que retorció en mi desesperación, compláceme este movimiento de indignación y ese rasgo de valor. He sufrido esas angustias y he formado también esas resoluciones. Como tú he querido huir, he deseado vivir entre los hombres del siglo ó encerrarme en cavernas inaccesibles; más escucha los consejos que me dió el Espíritu al tiempo de mi prueba y grábalos en tu memoria:

«No digas: Viviré entre los hombres y seré el mejor de ellos, porque la carne es débil, y tu espíritu se extinguirá como el suyo en la vida de la carne.

«Tampoco digas: Me retiraré a la soledad, porque el espíritu del hombre se inclina al orgullo, y el orgullo corrompe el espíritu.

«Vive con los hombres que te rodean. Guárdate de su malicia. Busca tu soledad entre ellos. Aparta la vista de su iniquidad, mírate a tí mismo, y guárdate de aborrecerles

tanto como de imitarles. Hazles bien en el tiempo presente, no cerrándoles tu corazón ni tu mano. Hazles bien en su posteridad abriendo tu espíritu a la luz del Espíritu.

«La vida del siglo debilita, la vida del desierto irrita.

«Cuando un instrumento está expuesto a las intemperies de las estaciones, sus cuerdas se aflojan; cuando está encerrado falto de aire en un estuche, esas mismas cuerdas se rompen.

«Si escuchas el sentido de las palabras humanas, olvidarás el Espíritu, y no te será posible ya comprenderlo. Pero si privas el que lleguen hasta ti los

sonidos de la voz humana, olvidarás a los hombres y no te será dable enseñarles. »

Al recitar estos versículos de una Biblia desconocida, el padre Alejo tenía abierto el libro que había visto ya entre sus manos, y volvía las hojas para consultarlo, como si hubiese ayudado su memoria con un texto escrito; pero las páginas de aquel libro estaban en blanco, y no parecían haber jamás sufrido la impresión de ningún carácter.

Este extravagante hecho despertó de nuevo mis inquietudes y empecé a observarle con curiosidad. Nada anunciaba en aquel momento en su aspecto el extravío ni aún la exaltación. Cerró suavemente su libro, y hablándome con calma:

— Guárdate, me dijo comentando su texto, de volver al mundo, porque eres un niño débil, y si el viento de las pasiones hacia sentir sobre tí su soplo, extinguiría la luz de tu inteligencia. Quizás no serías bastante fuerte para resistir al aguijón de la concupiscencia y de la vanidad. En cuanto a mí, he huido del mundo porque era fuerte y porque las pasiones habían cambiado mi fuerza en furor: hubiera vencido la preocupación y abatido la lujuria; pero hubiera sucumbido a las tentaciones de la ambición y del odio, hubiera sido duro, intolerante, vengativo, orgulloso, es decir egoísta. Ambos hemos nacido para el claustro. Cuando un hombre ha oído al Espíritu llamarle, aún cuando haya sido

una sola vez y débilmente, debe dejarlo todo para seguirle y permanecer en donde se le haya conducido, por mal que se encuentre. Volver hacia atrás ya no está en su poder, y cualquiera que ha despreciado una sola vez la carne por el espíritu, no puede nunca volver a los placeres de la carne porque la carne rebelada se venga y quiere a su turno arrojar al espíritu. Entonces el corazón del hombre es el teatro de una lucha terrible, en donde la carne y el espíritu se devoran el uno al otro: el hombre sucumbe y muere sin haber vivido. La vida del espíritu es una vida sublime, pero punible y dolorosa. No es una vana precaución el colocar entre el contagio del siglo y el reino de la carne paredes, muros de piedra y rejas de bronce. No es demasiado pura encadenar el apetito de las cosas mundanas el bajar vivo a una tumba cerrada. Pero es bueno ver al resto de otros hombres dedicados al culto del espíritu, aún cuando sea solo en apariencia. Fue obra de un gran talento el instituir las comunidades religiosas. ¿Que se ha hecho de aquel

tiempo en que los hombres se amaban en ellas como hermanos y trabajaban de consuno, ayudándose caritativamente los unos a los otros a implorar, a perseguir al espíritu, a vencer los groseros consejos de la materia? Toda luz, todo progreso, toda grandeza ha salido del claustro; pero toda luz, todo progreso, toda grandeza deben perecer en él, si algunos de nosotros no perseveran en la espantosa lucha á que la ignorancia y la impostura entregan desde ahora en adelante la verdad. Sostengamos este combate con encarnizamiento, prosigamos nuestra empresa, Aunque tuviésemos contra nosotros toda la legión infernal. SI nos cortan ambos brazos, asiremos el buque con los dientes, porque el Espíritu está con nosotros. Aquí es donde habita; la desgracia caiga sobre los que profanan su santuario. Permanezcamos fieles a su culto, y si somos mártires inútiles, no seamos a lo menos cobardes desertores.

— Tenéis razón, padre, le contesté yo, impresionado por las palabras que decía. Vuestra doctrina es la de la sabiduría. Quiero ser vuestro discípulo y guiarme tan solo por vuestras decisiones. Decidme lo que debo hacer para conservar mi fortaleza y proseguir animosamente la obra de mi salvación en medio de las persecuciones que se me suscitan.

— Sufrirlas todas con indiferencia, respondió, esta será una tarea fácil, si consideras lo poco que vale el aprecio de los monjes, y la debilidad de sus medios contra nosotros. Podrá suceder que a la vista de una víctima inocente como tú, y como tú maltratada, sentirán arder la indignación en sus entrañas, pero tu papel, en lo que lo concierne personalmente, es sonreírte, y esta es la única venganza que debes lomar contra sus vanos esfuerzos. Por lo demás tu indiferencia debilitará su animosidad. Lo que desean es hacerte insensible a fuerza de dolor; sé lo a fuerza de valor ó de razón: son imbéciles y se engañarán. Enjuga tus lágrimas, toma una fisonomía sin expresión, acusa gran sueño y mucho apetito, no pidas más la confesión, no te presentes más en la iglesia, ó finge estar en ella incómodo ó indiferente. Cuanto te verán así, no tendrán ya miedo de tí, y dejando de representar tan sórdida comedia serán indulgentes para contigo, como lo es un maestro perezoso para con un discípulo inepto. Haz lo que te digo, y antes de tres días te predigo que el padre prior te mandará presentarte a él para hacer paces contigo.

Antes de dejar al padre Alejo le hablé del personaje que habia encontrado al salir de la iglesia y le pregunté quien podía ser. Al principio me escuchó

con preocupación, meneando la cabeza, como para darme a entender que ni conocía, ni se cuidaba de conocer dignatario alguno de la orden; pero a medida que le detallaba las facciones y el traje del desconocido, su vista se animaba, y pronto me abrumó con precipitadas preguntas. El minucioso cuidado que puse en contestar acabó de grabar en mi memoria el recuerdo de aquel que esperaba ver aún y que no volvería, a ver mas.

Por fin el padre Alejo, cogiendo mis manos con gran expresión de ternura y alegría exclamó.

— ¿Es posible? ¿Es posible? ¿has visto tú eso? ¿Ha vuelto pues? ¿Está pues con nosotros? ¿Te ha conocido? ¿Te ha llamado? ¡El arrancará la flecha de tu corazón? ¡Eres pues ciertamente tú, mi querido hijo, tú quien le has visto!

— ¿Quién es pues, padre mío, este amigo desconocido hacia el que se ha lanzado mi corazón al momento? Hacédmelo conocer, conducidme hacia él; decidle que me amo como yo os amo y como parece me amáis vos también. ¡ Con qué reconocimiento no abrazaría yo a aquel cuya vista llena vuestra alma de tanta alegría!

— No está en mi poder el irle a encontrar, respondió el padre Alejo, él es quien viene hacia mi, y es preciso esperarle. Sin duda le veré hoy, y te diré lo que deba decirte: hasta entonces no me hagas pregunta alguna; me está vedado el hablar de él, y te prevengo no digas a nadie lo que acabas de decirme.

Objeté que no me habia parecido quo el extranjero obrase de un modo misterioso, y que el hermano convertido debía haberle visto. El padre sacudió la cabeza sonriéndose.

— Los hombres de la carne no lo conocen, dijo.

Aguijoneado por la curiosidad subí aquella misma noche a la celda del padre Alejo, pero rehusó abrirme la puerta.

— Déjame solo, me dijo, estoy triste, no podría consolarte.

— ¿Y vuestro amigo? le pregunté tímidamente.

— Cállate, respondió con tono absoluto; no ha venido; ha partido sin verme; quizás volverá. No te inquietes por ello. No le gusta que hablen de

él. Vete a dormir, y mañana pórtate del modo que te he prescrito.

En el momento mismo de marcharme me llamó para preguntarme:

— ¿Ángel, ha hecho sol esta mañana?

— Si, padre mío, un hermoso sol, una brillante mañana.

— ¿Y cuando has encontrado A esa persona, brillaba el sol?

— Si, padre mío.

— Bueno, bueno, repuso él, hasta mañana.

Seguí el consejo del padre Alejo y permanecí en la cama todo, el día. Por la tarde bajé al refectorio cuando toda la comunidad estaba reunida, y abalanzándome hacia un plato de comida caliente, lo devoré con avidez; después colocando los codos sobre la mesa, en lugar de poner atención a la vida de los santos que leían en alta voz, y que acostumbraba a escuchar con recogimiento, fingí caer en una brutal soñolencia. Entonces los otros novicios que habían desviado la vista con horror cuando me habían visto doliente y contrito, se pusieron a reír de mi embrutecimiento y oí á los superiores avivar esta crasa alegría con la suya. Continué esta ficción durante tres días, y como me lo había pronosticado el padre Alejo, se me mandó acudir la tarde del tercer día a la celda del prior. Comparecí ante él con actitud temerosa y sin dignidad, afectando maneras desaliñadas, un aire torpe, y un alma embotada. Hacia todo esto, no para reconciliarme con aquellos hombres que empezaba ya a despreciar, sino para ver si el padre Alejo los había juzgado bien. Pude convencerme de la exactitud de sus palabras, al oír al prior que me anunciaba haberse conocido por fin la verdad, y que había sido injusta mente acusado de una falta que un novicio acababa de confesar.

El prior debía, decía él, en atención a la contrición del culpable y al espíritu de caridad, ocultarme su nombre y la naturaleza de su falta, pero me exhortaba a que volviese a ocupar mi puesto en la iglesia y mis estudios en el noviciado, sin conservar ni odio ni rencor contra persona alguna. Añadió después mirándome atentamente.

— Sin embargo, tiene V. derecho, mi querido hijo a una pública reparación ó a una compensación agradable por la 'njusticia que ha sufrido V. Elija V., ó recibir en presencia

de toda la comunidad las excusas de los novicios que por sus oficiosas relaciones nos han inducido en error, ó bien estar dispensado durante un mes de la asistencia a los oficios de la noche.

Deseando proseguir en mis experimentos, escogí la última oferta, y en seguida vial prior lomar conmigo un aire de benevolencia y familiaridad. Abrazóme, y habiendo entrado en este instante el padre tesorero:

— Todo está arreglado, dijo; este muchacho pide como única indemnización de la pena involuntaria que le hemos ocasionado un poco de reposo durante un mes. Por lo demás acepta humildemente las excusas tácitas de sus acusadores, y toma su partido sobre todo esto con mucha dulzura y una amable indiferencia.

— Sea así, dijo el tesorero con estrepitosa risa y golpeando mi mejilla con familiaridad; así es como nosotros le queremos; necesitárneste así, con este apacible y buen carácter.

El padre Alejo me dió otro consejo, y fue el de pedir el permiso de dedicarme a las ciencias, y de ser su discípulo y el preparador de sus experimentos físicos y químicos.

— Verán con placer que aceptes este empleo, me dijo, porque lo que más se teme aquí es el fervor y el ascetismo. Cuanto puede desviar la inteligencia de su verdadero fin y aplicarla a las cosas materiales, es secundado por el prior. Más do cien veces me ha propuesto unirme algún discípulo, y temiendo encontrar un espía y un traidor en los sujetos que me proponían, he rehusado siempre bajo diferentes pretextos. Una vez se me quiso hacer la forzosa sobre este punto, pero declaré que no me ocuparía más de la ciencia y que abandonaría el observatorio, si no same dejaba vivir solo y a mi gusto. Cedieron, porque por una parle no habia nadie que pudiese reemplazarme, y los monjes fundan una gran vanidad en parecer sabios, y en acompañar a los viajeros a sus gabinetes y bibliotecas; y por otra, porque saben que no me falta energía, y han preferido desembarazarse de ella en provecho de las especulaciones cien tí ticas, que no dan aquí celos, que empeñarse en una lucha en la que mi alma no se hubiera doblegado jamás. Ve pues, diles que has obtenido de mi permiso para dirigir tu petición. SI vacilan, finge despecho, torna un aire sombrío, durante algunos días quédale sin cesar prosternado en la iglesia, gime, suspira, muéstrate huraño, exalta-

do en tu devoción, y temiendo no te vuelvas santo tratarán de hacer de ti un sabio.

¡Encontré al prior aún mejor dispuesto a acoger mi demanda do lo que me lo habia hecho esperare! padre Alejo Hubo en la mirada penetrante que lijó sobre mi, al recibir mis palabras de agradecimiento un no sé que de mordaz y satírico, equivalente a la acción de un hombre que se frota las manos. Abrigaba en su alma un pensamiento que ni el padre Alejo ni yo habíamos presentado.

Se me dispensaron en seguida una gran parle de mis ejercicios religiosos, a linde poder dedicar este tiempo al estudio, y aún se colocó mi cama en una pequeña celda próxima a la del padre Alejo, afín de que por la noche pudiese entregarme con él a la contemplación de los astros.

Desde este momento fue cuando contraje con el padre Alejo una estrecha amistad, que cada día tomaba incremento por el descubrimiento de los inagotables tesoros de su alma. No ha existido jamás sobre la tierra un corazón más tierno, una solicitud más paternal, una paciencia más angélica. Puso en mi instrucción un celo y una perseverancia que no habia gratitud bastante con que pagar. Así es que es difícil explicar la ansiedad conque veia deteriorarse su salud de día en día. ¡Con qué cariño le cuidaba noche y día, tratando de adivinar sus menores deseos en sus miradas extinguidas! Mi presencia parecía haber devuelto la vida a su corazón, por largo tiempo vacio de afecto humano y según su expresión, hambriento de cariño. Pero al mismo tiempo que su espíritu cobraba vigor y actividad, su cuerpo se debilitaba progresivamente. No dormía ya casi, su

estómago solo podía digerir líquidos, y sus miembros permanecían alternativamente paralíticos días enteros. Sentía aproximarse su fin con serenidad, sin temor y sin impaciencia. En cuanto a mi le veía perecer con desesperación, porque me habia enseñado un mundo desconocido; mi corazón ávido de amor se cernía con placer en esta vida de sentimiento, de confianza, y de efusión que acababa de revelarme.

Habíanse desvanecido todos los pensamientos que al principio habían acudido a mi imaginación, acerca el desorden posible de su cerebro. Perecióme ya siempre que su exaltación misteriosa era el vuelo del genio, cada vez se me hacía más inteligible su oscuro lenguaje, y cuando no le com-

prendía bien lo atribuía a mi ignorancia, y vivía en la esperanza de llegar a penetrarle perfectamente.

Sin embargo, esta felicidad no carecía de nubes. En el fondo de mi limonita conciencia habia una especie de gusano roedor. Parecíame que el padre Alejo no creía en Dios según las leyes de la Iglesia cristiana. Aún mas, parecíame a veces que no servía al mismo Dios que yo. Jamás estábamos en abierta residencia sobre punto alguno, porque evitaba cuidadosamente toda relación entro los asuntos de nuestros estudios científicos y las doctrinas del dogma. Pero parecía que naturalmente nos hiciésemos la concesión, él de no atacarlo, yo de no defenderlo. Cuando por acaso sometía a su decisión un caso de conciencia ó una dificultad teológica, rehusaba explicarse diciéndome:

—Esto no es de mis atribuciones; tenéis doctores versados en esta materia, id a consultarles en cosas de culto, no me pierdo en el laberinto escolástico; sirvo a mi maestro como entiendo, y no pregunto a ningún director lo que debo admitir ó rechazar; mi conciencia se halla en paz consigo misma, y soy demasiado viejo para ir al confesonario a tranquilizarme.

Su tema favorito era hablar sobre la carne y el espíritu, pero aún cuando no se mostrase nunca su oposición con la.

fe, trataba siempre estas materias más bien come un filósofo metafísico que como un servidor celoso de la Iglesia católica romana.

Había también notado una cosa que me daba mucho que pensar. a menudo mostrábase preocupado con respeto a mi instrucción científica, y entonces me hacia emprender experiencias químicas que yo mismo graduaba de insignificantes y toscas, gracias a las lecciones que me habia dado; después me interrumpía en seguida en medio de mis manipulaciones para hacerme buscar en desconocidos libros aclaraciones que calificaba él de preciosas. Leía en voz alta empezando a la página que me indicaba, por espacio de dos largas horas. Durante este tiempo se paseaba arriba y abajo, levantando sus ojos al cielo con entusiasmo, pasando lentamente la mano sobre su frente despejada, y exclamando de rato en rato: / Bueno! ¡bueno! En cuanto a mí, pronto habia notado que no eran artículos aquellos de ciencia pura y precisa, sino páginas llenas de una filosofía audaz y de una moral desconocida. Continuaba algún tiempo por respeto, esperando siempre que

me interrumpiría, pero viendo que me dejaba adelantar, empezaba a temer por mi fe, y cerrando de golpe el libro, le decía:

— Pero, padre mío, ¿no son herejías lo que estamos leyendo? ¿Creéis que nada hay en estas páginas, demasiado hermosas quizás, que sea contrario a nuestra santa religión?

Al oír estas palabras deteníase bruscamente en medio de su paseo con aire desalentado, me tomaba el libro de las manos, y lo arrojaba sobre la mesa diciéndome:

— ¡No sé ¡no sé, hijo mío, soy una criatura enferma y limitada, no puedo juzgar sobre estas cosas, las leo, pero sin decir que sean buenas ni malas. ¡No sé! ¡no sé! trabajemos.

Y nos poníamos los dos a elaborar, sin atrevernos, yo a profundizar mis pensamientos, él a comunicarme los suyos.

Lo que más me enojaba era oírle citar ó invocar sin cesar

las revelaciones de un Espíritu todopoderoso que jamás designaba claramente. Daba a este nombre de Espirita la extensión más vaga. Tan pronto parecía servirse de él para calificar a Dios creador ó inspirador de todas las cosas, como reducía las proporciones de esta esencia universal, hasta personificar una especie de genio familiar, con el cual hubiese tenido como Sócrates comunicaciones cabalísticas. En tales momentos se apoderaba de mí un terror tal, que no me atrevía a dormirme; me recomendaba a mi ángel custodio y murmuraba fórmulas de exorcismo, cada vez que mis pesados ojos veían pasar las visiones de los sueños. Volvíase tan débil entonces mi espíritu, que aún tenía tentaciones de irme a confesar con el padre Hege-sipo: si no lo hacía, era porque siendo inalterable mi ternura hacia el padre Alejo, temía perderle con mis confesiones, poemas cuidado y reserva que pusiese. Sin embargo, las dos cosas que más me habían inquietado no tenían ya lugar. Cuando mi maestro se dormía con un libro en la mano, la cabeza inclinada en la actitud de un hombre que lee, al despertar de su sueño no se persuadía ya haber leído, ni me refería las sentencias imaginarias que pretendía haber encontrado en dicho libro. Además, no veía ya el cuaderno de blancas páginas, en el que leía de corrido, afectando empozar de nuevo y volver las hojas como hubiera hecho con un verdadero libro. Podía atribuir estas extrañas prácticas a una debilidad pasajera de sus facultades mentales,

síntoma doloroso de la enfermedad de que acababa de salir y de que no se acordaba ya, por lo que me guardaba bien de mentárselo por no afligirle. Si su estado físico se empeoraba, a lo menos su cerebro parecía enteramente haberse restablecido; pensaba y no soñaba ya.

Como no se curaba de su salud y no quería sujetarse a régimen alguno, había ya perdido toda esperanza de verlo restablecido. Desechaba todas mis instancias, diciendo que el decreto del destino era inevitable, y hablando con una resignación enteramente cristiana de la fatalidad, que parecía concebir al modo que los musulmanes. Finalmente, habiéndome arrojado un día á sus pies, y suplicándole llorando que consultase a un célebre médico que se hallaba entonces en aquel país, vile ceder a mis votos con melancólica complacencia.

— Tú lo quieres, me dijo, ¿pero qué utilidad hay en ello? ¿Qué puede un hombre sobre otro hombre? ¡Levantar un poco las fuerzas de la materia, retener en ella el soplo animal por algunos días mas! ¡el espíritu solo obedece al soplo del Espíritu, y el Espíritu que reina sobre mí no cederá a la palabra del médico, de un hombre de carne y hueso! Cuando sonará la hora señalada, será preciso restituir la chispa de mi alma al hogar que me la prestó. ¿Qué harás tú de un hombre niño, de un viejo idiota, de un cuerpo sin alma?

Consintió sin embargo en recibir la visita del médico. Este se pasmó al verle, de encontrar un hombre tan joven (el padre Alejo no tenía mas que sesenta años) y de una constitución tan robusta, en tal estado de abatimiento. Juzgó que los trabajos de la inteligencia habían arruinado aquel cuerpo demasiado descuidado, y me acuerdo que le dijo las siguientes palabras proverbiales que hirieron mis oídos por primera vez:

— Padre mío, la hoja ha gastado la vaina.

— ¿Qué importa una vaina más ó menos, no es indestructible la hoja?

— Si, respondió el doctor, pero puede lomarse cuando la vaina usada no la protege.

— ¿Qué importa que una hoja mellada se tome? repuso el padre Alejo; está ya fuera de servicio, es preciso volver el metal a la hornaza para ser elaborado y empleado de nuevo.

Viendo el doctor que era yo el único que me interesaba sinceramente por el padre Alejo, me llamó a parte y me preguntó detalladamente acerca su género de vida. Cuando Supo por mí el excesivo trabajo a que se abandonaba mi maestro y la excitación que sostenía en su cerebro, dijo hablando para sí:

—Es evidente que el horno a dado demasiado calor; la sublime llama lo ha devorado todo, será preciso probar el extinguirla un poco.

Prescribió por escrito el régimen que debía seguirse, y me previno lo hiciese ejecutar fielmente; después de lo cual pidió a su enfermo el permiso de abrazarle, pues los pocos instantes que habia pasado a su lado habian sido suficientes para granjearle su corazón. Esta señal de simpatía hacía mi maestro me afectó y entristeció profundamente; este beso se parecía a un eterno adiós. El doctor debía volver al país a fines de Ja estación en que acabábamos de entrar.

Los remedios que habia prescrito produjeron al principio un efecto maravilloso. MI buen maestro recobró el uso y actividad de sus miembros, su estómago adquirió robustez, y gozó algunas noches de un sueño apacible. Pero mi gozo no fue de larga duración, pues que a medida que se fortificaba su cuerpo, su espíritu se volvía melancólico. A la melancolía se siguió la tristeza, a la tristeza el estupor, al estupor el desorden. Después todas estas faces se presentaron alternativamente en el mismo dia, y todas sus facultades perdieron el equilibrio. Ví reaparecer aquellas somnolencias, durante las cuales su cerebro trabajaba penosamente sobre quimeras. Ví también presentarse de nuevo el maldito libro blanco que tanto disgusto me habia causado, y no solo leía en él, sino que trazaba cada dia caracteres imaginarios, con una pluma que nunca se acordaba de mojar con la tinta. Un profundo tedio y una secreta inquietud parecían minar los destendidos resortes de su alma. Sin embargo, continuaba manifestándome la propia bondad y la misma ternura; probaba a pesar mío el continuar mis lecciones, pero se amodorraba al cabo de un instante, y despertándose asustado, me cogía por el brazo diciéndome:

—¿No obstante, tu le has visto, no es verdad'? ¿Le has visto bien? ¿Y no le has visto más que una vez?

— ¡Ó mi querido maestro, le decía! ¡que no pueda conducir a vuestro lado a ese amigo que tanto amáis! su presencia aliviaría vuestro mal y reanimaría vuestra alma.

Pero entonces se despertaba del todo y me decía:

— Cállate, imprudente, cállate; ¿de qué estás hablando? ¿Deseas pues que no vuelva, y que muera sin haberlo visto otra vez?

No me atrevía a añadir una sola palabra, ya no abrigaba curiosidad alguna. Solo me quedaba el dolor, y el sentimiento de un vago espanto era el único que venía a veces a mezclarse con aquel.

Una noche que postrado de fatiga me habia dormido algo más pronto y más profundamente de lo acostumbrado, tuve un sueño. Soñé que volvía a ver al hermoso desconocido cuya ausencia afligía lauto a mi maestro. Se acercaba a mi lecho, é inclinándose hácia mí, me hablaba al oído: No digas que estoy aquí, me decía; porque ese obstinado anciano se empeñaría en verme, y no quiero visitarle hasta la hora de su muerte. Supliquéis que se presentase a mi maestro, que suspiraba ardientemente por ello, y que los dolores de su alma eran dignos de compasión. Me despertaba entonces y me incorporaba en la cama, porque tenía el espíritu afectado por esta visión y necesitaba abrir los ojos y extender los brazos para convencerme de que era un fantasma creado por el sueño. Por tres veces se me apareció este jóven con toda su bondad y belleza. Su voz resonaba en mi oído como los lejanos sonidos de una lira, y su presencia despedía un perfume como los dolos lirios al salir el sol. Por tres veces le dirigí igual súplica, y por tres veces me desperté y convencí de que era un sueño; pero a la tercera oí al padre Alejo que desde ¡a vecina celda me llamaba con vehemencia. Corrí a su encuentro, y al resplandor de una lamparilla que ardía sobre la mesa víle sentado en su cama, con los ojos encendidos, la barba erizada y como fue, a de sí.

— ¡Le habéis visto! me dijo con una voz fuerte y brusca muy diferente de su timbre ordinario. ¡Le habéis visto y no me habéis avisado ¡¡Os ha hablado y no rae habéis llamado! ¡Os ha dejado y no le habéis enviado hacia mi! ¡Desdichado! ¡serpiente avivada en mi seno! ¡me habéis robado mi amigo, y mi huésped se ha vuelto el vuestro!] víbora! ¡me habéis vendido, me habéis despojado, me dais la muerte!

Se echó atrás sobre su almohada y perdió el sentido por algunos instantes. Creí que acababa de espirar, y froté sus heladas sienes con la esencia que acostumbraba a usar cuando se veía amenazado de desfallecimiento. Calenté sus pies con mi vestido, y sus manos con mi aliento. No percibía ya el ruido del suyo, y sus dedos estaban envarados por un frío mortal. Empezaba a desesperarme cuando volvió en sí, y levantándose suavemente, apoyó su cabeza sobre mi espalda.

— Ángel, ¿qué haces a mi lado ó estas horas? me dijo con inefable bondad. ¿Estoy, pues, más enfermo que de costumbre? Pobre hijo mío, yo soy la causa de tus zozobras y de tus fatigas.

No quise decirle lo que habia acontecido, y aún menos pedirle cuenta de la increíble coincidencia de su visión con la mía: temía suscitar su delirio. Parecía no haber conservado el menor recuerdo, y exigió me volviese a mi cama. Obedecí, pero permanecí atento a todos sus movimientos; parecióme que dormía y que su respiración era difícil; su opresión aumentaba y disminuía como el lejano rumor del mar. Por fin me pareció más aliviado, y sucumbí al sueño; pero al cabo de pocos instantes despertóme el sonido de una voz enérgica que no se parecía a la suya.

No, tú no me has conocido jamás, no me has comprendido nunca, decía esta severa voz; he venido hácia tí más de cien veces, y tú no has osado pertenecerme una sola, pero ¿qué se puede esperar de un monje, sino la perplejidad la cobardía y el sofisma?

— ¡Pero te he amado! respondió la voz lastimera y débil del padre Alejo. Lo sabes, te he implorado, te he seguido, he empleado todas las potencias de mi ser en penetrar el sentido de tus parábolas, te he invocado de rodillas, he abandonado el culto de los hebreos, he dejado al Dios de los judíos y de los gentiles convertirse dolorosamente sobre su sangriento patíbulo, sin concederle una lágrima, sin dirigirlo una sola plegaria,

“¿Y quién te lo habia mandado así? repuso la voz, ¡Monje ignorante, filósofo sin entrañas! ¡mártir sin entusiasmo y sin fe! ¿te he prescrito nunca el despreciar al Nazareno?

— No, tú nunca te has dignado pronunciarte sobre cosa alguna, y no has querido mostrar la luz al que por tí hubiera pasado por todas las idolatrías. Tú lo sabes, si lo hubieses deseado hubiera hecho pedazos el hábito y ceñi-

do la espada; hubiera hecho resonar mi palabra, y predicado tu evangelio en las cuatro partes del mundo; hubiera llevado ¡ellas el acero y el fuego; hubiera destruido la faz de las naciones é impuesto tu culto a los humanos desde sur A norte, desde poniente a levante. En mí residía la voluntad, el poder ¡tan solo tenías que decir: ¡Marcha! y poner la tea en mi mano y marchar delante de mí como una estrella; hubiera en tu nombre encadenado los mares y transportado las montañas. ¡Por qué no has de haberlo querido!; hubieras tenido altares y yo hubiera vivido!; tú serías mi dios y yo sería tu profeta!

— Si, si, dijo el desconocido acento, abrigas la ambición y el orgullo de consuno, y si te hubiese alentado hubieras consentido en ser tú mismo un dios.

— Óh maestro, no me desprecies, no hagas irrisión de mí. Tenía estos instintos y los he atacado. Has conducido mis votos temerarios, mi insensata audacia, y te he sacrificado todos mis sueños. Me has dicho que la violencia no gobernaba los siglos, y que el Espíritu no habitaba en la atmósfera de sangre y en el tumulto de los ejércitos. Me has dicho

que era preciso buscarle en la oscuridad, en la soledad, en el silencio y el recogimiento. Me has dicho que se le encontraba en el estudio, en el desprendimiento, en una vida humilde y retirada en las vigiliass, en la meditación, en la incesante aspiración del alma. Me has dicho que le buscasse en las entrañas de la tierra, en el polvo de los libros, en los gusanos del sepulcro, y he buscado donde me has dicho y sin embargo no lo he encontrado, ¡y voy a morir en el horror de la duda y en el espanto de la nada!...

— ¡Cállale, cobarde blasfemador! replicóla tonante voz; es la sed de gloria la que causa tus penas, es tu orgullo el que te impele a la desesperación. ¡Gusanillo soberbio, que no puedes someterle a bajar a la tumba sin haber penetrado el secreto de la omnipotencia! ¿Pero qué importa al inexorable pasado, a los innumerables seres futuros, que un monje más ó menos haya vivido en la impusiera y muerto en la ignorancia? ¿Perecerá la inteligencia universal porque un benedictino haya ergotizado sofística mente contra ella? ¿Será destronada la potencia infinita porque un monje astrónomo no haya podido medirla con sus compases y sus lentes?

Una risa cruel resonó en la sala, y la voz de mi maestro contestó con un lastimero gemido. Había yo escuchado este diálogo con una penosa angus-

tia. De pie cerca de la puerta entreabierta, los pies desnudos sobre el suelo, deteniendo mi respiración, habia tratado de ver al huésped desconocido de esta aciaga noche, pero la lámpara se habia apagado y mis ojos turbados por el miedo no podían atravesar las tinieblas. El dolor de mi maestro reanimó mi valor, entré on su celda, encendí la lámpara con fósforo y me acerqué a su cama. Únicamente los dos nos encontrábamos en el cuarto, ningún ruido, ningún desorden atestiguaba la precipitada partida de su interlocutor. Vencí mi espanto para ocuparme de mi maestro, cuya desesperación me destroza-
ba. Sentado sobre su almohada, el cuerpo enteramente doblado como si una formidable mano hubiese quebrantado sus lomos, ocultaba su cara entre sus rodillas convulsas, sus dientes daban unos con otros, y torrentes de lágrimas bañaban su rostro. Arrodillóme a su lado, mezclé mis lágrimas con las tuyas, y el prodigué filiales cariños. Se abandonó por algunos instantes a esta efusión simpática, y exclamó repetidas veces arrojándose a mi seno:

— ¡Morir!; morir desesperado!; morir sin haber vivido, y no saber si se muere para revivir!

— Padre mío, mi querido maestro, no sé que tristes visiones turban vuestro sueño y el mío. No sé que fantasma ha entrado aquí esta noche para tentarnos y amenazarnos; pero ya sea un ministro del Dios vivo que viene a inspirarnos un terror saludable, ya un espíritu de las tinieblas que viene para dañarnos haciéndonos desesperar de la bondad del Ser supremo, haced cesar esas cosas sobrenaturales volviendo a entrar en el gremio de la santa Iglesia. Conjura los demonios que os sitian, ó atraeos el favor de los ángeles que os visitan recibiendo los sacramentos y permitiéndome recitar los rezos de nuestro santo rito...

— Déjame, déjame mi querido Ángel, dijo repeliéndome, con suavidad, no fatigues mi cerebro con pueriles discursos. Déjame solo, no turbes tu sueño y el mío con vanos temores. Todo esto es una ilusión y me siento ya enteramente bien: las lágrimas me han aliviado; las lágrimas son una lluvia benéfica después de la tempestad. No le maraville nada de cuanto pueda decir. Cuando se acerca la muerte, el alma, en sus esfuerzos para romper los lazos que la unen a la materia, sufre extrañas angustias; pero el espíritu la reanima y la asiste, dicen, en el momento solemne.

Por la mañana, recibí orden de presentarme al prior, bajé a su cuarto; me dijeron que estaba -ocupado y que le esperase en la sala del capítulo que es-

taba contigua, entré en esta sala, y dí una vuelta al rededor; creo que era la segunda vez que habia penetrado en ella, y nunca habia tenido tiempo para contemplar su arquitectura, que era grandiosa y severa. Por lo demás en este instante tampoco podía fijar mi atención más que a medias. Estaba postrado a consecuencia de las emociones de la pasada noche, turbado y espantado en mi conciencia, y sobre todo afligido por los dolores físicos y morales de mi querido maestro. Además, la conversación a que rae habia invitado el prior no dejaba de causarme alguna inquietud, pues había descuidado notablemente mis deberes religiosos desde que era discípulo del padre Alejo, y yo mismo rae hacia serios reproches.

Sin embargo, paseando mis melancólicas miradas a mi alrededor para distraerme de estas tristezas y fortalecerme contra estas aprehensiones, me sorprendió el bello orden de esta antigua sala cimbrada con un fuerza y destreza desconocida de nuestros modernos arquitectos. Unas pechinas pegadas a las paredes daban nacimiento a unos follajes de piedra que se entrecruzaban en arco en la bóveda, y debajo de estas pechinas estaba colgado el retrato de un dignatario ó de un personaje ilustre de la orden. Todos ellos eran magníficos cuadros, montados en lujosos marcos; y esta larga galería de graves personajes vestidos de negro, tenía un no sé qué de imponente y fúnebre. Estábamos en los últimos hermosos días del otoño: el sol entrando por las altas ventanas difundía sus rayos de un amarillo pálido sobre las facciones austeras de aquellos respetables difuntos, y comunicaba un resto de brillo a los macizos dorados ennegrecidos por el tiempo. Un profundo silencio reinaba en los corredores y jardines, vías bóvedas transmitían el eco de mis pasos.

De pronto rae pareció oír otros tras de los míos, los cuales tenían algo de tan firmes y solemnes, que creí fuese el prior. Volvíme para saludarle; pero no vi á nadie y creí haberme engañado. Empezó a andar otra vez, y por segunda y tercera vez oí aquellos pasos, aún cuando estaba absolutamente solo en la sala. Comenzaron de nuevo los temores que me habían asaltado ya, y pensaba en huir de aquel lugar; pero forzado a esperar al prior, no me era posible, y traté de hacerme superior a mi debilidad, y atribuir estas ilusiones ó la postración en que se hallaban mi cuerpo y mi espíritu. Para desasirme de ellas me senté sobre un banco, frente por frente del cuadro que ocupaba el centro de los demás. Representaba nuestro patrón el gran san Benito. Esperaba que la contemplación de esta bella pintura ahuyentaría las

visiones de que estaba poseído, cuando me pareció reconocer en la cabeza pálida y dolorosamente extática del santo, las facciones del desconocido que había encontrado una mañana en el umbral de la iglesia. Me levanté y me volví a sentar; me acerqué y retrocedí algunos pasos, y cuanto más miraba, más me convencía de que era la misma fisonomía, la misma expresión; con la sola diferencia de que la cabellera estaba esparcida en desorden detrás de su cabeza, su frente más despejada, y que el todo anunciaba una edad más madura. Su vestido consistía en un hábito negro que permitía ver sus pies desnudos. El descubrimiento de esta semejanza me causó un transporte de alegría. Por un instante abrigué el orgullo de creer que nuestro santo patrón se me había aparecido y que su espíritu velaba sobre mí. Al mismo tiempo pensé con placer que el padre Alejo estaba en buen camino, y aún que era un sabio, pues que el bienaventurado estaba en comunicación con él, y venía a ayudarlo ya con saludables reproches, ó ya, sin duda, con tiernos estímulos.

Adelantóme para doblar mis rodillas ante esta imagen tan sagrada; pero me pareció aún que me seguían paso a paso; volvíme también, pero no vi á nadie. En este momento mis miradas se dirigieron al cuadro que estaba colocado frente por frente al de san Benito, y ¡cuál fue mi sorpresa al reconocer las propias facciones, con una expresión suave y grave, y su hermoso cabello undoso que había creído ver en realidad! Este personaje era aún mucho más idéntico a mi visión que el otro. Estaba de pie y en la actitud en que se me había aparecido. Llevaba exactamente el propio vestido, la misma capa, el mismo cinturón, iguales botines. Sus grandes ojos azules un poco hundidos bajo el arco regular de sus cejas, se inclinaban dulcemente con una expresión meditativa y profunda. La pintura era tan bella que me pareció haber salido del propio pincel que la de san Benito, y el mismo personaje era tan hermoso que todas mis dudas sobre este particular fueron reemplazadas por la extremada alegría de volverle a ver, aun cuando solo fuese en efigie. Habíanle representado con un libro en la mano y otros muchos esparcidos a sus pies. Parecía pisar aquellos con indiferencia y desprecio, mientras que alzaba el otro con la mano y parecía decir lo que efectivamente estaba escrito en las cubiertas de este libro: ¡Ilicest vertías!

Mientras le contemplaba arrobado, diciéndome á mí mismo que debía, ser un hombre venerable cuando su imagen decoraba esta sala, se abrió la

puerta del fondo, y el padre tesorero, que era un buen hombre en extremo hablador, vino a hacerme compañía, esperando conmigo la llegada del prior.

— Me parece que le encanta a V. la vista de estos cuadros. Nuestro san Benito es una soberbia pieza, según dicen. Algunos amantes del arle lo han tomado por un Van-Dyck; pero Van-Dyck había muerto cuando fue pintado este lienzo. Este es obra de uno de sus discípulos, que imitaba admirablemente su escuela. No es fácil equivocarse en las fechas: porque cuando Pedro Hebronius vino aquí, hacia el año 1090, Van-Dyck no existía ya, y como habréis observado, la cabeza de Pedro Hebronius, entonces de edad de treinta años, es la que sirvió de modelo al pintor de san Benito.

— ¿Quién era pues ese Pedro Hebronius? pregunté.

— ¡Eh! repuso el monje mostrándome el retrato de m desconocido amigo, es el que aquí conocen bajo el nombre del abad Espiridion, el venerable fundador de nuestra comunidad. Era, como veis, uno de los más hermosos hombres de su época, y el pintor no podía hallar una cabeza de santo más bella.

— ¿Y murió? exclamé sin pensar lo que decía.

— Hacia el año 1698, respondió el tesorero, como cosa de un siglo. Veis que el pintor le ha representado teniendo un libro en la mano y conculcando otros bajo sus pies. Aquel dicen que es el cuarto escrito de Bossuet contra los protestantes; los otros son los execrables libros de Lutero y sus adeptos. Esta acción aludía a la reciente conversión de Pedro Hebronius, y señalaba su paso a la verdadera fe, que sirvió después con esplendor abrazando la vida religiosa y consagrando sus bienes a la edificación de esta santa casa.

— En efecto, repuse, he oído decir que este fundador fue un hombre de gran mérito, que vivió y murió en olor de santidad.

El tesorero meneó la cabeza sonriéndose.

— Es fácil vivir bien, dijo; más fácil que morir bien. No es bueno cultivar tanto la ciencia en el claustro. El espíritu se exalta, el orgullo se apodera a menudo de las más sanas cabezas, y el tedio hace que se canso uno de tener siempre fe en las mismas verdades; se quiere descubrir otras nuevas y uno se extravía. El demonio se aprovecha de ello y os suscita a menudo bajo las formas de una verdadera filosofía y bajo las apariencias de una celeste inspiración monstruosos errores, muy difíciles de abjurar cuando la

hora de ir a dar cuenta a Dios os sorprende. He oído decir en sigilo a gentes bien informadas, que el abad Espiridion, Aunque vivía santa y austeramente, habiendo leído muchos malos libros bajo el pretexto de refutarlos extensamente, se había dejado infectar poco a poco y a sabiendas por el veneno del error. Conservó siempre el exterior de un buen religioso; pero parece que secretamente había caído en herejías más monstruosas aún que las de su juventud. Los abominables libros del judío Spinoza y las infernales doctrinas de los filósofos de aquella escuela le habían vuelto panteísta, es decir aleo. ¡Oh ¡mi querido hijo, haced porque el amor A la ciencia, que solo es una vana curiosidad, no os arrastre jamás a semejantes precipicios. Se supone que Hebronijs los sus últimos años había escrito abominaciones sin fin. Felizmente se arrepintió a ¡a hora de su muerte, y los quemó con su propia mano, a fin de que el veneno que contenían no infestase en Jo sucesivo a los espíritus sencillos que los leyesen. Murió en paz con el Señor, en apariencia; pero los que solo habían tenido lugar de observar su vida exterior y que le tenían por santo, quedaron maravillados de que no hiciese milagros para ellos desde su tumba. Los espíritus rectos que habían aprendido a juzgarle mejor, se abstuvieron siempre de manifestar sus temores acerca su suerte en la otra vida. Algunos hasta pensaron que se había entregado a sortilegios y que el diablo había aparecido a su lado cuando espiró. Pero estas son cosas de las que es imposible adquirir plena certitud, é imprudente y aún quizás peligroso hablar. Quede pues en paz su memoria. Su retrato ha permanecido aquí, indicando que Dios puede muy bien habérselo perdonado todo, teniendo en cuenta las grandes limosnas que hizo y la fundación de este monasterio.

Fuimos interrumpidos por la llegada del prior. El tesorero se inclinó profundamente cruzando los brazos en el pecho y nos dejó juntos.

Entonces el prior, mirándome de pies a cabeza y hablándome con sequedad, me pidió razón de las largas vigilijs del padre Alejo y del rumor de voces que se oía salir cada noche de su celda. Traté de explicar estos hechos aduciendo el estado de enfermedad de mi maestro; pero el prior me dijo que una persona digna de fe, yendo a dar cuerda al reloj de la iglesia, antes de amanecer, había oído en nuestras celdas un gran ruido de voces, amenazas, gritos é imprecaciones.

— Espero, añadió el prior, que me responderá V. con sinceridad y sencillez, pues hay perdón para todas las faltas cuando el culpable se contiesa y

se arrepiente; pero si V. no aclara mis dudas de un modo satisfactorio, los mas

rigorosos castigos le obligarán a V. a ello.

— Reverendo padre, respondí, no sé que sospechas pueden pesar sobre mí en tales circunstancias. Es cierto que el padre Alejo ha hablado en alta voz toda la noche con bastante vehemencia, pues deliraba. En cuanto a mí he llorado, tan grande era el sentimiento que me causaba su dolor, y en los momentos que volvía en si, dirigía a Dios fervientes súplicas; entonces unía mi voz a la suya, y mi corazón al suyo.

— La contestación no carece de habilidad, repuso el prior con tono depreciativo, ¿pero ¿cómo explicará V. el gran resplandor que de pronto ha iluminado las celdas de VV., y aún toda la cúpula, y la llama que ha salido en su consecuencia y que se ha esparcido por el aire acompañada de un pestífero olor de azufre?

— Seríame difícil comprender, reverendo padre, respondí, que hubiese mayor delito en servirme de fósforo y azufre para encender una lámpara, que no le hay, según mi entender, en velar a un enfermo durante la noche y en rogar junto a su lecho. Es muy posible que me haya servido imprudentemente de aquella composición, y que en medio de mi precipitación haya dejado abierto el frasco que la contenía, y en su consecuencia se haya difundido por la casa el olor desagradable que despide; pero me atrevo a afirmar que este olor nada tiene de peligroso y que el fósforo no podría causar un incendio en caso alguno. Suplico pues a Su Reverencia me conceda su perdón si he obrado con poca prudencia, no imputando a nadie una falta que yo solo he cometido.

El prior fijó por largo rato sobre mi una mirada inquisitorial, como si hubiese querido penetrar hasta donde llegaba mi impudencia, y luego levantando los ojos al cielo en un transporte de indignación, salió sin decirme una sola palabra.

Permanecí solo y lleno de espanto, no por mi, sino á causa de la tempestad que vea amontonarse sobre la cabeza del padre Alejo; miré involuntariamente el retrato do Hebronijs y junté las manos arrebatadas por un movimiento irresistible de confianza y esperanza. El sol sería en esto momento el rostro del fundador; parecióme ver desprenderse su cabeza del

fondo, después su mano, y poco a poco todo su cuerpo salirse del cuadro é inclinarse hacia adelante. El movimiento hizo ondear ligeramente sus cabellos, sus ojos se animaron y dirigieron sobre mí una mirada penetrante. Sobrecogióme entonces una palpitación tan violenta, que mi sangre zumbó en mis oídos, mi vista se turbó, y sintiendo debilitarse mi valor, me alejé precipitadamente.

Retiróme triste é inquieto. Sea que el odio y la calumnia hubiesen envenenado hechos que permanecían todavía para mí en estado de problema, sea que tanto yo como el padre Alejo fuésemos el blanco de los ataques del maligno espíritu, y que hubiese tenido lugar ante algún testigo verídico algo más de la que yo habia apercibido; de todos modos preveía que mi desgraciado maestro iba a ser oprimido con eternas persecuciones, y que sus últimos instantes, ya tan dolorosos, serian cubiertos de amargura. Hubiera querido ocultarle cuanto acababa de suceder, pero el único medio de evitar los castigos que se le preparaban sin duda, era empeñarle a reconciliarse con el espíritu de la Iglesia.

Escuchó mis relatos y mis súplicas con indiferencia, y cuando hube concluido de hablar:

— Queda en paz, me dijo; el Espíritu está con nosotros, y nada tenemos que temer de los hombres de carne. El Espíritu es áspero, es severo, está irritado ¡pero está en favor nuestro. Y aún cuando nos entregasen a los más crueles castigos, aún cuando sepultasen tu cuerpo delicado y mi viejo cuerpo agonizante en las húmedas tinieblas de un calabozo, el Espíritu ascendería hacia nosotros desde las entrañas de la tierra, como desciende ahora sobre nosotros desde los dorados rayos del sol: No temas, hijo mío: en donde está el Espíritu están también la luz, el calor y la vida.

Quise insistir aún, me hizo seña con suavidad de que no

le turbase, y sentándose en su poltrona cayó en una contemplación interior, durante la cual su calva frente y sus ojos inclinados al suelo ofrecieron el modelo de la más augusta serenidad. Poseía seguramente una virtud desconocida que subyugaba todas mis repugnancias y dominaba todos mis temores. Le amaba más que hijo alguno ha amado a su padre. Sus males eran los míos, y si hubiese sido condenado, a pesar de mi sincero deseo de agradar a Dios, hubiera deseado compartir su castigo. Hasta entonces habia sido devorado por mil escrúpulos; pero desde entonces el sentimiento de su

peligro me daba tanta fuerza y ternura, que desconocía la incertidumbre. Había elegido yo entre la voz de mi conciencia y el grito de su angustia; mi solicitud tomaba un carácter enteramente humano, lo confieso. Si no puede salvarse en la otra vida, me decía a mí mismo, que acabe a lo menos apaciblemente esta, y si debo ser castigado para siempre por este deseo, cúmplase la voluntad de Dios,

Por la noche, a tiempo que él se adormecía blandamente y que yo concluía mi rezo junto a su lecho, se abrió bruscamente la puerta y una espantosa figura vino a colocarse delante de mí. Quedé petrificado hasta el punto de no poder articular un sonido ni hacer un movimiento. Mis cabellos se erizaban y mis ojos permanecían clavados sobre esta horrible aparición, como los de una avecilla fascinada por una serpiente. Mi maestro no se despertaba, y la odiosa estatua permanecía inmóvil al pie de su lecho. Cerré los ojos para no verla más, y para buscar mi razón y mi fuerza en el fondo de mí mismo. Volvílos a abrir y estaba aún allí. Hice entonces un gran esfuerzo para gritar, y un sordo aullido que salió de mi pecho despertó a mi maestro.

— ¡Ah!; ah!

— ¿No me has llamado? heme aquí, dijo la fantasma.

MI maestro se encogió de hombros y volviéndose hacia mí: — ¿Tienes miedo? me dijo; ¿tomás esto por un espíritu, por el diablo, no es verdad? No, no, los espíritus no toman esta forma, y si los hubiese tan bestialmente feos no gozarían el poder de presentarse a los hombres. La razón humana está bajo la salvaguardia del espíritu de sabiduría. Esto no es una visión, añadió levantándose y acercándose a la fantasma; esto es un hombre de carne y hueso.

— Vamos, quitaos esa máscara, dijo cogiendo al espectro por la garganta; no penséis que ese burlesco disfraz pueda aterrorizarme.

Entonces dándole una fuerte sacudida con una mano que parecía de hierro, le hizo caer de rodillas, y arrancándole su canela, reconocí al hermano convertido que me había arrojado de la iglesia y queso llamaba Domingo.

— Toma la lámpara, me dijo el padre Alejo con voz fuerte y unos ojos en que brillaba una alegría irónica. Marcha delante de mí, es preciso que se me dé cuenta de semejante abominación. ¡.Vamos, despáchate! ¡obedece! Tienes menos fuerza y valor que una liebre.

Estaba tan trastornado que mi mano temblaba y no podía sostener la lámpara.

— Abre la puerta, me dijo mi maestro con tono imperioso.

Obedecí, pero viéndole arrastrar por el suelo como a un trapajo al miserable Domingo, me horrorizó, porque el padre Alejo cuando estaba indignado tenía momentos de desenfundada violencia, y creí que iba a precipitar al pretendido demonio por cima la pendiente de la cúpula.

— ¡Gracia! ¡gracia! padre mío, le dije poniéndome delante de él, no manche V, sus manos de sangre.

El padre Alejo levantó los hombros y dijo.

— ¡Eres un insensato! ya que no quieres marchar ante mi, sígueme. Y siguiendo arrastrando al convertido, que sin embargo de ser un hombre robusto parecía aterrado por una fuerza sobre humana, bajó rápidamente la escalera. Cobré entonces ánimo y seguile

Al ruido que hacíamos, muchas personas, que esperaban sin duda al remate de la escalera el resultado de las confesiones que el supuesto demonio pretendía arrancar a mi maestro, se presentaron ¡pero viendo una escena tan diferente de loque esperaban, se envolvieron en sus caperuzas y huyeron perdiéndose en la oscuridad. No obstante, tuvimos tiempo de observar por sus hábitos que eran hermanos convertidos y novicios. Ninguno de los padres se habia comprometido en esta sacrilega farsa, dirigida, sin embargo, como supimos después, por órdenes superiores.

El padre Alejo continuaba andando con paso precipitado, arrastrando a su prisionero. De rato en rato hacia estos esfuerzos para desasirse de su mano formidable, pero deteniéndose el padre le imprimía un movimiento de estrangulación y le hacia rodar por los escalones. Sus uñas estaban empapadas de sangre y los ojos de Domingo parecían querer saltar de las órbitas. Seguía yo y de este modo llegamos al remate de la grande escalera quedaba al claustro. Estaba allí suspendida una gran campana que se tocaba únicamente en la agonía de los religiosos y que llamaban el artículo mortis. Teniendo el padre Alejo siempre con una mano su abatido demonio, se puso a tocar con la otra con tal vigor, que del monasterio se estremeció. Al momento oímos abrir precipitadamente las puertas de las celdas, y en todas las escaleras se oía ruido. Los monjes, los novicios, los dependientes, todos

acudían, y pronto el palio se llenó de gente. Todas estas figuras despa-
voridas y en desorden, alumbradas solamente por el trémulo resplandor de
mi lámpara, ofrecían el aspecto de los habitantes del valle de Josafat desper-
tando del sueño de la muerte al sonido de la trompeta del juicio. El padre
seguía tocando, y en vano llovían sobre él preguntas, en vano trataban de
arrancar de sus manos al desgraciado Domingo; estaba animado de una
fuerza sobrenatural; hacia frente a este tropel, y dominándole con el ruido
de su toque de a rebato y de su voz de trueno:

— Fáltame alguno, decía, cuando estará aquí hablaré, me someteré; pero
no dejaré de tocar hasta que haya bajado como los demás.

Por fin, presentóse el último el prior, y el padre Alejo cesó de agitar la
campana. Se presentaba tan fuerte y tan bello en este momento, de pie, los
ojos centellantes, con aire victorioso y teniendo a sus pies aquella figura de
monstrua, que cualquiera le hubiera tomado por el arcángel san Miguel
aterrando el demonio. Todos le miraban extáticos y no se oía la más ligera
respiración bajo la profunda bóveda del claustro. Entonces el anciano levan-
tando su voz en medio de aquel fúnebre silencio, dijo dirigiéndose al prior:

— ¡Padre mío, ved lo que pasa! Mientras estoy agonizando en mi lecho,
hombres de esta santa casa y que se llaman mis hermanos, vienen a asediar
mi último suspiro, llevados de una cobarde curiosidad y con una su-
perchería infame. Envían a mi celda a este, ¡este Domingo! (y diciendo esto
levantaba bastante alto la cabeza del convertido para que toda la asamblea
pudiese reconocerle). Envíanle cubierto con un asqueroso disfraz a colo-
carse a mi cabecera y gritar a mis oídos con voz furiosa para hacerme des-
pertar sobresaltado de mi sueño, de mi último sueño quizás ¿Qué espera-
ban? ¿Atemorizarme? ¿helar por medio de una aparición aterradora mi es-
píritu que creían abatido, y arrancar a mi delirio palabras vergonzosas y
horribles secretos? ¿Cuál es esta nueva é increíble persecución, padre mío,
y desde cuando no le es permitido al pecador pasar en silencio y en paz su
hora suprema? Si hubiesen dado con un espíritu de luz, y hubiesen ocasion-
ado mi muerte con esta visión infernal sin darme tiempo para reconoceré
invocar al Señor, decidme, ¿sobre quién hubiera debido recaer el peso de mi
condenación? Ó vosotros, hombres de buena fe que os halláis aquí, no
hablo por mí, por mí que voy a morir, sino por vosotros que me sobre-
viviréis; para que podáis sumir tranquilamente el cáliz de vuestra muerte, os
digo ahora que pidáis todos conmigo justicia a nuestro padre espiritual que

está ante nosotros, y en caso necesario al otro que está sobre nosotros. ¡Justicia, pues, padre mío! ¡Haced justicia!

Y los hombres de buena fe que estaban allí gritaron lo juntos: ¡Justicia! ¡Justicia! y los mudos ecos del claustro repitieron: ¡Justicia! ¡Justicia!

El prior presenciaba esta escena con impasible fisonomía, tan solo me pareció que estaba más pálido que lo de costumbre. Permaneció algunos instantes sin contestar con las cejas ligeramente arrugadas. Por fin elevó la voz y dijo:

— Hijo mío Alejo, perdona a ese hombre.

— Sí, le perdono con condición de que V. le castigará, padre mío, respondió.

— Hijo mío Alejo, repuso el prior, ¿son estos los sentimientos de un hombre que dice hallarse próximo al momento de presentarse ante el tribunal de Dios? Ruegos que perdonéis a ese hombre y levantéis vuestra mano de su cuerpo.

Alejo vaciló un instante, pero conoció que si no reprimía su cólera sus enemigos iban a triunfar. Dió dos pasos adelante, é impeliendo su presa hasta los pies del prior, sin soltarla:

— Reverendo padre, dijo inclinándose, perdono, porque debo hacerlo y porque vos lo deseáis; pero como no es a mí sino al cielo a quien se ha ofendido, como vuestra virtud, vuestra sabiduría y vuestra autoridad son las que han sido ultrajadas, conduzco el culpable a vuestras plantas, y prosternándome con él, suplico a Vuestra Reverencia le perdone, y ruegue para que la justicia eterna lo perdone igualmente.

Los enemigos de mi maestro habían confiado en que con su cólera y su resistencia echaría a perder su causa; pero este acto de sumisión destruyó sus infames designios, y los que estaban en favor dieron tales muestras de aprobación a su conducta, que el prior se vió obligado a tomar su partido, a lo menos en apariencia.

— Hijo mío Alejo, le dijo levantándole y abrazándole, hanme conmovido vuestra humildad y vuestra misericordia;

pero no puedo perdonar a este hombre como vos le habéis perdonado. Vuestro deber era interceder por él, el mío es castigarlo severamente, y esto

se verificará tal cual lo reclama la justicia celeste y los estatutos de nuestra orden.

A esta severa determinación un estremecimiento de horror pasó de uno a otro, pues las penas contra el sacrílego eran las más severas de todas, y ningún religioso conocía su extensión hasta haberlas sufrido. Además, estaba prohibido revelarlas so pena de padecerlas segunda vez. Los condenados salían de su encierro en un espantoso estado de sufrimiento, y muchos habían sucumbido poco tiempo después de haber obtenido su perdón. Sin duda no le engañó a mi maestro la severidad del prior, pues viajar por sus labios una sardónica risa; sin embargo, su orgullo quedaba satisfecho, y entonces soltó su presa. Su mano estaba tan encrespada y robada al cuello de su enemigo, que se vió forzado a emplear la otra para desasir aquella. Domingo cayó desmayado a los pies del prior, que hizo una seña y en seguida otros cuatro convertidos se lo llevaron a vista de la asamblea consternada. No se le volvió Jamás a ver en el convento. Prohibióse pronunciar nunca su nombre, ni pablabra alguna que tuviese relación con su extraña falta. Recitósele el oficio de difuntos, sin que nos fuese permitido preguntar que habia sido de él; pero después le he visto gordo, dispuesto y alegre, y riéndose con aire socarren cuando se le recordaba aquella aventura.

MI maestro se apoyó sobre mí, bamboleó, púsose pálido, y perdiendo de pronto la milagrosa fuerza que le habia sostenido hasta entonces, se arrastró con mucha dificultad hasta su lecho; hícele tragar algunas gotas de mi cordial y me dijo:

— Ángel, creo bien que le hubiera muerto si el prior le hubiese protegido.

Durmíose sin añadir una sola palabra.

El día siguiente el padre Alejo se levantó bastante tarde, habíase calmado, pero estaba muy débil; necesitó apoyar-

se en mí para ilegar basta su silla, y cayó más bien que no se sentó en ella, despidiendo un suspiro. No podía concebir como este cuerpo tan débil, habia sido el día anterior capaz de tan poderosos esfuerzos.

— Padre mío, le dijo mirándole con inquietud, ¿acaso se halla V. peor, y sufre V. más?

— No, me contestó, no; me encuentro bien.

— Pero parece V. estar profundamente absorbido.

— Reflexiono.

— Medita V. acerca de cuanto ha pasado. Lo concibo; lugar hay a ello, pero me parece que debería V. estar más sereno, pues hay motivo también para alegrarse. Hemos conseguido por fin ver con claridad el fondo del abismo, y sabemos ya realmente que no es V. asediado por malos espíritus.

Sonrióse el padre Alejo con aire dulcemente irónico, meneando la cabeza

— ¿Crees aún pues en los malos espíritus, pobre Ángel mío? me dijo.; Error! ¡error! ¿Crees tú también como los físicos de otro tiempo que la naturaleza tiene horror al vacío? Sin embargo, lo mismo hay malos espíritus que vacío. ¿Qué sería pues el hombre, esa criatura inteligente, ese hijo del espíritu, si las malas pasiones, los viles instintos de ¡a carne pudiesen venir bajo una forma asquerosa ó grotesca a asaltar sus vigiliass ó fatigar su sueño? No: todos esos demonios, todas esas creaciones infernales, de que hablan todos los días los ignorantes ó los impostores, son solo vanas fantasmas creadas por la imaginación de los unos para atemorizar la de los otros. El hombre fuerte conoce su propia dignidad, ríese en su interior de las invenciones dignas de compasión con que quiere probarse su valor, y seguro de su impotencia, se duerme sin inquietud y se despierta sin temor.

— Sin embargo, respondile maravillado, han acontecido aquí mismo cosas que deben hacerme pensar lo contrario. V. Sabe que la otra noche le he oído conversar con otra voz más fuerte que parecía reprenderle á

V. duramente. V. le contestaba con el acento del temor y del dolor, y como esto me habia asustado, vine a su cuarto de V. para socorrerle, y le he encontrado solo, postrado y llorando amargamente. ¿Qué era pues esto?

— Era él.

— [Él! ¿Quién, él?

— Tú lo sabes bien, pues que estaba él contigo, pues que le habia llamado por tres veces, como el espíritu del Señor llamó durante la noche al jóven Samuel dormido en el templo.

— ¿Cómo lo sabe V., padre mío?

No pareció que Alejo oyese mi pregunta. Permaneció por algún tiempo absorto, con la cabeza inclinada sobre el pecho; después tomó la palabra sin cambiar de posición ni hacer movimiento alguno.

— ¿Dime Ángel, cuando le viste era en medio del día?

— Si, padre mío, a las doce. Ya me lo habéis preguntado.

— ¿Y el sol brillaba?

— Centellaba sobre su cara,

— ¿Solo esa vez le has visto?

Vací en responder un momento; temía ser juguete de una ilusión, y de dar con mis propias aberraciones consistencia a las de Alejo.

— ¡Le has visto otra vez, exclamó con impaciencia, y no me lo has dicho!

— Mi buen maestro, ¿qué valor quiere V. dar a apariciones que quizás no son más que efecto de semejanzas casuales ó tal vez de simples caprichos de la luz?

— Ángel, ¿qué quiere V. decir? lo que trata V. de ocultarme esme revelado por sus mismas reticencias. Hable V. es preciso, va en ello el reposo de mis últimos días.

Vencido por su persistencia, contéle para satisfacerle el terror que habia experimentado en la sacristía, un día que creyendo estar solo, y saliendo de un profundo desmayo, había oído murmurar ciertas palabras y visto pasar una

sombra, sin poderme dar a raíz mismo en seguida una explicación natural de estas cosas.

— ¿Y qué palabras eran esas? dijo el padre Alejo.

— Una rogativa a Dios en favor de las víctimas de la ignorancia y de la impostura.

— ¿Qué nombre daba al que invocaba? Decía él: ¡Oh Espíritu! ó bien decía; ¡Oh Jehovah!

— Decía: ¡Oh Espíritu de sabiduría!

— ¿Y qué forma tenía aquella sombra?

— No sé. Salió de la oscuridad y se perdió en el rayo de luz que partía de la ventana, antes de que hubiese tenido tiempo ó valor para examinarla. Pero escuchad, padre mío, he creído siempre que erais vos que apoyado en la ventana, y hablándoos a vos mismo...

Alejo hizo un gesto de incredulidad.

—¿No podríais haber perdido la memoria de ese accidente, errante sin cesar en aquella época por los jardines, y fuertemente preocupado cual lo estáis siempre?

— ¿Pero tú le has visto aún otras veces? interrumpió Alejo con una especie de violencia. No quieres decírmelo todo, quieres que baje al sepulcro sin legar mi secreto A un amigo. Responde siquiera a la pregunta que voy a hacerte. ¿Cuándo le paseabas en los hermosos días a lo largo de las extraviadas calles del jardín, y atormentado por dolorosos pensamientos, invocabas una providencia amiga de los hombres, no has oído tras tus pisadas otras que hacían crugir la arena?

Estremecime, y le dije que ese ruido de pasos me habia perseguido en la sala del capítulo, cabalmente el dia anterior.

—¿Y entonces no se te ha aparecido nada?

—Expliquéle el efecto prodigioso del sol sobre el retrato del fundador. Entonces cruzó con transporte sus manos repitiendo diferentes veces:

— ¡Él es, él es te ha elegido, te ha enviado, quiere que te hable! Pues bien, voy a hablarle. Recoge sus ideas,

y haz que no agite tu alma una vana curiosidad. Recíbela confianza que voy a hacerte como reciben con calma al rayar al alba las entreabiertas flores el delicioso rocío del calor. ¿Has oido hablar alguna vez de Samuel Hebronijs?

— Sí padre mío, si es efectivamente el mismo que el abad Espiridion.

Y yo le referí entonces lo que el tesorero me habia contado.

El padre Alejo encogió las espaldas con expresión de desprecio, y me habló en estos términos:

«Hay otras herencias diversas de las de familia, por las que se legan, según la carne, las riquezas materiales. Otros parientes más nobles fundan patrimonios más santos. Cuando un hombre ha pasado su vida entera en la investigación de la verdad por todos los medios imaginables y con (odas sus fuerzas, y a fuerza de cuidados y estudio ha alcanzado algunos descubrimientos en el vasto mundo del espíritu, deseando no dejar desvanecerse en la tierra el tesoro que ha encontrado, y volver a la oscuridad el rayo de luz que ha entrevisto, desde que conoce que se acerca su término, se apresura a escoger entre hombres más jóvenes una inteligencia simpática a la suya, en la que pueda antes de morir depositar sus pensamientos y su ciencia, a fin de que la sagrada obra, no interrumpida a pesar de la muerte del primer artífice, marche, se agrande, y perpetuada de raza en raza por idénticas sucesiones, llegue con el tiempo á su entero cumplimiento. Y está bien persuadido, hijo mío, que se necesita para emprender y continuar tamaños trabajos, para hacer y aceptar semejantes legados, una inteligencia generosa y un sacrificio grande, cuando se sabe anticipadamente que no se llegará al conocimiento de la palabra del grande enigma a que sin embargo ha consagrado uno su vida. Perdóneme este orgullo, hijo mío; será quizás la única recompensa que sacaré de esta vida de trabajos, tal vez será esta la única espiga que recogeré en el áspero surco que he labrado con el sudor de mi frente. Soy el heredero espiritual del padre Fulgencio como tu lo serás mío, Ángel. El padre Fulgencio era un monje de este convento; había en su juventud conocido al fundador, nuestra venerable maestro Rebruñios, ó como le llaman aquí el abad Espiridion. Era entonces para él lo que eres tú ahora para mí, hijo mío; era joven y bueno, inexperto y tímido como tú; su maestro le amaba como yo le amo, y le confió coa una parte de sus secretos, la historia de su vida. Del mismo heredero del maestro es pues de quien yo sé lo que voy a referirte.

«Pedro Hebronius no se llamaba así al principio. Su verdadero nombre era Samuel. Era judío y oriundo de una pequeña aldea de las cercanías de Inspruck. Su familia, dueña de una gran fortuna, le dejó en sus primeros años en completa libertad de seguir sus propias inclinaciones. Desde la niñez fueron ya aquellas serias. Gustábale la soledad y pasaban los días y aún las noches recorriendo las escabrosas montañas y los estrechos valles de su país a menudo iba a sentarse al borde de los torrentes ó a orillas de los lagos, y permanecía allí largo tiempo escuchando el rumor de las olas, tratando de deslindar el sentido que la naturaleza ocultaba en aquellos

susurros. a medida que avanzaba en edad su imaginación se volvió más curiosa y grave. Fue pues preciso pensar en darle una instrucción sólida. Enviáronle sus padres a estudiar las universidades de Alemania. Apenas hacia un siglo que habia muerto Lutero, pero su memoria y su palabra vivían aún en el entusiasmo de sus discípulos. La nueva fe aseguraba las conquistas que habia hecho, y parecía dilatarse con su triunfo. Animaba a los reformistas el mismo ardor que en los primeros días, Aunque más ilustrado y mesurado. El proselitismo proseguía con todo su ardor y hacia cada dia nuevos iniciados. Al oír predicar una moral y explicar dogmas que el luteranismo habia extraído del catolicismo, Samuel quedó penetrado de admiración. Como era un espíritu sincero y atrevido comparó en seguida las doctrinas que se le exponían entonces con aquellas en las que habia sido educado, é iluminado por esta comparación, reconoció al instante la inferioridad del judaísmo. Dijo a sí mismo, que una religión hecha para un solo pueblo, con exclusión de todos los demás, que no daba a la inteligencia satisfacción de lo presente, ni certeza sobre el porvenir, desconocía la noble necesidad de amar que reside en el corazón humano, y ofrecía tan solo una justicia bárbara por regla de conducta: dijo que esta religión no podía ser la de las bellas almas y de los grandes espíritus, y que no era el Dios de verdad el que solo dictaba al estrépito del trueno sus mutables voluntades, y llamaba únicamente para la ejecución de sus estrechos pensamientos a los esclavos de un terror grosero. Siempre consecuente consigo mismo, puso en seguida Samuel en ejecución cuanto habia admitido su pensamiento, y un año después de su llegada a Alemania abjuró el judaísmo para entrar en el seno de la iglesia reformada. Como no sabía hacer las cosas a medias, quiso en cuanto le fuese posible despojar al hombre viejo, y comenzar una nueva vida; entonces fue cuando cambió su nombre de Samuel en el de Pedro. Trascurrió algún tiempo, durante el cual se afirmó y se instruyó más en su nueva religión. Bien pronto llegó al punto de buscar en favor de ella objeciones que refutar y adversarios que combatir. Como era audaz y emprendedor se dirigió al principio a los más fuertes. Bossuet fue el primer autor católico que se puso a leer: empezó a verificarlo con una especie de desdén; creyendo que en la fe que acababa de abrazar residía la verdad pura, despreciaba todos los ataques que podían intentarse contra ella, y se burlaba algo precipitadamente de los argumentos irresistibles del Águila de Meaux; pero pronto su irónica desconfianza se cambió en pasmo, y luego en admiración. Cuando vió con que poderosa lógica y con cuan grandiosa poesía el prelado

francés defendía la iglesia de Roma, dijose a sí mismo que la causa sostenida por semejante abogado, cuando menos se hacia digna de respeto, y por una transición natural llegó a pensar que los grandes espíritus podían solo consagrarse a cosas grandes. Entonces se puso a estudiar el catolicismo con el mismo ardor ó imparcialidad que lo habia verificado con el luteranismo, colocándose frente a frente de él, no como hacen comunmente los sectarios, bajo el punto de vista de la controversia y de la denigración, sino bajo el del eximen y de la comparación. Fue a Francia a ilustrarse en la religión madre al lado de los doctores, como habia hecho en Alemania respecto a la reforma. Vió a! grande Arnauld, y al segundo Gregorio Nacianceno, Fenelon, y al mismo Bossuet. Guiado por estos maestros, cuya virtud le hacía amar la inteligencia, penetró rápidamente al fondo de los misterios de la moral y del dogma católicos. Encontró en ellos cuanto constituía para él la hermosura y grandeza del protestantismo, el dogma de la unidad y de la eternidad de Dios que ambas religiones habían tomado del judaísmo, y los que parecían deducirse naturalmente y que sin embargo este no habia reconocido, la inmortalidad del alma, el libre albedrío en esta vida, y en la otra la recompensa para los buenos y el castigo para los malos. Halló que era más pura quizás y aún más sublime esa excelente moral que predica a los hombres la igualdad entre ellos la fraternidad, el amor, la caridad, el sacrificio á otro y el desprendimiento de sí mismo. Parecióle que el catolicismo tenía además en su favor la ventaja de una fórmula más vasta, y de una unidad vigorosa que fallaba al luteranismo. Es verdad que este en cambio habia admitido la libertad de examen, que es también una necesidad de la naturaleza humana, y proclamado la autoridad de la razón individual; pero por lo mismo habia renunciado al principio de la infalibilidad, que es la base necesaria y la condición vital de toda religión revelada, pues que no puede hacerse vivir una cosa más que en virtud de las leyes que han presidido a su creación, y por consiguiente tan solo puede confirmarse y continuarse una revelación por otra revelación. Ahora bien, la infalibilidad no es otra cosa que la revelación continuada por Dios mismo ó el Verbo en la persona de sus vicarios. El luteranismo que pretendía compartir el origen del catolicismo, y apoyarse en la misma revelación, rompiendo la cadena tradicional que unía el cristianismo entero a esta misma revelación, habia zapado con sus propias manos los fundamentos de su edificio. Entregando a la libre discusión la continuación de la religión revelada, habia entregado por este mero hecho también su principio y atentado igualmente él mismo a la inviolabilidad de

su origen que dividía con la secta rival. Como el espíritu de Hebronijs se hallaba en aquel entonces más inclinado hacia la fe que hacia la crítica, y tenía menos necesidad de discusión que de convicción, naturalmente se vió dirigido a preferir la certeza y la autoridad del catolicismo, a la libertad ó incertidumbre del protestantismo. Este sentimiento se fortalecía aún al aspecto del carácter sagrado de antigüedad que el tiempo habia impreso en la frente de la religión madre. Además, la pompa y el esplendor de que se rodeaba el culto romano parecían a este espíritu poético la expresión armoniosa y necesaria de una religión revelada por el Dios de la gloria y de la omnipotencia Finalmente, después de maduras reflexiones conoció que se hallaba sincera y enteramente convencido, y recibió de nuevo el bautismo de manos de Bossuet. Añadió en aquel acto el nombre de Espiridion al de Pedro, en memoria de que habia sido iluminado dos veces por el espíritu. Resolvió desde entonces consagrar toda su vida a la adoración del nuevo Dios que le habia llamado hacia sí, y a profundizar su doctrina: pasó a Italia, é hizo edificar, ayudado de la gran fortuna que le habia dejado uno de sus hijos, católico también, el convento en que estamos. Fiel al espíritu de la ley que habia creado las comunidades religiosas, reunió a su alrededor los monjes más afamados por su inteligencia y su virtud, para dedicarse con ellos a la pesquisa de todas las verdades y trabajar en el engrandecimiento y corroboración de la fe por la ciencia. Al principio pareció tener su empresa un éxito feliz. Estimulados por su ejemplo, se entregaron sus compañeros durante algunos años con ardor al estudio, al rezo y a la meditación. Habíanse puesto bajo la protección de san Benito, y adoptado las reglas de su orden. Cuando llegó el momento de nombrarse un jefe espiritual, su elección recayó unánimemente sobre Hebronijs, y fue confirmada por el papa. El nuevo prior, feliz por un momento con la confianza de los hermanos que se habia escogido, volvió de nuevo a sus trabajos con más ardor y esperanza que nunca. No tardó mucho tiempo en reconocer que se habia engañado acerca de los hombres que habia llamado a compartir con él su empresa. Como los habia escogido entre los más pobres religiosos de Italia, no le costó mucho obtener de ellos zelo y aplicación durante los primeros años. Acostumbrados como estaban a una vida dura y activa, habian fácilmente adoptado el género de existencia que les habia impuesto, y se habian conformado gustosos a sus deseos. Pero ó medida que se acostumbraron a la opulencia se volvieron menos laboriosos, y cayeron poco a poco en los defectos y vicios cuyo ejemplo habian visto en sus cofrades más ricos, y cuyo germen

quizás también habían conservado en su interior. A la frugalidad sucedió la intemperancia, a la actividad la pereza, a la caridad el egoísmo: no más ple-garias durante el día, no más vigili-as por la noche ;la maledicencia y la gula sentaron su trono en el convento como dos reinas impuras; la ignorancia y la desvergüenza penetraron en él tras ellas, é hicieron del templo destinado a las virtudes austeras y a los nobles trabajos, un receptáculo de ver-gonzosos placeres y viles ociosidades.

«Hebroni-us, dormido en su confianza y perdido en sus profundas especu-laciones, no percibía el estrago que causaban a su alrededor los miserables instintos de la materia. Cuando abrió los ojos era ya demasiado tarde; no habiendo visto la transición por la que todas estas almas vulgares habían pasado del bien al mal, y demasiado alejado depilo por la magnanimidad de su naturaleza para comprender sus debilidades, cobró hacia las mismas un inmenso desprecio, y en lugar de descender hácia los pecadores, y de tratar de conducirlos nuevamente a su primera virtud, se separó con disgusto y dirigió al cielo su cabeza desde entonces en adelante siempre solitaria. Pero como el águila herida que se remonta hasta el sol con el veneno de un reptil, en el ala, no pudo en la elevación de su aislamiento desprenderse de las es-candalosas imágenes que hablan sorprendido sus ojos. La idea de la corrup-ción y de la bajeza vino a mezclarse a todas sus meditaciones teológicas, y a adherirse como una vergonzosa lepra a la idea de la religión. Bien pronto no le fue posible separar, a pesar de su poder de abstracción, el catolicismo de los católicos. Esto le condujo sin notarlo a considerarlo por sus lados más débiles como le había considerado en otro tiempo por los más fuertes, y a buscar a posar suyo las malas posibilidades. Con su genio investigador y la poderosa facultad de análisis de que estaba dotado, no tardó mucho en en-contrarlas; pero al igual de aquellos mágicos que evocan los espectros y tiemblan luego a su aparición, asustábase él mismo de sus descubrimientos. Había ya perdido aquel fuego de la juventud que le impelió siempre hácia delante, y decíase a si mismo que una vez destruida esta tercera religión, no habría otra alguna bajo la cual pudiese abrigarse. Se esforzó pues en afirmar su fe que empezaba a vacilar, y para conseguirlo púsose a leer nuevamente los mejores escritos, de los defensores contemporáneos de la iglesia. Natu-ralmente volvió a tomar en sus manos a Bossuet; pero mirábale ya bajo otro punto de vista, y lo que le había parecido otras veces concluyente y sin ré-plica, le parecía controvertible ó negable en muchos puntos. Los argumen-tos del doctor católico le recordaron las objeciones de los protestantes, y la

libertad de examen que habia en otro tiempo despreciado volvió por segunda vez a tener cabida victoriosamente en su inteligencia. Precisado a luchar individualmente contraía doctrina infalible, cesó de negarla autoridad de la razón individual. No tardó aún en hacer de ella un uso más audaz que todos aquellos que la habían proclamado. Habia titubeado al principio; pero emprendida ya su carrera, no se detuvo. De consecuencia en consecuencia se remontó hasta la misma revelación, la atacó con la misma lógica que el resto, y obligó a descender de nuevo a la tierra a esa religión que quería ocultar su cabeza en el cielo. Cuando hubo dado a la fe esta batalla decisiva, continuó esforzadamente su marcha y prosiguió su victoria; victoria funesta que le costó muchas lágrimas. Después de haber despojado de su divinidad al padre del cristianismo, no temió pedirles a él y a sus sucesores cuenta de la obra humana que habian llevado a cabo. La cuenta fue severa. Hebronius llegó al fondo de todas las cosas. Encontró mucho mal mezclado a mucho bien, y grandes errores a grandes verdades. El gran campo católico habia producido quizás tanto joyo como trigo puro. En la naturaleza del espíritu de Hebronius, la idea de un Dios puramente espíritu, produciendo de si mismo un mundo material, y pudiendo hacerlo reentrar en sí por un aniquilamiento ó anonadamiento semejante a su creación, parecíale ser el producto de una imaginación enferma precisada a producir una teología cualquiera, y be aquí lo que se repelía a menudo a sí mismo: — Siendo el hombre cual es organizado, y no debiendo por tanto juzgar y creer más que por lo que le dictan sus propias percepciones, ¿esle posible concebir quede nada se haga alguna cosa y de alguna cosa nada? ¿Y cuál es el edificio que se ha construido sobre esta base? ¿Qué viene a hacer el hombre a este mundo material, que el puro espíritu ha extraído de si mismo? Ha sido sacado y formado de la materia, después colocado sobre aquel por el. Dios que conoce lo futuro, para ser sometido a pruebas que este mismo Dios dispone a su antojo y cuyo éxito sabe anticipadamente; en una palabra, para luchar contra un peligro al que debe necesariamente sucumbir, y expiar en seguida una falta que no ha podido impedirse el cometer

« Esta idea de los hombres, llamados sin su consentimiento a una vida de peligros y de angustias, seguida para la mayor parte de sufrimientos eternos é inevitables, arrancaba a la recta alma de Hebronius gritos de dolor é indignación.— Sí, exclamaba, si, vosotros sois ciertamente los descendientes de esos judíos implacables que en las ciudades conquistadas asesinaban atrozmente hasta a los hijos de los hombres y a los corderitos de los rebaños, y

vuestro Dios es el hijo engrandecido de su feroz Jehovah que solo hablaba a sus adoradores de cólera y venganza.

«Renunció pues a! cristianismo; pero como no tenía otra religión nueva que abrazar en su lugar, y por otra parte, habiéndose vuelto más prudente y sosegado, no quiso de nuevo hacerse acusar inútilmente de inconstancia y apostasía, conservó todas las prácticas exteriores de ese culto que habia interiormente abjurado. Pero no era bastante haber dejado el error, era también preciso encontrar la verdad. Hebronijs miraba a su alrededor, pero nada vea que tuviese visos de tal. Empezó entonces para él una serie de sufrimientos desconocidos y terribles. Colocado frente a frente de la duda, ese espíritu sincero y religioso se espantó de su aislamiento, y se puso a sudar agua y sangre, como Cristo sobre la montaña a la vista de su cáliz. Y como no tenía más fin ni más deseo que la verdad, y fuera de ella nada le interesaba aquí bajo, vivía absorto en sus dolorosas contemplaciones, sus miradas erraban sin cesar en el vacío que le rodeaba como un océano sin límites, y vea retroceder incesantemente el horizonte ante él a medida que quería alcanzarle. Perdido en esta inmensa incertidumbre, se sentía poco a poco apoderado de una especie de vértigo.

«Después, fatigado de sus vanas pesquisas y desús tentativas sin esperanza, caía agobiado, amarrido, desorganizado, viviendo solo por el profundo dolor que sentía sin comprenderlo.

«Sin embargo conservaba bastante fuerza todavía para no dejar percibir al exterior nada de su miseria interna: sospechábase, si, al ver la palidez de su frente, su pausado y melancólico andar, algunas furtivas lágrimas que de tiempo corrían sobre sus descarnadas mejillas, que su alma se hallaba fuertemente combatida, pero se ignoraba el porqué. El manto de su tristeza ocultaba a todos los ojos el secreto de su herida. Como no habia confiado a nadie la causa de su mal. nadie hubiera tampoco podido decir si procedía de una desesperada incredulidad, ó de una fe demasiado viva que nada sobre la tierra podía satisfacer. La duda acerca este particular era aún poco posible. El abad Espiridion cumplía con tan irreprochable exactitud todas las prácticas exteriores del culto, y todos sus deberes visibles de perfecto católico, que no daba lugar por donde asirse a sus enemigos, ni pretexto para una acusación plausible. Todos los monjes cuyos vicios contenía con su rígida virtud, y cuya vil pereza condenaba con sus austeros trabajos, heridos a la vez en su egoísmo y en su vanidad, alimentaban contra él un odio implaca-

ble, y buscaban ávidamente los medios de perderle; pero no encontrando en su conducta ni sombra de una falla, se veían precisados ó tascar su freno en silencio, y se contentaban con verle sufrir por sí mismo. Hebronijs penetraba el fondo de su pensamiento, y al propio tiempo que despreciaba su impotencia se indignaba de su ruindad. Así, cuando por algunos momentos salía de sus preocupaciones interiores para echar una mirada sobre la vida real, les hacía crudamente llevar el peso de su malicia. Tan benigno era con los buenos, como duro con los malos. Si todas las debilidades ¡No hallaban compasivo, y todos los sufrimientos simpáticos, todos los vicios le encontraban severo, y todas las imposturas implacables! Parecía aún hallar algún alivio en sus males en este completo ejercicio de la justicia. Su grande alma se exaltaba todavía con la idea de hacer bien. No tenía regla cierta ni ley absoluta, pero guiábale en todas sus acciones y conducíale a lo justo

una especie de razón instintiva que nada podía anonadar ni desviar. Probablemente por este lado fue por el que cobró apego ó la vida: sintiendo fermentar estos generosos sentimientos, dijose a sí mismo que la sagrada chispa habia cesado solo de brillar en él, pero no de arder, y que Dios habitaba aún en su corazón, Aunque oculto a su inteligencia por velos impenetrables. Fuese esta idea ó cualquier otra Ja que le reanimase, lo cierto es que se notó aclararse poco a poco su frente, y sus ojos empañados por las lágrimas recobraron su antiguo brillo. Se entregó de nuevo con más ardor que nunca a los trabajos que habia abandonado y empezó a observar una vida más retirada que nunca. Al principio sus enemigos se regocijaron, creyendo que la enfermedad era la causa de la soledad en que se había constituido; pero su error fue de corta duración. El abad en lugar de debilitarse cobraba cada día nuevas fuerzas, y pareció remozarse con las fatigas de cada vez mayores que se imponía. A cualquiera hora de la noche que se dirigiese la vista a su ventana habia seguridad de ver luz en ella, y los curiosos que se acercaban a su puerta para procurar saber en que invertía el tiempo, oían como siempre en su celda el ruido de hojas que se volvían rápidamente, ó el chirrido que hace una pluma sobre el papel, y a menudo pasos medidos y tranquilos como los de un hombre que medita. Algunas veces también llegaban hasta los oídos de aquellos, espías palabras ininteligibles, y confusos gritos de cólera ó de entusiasmo ¡es dejaban clavados de admiración en su sitio ó les obligaban a huir de espanto. Los monjes que nada habian podido deducir del abatimiento del abad, tampoco pudieron verificarlo de su exaltación. Pusieronse a indagar la causa de su bienestar, y el objeto de sus trabajos, y

nada hallaron más verosímil sus estúpidos celebres que la magia. ¡La magia! ¡Cómo si los grandes hombres pudiesen achicar su inteligencia inmortal con la profesión de hechiceras, y consagrar toda su vida a soplar en esos hornillos para hacer aparecer a los asustadizos niños diablos con cola de perro y pies de cabra! Pero la materia ignorante desconoce absolutamente la marcha del espíritu, y nunca los búhos han conocido las vías por donde las águilas se elevan hasta el sol.

Sin embargo, aquellos frailucos no se atrevieron a emitir su opinión a cara descubierta, y la calumnia erró vergonzosamente en la oscuridad al rededor del maestro, sin atreverse atacarle de frente. Encontró pues en el terror quo inspiraban a estos imbéciles enemigos imaginarias maquinaciones, una seguridad que no hubiera hallado en la veneración debida a su genio y a su virtud. Esperaban ver salir del profundo misterio que le rodeaba algún terrible prodigio, como de una sombría nube fuegos devoradores. así es como pudo llegar Hebronijs con tranquilidad a su postrera hora. Cuando la vió aproximarse llamó a Fulgencio hácia quien alimentaba un afecto paternal. Dijole que le habia distinguido entre sus demás compañeros a causa de la sinceridad de su corazón y de su ardiente amor a lo bello y a lo verdadero; que hacía largo tiempo que lo hubiera escogido para ser su heredero espiritual, y que había llegado el momento de revelarle su pensamiento. Entonces le contó la historia íntima de su vida. Cuando llegó al último período, se detuvo un instante como para meditar antes de pronunciar las palabras supremas y definitivas después prosiguió así: —Te he iniciado en todas las luchas, en todas las dudas, en todas las creencias de mi vida. Te he dicho todo lo que habia encontrado bueno y malo, verdadero y falso en las religiones que he atravesado. Magote juez y dejo ó tu conciencia el cuidado de decidir. Sí piensas que he padecido error, y que el catolicismo en que has vivido desde tu infancia satisface a la vez tu espíritu y tu corazón, no te dejes arrastrar por mi ejemplo, y conserva tu creencia. Debe el hombre permanecer do bien se encuentra. Para pasar de una fe a otra es preciso atravesar abismos, y cónstame demasiado cuan penosa es la ruta que che seguirse, para impelerle a emprenderla contra tu voluntad. La sabiduría proporciona ú las plañías el terreno y el viento que las son propicios. a la rosa le da las llanuras y la brisa, a los cedros la montaña y el huracán. Hay espíritus atrevidos y curiosos, que desean ó inquietan ante lodo la verdad; otros más modestos y más tímidos piden solo el reposo. SI te parecieras a mí, si el primer deseo de tu naturaleza fuese la sabiduría, te co-

municaría sin vacilar mi pensamiento entero haríale beber en la copa de la verdad que he llenado con mis lágrimas, hasta el extremo de correr riesgo de embriagarte. ¡Pero desgraciadamente no es así! Tú has nacido para amar más que para saber, y tu corazón es más fuerte que tu espíritu. Tú estás afecto al catolicismo, a lo menos así lo creo, por lazos de sentimiento que no podrías romper sin dolor; y si lo hacías, esa verdad por lo que habrías inmolido todas tus simpatías, no le resarciría los sacrificios. El lugar de exaltarte, le postraría quizás. Es un alimento demasiado fuerte para los pechos delicados, y que cuando no vivifica, ahoga. No quiero pues revelarles esa doctrina que constituye el triunfo de mi vida y el consuelo de mi hora extrema, (jorque ella ocasionaría tal vez tu llanto y tu desesperación. ¿Qué sabe uno de las almas? Sin embargo, es muy posible que a causa de tu mismo amor, el culto de lo bello le conduzca a la necesidad de lo verdadero, y puede llegarla hora en que tu espíritu sincero tendrá sed y hambre de lo absoluto. No quiero, si llega este caso, que clames entonces al cielo ni que viertas sobre una incurable ignorancia lágrimas sin fruto. Dejo después de mi una esencia mía, la mejor parte de mi inteligencia, algunas páginas. fruto de toda una vida de meditaciones y trabajos. De todas las obras que han producido mis largas vigiliass, esta es la única que no he arrojado a las llamas, porque era la única completa. Todo mi ser está allí por entero, allí está la verdad. Ahora bien, el sabio ha dicho que no deben sepultarse los tesoros en el fondo de los pozos. Es pues preciso que este escrito escape de la bruta! estupidez de esos monjes; pero como solo debe pasar a manos dignas de llevarlo, y abrirse únicamente a ojos capaces de comprenderlo, quiero para ello imponer una condición que será al mismo tiempo una prueba. Quiero que me siga a la tumba, a fin de que aquel de vosotros que deseará leerle tenga bastante valor para arrostrar vanos temores, arrancándolo al polvo del sepulcro: así pues, escucha mi última voluntad. Así que habré cerrado los ojos coloca este escrito sobre mi pecho. Le he encerrado yo mismo en un estuche de pergamino, cuya preparación particular podrá garantizarle de la corrupción durante muchos siglos. No dejes que persona alguna loque mi cadáver; es este un triste cuidado que poco se disputa y que te cederán gustosamente. Coloca tú mismo la mortaja alrededor de mis miembros extenuados y vela sobre mis despojos con celosos ojos, hasta que haya bajado al seno de la tierra con mi tesoro: porque no ha llegado aún la época en que tú mismo podrás aprovecharte de él. Tú solo adoptarías su espíritu bajo la fe de mi palabra, y esta fe no sostendría la prueba de una lucha diariamente

renovada contra tí por el catolicismo. Al igual década generación humana, tiene cada hombre SUS necesidades intelectuales, cuyo limite marca el de sus investigaciones y de sus conquistas. Para leer con fruto esas lineas quo confío al silencio de la tumba, será preciso que tu espíritu haya llegado, como el mío, a la necesidad de una transformación completa. Solo entonces te despojarás de tu antiguo vestido sin temor y sin pena, y te pondrás el nuevo con la seguridad de una buena conciencia. Cuando este dia brillará para lí, rompo sin inquietud la piedra y el metal, abre mi tumba y hunde en mis secas entrañas una mano firme y piadosa. ¡Ay! cuando llegará esta hora, me se figura que mi extinguido corazón revivirá como la yerba helada a la vuelta del sol de primavera, y que desde el seno de esas transformaciones infinitas mi espíritu entrará en comunicación inmediata con el tuyo; porque el espíritu vive para siempre: él es el eterno productor y el eterno alimento del espíritu; él nutre lo que engendra; v como cada distracción alimenta una nueva producción en el orden material, del mismo modo cada soplo intelectual conserva por medio de una invisible comunión el soplo despertado por él en un nuevo santuario de inteligencia.

«Este discurso no suscitó en el seno de Fulgencio un ardor mayor del que habia presentido su maestro. Espiridion le habia juzgado bien al decirle que no habia sonado aún para él la hora del conocimiento. Sin duda espíritus más atrevidos y celebres más vastos que el de Fulgencio hubieran podido ser instituidos depositarios del secreto del abad; en esta época los habia en el claustro: pero sin duda también estos caracteres no le ofrecían garantías suficientes de desinterés y sinceridad: debía temer que su tesoro no parase en ser un medio de poder temporal ó de gloria mundana en manos de hombres ambiciosos; tal vez un manantial de impiedad, ó una causa de ateísmo, bajo la interpretación de una alma árida y de una inteligencia privada de amor. Sabía que Fulgencio era, como dice la Escritura, un oro purísimo, y que si fallándole valor llegaba al extremo do no aprovechar el sagrado legado, almenes no haría nunca de él un uso funesto. Cuando vió la humilde resignación con que habia escuchado sus confianzas aquel amado discípulo, aplaudióse el haberle dejado a su libre arbitrio, y solo le hizo jurar que no moriría sin haber hecho pasar aquel legado a manos dignas de poseerlo. Fulgencio lo juró.

— Pero, ¡ó maestro mío! exclamó él, ¿cómo conoceré esas manos puras? ¿Y si nadie me inspira bastante confianza para que le transmita vuestra

herencia, no subirá del seno de la tumba vuestra voz hacia mí para disipar mi ceguera ó mi timidez? ¿Podré dirigirme solo por las tinieblas cuando se habrá extinguido la luz?

— Ninguna luz se extingue, respondió el abad, y las tinieblas del entendimiento son para un espíritu generoso y sincero velos fáciles de rasgar. Nada se pierde; la forma misma no muere; y permaneciendo grabada mi figura en

el más íntimo santuario de tu memoria, ¿quién podrá decir que esa misma figura ha desaparecido de este mundo y que los gusanos han destruido mi imagen? ¿Romperá acaso la muerte los lazos de nuestra amistad? ¿Podrá pues entonces decirse que lo que se ha conservado en el corazón de un amigo ha dejado de ser? ¿Tiene el alma necesidad de los ojos del cuerpo para contemplar lo que ama, y no es ella un espejo do nada so borra? Vé, el mar dejará de reflejar el azur de los cielos antes que la imagen de un ser amado haya caído en la nada; y el artista que fija una semejanza sobre el lienzo ó sobre el mármol, ¿acaso no comunica también una especie de inmortalidad a la materia?

«Tales eran las postreras conversaciones de Espiridion con su amigo. Pero empieza aquí para este último una serie de hechos personales sobre los que llamo tu atención. Voy A referírtelos tales cuales me fueron transmitidos muchas veces por él, con la más escrupulosa exactitud.

« Fulgencio no podía habituarse a la idea de tener que ver morir a su amigo y maestro. En vano le decían los médicos que le quedaban al abad pocos días de vida, pues que su enfermedad había ya llegado al término en que cesan todas las esperanzas y se hacen inútiles los recursos del arte; érale imposible concebir el que aquel hombre de carácter y espíritu tan vigorosos aún, estuviese al borde de su destrucción. Nunca le habia visto él más claro ni más elocuente en sus palabras, más sutil en sus descubrimientos ni de más extensas miras. En el umbral de otra vida gozaba aún de energía y actividad para ocuparse de los detalles de la que iba a abandonar. Lleno de solicitud para sus hermanos, daba a cada uno las instrucciones que le convenían: a los malos una amonestación ardiente, a los buenos un aliento paternal. Estaba más inquieto y afectado por el dolor de Fulgencio que por sus propios dolores físicos; y su ternura hácia aquel jóven le hacía olvidar cuanto de solemne y terrible tiene el paso que iba a franquear.»

Aquí interrumpió su relación el padre Alejo, viendo linarse mis ojos de lágrimas, y mi cabeza se inclinó sobre su mano helada, al pensar la íntima semejanza que existía entre la situación que me describía y la en que nos bailábamos uno y otro. Comprendíome, estrechó fuertemente mi mano y continuó.

“Viendo Espiridion que aquella alma tierna y apasionada en sus afec- ciones iba a romperse con el hilo de su vida, trató de suavizar el horror con que rodea el catolicismo la idea de la muerte, pintándole con serenos y con- soladores colores ese paso de una existencia efímera a una existencia sin fin.

— No me quejo de que muráis, respondía Fulgencio; me quejo porque me abandonáis. No me inquieta vuestra suerte; sé que vais a pasar de mis brazos a los de un Dios que os ama; ¡pero yo voy á gemir sobro una tierra árida, ya arrastrar una existencia desamparada entre seres que nunca os reemplazarán para mi!

— ¡Oh hijo mío! no hables así, respondió el abad; existe una providencia para los hombres buenos, para los corazones que aman. SI te roba un amigo cuya misión cera de tí está ya cumplida, dará en recompensa a tu vejez otro amigo fiel, un hijo afecto, un discípulo confiado, que embalsamará tus últi- mos días con los consuelos que hoy dia tú me prodigas.

— Nadie podrá amarme como yo os amo, repuso Fulgencio, porque nun- ca seré digno de un amor semejante al que me inspiráis; y aún cuando esto pudiese suceder, ¡soy tan jóven! ¡Imaginad lo que tendré que sufrir privado de guía y de apoyo durante los años de mi vida en que vuestros consejos y vuestra protección me hubiesen sido más necesarios!

— Escucha, le dijo un dia el abad, quiero manifestarle un pensamiento que ha atravesado muchas veces mi espíritu sin detenerse nunca en él. Ya sabes que nadie es más enemigo que yo de las groseras truhanerías de que se valen los monjes por aterrorizar a sus adeptos; no soy más partidario de los éxtasis que visionarios ignorantes ó viles impostores han hecho servir para levantar su fortuna, ó satisfacer su miserable vanidad; pero creo en las apariciones y en los sueños, que han comunicado a veces un saludable ter- ror, ó conducido una vivificante esperanza a espíritus sinceros y piadosa- mente entusiastas. Los milagros no me parecen inadmisibles a la razón más fría y más ilustrada. Entre las causas sobrenaturales que lejos de causar re-

pugnancia a mi espíritu, son para él una visión dulce y una creencia vaga, aceptaría como posibles las comunicaciones directas de nuestros sentidos con lo que permanece en nosotros y alrededor de nosotros de los muertos que hemos amado. Sin creer que los cadáveres puedan romper la losa del sepulcro y recobrar por algunos instantes las funciones de la vida, imagino algunas veces que los elementos de nuestro ser no se dividen súbitamente; y que antes de su difusión un reflejo de nosotros mismos se desprende a nuestro alrededor, como el espectro solar hiera aún nuestra vista con toda su brillantez, muchos minutos después que ha desaparecido de nuestro horizonte. Si debo decirle cuanto pasa en mí acerca este particular, te confesaré que según una tradición de mi familia, que nunca he tenido valor de rechazar como una fábula, la vida existía en tal grado de intensidad en la sangre de mis antepasados, que su alma experimentaba al dejar el cuerpo el esfuerzo de una crisis extraña, desconocida. Hacían entonces desprenderse de ellos su propia imagen y aparecérseles algunas veces doble y triple. Mi madre aseguraba que en la suprema hora en que mi padre entregó a Dios su alma, pretendía ver a cada lado de su cama un espectro del lodo semejante a él, vestido con el traje que llevaba los días festivos para ir a la sinagoga de que era rabino. Hubiera sido tan fácil a la altanera razón el rechazar esta leyenda, que nunca no cuidé de ello. Érale agradable a mi imaginación, y me hubiera afligido condenarla a la nada de los errores juzgados. Estos discursos te causan alguna extrañeza. Me has visto repeler tan duramente las tentativas de nuestros visionarios, y ridiculizar tan implacablemente sus alucinaciones, que piensas quizás que mi cerebro se debilita en este momento. Siento al contrario rasgarse los velos, y me parece que nunca he penetrado con más lucidez en las percepciones desconocidas de un nuevo orden de ideas. Conociendo el hombre sincero, en la hora de abdicar el ejercicio de la soberbia razón, que no tiene ya necesidad de defenderse de los terrores de la muerte, arroja su escudo y contempla con ojos tranquilos el campo de batalla que abandona. Puede entonces ver que, lo mismo que la ignorancia y la impostura, tienen la ciencia y la razón sus preocupaciones, sus ceguedades, sus negativas temerarias, sus mezquinas obstinaciones. ¿Qué digo? Ve que la razón y la ciencia humana no son más que descubrimientos provisionales, horizontes nuevamente descubiertos, más allá de los cuales se abren horizontes infinitos, desconocidos aún, y que juzga inalcanzables porque la corta duración de su vida y la débil medida de sus fuerzas no le permiten proseguir más lejos su viaje. Ve, a decir verdad, que la razón y la ciencia no son

más que la superioridad de un siglo relativamente a otro; dícese temblando que los errores que le hicieron reír en su tiempo eran la última palabra de la sabiduría humana para sus antepasados. Puede decirse que sus descendientes se reirán igualmente de su ciencia, y que los trabajos de toda su vida, después de haber dado su fruto durante una estación, serán necesariamente rechazados como el viejo tronco de un árbol que se poda. Humíllese pues entonces y contemple con filosófica calma esa serie de generaciones que le seguirán, y sonríase al ver el punto intermedio en que ha vegetado, átomo oscuro, imperceptible eslabón de la cadena sin fin. Que diga: He ido más lejos que mis antecesores, he engrosado ó depurado el tesoro que habían conquistado. Pero que no diga: Lo que yo no he hecho es imposible hacerlo, lo que no he comprendido es un misterio incomprensible, y nunca el hombre superará los ‘obstáculos que me han detenido; porque ese sería un blasfemo, y por tales juicios es por lo que sería preciso encender las hogueras donde la inquisición arroja los escritos de los innovadores.

«Aquel día Espiridion colocó su cabeza entre sus manos y no se explicó más. Al siguiente volvió a tomar el hilo de una conversación que parecía gustarle y aliviarle de sus sufrimientos.

— Fulgencio, dijo, ¿Qué puede significar la palabra pando? ¿Qué acción quiere determinar eso verbo dejar de ser? ¿Serán estas ideas creadas por el error de nuestros sentidos y la impotencia de nuestra razón? ¿Lo que ha sido puede dejar de ser, y lo que es puede no haber sido en todo tiempo?

— ¿Es decir, le contestó el sencillo Fulgencio, que no moriréis, ó que os veré aún después de haber dejado de ser?

— No existiré y existiré aún, respondió el maestro. SI tú sigues amándome, me verás, me sentirás, me verás en todas partes. MI forma estará ante tus ojos, porque quedará grabada en tu espíritu; mi voz vibrará en tus tímpanos, porque permanecerá en la memoria de tu corazón; mi espíritu se revelará aún a tu espíritu, porque tu alma me comprende y me posee. Y quizás, añadió con una especie de entusiasmo, y como herido por una idea nueva, quizás te diré después de mi muerte lo que mi ignorancia y la tuya nos han impedido descubrir juntos y comunicarnos el uno al otro. Tal vez tu pensamiento fecundará el mío; tal vez la semilla plantada por mí en tu alma fructificará avivada por tu soplo, ¡Ruega ruega! y no llores. Acuérdate que el joven profeta Elíseo pidió como única gracia al Señor que le concediese

una doble parte del espíritu del profeta Elias su maestro. Hoy día todos somos profetas, hijo mío; todos buscamos la palabra de la vida y el espíritu de la verdad.

«El último día recibió el abad los sacramentos con toda la calma y toda la dignidad de un hombre que cumple un

acto exterior, y que lo acepta como un símbolo respetable. Recibió los adioses de todos sus hermanos, díjoles su postrera bendición, y volviéndose hacia Fulgencio en el momento en que este viéndote tan fuerte y tranquilo creía que iba a tener lugar alguna crisis y que iba a serle devuelto, le dijo muy bajo.

— Hazles salir Fulgencio; quiero estar solo contigo. Apresúrale, voy a morir.

«Fulgencio consternado, obedeció; y cuando estuvo con el abad le preguntó temblando y llorando, de que provenía, que en un momento en que se hallaba tan sosegado, tuviese la idea de que su vida iba a acabar tan pronto.

— En efecto, repuso Espiridion, me siento muy bien, y si debiese juzgar por el bienestar que experimento en mi cuerpo y en mi alma, creería que nunca me había hallado más fuerte ni mejor. Pero ciertamente voy a morir, porque acabo de ver mi sombra que me señalaba el reloj de arena y me hacía señas para que despidiese a todos esos testigos inútiles ó malévolos: dime a donde llega la arena.

— ¡O mi querido maestro, más de la mitad ha pasado al receptáculo!

— Bien está, hijo mío.... Dame el escrito.... colócale sobre mi pecho, y pon en seguida la mortaja alrededor de mi cuerpo.

«Fulgencio obedeció; un ardor frío bañaba su frente: el abad le lomó las manos, y le dijo aún:

— No me voy.... Todos los elementos de mi ser vuelven a Dios y una parte de mí mismo pasa a ti.

«Cerró después los ojos y quedó en un piadoso recogimiento. Al cabo de media hora los abrió y dijo:

— Este instante es inefable; nunca fui tan feliz.... Fulgencio, ¿queda arena?

«Fulgencio volvió sus húmedos ojos hacia el reloj; apenas quedaban algunos granos. Arrebatado por un movimiento inexplicable de dolor, estrechó convulsivamente las manos de su maestro entrelazadas entre las suyas y que

sentía enfriarse rápidamente. El abad Je devolvió el apretón con fuerza, y se sonrió diciéndole: — ¡He aquí la hora!

« En aquel momento sintió Fulgencio colocarse sobre su cabeza una mano llena de calor. Se volvió de repente, y vió de pie detrás de él un hombre del todo semejante al abad, que le miraba con aire grave y paternal. Dirigió su vista hacia el muerto, sus manos se habían extendido, sus ojos estaban cerrados. Había dejado ya de vivir la vida de los hombres.

« Fulgencio no osó volverse. Dividido entre el terror y la desesperación, dejó caer su cabeza sobre la cama y perdió el conocimiento por algunos instantes; pero acordándose pronto del deber que tenía que cumplir, cobró valor y acabó de cubrir a su querido maestro con el paño mortuario. Colocó el manuscrito con el mayor cuidado, puso encima el crucifijo según costumbre, y cruzó los brazos del cadáver sobre el pecho. Apenas estuvieron en esta posición, se pusieron tiesos como el acero, y parecióle a Fulgencio que ningún poder humano hubiera podido arrancar el libro a aquel cuerpo privado de vida.

«No le abandonó un solo minuto, y él mismo le condujo con otros tres novicios ó la iglesia. Allí se prosternó junto a su catafalco, y permaneció sin tomar alimento alguno ni cerrar sus ojos, hasta que con sus propias manos hubo soldado el ataúd, y que con sus ojos vió colocar la losa que debía cubrirle. Cuando terminó este acto se prosternó sobre ella y la regó con sus lágrimas. Entonces oyó una voz que le dijo al oído: — ¿Hete pues dejado? No se atrevió a mirarla su alrededor; pero la voz que había oído era ciertamente la de su amigo. Resonaban aún en la bóveda del templo los cantos fúnebres, y los monjes desfilaban lentamente.

« En este punto, prosiguió Alejo después de haber cobrado aliento un momento, cesan para mí las íntimas revelaciones de Fulgencio. Cuando me contó estas cosas creyó no deberme ocultar nada de la vida ni de la muerte de su maestro; pero ya fuese escrúpulo de cristiano, ya una especie de confusión y de arrepentimiento hacia la memoria de Espiridion, no quiso contarme lo que había tenido lugar después entre él y la sombra que le visitaba

asiduamente. Poseo una completa certeza de que al principio tuvo numerosas apariciones; pero el temor que le causaban, y los esfuerzos que hacía para sustraerse a ellas, hicieron que cada vez fuesen más raras y confusas. Era Fulgencio un carácter vacilante, una conciencia timorata. Cuando hubo perdido a su maestro, no obró ya sobre él el encanto de su presencia continua; asustóse de cuanto había oído, y tal vez de cuanto había hecho al inhumar el libro. Nadie mejor que él sabía cuan indigna era de la alta sabiduría y de la poderosa razón del abad la acusación de magia. Sin embargo, a fuerza de oír después de su muerte que se había abandonado a ese arte detestable, y que había tenido comercio con los demonios, aterrorizado Fulgencio por las cosas sobrenaturales que había visto, y por las que sin duda pasaban aún por él, buscó en la escrupulosa observancia de sus deberes de buen cristiano un refugio contra la luz que deslumbraba sus ojos. Lo que se debe admirar en ese hombre generoso y recto, es que halló en su corazón la fuerza que fallaba a su espíritu, y que nunca hizo traición aún en el seno mismo de las investigaciones pérfidas ó amenazadoras del confesonario a ninguno de los secretos de su maestro. Ignoróse la existencia del manuscrito, y a la hora de su muerte ejecutó fielmente la voluntad suprema de Espiridion confiándome lo que acabo de confiarte yo a ti.

« Espiridion había fundado como estatuto particular de nuestra abadía, que todo religioso afecto de una enfermedad grave tendría el derecho de reclamar, además de los cuidados del enfermero ordinario, los de un novicio ó de un religioso a gusto suyo. El abad había instituido este reglamento pocos días antes de su muerte, en reconocimiento a los consuelos con que Fulgencio endulzaba su agonía, a fin de que el mismo Fulgencio y los demás monje tuviesen en su última prueba esos socorros y esos alivios de la amistad que nada puede reemplazar. Habiendo pues sufrido Fulgencio un ataque de parálisis, fui mandado a su lado. Sorprendióme la elección que hizo de mí en esta ocurrencia; pues apenas le conocía, y nunca había mostrado distinguirme, mientras estaba rodeado de fervientes discípulos y amigos solícitos. Objeto de las persecuciones y de la desconfianza de la orden durante los primeros años que sucedieron a la muerte del abad, acabó por hacer la paz a fuerza de dulzura y suavidad. Fatigados de lidiar, habían cesado de pedirle cuenta de los heréticos escritos que sospechaban beber salido de la pluma de Hebronius, y se persuadieron que los había quemado. Las conjeturas sobre la grande obra habían dejado ya de ser de moda desde que el espíritu del siglo XVII se había infiltrado en nuestros muros.

Teníamos a lo menos diez buenos padres filósofos que leían en secreto las obras de Voltaire y Rousseau, y que llevaban el espíritu fuerte hasta quebrantar el ayuno y suspirar por el matrimonio. Tan solo quedaba ya el portero del convento, anciano de ochenta años y contemporáneo del padre Fulgencio, que mezclase las supersticiones de lo pasado con el orgullo de lo presente. Hablaba del tiempo antiguo con admiración, del abad Espiridion con una sonrisa misteriosa, y del mismo Fulgencio con una especie de desprecio, como de un ignorante y un perezoso que hubiera podido comunicar su secreto y enriquecer el convento, pero que tenía miedo al diablo y trabajaba simplemente en su salud. Sin embargo había aún en mi época muchos celebres jóvenes a quienes atormentaban como un problema la vida y la muerte de Itebronius. Yo era de ese número; pero debo decir que si bien me inspiraba alguna inquietud la suerte de aquella grande alma en la otra vida, no participaba de ninguno de los imbéciles terrores de los que no se atrevían a rogar por ella de miedo que no se les apareciese. Una superstición, que durará mientras haya conventos, condenaba a su espectro a errar sobre la tierra hasta que las puertas del purgatorio se hubiesen abierto del todo ante su arrepentimiento ó ante las súplicas de los hombres. Pero como, según los monjes, es propio de la naturaleza de los espectros el irritarse con los vivos que quieren ocuparse de ellos para obtener siempre más misas y rogativas, se guardaban bien todos de pronunciar su nombre en las conmemoraciones particulares.

«En cuanto a mí, había reflexionado a menudo sobre las» extrañas cosas que se contaban en el noviciado acerca las antiguas apariciones del abad Espiridión. Ningún novicio de mi tiempo podía afirmar haber visto u oído al Espíritu. Pero habíanse perpetuado en aquella escuela ciertas tradiciones, con los comentarios de la ignorancia y del miedo, elementos ordinarios de la educación monacal. Los antiguos que la echaban de despreocupados, se reían de estas tradiciones sin confesar que ellos mismos las habían dado crédito en su juventud. Por lo que respecta a mí, las escuchaba con avidez; gustándole a mi imaginación la poesía de esas relaciones maravillosas y no tratando de comentarlas mi razón. Complacíame particularmente cierta historia que voy a referir

«Durante sus últimos años había tomado el abad Espiridion la costumbre de andar a largos pasos por la extensa sala del capítulo desde las doce á la una. Era aquella la única recreación que se permitía, y la consagraba aún a

los pensamientos más graves y sombríos; porque si se le interrumpía en medio de su paseo, se entregaba a violentos accesos de cólera. Así es que los novicios que tenían alguna gracia que pedirle le esperaban en la galería del claustro contigua a la del capítulo, y allí aguardaban temblando a que diese la una, pues el abad, escrupulosamente regular en la distribución de sus horas, no prolongaba un minuto más ni menos su paseo. Algunos días después de su muerte, habiendo entrado el abad Deodato, su sucesor, un poco después del mediodía en la sala del capítulo, salió de ella al cabo de algunos instantes pálido como la muerte, y cayó desmayado en los brazos de varios hermanos que se hallaban en la galería. Jamás quiso manifestar la causa de su terror, ni contar lo que había visto en la sala. Ningún religioso se atrevió a penetrar en ella a aquella hora, y el miedo se apoderó de todos los novicios, hasta el extremo de pasar la noche rezando en su dormitorio y de caer enfermos muchos ¡de esos jóvenes. Sin embargo, siendo aún más fuerte la curiosidad que el terror, hubo algunos bastante atrevidos para estar en la galería durante la hora fatal. Esa galería está, como sabes, algunos pies más baja que el piso de la sala del cabildo, cuyas cinco ventanas ojivas dan sobre ella y estaban en aquella época, lo mismo que hoy día, adornadas con grandes cortinas de sarga carmesí, constantemente bajas sobre aquella parte del edificio. ¡Pero cuál fue la sorpresa y el espanto de aquellos novicios cuando vieron pasar sobre la cortina la grande sombra del abad Espiridion, bien fácil de reconocer por la silueta de su hermosa cabellera! Al mismo tiempo que veían pasar y repasar la sombra, oían el ruido igual y rápido de sus pasos. Todo el convento quiso ser testigo de aquel prodigio, y los espíritus fuertes, pues que en aquel tiempo había algunos, pretendían que era Fulgencio, ó algún otro de los antiguos favoritos del abad que se paseaba como él. Pero el asombro de los incrédulos fue grande cuando pudieron cerciorarse de que toda la comunidad, sin exceptuar un solo religioso, novicio ó servidor, se hallaba reunida en la galería, mientras que la sombra seguía andando y el entarimado de la sala crujía bajo sus pies como de costumbre.

« Esto duró cosa de un año. a fuerza de misas y rogativas se satisfizo, dicen, aquella alma en pena, y al primer aniversario de la muerte de Hebrinius vióse cesar este prodigio. Sin embargo, pasóse aún otro año sin que nadie se atreviese a entrar en la sala a labora maldita. Como en los conventos a cada cosa se aplica un nombre convencional, habían denominado a esta hora el Miserere, porque durante el año que había durado el paseo del

aparecido, muchos novicios designados por turno por los superiores estaban obligados a ir a recitar en la galería el Miserere. Cuando, hubo cesado esta aparición, y se hubieron familiarizado de nuevo con los lugares frecuentados por el espíritu, decíase que a la hora del mediodía, en el momento en que el sol pasaba sobre el rostro del retrato de Hebronius, veían animarse sus ojos y parecer del todo semejantes a unos ojos humanos.

«Nunca habia yo zaherido ni puesto en duda esta leyenda. Gustábame en extremo oírla contar; y mucho antes de la época en que conocí íntimamente a Fulgencio, me habia interesado ya ese sabio abad, cuya alma agitada no habia tal vez podido entrar a gozar del celeste reposo, no habiéndole sido dable hallar amigos dolados de bastante ánimo ó cristianos bastante fervorosos para pedir y obtener su gracia. Con toda la sencillez de mi fe me habia constituido el abogado de Espiridion cerca del tribunal de Dios, y todas las noches antes de dormirme recitaba contritamente un De profundis para él. Aunque habia muerto unos cuarenta años antes de venir yo al mundo, ya sea que admirase la grandeza de su carácter, del cual referíanse mil rasgos notables, ó ya que hubiese en mí algún no sé que como una predestinación de deber ser su heredero, lo cierto es que me sentía conmovido por una viva simpatía y una especie de ternura piadosa cuando me acordaba de él. Horrorizábame la herejía, y le compadecía tan extremadamente por haber caído en este error, que no podía sufrir que se hablase delante de mí de sus últimos años.

«Sin embargo, la prudencia me prohibía confesar esta simpatía. La inquisición ejercida sin cesar por los superiores, hubiera acriminado la pureza de mis sentimientos. La elección que Fulgencio hizo de mí para ser su amigo y consolador dió lugar a que me sorprendiese tanto a mí cuanto sorprendió a los otros. Algunos quedaron mortificados; pero nadie pensó en hacerme un crimen de ello, pues no le habia buscado, y no se tuvo desconfianza de mí. Era yo entonces un católico tan ferviente cuanto es posible serlo, y aún mi devoción tenía un carácter de ortodoxia feroz, que me aseguraba, si no la benevolencia, a lo menos la consideración de los superiores. Cuatro años hacía que habia profesado, y ese fervor de novicio que se ha hecho proverbial, no se habia disminuido aún en mí. Amaba la religión católica con una especie de transporte; parecíame una arca santa a cuyo abrigo podría dormir con seguridad toda mi vida, sin temer las olas ni las tempestades de mis pasiones, pues sentía en mí una fuerza capaz de pulverizar

como el vidrio lodos los raciocinios de la sabiduría. Las ideas que encierra esa palabra misterio eran las únicas que podían encadenarme, porque solo ellas tenían la facultad de gobernarme, o lo menos de adormecer mi religión. Complacíame en exaltarla potencia de esa revelación divina que corta do golpe todas las controversias y promete en cambio do la sumisión del espíritu los eternos goces del alma. ¡Cuán preferible me parecía a raí a esas filosofías profanas que buscan en vano la felicidad en un mundo efímero, y que no pueden después de haber soltado la rienda a los instintos de ia materia, recobrar el menor dominio durable sobre ellos por el raciocinio! Poseía casi todas las instrucciones escolásticas y profesaba la teología como un exaltado apóstol, haciendo servir todo mi espíritu de discusión y examen en demostrar la excelencia de una fe que proscribía uno y otro.

«Parecía pues el hombre menos a propósito para recibir las confianzas del amigo de Hebronijs; pero un solo acto do mi vida habia revelado poco antes al anciano Fulgencio cuanto podía esperarse de la firmeza de mi carácter. Un novicio me habia confiado una falta que yo le habia Instado confesase. No lo habia hecho, y habiéndose descubierto, así como también la confianza que se me habia hecho, se tachaba casi mí silencio de complicidad. Querían para absolverme que hiciese mayores revelaciones y que completase con mi de nación la acusación dirigid;! contra aquel jóven. Preferí hacer mayor mi culpa que la suya. Confesó él la verdad y fui disculpado, pero se acriminó mucho mi resistencia y el prior me dirigió públicos reproches en términos más propios para herir el irritable orgullo que incubaba en mi seno. Impúsome una cruel penitencia, y viendo después la sorpresa y la consternación que esta severa orden difundía por los semblantes de los trémulos novicios añadió:

— És nos en extremo sensible deber castigar con el rigor de la justicia a un hombre tan regular en sus costumbres y tan afecto a sus deberes cual lo ha sido V. hasta el dia. Desearíamos perdonar esta falta, la primera en su vida religiosa que haya sido do gravedad. Lo haríamos con alegría si manifestase V. bastante confianza en nos para humillarse ante nuestra paternal autoridad y si reconociendo sus yerros se empeñase solemnemente en no reincidir jamás en una resistencia semejante en favor de las profanas máximas de una mundana lealtad.

— Padre mío, respondí, sin duda he cometido una grave falta, pues condena V. mi conducta; pero Dios reprueba los votos temerarios, y cuando

hacemos un firme propósito de no ofenderle mas, obtenemos su asistencia futura, no por juramentos, sino por humildes votos y ardientes rogativas. Seríanos imposible engañar su penetración y reíríase de nuestra debilidad y de nuestra presunción. No puedo pues prometer lo que V. me pide.

«Este lenguaje no era el de la Iglesia, y sin pensarlo, un instante de indignación acababa de trazar en mí una línea de demarcación entre la autoridad de la fe y la aplicación de esa autoridad en mano de los hombres. El prior no contaba con fuerzas suficientes para empeñarse en una discusión conmigo. Tomó un aire de hipócrita compasión, y me dijo con un tono afligido que disfrazaba mal su despecho.

— Me veré pues obligado ;confirmar mi sentencia, pues que no se siente V. con fuerzas suficientes para ofrecerme la seguridad de no caer en una segunda falta de este género.

— Padre mío, repuse, haré doble penitencia por esta

«Cumplíla en efecto, y prolongué de tal modo mis maceraciones que se vieron obligados a hacerlas cesar. Sin advertirlo, o lo menos sin haberlo previsto, encendía profundos resentimientos y excitaba vivas alarmas en el espíritu de los superiores por el orgullo de una expiación que desde entonces en adelante me declaraba invulnerable a los tiros de los castigos exteriores. Fulgencio quedó en extremo admirado del inesperado carácter que esta conducta por parte mía revelaba a los otros y a mí mismo. Escapósele el decir que en tiempo del abad Espiridion no hubieran tenido lugar semejantes cosas.

«Estas palabras a mi vez me causaron también admiración, y pedíle una explicación de ellas un día que nos hallábamos los dos solos.

— Estas palabras significan dos cosas, contestó él; primero, que nunca, el abad Espiridion hubiera tratado de arrancar de la boca de un amigo el secreto de un amigo; segundo, que si alguno se hubiese atrevido á probarlo hubiera castigado la tentativa y recompensado la resistencia..

«Sorprendióme aquel instante de abandono, el único quizás a que se habia entregado Fulgencio en muchos años. Poco tiempo después fue cuando cayó paralitico y me llamó a su lado. Parecióme al principio que estaba muy alado conmigo, y en vano esperaba que me explicase a que casualidad debía mi elección. Pero viendo que no lo hacía, conocí cuan poca deli-

cadeza habia en preguntarle, y me esforcé en manifestarle que estaba reconocido y honrado por la preferencia que me concedía. Tuve un placer en ahorrarle toda explicación, y nuestras relaciones se establecieron bajo el pie de una tierna amistad y de un afecto filial. Sin embargo, la confianza se estableció entre nosotros con dificultad, aún cuando pasábamos muchas horas hablando juntos y con una apariencia de franqueza. El buen anciano parecía tener necesidad de referir la historia de sus juveniles años, y de dividir con otro el entusiasmo que abrigaba hacia su adorado maestro Espiridion. Escuchábale yo con placer, distante como lo estaba de concebir inquietud alguna por mi fe; y pronto tomé tanto interés por este asunto, que cuando se desviaba de él, yo mismo volvía a hacer recaerla conversación. Naturalmente hubiera conservado contra el abad Espiridion, a causa de los desconocidos trabajos que habían ocupado sus últimos años, una especie de desconfianza, si los detalles de su vida me hubiesen sido transmitidos por un católico monjes religioso que Fulgencio; pero nada se me hacía sospechoso de este, y a medida que por medio de él me puso a conocer a Espiridion, me dejé arrastrar por la extraña y todopoderosa simpatía que me inspiraba el carácter del hombre, sin alarmarme por las opiniones finales del teólogo. Aquella sinceridad vigorosa y aquella justicia rígida que habia demostrado en todos los actos de su vida hacían vibrar en mi corazón cuerdas que hasta entonces habían permanecido mudas. Finalmente llegué a querer a este muerto ilustre como a un amigo vivo. Hablaba Fulgencio de él y de cosas que hacía sesenta años que hablan ya pasado, como si hubiesen acontecido el día de ayer. El encanto y la verdad de sus cuadros era tal para mí, que acababa por creer en la presencia del maestro ó en su próxima vuelta entre nosotros. a veces permanecía largo tiempo bajo el imperio de esta ilusión, y cuando se desvanecía, cuando volvía al sentimiento de la realidad, me sentía apoderado de una verdadera tristeza, y me afligía de mi perdido error con una sencillez que hacia llorar y reír a la voz al buen Fulgencio.

A pesar de la paciente resignación con quo aquel digno religioso suportaba su enfermedad siempre en aumento, a pesar de la alegría y expansión que mi presenciale causaba, era fácil ver que una pena lenta y profunda le habia corroído toda su vida, y cuanto más declinaban sus días hacia la tumba, tanto más incremento parecía tomar aquel misterioso pesar. Finalmente, hallándose próxima su muerte, me abrió enteramente su alma y me dijo que me habia considerado como el único capaz de recibir un secreto de tanta importancia, a causa de la firmeza de mis principios y de la de mi carácter.

La una, según su modo de pensar, debía impedirme el extraviarme en los abismos de la herejía, la otra me preservaría de vender jamás el secreto del libro. Deseaba que no me enterase de lo que contenía; pero añadía, según el espíritu del maestro, que si llegaba a perder la fe y caer en el ateísmo, aquel libro, Aunque plagado tal vez de herejía, debía conducirme ciertamente a la creencia de la Divinidad, y a los puntos fundamentales de la verdadera religión. Bajo este punto de vista, era un tesoro que no debía nunca olvidarse, y Fulgencio me hizo jurar que en caso de que no tuviese necesidad de recurrir a aquel libro, no llevaría este secreto conmigo a la tumba, sino que lo confiaría a un amigo Del antes de morir. Hubo mucho embarazo y contradicciones en las confesiones del buen religioso. Parecía que tuviese dos conciencias, la una atormentada por los deberes y los lazos de la amistad, la otra por los terrores del infierno. Su turbación excitó en mí una tierna compasión, y no pensé en hacer juicios severos sobre su conducta en un momento tan solemne y tan doloroso. Por otra parte empezaba a hallarme yo mismo en la propia situación que él. Católico y hereje a la vez, con una mano invocaba la autoridad de la Iglesia romana, mientras hundía la otra en la tumba de Espiridion para buscar en ella, ó a lo menos para proteger el espíritu de rebeldía y examen. Comprendí bien los sufrimientos del moribundo Fulgencio, y le oculté los que se apoderaban de mí. Habíase sostenido vigoroso su espíritu mientras que la urgencia de sus confesiones luchaba con los escrúpulos de su devoción. Apenas puso fin a sus agitaciones, empezó a declinar: su memoria se debilitó y pronto pareció haber olvidado enteramente hasta el nombre de su amigo. Durante las horas de la fiebre se entregaba a las más minuciosas prácticas de devoción, y yo me ocupaba solo en recitarle rezos y en leerle salmos. Dormíase con un rosario entre las manos, y se despertaba murmurando: *lissere nobis*. Hubiérase dicho que trataba de espiar a fuerza de puerilidades la costosa energía que había desplegado ejecutando la última voluntad de su amigo. Este espectáculo me aíligia. — ¿De qué sirve una vida entera de sumisión y ceguedad, pensaba yo, si a los ochenta años es preciso morir lleno de espanto? ¿Cómo morirán los ateos y los libertinos si los santos bajan a la tumba pálidos de terror y faltos de confianza en la justicia de Dios?

«Una noche, atacado Fulgencio de una terrible fiebre, estuvo agitado por penosos sueños. Rogóme que me sentase cerca de su cama y que permaneciese despierto, a fin de despertarle a él mismo si llegaba a dormirse. A cada instante creía ver un espectro que se acercaba a él; pero manifestaba

en seguida que no le veía, y que el miedo solo de ello hacía pasar ante sus ojos imágenes flotantes y formas confusas. La luna despedía una luz clara y hermosa, y esta circunstancia le asustaba muy particularmente. Entonces fue cuando devorado por una curiosidad egoísta pude arrancarlo la confesión de las apariciones que habia tenido. Pero aquella confesión fue muy incompleta, su cabeza se extraviaba a cada momento. Todo cuanto pude saber, que el espectro habia cesado de visitarle durante cincuenta años y que solo habia vuelto como cosa de un año antes de la enfermedad a que sucumbía. a la hora de la noche en que la luna entraba en su lleno se despertaba y veía al abad sentado a su lado. Este no le hablaba, pero le miraba con aire triste y severo, como para reprocharle su olvido y recordarle sus promesas. Fulgencio había deducido de esto que su hora postrera estaba próxima, y buscando a su alrededor a quien poder transmitir el secreto, había observado que yo era el único hombre con quien podía contar. No habia querido hacerme indicación alguna anticipada, a fin de no llamar la atención de los superiores sobre nuestras relaciones y de no exponerme en consecuencia a persecuciones.

«Pasóse la noche sin que el espectro se apareciese a Fulgencio. Cuando vió por la mañana aclararse el horizonte, meneó tristemente la cabeza diciendo:

— Esto es hecho, ya no vendrá. ¡Venía solo para atormentarme cuando estaba descontento de mí, y ahora que he hecho su voluntad me abandona! ¡Óh maestro! ¡maestro! sin embargo he expuesto por vos mi salud eterna, y quizás estoy condenado para siempre por haberos amado más que a mí mismo.

«Aquel último destello de una afección más fuerte que el miedo me enterneció profundamente. ¿Qué hombre era pues aquel que sesenta años después de su muerte inspiraba aún tal espanto, tales afectos y tan tiernas penas? Fulgencio se durmió y se despertó al mediodía.

— Todo ha concluido, me dijo; siento que la vida de minuto en minuto me va abandonando. Mi querido hermano, quisiera recibir los últimos sacramentos. Id pronto a reunir a nuestros hermanos y pedid que vengan a administrármelos. ¡Ay! añadió con aire preocupado; moriré pues sin saber si su alma ha hecho paces con la mía! He dormido profundamente; no he oído su voz durante mi sueño. ¡Ah! ¡él amaba más a su libro que a mí! ya le decía

yo cuando se hallaba entre nosotros: Maestro, todo vuestro afecto reside en vuestra inteligencia, y vuestro corazón nada reserva para nosotros. Esta es la historia de los hombres fuertes y de los hombres débiles. Cuando el espíritu de los fuertes está contento de nosotros, condesciende en buscarnos; pero nosotros, aprobemos ó no las especulaciones de su espíritu, nuestro corazón les queda siempre adicto.

— Padre Fulgencio, no digáis eso, exclamé estrechándole entre mis brazos por un movimiento involuntario, y sin pensar en explicarme un reproche que no se dirigía a mí: esta sería la primera, la única herejía de vuestra vida. Los hombres verdaderamente fuertes aman apasionadamente, y vos habéis amado tanto porque sois uno de esos hombres. Tened valor en esta hora suprema. Si habéis pecado contra la ciencia de la Iglesia permaneciendo fiel á la amistad, Dios os absolverá, porque prefiere el amor a la inteligencia.

— ¡Ah ¡tú hablas como hablaba mi maestro, exclamó Fulgencio. He ahí la primera palabra acorde con los sentimientos de mi corazón que he oído durante sesenta años. Bendito seas, hijo mío. Te repetiré la bendición de Espiridion: «Quiera el Todopoderoso concederle en tus últimos días un amigo fiel y tierno cual tú lo has sido para mí.»

«Recibió los sacramentos con grande fervor. Toda la comunidad asistía a su agonía. Los religiosos que no cabían en la celda se habían arrodillado en dos hileras a los lados de la galería, desde la puerta hasta la gran escalera que se divisaba en el fondo. De pronto Fulgencio, que parecía espirar en una muda beatitud, se reanimó, y atrayéndome hacia sí me dijo al oído: Viene, sube ya la escalera; vé a recibirle. No comprendiendo absolutamente aquella orden pero obedeciendo con aquella ceguedad que los moribundos tienen derecho de exigir, salí pasitamente, y sin turbar el recogimiento de los religiosos, atravesé el umbral y dirigí mis miradas á la vasta profundidad de la abovedada escalera, en donde nadaba en aquel momento el ardiente vapor del sol. Los novicios colocados siempre detrás de los profesos estaban de rodillas a cada lado de las escaleras. Ví entonces un hombre que subía los escalones y que se acercaba con viveza. Su paso era ligero y magestuoso a la vez, cual lo es el de un hombre activo y revestido de autoridad. Reconocí al momento en su alta estatura llena de elegancia, en su cabellera blanca y radiante y en su antiguo vestido. Era exactamente conforme a la descripción que de él me había hecho muchas veces Fulgencio. Atravesó las

dos hileras de monjes, que recitaban en voz baja las letanías de Jos santos, sin que nadie notase su presencia, aún cuando lo veía yo como veo la luz del día, y aún cuando sus pasos rápidos y sonoros hiriesen mis oídos.

«Entró en la celda. En el momento que pasó cerca de mí caí de rodillas. Sin detenerse volvió la cabeza hacía mí y me miró fijamente. Acercóse a la cama, lomó la mano de Fulgencio y se sentó a su lado. Fulgencio no hizo movimiento alguno. Su mano permaneció inmóvil y colgada en la de su maestro; su boca estaba entreabierta, sus ojos fijos y sin acción. Mientras duraron las letanías, la aparición permaneció inmóvil, siempre inclinada sobre el cuerpo de Fulgencio. En el momento que aquellas estuvieron terminadas, este se enderezó sobre su lecho, y estrechando convulsivamente la mano que tenía la suya, gritó con fuerte voz:

«Sánete Spiridionora pronobis, y cayó muerto. La fantasma desapareció al mismo tiempo. Dirigí mis miradas al rededor para ver el efecto que había producido esta escena en los asistentes; pero en la calma que reinaba en todas las facciones conocí que el espíritu había sido visible solo para mí.

« Veinte y cuatro horas después el cuerpo de Fulgencio volvió al seno de la tierra; yo fui uno de los cuatro religiosos designados para colocarlo en el fondo de la tumba destinada a su último sueño, la cual está situada en citrascoro de nuestra iglesia. Repetidas veces habrás visto la piedra larga y estrecha que marca su centro, y en la que está grabada esta extraña inscripción: «Jlic est varitas»

— Esa inscripción, dije interrumpiendo al padre Alejo, ha distraído a menudo mis miradas y ocupado mi pensamiento durante el rezo. a pesar mío, trataba de penetrar el sentido de una divisa que me parecía opuesta al espíritu del cristianismo. ¿Cómo, decía yo, podría la verdad estar encerrada en un sepulcro? ¿Qué lecciones pueden pedir los vivos al polvo de los cadáveres? ¿No deben nuestras miradas dirigirse hacia el cielo desde que la chispa de la vida ha dejado nuestra carne mortal y el alma ha roto sus lazos?

— Ahora, repuso Alejo, puedes ya comprender el sentido misterioso de ese epitafio. Espiridion, en su entusiasmo por Bossuet, lo había hecho inscribir, como has visto, en el dorso del libro que el pintor de su retrato le colocó en la mano. Cuando después, siguiendo los impulsos de su buena fe, hubo cambiado por última vez de opinión, queriendo en cambio de las variaciones de su espíritu, atestiguarla constancia de su corazón, resolvió

conservar su divisa y exigió en la hora de su muerte que fuese grabada sobre su tumba Noble celo de un valiente espíritu a quien nada puede separar de su conquista, y que pide el dormir en su tumba con la verdad que ha conquistado, como el guerrero con el trofeo de su victoria. Los monjes no comprendieron que aquella protesta del moribundo no se refería ya a la doctrina de Bossuet; algunos meditaron con desconfianza sobre el verdadero sentido de aquellas tres palabras; sin embargo, nadie se atrevió a dirigir contra ellas una profana mano, tan grande era el respeto mezclado de temor que el abad inspiraba hasta en su sepulcro.

« El día de las exequias de Fulgencio, se levantó aquella losa y bajamos la escalera de la tumba que cubría, pues se había conservado para el amigo de Espiridion un sitio vacío, al lado mismo de donde este reposaba. Tal había sido la última voluntad del maestro. El ataúd de encina que llevábamos era muy pesado; la escalera rápida y resbaladiza; los hermanos que me ayudaban débiles adolescentes, turbados quizás por la lúgubre solemnidad que les tocaba llevar a cabo. El hacha temblaba entre las manos del monje que marchaba delante. Faltóle el pie a uno de los conductores, y rodó soltando un grito al que contestaron los gritos de sus compañeros. Cayósele al guía la hacha de las manos, y medio apagada, difundía solo sobre los objetos una incierta luz, cada vez más siniestra. El horror de este instante fue en extremo terrible para unos jóvenes tímidos, educados en las supersticiones de una fe grosera, y prevenidos contra la memoria del abad por absurdas imputaciones que circulaban aún contra él en el claustro. Creían sin duda que el espectro de Espiridion iba a alzarse a su vista, ó que despertado el maligno espíritu por esas santas abluciones, iba a exhalarse de la tenebrosa hoya en llamas lívidas.»

«En cuanto a mí, más robusto de cuerpo, ó de espíritu más firme, sentía una viva emoción, pero no se mezclaba a ella terror alguno, y me acercaba a las reliquias de aquel grande hombre con una especie de veneración agradable. Cuando cayó mi compañero, sostuve yo solo los respetables restos de mi maestro; pero habiéndose dejado ir también sobre el suelo los otros dos que nos seguían, fui arrastrado por la sacudida impresa a la pesada carga, y fui a parar con el féretro de Fulgencio sobre el féretro de Espiridion. Levánteme en seguida, pernal apoyar mi mano sobre el sarcófago de plomo que contenía las cenizas del abad, quedé en extremo sorprendido al sentir en lugar del frío metálico, un calor que parecía tener vida. Tal vez era la sangre

de una ligera herida que acababa de hacerme en la cabeza y de la cual habían caído algunas gotas sobre aquel. En el primer momento no sentí la herida, y transportado de una simpatía extraña, inconcebible, abrazó aquel sepulturero con el mismo transporte que si hubiese sentido mecerse con Ira mi seno palpitante los secos huesos de mi padre. Levánteme apresuradamente, viendo que otro de que se había presentado en medio de esta escena de error había recogido el hacha.

«No recuerdo sin una especie de vergüenza los pensamientos que absorbieron mi imaginación durante la noche que siguió a las exequias de Fulgencio, mientras meditaba arrodillado sobre su lápida. Tenía siempre viva la memoria de Espiridion; alucinado por el prestigio de su audacia intelectual, y por ese maravilloso poder cuya influencia le había sobrevivido portan largo tiempo, me sentí poseído de pronto de un ardiente deseo de seguir sus huellas. La juventud es orgullosa y temeraria, y los niños creen que no tienen más que abrirlas manos para apoderarse de las sombras de los muertos. Me figuraba ya ser abad del como Espiridion, dueño de su libro, admirando al mundo entero por mi ciencia y mi sabiduría. Ignoraba que doctrina era aquella, pero fuese cual fuese, la aceptaba anticipadamente como nacida de la más poderosa cabeza de su siglo. Entusiasmado por estas ideas, me levanté instintivamente para irme a apoderar del libro, y buscaba ya los medios de levantar la piedra.; pero al momento de tocarla sublime de pronto detenido por el pensamiento de que iba á cometer un sacrilegio; y Lodos mis escrúpulos religiosos, que habían desaparecido por un momento, volvieron a asaltarme al propio tiempo. Salí de la iglesia a la vez encantado, atormentado, horrorizado. El orgullo humano y la sumisión humana pugnan dentro de mí, no sabía aún cual de los dos vencería; pero parecióme que sería difícil que sucumbiese el pensamiento, que en una hora había cobrado tanta fuerza como el otro en diez años. Esta lucha interior duró muchos días. Finalmente la inteligencia acudió en socorro del orgullo, y decidió la victoria. La fe huyó ante la razón como la obediencia huía ante la ambición.

«Sin embargo, no abjuré enteramente la fe católica de pronto y sin deliberar. Cuando concedí a mi espíritu el derecho de examinar su creencia, estaba adherido aún de tal modo á esta misma creencia debilitada, que me lisonjeaba hacerla salir aún más poderosa del crisol del estudio y de la meditación. SI debiese venirse al suelo al primer choque de la inteligencia, sería ciertamente, me decía yo, un pobre y frágil edificio. La ley que prescribe

someter el entendimiento ante los misterios, ha debido ser promulgada necesariamente por débiles cabezas. Esos misterios divinos no pueden ser otra cosa que sublimes figuras, cuyo sentido demasiado vasto asustaría y destruiría los célebres mezquinos. ¿Pero hubiera Dios dado a la sublime inteligencia del hombre, emanado de él mismo, por dominio solo las tinieblas, y por guía el miedo? No; esto sería ultrajar a Dios, y la letra ha debido ser tan clara para los profetas como el espíritu. ¿Por qué razón el alma que se siente desprendida de la tierra y deseosa de volar hacia las altas regiones del pensamiento, no tratarla de seguir las pisadas de los profetas? Cuanto más se penetrará en los misterios, ¿tanta más fuerza y lucirse hallarán para contestar a los argumentos del ateísmo aquel un niño que se teme á sí mismo, siendo así que su voluntad es recta y su fin es sublime.

« ¿Quién sabe, añadía yo, si el libro de Espiridion es quizás un monumento elevado a la gloria del catolicismo? Fulgencio ha carecido de valor; tal vez si se hubiese atrevido a apoderarse de la ciencia de su maestro, hubiera visto cesar todas sus alarmas. Tal vez después de muchas pesquisas y perplejidades, iluminado Hebronijs por una nueva luz y reanimado por una fuerza imprevista, ha proclamado en su último escrito el triunfo de esas mismás ideas que hacia diez años que estaba alambicando. Acordéme entonces de la fábula del labrador que confia a sus hijos la existencia de un tesoro enterrado en su campo, a fin de empeñarles a trabajar esa tierra cuya fecundidad ha de formar su riqueza. La idea de Espiridion, me decía a mí mismo, habrá sido esta: No creáis los tinos sobre la fe de los otros, ni sigáis como animales privados de razón el sendero trillado por los que marchan ante vosotros. Abrios vosotros mismos vuestro camino hácia el cielo; todo camino conduce a la verdad al que anima una intención pura y no le ciega el orgullo. La fono tiene verdadera eficacia hasta que se admite libremente, ni firmeza real hasta que satisface los deseos y ocupa las potencias del alma.

«Resolví, pues dedicarme a serios y profundos estudios sobre la naturaleza de Dios y la del hombre, y no recurrir al libro de Hebronijs hasta el último extremo, es decir en el caso de que considerando mis fuerzas inferiores a tan ardua tarea, sintiese cambiarse mi duda en desesperación, y ne bastar mis facultades agotadas para concluir el resto de mi carrera.

«Esta resolución lo conciliaba todo, la curiosidad que se despertaba en mí hácia los misterios de la ciencia, y mi conciencia que permanecía aún ligada a los de la fe. Antes de ilegar a esta conclusión había estado muy agitado y

sufrido mucho. En el movimiento do entusiasta alegría que me causó, me dejé arrastrar a una manifestación enteramente católica de mi nueva filosofía. Quise hacer un voto. Juré no recurrir al libro de Hebronijs antes de llegar a los treinta años, aún cuando me viese asaltado antes por las más punzantes dudas, ó ilustrado en apariencia por las más vivas certezas. Esta era la edad en que habia llegado á su apogeo el fervor católico de Espiridion y en que después de haber abjurado ya dos creencias, se adhirió a la tercera con una indisoluble consagración. Tenia entonces veinte y cuatro años y pensaba que seis años bastarían para mis estudios. En esta disposición, arrodillóme de nuevo sobre la piedra que denominaban en el convento el Hic est. Allí, en medio del silencio y del recogimiento, pronuncié en voz baja un terrible juramento, dando mi alma a la condenación eterna y mi vida al irrevocable abandono de la Providencia, si temaba en mis manos el libro de Hebronijs antes del invierno de 1766. No quise hacer aquel juramento entre las sombras de la noche, desconfiando de la turbación que la solemnidad fúnebre de ciertas horas difunde en el corazón del hombre; quise obligarme a la claridad del día, en uno brillante y a la luz del sol. Siendo muy fuerte el calor, el prior habia concedido, como solía suceder en esta estación, una horade siesta. Estaba pues enteramente solo en la iglesia: un profundo silencio reinaba en todas partes; no se oía ni aún el acostumbrado ruido de los jardinos, y las avejillas, reunidas con una especie de recogimiento extático, habian cesado sus cantos.

Dilatábase mi alma en su orgulloso entusiasmo, y vagaban por mi cerebro las más risueñas y poéticas ideas, mientras que una audaz confianza henchía mi pecho. Todos los objetos sobre que erraba mi vista parecían lomar una desconocida belleza. La jama de oro del tabernáculo brillaba como si una celeste luz hubiese descendido sobre el santo de los santos. Los pintados vidrios, abrasados por el sol. reflejándose sobre el pavimento, formaban entre columna y columna un ancho mosaico de diamantes y piedras preciosas. Parecía que los ángeles de mármol ablandados por el calor inclinaban sus frentes, y que cuino hermosos pájaros, querían ocultar bajo sus alas sus encantadoras cabezas, fatigadas del peso de las cornisas. Las acompasadas y misteriosas pulsaciones del reloj se asemejaban a las fuertes vibraciones de un pecho abrasarlo de amor, y la llama blanca y mate de la lámpara que arde incesantemente frente del altar, luchando con la claridad del día, era para mi el emblema de una inteligencia encadenada sobre la tierra, que aspira sin cesar a fundirse en el eterno foco de la inteligencia divina. En este in-

stante de beatitud intelectual y física fue cuando pronuncié a media voz la fórmula de mi voto. Pero apenas había empezado, cuando oí abrirse suavemente la puerta situada en el fondo del coro, y unos pasos que reconocí, porque ningunos pasos humanos pudieron jamás compararse a aquellos, resonaron en el sabio lugar con una indecible armonía. Acercábanse hacia mí y no se detuvieron hasta llegar al lugar en que estaba arrodillado. Lleno de respeto y transportado de gozo, elevé la voz y acabé distintamente la fórmula que había interrumpido. Cuando la hube terminado, me volví creyendo hallar de pie detrás de mí al que había visto ya en el lecho fúnebre de Fulgencio; pero no vi a nadie. El espíritu se había manifestado a uno solo de mis sentidos. Probablemente no era digno aún de verle. Volvió a comenzar de nuevo su invisible marcha, y pasando por delante se perdió poco a poco a lo lejos. Cuando me pareció haber llegado a las rejas del coro, todo quedó otra vez en silencio. Reprócheme entonces no haberle dirigido la palabra. Quizás me hubiera contestado, tal vez le había descontentado mi silencio, y esperaba solo un fervor más vivo de mi corazón hacia él para manifestarse más. Sin embargo, no me atrevía a seguirle ni a invocar su vuelta, pues se mezclaba un grande temor a la irresistible simpatía que sentía hacia él. No era ese terror pueril que sienten los hombres débiles al aspecto de una perturbación cualquiera de los hechos comunes accesibles a sus limitadas percepciones; pues esas perturbaciones raras excepcionales que equivocadamente denomina el vulgo prodigios sobrenaturales, por inexplicables que fuesen a mi ignorancia, no me causaban espanto alguno. Pero el respeto que me inspiraba después de su muerte ese hombre superior, sin duda si le hubiese conocido durante su vida le hubiera experimentado en igual grado. No pensaba que potencia alguna invisible le hubiese dado el derecho de dañarme o aterrorizarme; sabía bien que en el estado de puro espíritu debía leer y comprender lo que pasaba en mi interior, con mayor fuerza aún y penetración que no lo hubiera logrado cuando su alma estaba aprisionada todavía en la malcría. Al contrario, dé esos caracteres pusilánimes que hubieran temblado a su vista, solo temía parecerle poco digno de gozar por segunda vez de su presencia. Cuando hube perdido aquel día la esperanza de contemplarle, quedé triste y humillado. Llegué a persuadirme que no había muerto hereje, y que su alma no sufría los tormentos del purgatorio; antes, bien al contrario, que gozaba en los cielos de una eterna beatitud. Sus apariciones eran una gracia, una bendición del Altísimo, un milagro hecho

en favor de Fulgencio y mío: era esto para mí un suave y glorioso recuerdo; pero no me atrevía a pedir más de lo que se me había concedido.

«Desde esto día apliquéme ardorosamente, y en menos de dos años habia devorado ya todos los volúmenes de nuestra biblioteca que trataban de ciencias, de historia y de filosofía. Pero cuando hube dado este primer paso, conocí que no habia hecho más que girar en el reducido círculo en que el catolicismo habia encerrado mi vida pasada. Sentíme fatigado ya, y no se me ocultaba que nada habia conseguido; habíase entibiado y debilitado mi espíritu bajo el peso de aquellas controversias tan increíblemente sutiles y pacientes de la edad media, cuyo estudio emprendía animosamente. MI confianza en la infabilidad de la Iglesia no habia tenido que sostener el menor combate, pues que todos aquellos escritos tendían a proclamar y defender los oráculos de Roma; pero precisamente esa lucha sin adversario y esa victoria sin peligro me dejaban frío y descontento. Mi fe bahía perdido aquel arriesgado vigor, aquel encanto de sublime poesía de que antes gozaba. Los grandes rayos de genio que brillaban al través de ese fárrago de escolásticos escritos no compensaban la inútil verbosidad de la mayor parte de ellos: por otra parte estas vehementes refutaciones de doctrinas que estaba vedado examinar, no podían satisfacer a un espíritu que se bahía impuesto la tarea de conocer y comprender por si mismo. Resolví pues leerlos escritos de los herejes. La biblioteca del convento no estaba colocada como hoy día en muchas piezas reunidas bajo una misma llave. La colección de autores herejes, impíos y profanos, que tantas veces habia consultado Espiridion, estaba encerrada en una pieza inaccesible a los religiosos jóvenes y muy lejos de la sagrada. Aquel gabinete reservado estaba situado al fin de la gran sala del capítulo, aquella misma en la que en otro tiempo el abad Espiridion se habia paseado antes y después de su muerte a determinadas horas. Esta preciosa colección habia sido objeto de horror y de espanto para los unos, de indiferencia y desprecio para los mas. Un estatuto del fundador prohibía su destrucción, la ignorancia y la superstición custodiaban su entrada. Yo fui quizás el primero, desde el tiempo de Hebronius, que osó sacudir el polvo de esos venerables libros.

« No tomé semejante resolución sin un secreto terror, pero es preciso añadir que se mezclaba a él una curiosidad ardiente y llena de alegría. La solemne emoción que experimentó al entrar en aquel santuario, participaba pues de más encanto que angustia; y atravesé el umbral tan absorto por mis

intimas sensaciones, que ni aún me acordé de pedir permiso a los superiores. Este no se lograba muy fácilmente como puedes pensar, Ángel: quizás nunca se había obtenido; pues ignoro si alguno de nosotros habia tenido jamás el valor de pedirlo ó el arte de hacérselo otorgar.

« En cuanto a mi, ni tan siquiera me pasó por las mientes el hacerlo. La lucha que se había levantado dentro de mí cuando mi sed de ciencia se habia encontrado en pugna con las resistencias de mi fe, era de mucha mayor importancia que todos los combates en que hubiera podido empeñarme con los hombres. En esta circunstancia, como en todo el curso de mi vida, he notado que estaba dotado de una singular indiferencia hacia las cosas exteriores, y que el único ser que hubiese podido aterrorizarme era yo mismo.

" Hubiera podido penetrar en aquel asilo durante la noche. por medio de alguna llave falsa, tomar ¡os libros que hubiese querido leer, ¡levármelos y ocultarlos en mi celda Esa prudencia y disimulo eran contrarias a mi instinto. Entré a la luz del dia, a las doce, en la sala del capítulo; recorrí la en toda su longitud con seguro paso, y sin mirar atrás si me seguía alguno. Dirigime en derechura a la puerta.... puerta fatal sobre la que el destino habia escrito para mis las fatídicas palabras del Dante:

Per me si va noli' eterno del pre.

«Rempujóla con tal resolución y tanto vigor, que cedió, aún cuando estaba asegurada por una fuerte cerradura. Entré; más medetuveal instante lleno de sorpresa: habia alguno en la biblioteca; alguno que no se movió, que no pareció notar el estruendo de mi entrada, y que ni Un siquiera levantó los ojos hacia mí; alguno que yo habia visto ya una vez, y que nunca podía confundir con ningún otro. Estaba sentado en el alféizar de una alta ventana gótica, y el sol rodeaba con una nube de ardorosos rayos, su brillante cabellera blonda. Parecía estar leyendo atentamente. Contemplóle inmóvil durante medio minuto, después hice un movimiento para arrojarme a sus pies, pero me encontré de rodillas ante un sitio vacío. La visión se habia desvanecido entre los rayos del sol.

«Quedé en un estado tal de turbación, que durante

Aquel dia no pude pensar en abrir libro alguno. Esperé algunos oslantes, aún cuando no me lisonjease de volver a ver al Espíritu; pero háblame fortalecido y entusiasmado aquella rápida manifestación de su presencia.

Quedé un momento pensando que si le habia descontentado mi audacia, seria informado de ello por algún nuevo prodigio; pero nada extraordinario aconteció, y me pareció hallarse todo tan en calma a mi alrededor, que dudé por un instante de la realidad de la aparición, y llegué a pensar que mi sola imaginación habia producido aquella figura. Al dia siguiente volví a la biblioteca sin inquietarme por lo que habría tenido lugar cuando los guardianes hubiesen encontrado la puerta abierta y la cerradura rola. Todo estaba silencioso y desierto en la sala; la puerta estaba únicamente cerrada con el pestillo según la habia dejado, y parecía que no hubiesen observado aún el quebrantamiento. Entré pues sin resistencia; cerré la puerta y comencé a recorrer con la vista los títulos de los libros que se ofrecían en tropel a mis miradas. Apoderóme primero de los escritos de Abelardo y leí algunas páginas. Pero bien pronto la campana que nos llamaba a los oficios dejó oír su sonido, y a pesar de la repugnancia que sentía a tener que obrar a escondidas, me decidí a llevarme bajo el hábito aquella preciosa obra; pues que solo se me permitía entrar en la sala del capítulo una hora al día, y la naturaleza de mi ardor no era para contentarse con tan poco. Comencé a reflexionar en la posibilidad material de estudiar sin ser interrumpido, y resolví obrar con prudencia. Tal vez esto no hubiera sido difícil si hubiese podido humillarme hasta implorar el beneplácito de los superiores. Pero era una cosa a que jamás pudo doblegarse mi espíritu; hubiera sido preciso decir que lleno, de una inmutable fe me sentía llamado a refutar victoriosamente la herejía, pero esto no era ya verdad. Experimentaba la necesidad de instruirme por mi mismo, y agolada ya por mi la ciencia católica, era impulsado hácia más completos estudios por amor al saber y no por el ardor de la predicación

« Devoré los escritos de Abelardo y lo que nos queda de las opiniones de Arnaldo de Breseia, de Pedro Valdo y de otros herejes célebres de los siglos doce y trece. La libertad' de exámen y la autoridad de conciencia, proclamadas hasta cierto punto por esos hombres ilustres, se hallaban entonces tan conformes con los deseos de mí alma, que fui arrastrado más allá de lo que habia previsto. MI espíritu entró entonces en una nueva fase, y a pesar de cuanto he padecido en las diversas transformaciones que he sufrido, a pesar de la dolorosa agonía en que termino mis días, diré que este fue el primer grado de mi progreso. Si, Ángel, por dolorosos que sean los suplicios que haya de sufrir el alma buscando la verdad, su deber es ir tras ella sin cesar... y vale más perder la vista contemplando el sol, que cerrar los ojos

voluntariamente al resplandor de la luz. Después de haber sido un teólogo católico bastante instruido, vine ¡parar en ser un hereje apasionado, y tanto más irreconciliable con la Iglesia romana, cuanto que al ejemplo de Abelardo y de los otros maestros míos tenía una íntima y sincera convicción de mi ortodoxia. Sostenía en el interior de pensamientos que tenía el derecho, y aún que era un deber para mí, el no adoptar nada por artículo de fe, cuya utilidad no hubiese conocido antes y comprendido el principio. El modo con que aquellos filósofos consideraban la inspiración divina de Platón, y la santidad de los grandes filósofos precursores a Cristo, me parecía el único que estaba acorde con la idea que el cristiano debe tener de la bondad, de la equidad y de la grandeza de Dios. Condenaba seriamente a los eclesiásticos contemporáneos de Abelardo, y pensaba que cuando el concilio de Sens, el espíritu de Dios estaba con él, y no con ellos. Si no destruía todavía en mi pensamiento todo el edificio del catolicismo, era porque por una transacción muy propia de mi espíritu, admitía que en aciagos días pudo la Iglesia engañarse, y que si los sucesores de esos prelados extraviados no rehusaban sus principios, era por un motivo de disciplina y de prudencia puramente humanas y políticas. Decíame a mí mismo que yo en lugar del papa reconocería tal vez la imposibilidad de rehabilitar públicamente la doctrina de Abelardo y su escuela; pereque seguramente no proscribiría por más tiempo la lectura de sus escritos, y ocultaría mi Simpatía hacia ellos bajo el velo de la tolerancia. A la verdad, raciocinaba muy infelizmente, porque zapaba toda la autoridad de la Iglesia, sin pensar en salir de la Iglesia. Atraía hacia mi cabeza las ruinas de un edificio que solo por el exterior puede atacarse. Estas contradicciones extrañas no son raras en los espíritus sinceros y lógicos que no abrigan otras miras. Una malevolencia habitual hacia el cuerpo de la Iglesia protestante, y un apego habitual é instintivo hacia la Iglesia romana, les hacen desear conservar la cuna, mientras que la irresistible potencia de la verdad, y la necesidad de una justa independencia, han transformado y agrandado el cuerpo, a que ya no puede dar cabida aquel pequeño lecho. En medio de estas contradicciones no apercibía el punto principal. No vea que no era ya católico. Concediendo a los herejes principios de pura ortodoxia, conducía hacia ellos todo mi fervor; y mi entusiasmo por su grandeza, mi compasión por sus infortunios, me condujeron a igualarlos a los Padres de la Iglesia, y aún a ocuparme más de ellos, porque los padres habian monopolizado toda mi vida precedente, y tenía necesidad de adquirirme nuevos amigos.

« Decirque pasé a admitirlas doctrinas de Wiclef, de Juan flus, después las de Lulero, y de allí al escepticismo, es referir la historia del espíritu humano durante los siglos que me habian precedido, y que mi vida intelectual, por un encadenamiento de necesidades lógicas, reasumió con bastante fidelidad. Pero después del protestantismo no podía ya volver más al punto de partida. MI fe en la revelación se conmovió, mi religión tomó una forma enteramente filosófica; volví mi vista hácia los filósofos antiguos; quise comprender a Pitágoras y Zoroastres, Confucio, Epicúreo, Platón, Epicteto; en una palabra, a todos los que habian dedicado su vida entera a conocer el origen y el destino humano antes de la venida de Jesucristo.

«En un cerebro entregado a estudios tranquilos y no interrumpidos, en una alma que no recibe de la sociedad viviente impulso alguno, y que en una serie de días semejantes saca gota a gota su vida celeste de un manantial siempre [impido y lleno, las transformaciones intelectuales se verifican insensiblemente y sin que sea posible marcarle límite exacto de cada una de sus fases. Lo mismo que de un pequeño río que eras, mi querido Ángel, te has vuelto por una graduación incesante, pero inapreciable a tu atención diaria, un adolescente, y después un joven; lo mismo me volví yo de católico reformista, y de reformista filósofo.

" Hasta entonces todo habia ido bien; mientras que aquellos estudios fueron para mí puramente históricos, experimenté las más vivas é intimas alegrías. Era un indecible placer para mí penetrar, desprendido de las reservas y restricciones católicas, en las sublimes existencias de tantos hombres grandes hasta entonces desconocidos, y en las magníficas claridades de tantas escogidas obras hasta entonces no comprendidas. Pero cuanto más avanzaba en este conocimiento, tanto más sentía la necesidad de optar por un sistema, pues creía ver la imposibilidad de establecer un lazo entre todas aquellas creencias y doctrinas diversas. No me era posible ya creer en la revelación, después que tantos filósofos y sabios se habian levantado a mi alrededor y me habian dado tan grandes lecciones sin vanagloriarse de haber tenido comercio alguno exclusivo con la Divinidad. San Pablo no me parecía más inspirado que Platón, ni Sócrates menos digno de redimir las fallas del género humano que Jesús Nazareno. La India no me parecía más ilustrada acerca las ideas de la Divinidad que la Judea. Júpiter, considerándole bajo la idea que los grandes espíritus del paganismo habían tenido de él, no me parecía un Dios inferior a Jehovah. En una palabra, al propio

tiempo que conservaba la más alta veneración y el más puro entusiasmo por el Crucificado, no veía razón alguna para que fuese él el hijo de Dios más bien que Pitágoras, y para que los discípulos de este no fuesen apóstoles de la fe lo mismo que los discípulos de Jesús. Para abreviar, leyendo los reformistas había dejado de ser católico, leyendo los filósofos había dejado de ser cristiano.

« Guardaba para toda religión una creencia llena de deseo y de esperanza en la Divinidad, el sentimiento inalterable de lo justo y de lo injusto, un gran respeto hacia todas las religiones y hacia todos los filósofos, el amor al bien, y la necesidad de la verdad. Tal vez hubiera podido permanecer en aquella situación y vivir bastante apacible con aquellos grandes instintos y mucha humildad; pero he ahí lo que quizás es imposible. A un católico, he ahí en lo que difiere esencialmente la historia de un individuo de la historia de las generaciones. El trabajo de los siglos modifica la naturaleza del espíritu humano, y llega con el tiempo a transformarlo. Los padres se despojan muy lentamente de sus errores, y sin embargo transmiten a sus hijos nociones mucho más puras que las que han recibido, porque ellos mismos permanecen hasta el fin de sus días impedidos por la costumbre y ligados a lo pasado por las necesidades de espíritu que lo pasado les ha creado; mientras que sus hijos nacen con otras necesidades y se apegan a otros hábitos que al declinar sus días no podrán impedir que a su vez se deslicen nuevas luces, que sin embargo solo por una tercera generación serán recogidas y purificadas. Así, un mismo hombre no encierra en grados semejantes el pasado, el presente y el porvenir de las generaciones. Si su presente se ha formado del pasado con algún trabajo y sabiduría, el porvenir puede existir en él como un germen; pero sean cuales fueren su genio y virtud, no probará el fruto. Así, en su conocimiento siempre incompleto y confuso de la verdad eterna, los hombres han pasado a través de los siglos, del cristianismo de san Pablo al de san Agustín, del de san Bernardo al de Bossuet, sin cesar de ser, ó a lo menos sin dejar de creerse cristianos. Esas revoluciones se han llevado a término en el tiempo que necesitaban; pero el cerebro de un solo individuo no hubiera podido sufrirlas ni llevarlas a cabo él mismo sin quebrarse, ó sin salirse fuera de la línea en que la sucesión de los tiempos y el concurso de los trabajos y de las voluntades han sabido mantenerlas.

«¡Qué situación pues tan terrible era la mía! En el siglo diez y ocho había sido educado en el catolicismo de la edad media; a los veinte y cinco años

me hallaba casi tan ignorante de la antigüedad, como un monje mendicante del siglo undécimo. Del seno de esas tinieblas había querido de pronto abrazar en un abrir y cerrar de ojos, el porvenir y lo pasado. Digo el porvenir, porque habiéndome quedado por mi ignorancia seiscientos años atrasado, todo cuanto figuraba en lo pasado para los otros hombres, se presentaba a mí revestido de las deslumbradoras claridades de lo desconocido. Me hallaba en la posición de un ciego, que recobrando de pronto la vista al mediodía, quisiera darse, antes de llegar a la noche y al siguiente día, una idea de la salida y puesta del sol. Ciertamente estos espectáculos existirían aún en el porvenir, Aunque hubiesen tenido lugar muchas veces ante sus ojos inertes. Así el católico, desde que abre los ojos de su espíritu a la luz de la verdad, queda deslumbrado y oculta la cara entre las manos, ó sale de la vía y cae en los abismos. El católico no se adhiere a nada en la historia del género humano, ni sabe añadir nada al cristianismo. Imagínese ser el principio y fin de la raza humana. Para él solo se ha criado la tierra; para él han pasado innumerables generaciones sobre la superficie del globo como sombras vanas, y han vuelto a caer en la eterna noche a fin de que su condenación le sirviese de ejemplo y de lección; para él ha descendido Dios a la tierra bajo una forma humana. Para la gloria y la salud del católico se llenan incesantemente de víctimas los abismos del infierno, a fin de que el juez supremo vea y compare, y que el católico educado en el esplendor del Altísimo goce y triunfe en el cielo del eterno llanto de los que no ha podido someter y dirigir sobre la tierra; así el católico no cree tener padre ni hermanos en la historia de la raza humana. Se aísla y vive con un odio y un soberbio desprecio hacia todo lo que no está conforme con él. Exceptuando los de la línea judía, no tiene respeto filial ni santa gratitud para ninguno de los grandes hombres que le han precedido, Los siglos en que no ha vivido no forman número; los que han luchado contra él son malditos; los que le exterminarán verán también el fin del mundo, y el universo se disolverá el día apocalíptico en que la Iglesia romana caerá arruinada bajo los golpes de sus enemigos.

«Cuando un católico ha perdido su ciego respeto hacia la Iglesia católica, ¿a donde podrá ir a refugiarse? En el cristianismo mientras prestará fe a la revelación; pero si llega a dudar de esta no se queda más recurso que flotar en el océano de los siglos como un esquiife sin timón y sin brújula; porque no se fía habituado a mirar el mundo como su patria y a todos los hombres como a sus semejantes. Ha habitado siempre una isla escarpada, y nunca se

ha mezclado con los hombres que habitan fuera de ella. Ha considerado el mundo como una conquista reservada a sus misioneros; a los hombres extraños a su fe como brutos que a él solo estaba reservado civilizar. ¿Á qué tierra irá a preguntarlos secretos del origen celeste, a qué pueblo las doctrinas de la sabiduría humana? Irá a tocar a todas las riberas, pero no comprenderá el sentido de las señales que hallará en ellas, La ciencia de los pueblos está escrita en caracteres ininteligibles para él: la historia de la creación es para él una fábula mitológica incomprensible. Fuera de la Iglesia no más salvación, fuera del Génesis no más ciencia. No hay pues un término medio para el católico; es preciso que permanezca siendo católico ó que se vuelva incrédulo. Es necesario que su religión sea la única verdadera ó que todas

«Ese es el punto ¡¡que habia yo llegado: ese es el punto a que habia llegado el siglo en que vivimos. Pero como lo habia verificado lentamente por las vías del destino, se hallaba bien en ese alto que acababa de hacer: el siglo era incrédulo, pero era también indiferente. Disgustado de la fe de sus padres, regocijábese de su filosófica indiferencia, sin duda porque sentía dentro de sí ese germen de la Providencia que no permite perecer a la simiente de vida bajo las heladas de los crudos inviernos. Pero yo, cristiano desmoralizado, yo, católico de ayer, que de pronto habia querido salvar la distancia que me separaba de mis contemporáneos, estaba como ebrio y el gozo de mi triunfo estaba muy cerca de la desesperación y de la locura.

" ¿Quién podrá pintar los sufrimientos de un alma habituada al ejercicio minuciosamente puntual de una doctrina tan sabiamente concebida, tan pacientemente elaborada cual lo es la del catolicismo, cuando esa misma alma se halla flotante en medio de tantas doctrinas contradictorias, ninguna de las cuales puede heredar su ciega fe y su sencillo entusiasmo? ¿Quién podrá contar las horas de molesto despecho que he devorado, cuando de rodillas en mi silla de negro roble, estaba condenado a oír, después de puesto el sol, la lúgubre salmodia de mis hermanos, cuyas palabras carecían ya de sentido para mí, y su voz de simpatía? Aquellas llorases otro tiempo demasiado cortas para mi fervor, se arrastraban ahora como siglos. En vano probaba de contestar maquinalmente a los oficios, y de ocupar mi pensamiento con especulaciones de un orden más elevado; la actividad de la inteligencia no podía reemplazar la del corazón. El rezo tiene de particular que pone en juego las facultades más sublimes del alma y las fibras más humanas del

sentimiento. La oración del cristiano más que otra alguna hace vibrar todas las cuerdas del ser intelectual y moral. En ninguna otra religión se siente el hombre tan próximo a su Dios; en ninguna ha sido Dios pintado tan humano, tan paternal, tan accesible, tan paciente y tan tierno. El ascético libro de la Imitación no es más que un adorable tratado de la amistad íntima, expansiva, delicada, fraternal entre el Dios Jesús y el cristiano ferviente. ¿Qué sentimiento aplicado a los objetos terrestres puede reemplazar a aquel para el hombre que lo ha conocido? ¿Qué educación de la inteligencia puede satisfacer al mismo tiempo y en el mismo grado a todas las necesidades del corazón? La doctrina cristiana apaga todos los ardores inquietos del espíritu diciéndole a su adepto: Tú no tienes necesidad de ser grande; ama, y se humilde: ama a Jesús porque es humilde y bueno. Y cuando el corazón lleno de amor está próximo a difundirse sobre las criaturas, le detiene diciéndole: Acuérdate que eres grande y que no puedes amar más que a Jesús, porque solo él es grande y perfecto. No trata ella de endurecer las entrañas del hombre contra el dolor; le ablanda para fortificarle, y le hace encontrar en el sufrimiento una especie de delicias. El epicureísmo le conduce a la calma por la moderación, el cristianismo le lleva a la alegría por las lágrimas; la razón estoica sufre la tortura, el entusiasmo cristiano vuela al martirio. La grande obra del cristianismo es pues el desarrollo de la fuerza intelectual por el de la sensibilidad moral, y el rezo es el inagotable alimento do se combinan esas dos potencias y se fortalecen sin cesar.

« Al igual del cuerpo tiene también el alma sus necesidades cotidianas, y como él, fórmase ciertos hábitos en el modo de satisfacer a esas mismas necesidades. Cristiano y monje, me habia acostumbrado durante mis años felices a una frecuente expansión de todo el amor y entusiasmo que encerraba mi corazón. Durante los oficios de la noche particularmente era cuando me complacía en poner así toda mi alma a los pies del Salvador. En aquel momento de inexplicable poesía en el que el día ha dejado de existir y la noche no ha comenzado aún, cuando la lámpara vacilante en el fondo del santuario se refleja sola sobre los pulidos mármoles y los primeros astros so alumbran en el éter pálido aún, me acuerdo que tenía la costumbre de interrumpir mis oraciones, a fin de abandonarme a las sanas y deliciosas emociones que este instante me producía. Frente por frente de mi sitio había una alta ventana, cuya delicada y elegante arquitectura se dibujaba sobre el transparente azul de los eteles. Veía colocarse en su espacio cada noche dos ó tres brillantes estrellas, que parecían sonreírse y penetrar mi seno con un

rayo de amor y de esperanza. Pues bien, estaba de tal modo ligado en mí todo sentimiento poético al sentimiento religioso, y el mismo sentimiento religioso estaba de tal manera adherida a la doctrina católica, que cotí la ciega sumisión a esta doctrina, perdí la poesía y el rezo, los santos éxtasis y las divinas inspiraciones. Háblame vuelto más frío que el mismo granito que pisaba. En vano probé de elevar mi alma hacia el creador de todas las cosas. Háblame acostumbrado a verle bajo un cierto aspecto que ya no tenía, y después que por medio de mi razón había ensanchado el círculo de su poder y de su perfección, después que había agrandado mis pensamientos y dado un fin más vasto a mis aspiraciones, me hallaba deslumbrado por la brillantez de ese Dios nuevo, y me sentía reducido a la nada por su inmensidad y por la del universo. La antigua forma, en cierto modo accesible a los sentidos por las imágenes y las alegorías místicas, se borraba para hacer lugar a un inmenso foco de divinidad de estaba yo absorbido como un átomo; sin que mis pensamientos tuviesen lugar ni valor posible, sin que partícula alguna de esa Divinidad pudiese hacerse bastante pequeña para comunicarse conmigo de otro modo que por el hecho, por decirlo así, fatal de la vida universal. No me atrevía pues a probar el comunicar con Dios. Me parecía demasiado grande para que se bajase hasta escucharme, y temía cometer un acto impío é insultar su magostad celeste, invocándole como a un rey de la tierra. Sin embargo, seguía siempre sintiendo la misma necesidad de rezar, la misma necesidad de amar, y algunas veces trataba de elevar una voz humilde y temerosa hacia ese Dios terrible. Pero ya caía involuntariamente en las formas y en las ideas católicas, ya me sucedía formular una oración bastante extraña, y de cuya sencillez me sonreiría hoy día si no me recordase profundos sufrimientos. «; Oh, decía yo, ¡tú que no tienes nombre y que resides en lo inaccesible! ¡tuque eres demasiado grande para escucharme, que estás demasiado lejos para oírme, que eres demasiado perfecto para amarme, demasiado fuerte para compadecerme!... te invoco sin esperanza de ser atendido, porque sé que nada debo pedirte, y que solo un modo de merecer me queda aquí bajo, que es vivir y morir apercibido, sin orgullo, resignado y sin cólera, sufrir sin quejarme, esperar sin desear, confiar sin pretender nada»

«Entonces me interrumpía a mí mismo, horrorizado del triste destino humano que se presentaba a mi vista y que mi oración, como un reflejo de mi pensamiento, reunía en términos tan desconsoladores y dolorosos. Preguntábame yo de que servía amar a un Dios insensible, que deja al hombre el

deseo celeste para hacerle sentir todo el horror de su esclavitud ó de su impotencia; un Dios ciego y sordo que ni aún se digna mandar al rayo, y que se conserva de tal modo oculto en la lluvia de oro de sus soles y de sus mundos, que ninguno de esos soles ni ninguno de estos mundos le conoce ni le entiende. ¡Oh ¡¡prefería el oráculo de los judíos, la voz que hablaba a Moisés sobre el Sinaí; amaba más al espíritu de Dios bajo la forma de una columna sagrada, ó al hijo de Dios transformado en un hombre semejante a mí ¡Aquellos dioses terrestres me eran accesibles! Tiernos ó amenazadores, me escuchaban y me contestaban. La cólera y las venganzas del sombrío Jehovah me asustaban menos que el impasible silencio y la glacial equidad de mi nuevo dueño.

"Entonces es cuando sentía profundamente el vacío y lo vago de esa filosofía, de moda en aquella época, denominada teísmo; pues es preciso confesarlo, había ya buscado el resumen de mis estudios y de mis reflexiones en los escritos de los filósofos contemporáneos. Hubiera debido abstenerme de hacerlo sin duda, porque nada era más contrario a la disposición de espíritu en que entonces me encontraba. ¿Pero cómo había de preverlo"? ¿No debía yo pensar que los espíritus más avanzados de mi siglo sabrían sacar mejor que yo la conclusión de toda la ciencia y de toda la experiencia de lo pasado? Ese pasado, enteramente nuevo para mí, era un alimento mal digerido del que solo los médicos podían conocer el efecto; y los hombres sencillos y estudiosos que viven en la oscuridad, tienen la simpleza de creer que los escritos contemporáneos a quienes un grande esplendor acompaña son la luz y la higiene del siglo. ¿Pero cuál fue mi sorpresa cuando, a pesar de todas mis prevenciones en favor de esos ilustres escritores franceses cuya gloria y triunfos nos hacían conocer los mismos furores de! Vaticano, ¡tuve en mis manos una de esas ediciones de bajo precio que la Francia sembraba hasta en el terreno papa!, y que penetraban aún en el secreto de los claustros sin mucho misterio? Creí soñar al ver una crítica tan grosera, un encarnizamiento tan ciego, tanta ignorancia ó ligereza: temí haber verificado su lectura con un resto de prevención en favor del cristianismo, y quise tener conocimiento de cuanto se escribía diariamente. No cambié de opinión sobre el fondo, pero llegué a apreciar mucho la importancia y la utilidad social de ese espíritu de examen y emancipación que preparaba la ruina de la inquisición y la caída de todos los despotismos santificados. Poco a poco llegué a formarme un modo de existir, de ver y de sentir, que sin ser el de Voltaire y de Diderot, era el de su escuela. ¿Qué

hombre ha podido jamás separarse, aún en el fondo de los claustros, alineo el seno de las tebaidas, del espíritu de su siglo? Tenía otros hábitos, otras simpatías, otras necesidades que los frívolos escritores de mi época; pero todos los votos, todos los deseos que yo conservaba eran estériles; pues sentía la inminencia providencial de una gran revolución filosófica, social y religiosa, y ni yo ni mi siglo éramos bastante fuertes para abrir a la humanidad el nuevo templo donde podría refugiarse contra el ateísmo, contra el frío y la muerte.

«Insensiblemente me enfrié a mi vez, basta llegar a dudar de mi mismo. Hacia largo tiempo que dudaba de ¡a bondad y de la ternura paternal de Dios, y acabé por dudar del amor filial que sentía hacia él. Pensé que podía ser un hábito del espíritu, efecto de mi educación, y cuyo principio no existía ya en la naturaleza de mi ser como mil otros errores sugeridos cada día a los hombres por la costumbre y la preocupación. Trataba de destruir en mi el espíritu de caridad con tanto afán como había puesto en otro tiempo para desarrollar el fuego divino en mi corazón. Cae entonces en un profundo despecho; y como un amigo que no puede vivir privado del objeto de su afecto, sentí que mi ser se iba destruyendo, y arrastraba la vida como un pesado fardo.

«Habíanse ya pasado seis años en el seno de esas ansiedades y de esas fatigas. Seis años, los más hermosos y los más viriles de mi vida, habían caído en el abismo de lo pasado, sin que hubiese dado un solo paso hacia la felicidad ó la virtud. MI juventud había pasado como un sueño: el amor al estudio parecía dominar todas mis demás facultades. Mí corazón se adormecía; y si a la vista de las injusticias cometidas contra mis hermanos y a la idea de todas las que se cometen sin cesar a la faz del cielo, no hubiese sentido algunas veces vivos arrebatos de cólera y profundos dolores, hubiera podido creer que solo mi cabeza vivía y que las entrañas eran insensibles. a decir verdad, no tuve juventud: tan lejos pasaron de mis las pasiones contra las cuales he visto luchar tan penosamente a los otros religiosos. Cristiano, había puesto todo mi amor en la Divinidad; filósofo, no pude volver mi amor hacia las criaturas ni mí atención sobre las cosas humanas.

» Te preguntas quizás, Ángel, en que había venido á parar el recuerdo de Espiridion y de Fulgencio entre tantas preocupaciones nuevas. ¡Ay! Avergonzábame de haber tomado al pie de la letra las visiones de ese anciano, y de haber dejado afectar mi imaginación hasta el punto de haber creído yo

mismo percibir la visión de Hebronius. La moderna filosofía confundía con desprecio tal a los visionarios, que no sabia donde refugiarme contra el penoso recuerdo de mi superstición. Tal es el orgullo del hombre, que aún cuando la vida interior se realice en un profundo misterio y los errores y cambios humanos no tengan otro testigo que su conciencia, ruborízase de sus debilidades y quisiera engañarse a si mismo. Esforzábame en olvidar lo que habia pasado por mi en aquella época de desorden en que se habia obrado una revolución en todo mi ser, y en que la savia demasiado comprimida de mi espíritu habia sallado su valla con una especie de delirio. Así es como explicaba la influencia de Fulgencio y de Hebronius sobre mi abandono del cristianismo. Persuadíme (y tal vez no me equivocaba) que ese cambio era inevitable, que estaba, por decirlo así, marcado por el hado, porque estaba en la naturaleza de mi espíritu el progresar a despecho de todo y a propósito de lodo. Decíame que fuese una causa ó fuese otra, ya la debilidad de Hebronius, ó ya cualquier otra casualidad, debia salir del cristianismo, porque habia sido condenado al nacer a buscar la verdad sin cejar y tal vez sin esperanza. Quebrantado por la fatiga, lleno de un profundo desaliento, preguntábame si el reposo que habia perdido vaha la pena de ser reconquistado. MI sencilla fe estaba ya tan lejos, parecíame-que habia empezado tan joven a dudar, que no me acordaba ya casi de la felicidad que había podido gustaren mi ignorancia. Quizás aún nunca habia sido feliz por ella. Hay inteligencias inquietas para las cuales la inacción es un suplicio y el reposo un oprobio. No podía pues vedarme un cierto desprecio hácia mí mismo cuando me contemplaba en lo pasado. Desde que habia: empezado mi ruda tarea no habia sido ya feliz, pero a lo menos habia sentido que vivía, y no me habia avergonzado de ver la luz, porque habia cultivado con toda mi fuerza el ampo de la esperanza. SI la mies era escasa, si el suelo árido, no tenía la culpa mi valor y podía ser una víctima respetable de la humana impotencia.

«Sin embargo no habia olvidado la existencia del manuscrito, precioso quizás y seguramente muy curioso, que encerraba la tumba de Espiridion. Prometíame extraerlo de allí y apropiármelo, pero necesitábase para verificar esta extracción en secreto, tiempo, precaución, y sin duda un confidente. No me daba pues prisa a vencer esos inconvenientes, porque estaba más ocupado de lo que permitían mis fuerzas y las horas que tenía disponibles al dia. El juramento que habia hecho de desenterrar aquel man-

uscrito el día que cumpliría los treinta años ciertamente no había podido horrorarse de mi memoria; pero avergonzábame de tal modo de haber podido hacer un voto tan pueril, que alejaba de él mi pensamiento, bien decidido a no cumplirlo en manera alguna, no considerándome ligado por un juramento que no tenía ya para mí sentido ni valor.

«Sea que evitase el representarme lo que yo llamaba las miserables circunstancias de aquel voto, sea que un acrecentamiento de preocupaciones científicas me hubiese absorbido enteramente, lo cierto es que la época fijada para el cumplimiento de aquel llegó sin que parase la menor atención, y sin duda hubiera pasado apercebida a no ser por un hecho extraordinario, que poco falló para que no hiciese cambiar de nuevo todas mis ideas.

«Háblame procurados siempre libros penetrando a escondidas en la biblioteca situada al fin de la gran sala. Había experimentado al principio mucha repugnancia en apoderarme furtivamente de aquel fruto vedado; pero pronto el amor al estudio había sido más fuerte que todos los escrúpulos de la franqueza y del orgullo. Me había valido de todos los ardis necesarios; yo mismo había elaborado una llave falsa, pues habían reparado la cerradura que había rolo sin que se supiese a quien dar la culpa. Deslizábame por la noche hasta el santuario de la ciencia, y cada semana renovaba mi provisión de libros, sin despertar la atención ni sospechas, a lo menos así me lo figuraba yo. Tenía cuidado de ocultar mis riquezas en la paja de mi jergón y leía toda la noche. Háblame habituado a dormir de rodillas en la iglesia; y durante los oficios de la mañana / prosternado en mi sitio y envuelto en mi capucho, reparaba las fatigas de mi vida con un sueño ligero y frecuentemente interrumpido. Sin embargo, como mi salud se deterioraba sensiblemente con este régimen, encontré el medio de leer en la misma iglesia durante los oficios. Procuré unas grandes cubiertas de misal que adapté a mis libros profanos, y mientras que parecía absorto por el breviario, me entregaba con seguridad a mis estudios favoritos.

A pesar de todas estas precauciones tuvieron sospechas de mí, fui vigilado y descubierto al fin. Una noche que había penetrado en la biblioteca, oí andar en la gran sala del capítulo. Apagué enseguida mi lámpara y permanecí inmóvil, confiando en que quizás no venían en seguimiento mío y que escaparía a la atención del vigilante que hacía esta desusada ronda. Aproximóse el ruido de los pasos, y sentí una mano que asía la llave que imprudentemente había dejado a la parte de afuera. Quitaron aquella llave

después de haber cerrado la puerta con dos vueltas; colocaron de nuevo las gruesas barras de hierro que había yo levantado, y cuando me hubieron quitado todo medio de evasión se alejaron lentamente. Hallábame solo en medio de las tinieblas, cautivo y a merced de mis enemigos.

Parecióme la noche insoportablemente larga; porque la inquietud, la contrariedad y el frío me impidieron gustar un instante de reposo. Tuve en gran sentimiento de haber apagado mi lámpara, y no poder a lo menos utilizar con la lectura aquella aciaga noche. Sin embargo, los temores que debía inspirarme semejante acontecimiento no eran muy vivos. Lisonjeábame de no haber sido visto por el que me había encerrado. Suponíame que lo había hecho sin mala intención, y sin pensar que hubiese nadie dentro; que quizás era el convertido de semana para el servicio de la sala el que había quitado la llave y cerrado la puerta para poner las cosas en orden. Conocía que había obrado con mucha cobardía en no haberle hablado, y no haber hecho para salir una tentativa que al siguiente día ofrecería ciertamente muchos más inconvenientes. Sin embargo, propásame no desperdiciar la ocasión cuando volvería por la mañana, según era de costumbre, a arreglar y limpiar la sala. Con esta confianza, me mantuve despierto y soporté el frío con toda la filosofía que me fue posible.

«Pero pasáronse horas y más horas, vino el día. y el pálido sol de enero empezó a recorrer el horizonte, sin que se oyese el menor ruido en la sala. Transcurrióse el día entero sin proporcionarme medio alguno de evasión. Probé a ver si con mis fuerzas podía hundir la puerta; pero habíanla asegurado tan bien contra cualquier nuevo ataque, que era imposible menearla: resistió igualmente a todos mis esfuerzos la cerradura.

«Pasóse otro día y otra noche sin que sufriese cambio alguno mi extraña posición. Habíase sin duda clavado la puerta del capítulo. Nadie pareció en aquella sala, que comunmente era muy frecuentada a ciertas horas, y no pude persuadirme ya por más largo tiempo que mi cautividad fuese efecto de un acontecimiento casual; pues además de que la sala no pudo haberse cerrado sin algún designio, debían haber notado mi ausencia, y si ella les hubiese causado inquietud, no era ocasión a propósito para cerrar las puertas, antes bien era natural abrirlas todas para buscarme. No había pues duda que querían castigarme por mi falla; pero al tercer día empezó a parecerme la corrección demasiado severa, y temí no se asemejase a las pruebas de los calabozos inquisitoriales, de los que solo se salla para ver una sola vez el

sol y morir de extenuación. El hambre y el frío me habían acosado de tal modo, que a pesar de mi estoicismo y la perseverancia que había tenido en leer mientras me lo había permitido la claridad del día, empezó a perder el ánimo la tercera noche, y a sentir que me abandonaba la fuerza física. Resígnenle entonces a morir y a no luchar más con el frío por medio del movimiento. Mis piernas no podían ya sostenerme; hice una cama con libros, pues que habían tenido la crueldad de quitarme el sillón de cuero que comúnmente ocupaba el alféizar de la ventana. Arrojé mi cabeza con el capucho, me tendí apretando bien mis vestidos al cuerpo, y me abandoné al letargo de un sueño febril que consideraba como el último de mi vida. Alegréme de que se hubiesen extinguido mis fuerzas físicas sin haber perdido mi fuerza moral, y sin haber cedido al deseo de gritar para implorar socorro. La única ventana de esta pieza daba sobre un patio cerrado en el que muy raramente entraban los novicios. En vano había estado de observación los tres días, su puerta no se había abierto una sola vez. Sin duda había sufrido igual suerte que la del capítulo. No pudiendo hacer sena alguna a ningún ser compasivo ó desinteresado, hubiera sido preciso llenar el aire con mis gritos para poderme hacer oír. Pero sabía demasiado que en semejantes circunstancias la compasión débil é impotente, mientras que el deseo de venganza aumenta en razón de la humillación de la víctima. Sabía que mis gemidos causarían algunos un estúpido terror y nada más. Sabía que los otros se gozarían en mis angustias. No quise dar a aquellos verdugos el triunfo de haberme arrancado un solo quejido. Había pues resistido a los tormentos del hambre; empezaba ya a no sentirlos, y por otra parte no hubiera ya tenido bastante fuerza para levantar la voz. Me abandoné pues a mi suerte invocando a Epicteto, a Sócrates y al mismo Jesús, el filósofo inmolado por los príncipes de los sacerdotes y por los doctores de la ley.

«Hacia ya algunas horas que reposaba en un profundo anonadamiento, cuando me despertó el reloj de la sala que daba las doce por la parte de afuera del tabique junto al cual estaba recostado. Entonces oí andar suavemente por la sala, y me pareció que se acercaban a la puerta de mi prisión. Aquel ruido no me causó alegría ni sorpresa; no tenía ya conciencia de cosa alguna. Sin embargo, la naturaleza de los pasos que oía sobre el entarimado de la vecina sala, su apresurada ligereza, unida a una solemne imposición en el suelo, despertaron en mí no sé que vagos recuerdos. Perecíme que reconocía la persona que andaba así, y que experimentaba un gozo instinti-

vo al sentirle venir hacia mí; pero me hubiera sido imposible decir que persona era aquella y donde la había yo conocido.

« Abrió ella la puerta de la biblioteca, y me llamó por mi nombre con una voz armoniosa y dulce que me hizo estremecer. Parecióme sentir que la vida hacia un esfuerzo en mí para reanimarse; pero en vano Iralé de levantarme, y no pude ni menearme ni hablar.»

— ¡Alejo! repitió la voz con un tono de benévola autoridad, ¿tan endurecidos están tu cuerpo y tu alma? ¿Por qué razón has fallado a tu palabra? He ahí la noche, he ahí la hora que habías fijado.... Treinta años hace hoy que vertiste a este mundo, desnudo y llorando como todos los hijos de Eva, Hoy es el día en que debías haberle regenerado, buscando entre el polvo de mis terrestres restos una chispa que hubiera podido encender de nuevo en ti el celeste fuego. ¿Es necesario pues que los muertos dejen su sepulcro para encontrar a los vivos más fríos y más inanimados que los mismos cadáveres?

« Probé entonces el contestarle, pero sin más éxito que la primera vez. Entonces suspiró y añadió.

— Vuelve pues a la vida de los sentidos, ya que la del espíritu ha expirado en ti....

« Acercóse a mí y me tocó, pero nada vi; y cuando después de inauditos esfuerzos conseguí despertar de mi estupor y ponerme sobre mis rodillas, todo había quedado ya en silencio, y nada anunciaba a mi alrededor la visita de ningún ser humano.

« Sin embargo, un frío más fuerte que corría por mi cuerpo parecía proceder de la puerta arrastróme hasta ella. ¡Ó prodigio! estaba abierta. »

« Apoderóse de mí un acceso de insensata alegría. Lloraba como un niño y abrazó la puerta como si quisiese besar el rastro de las manos que la habían abierto. No sé porque me parecía tan dulce el recobrar la vida, después de haberme parecido tan fácil el perderla. Arrastrábame a lo largo de la sala del capítulo siguiendo las paredes, pero estaba tan débil que a cada paso me caía. MI cabeza se desvanecía, y no podía acordarme de la posición de la puerta a que quería llegar. Estaba como un hombre ebrio; y cuanto más me apresuraba para salir de ese lugar fatal, tanto más imposible me era el hallarla salida. Erraba en las tinieblas, creándome yo mismo un laberinto in-

trincado en un espacio libre y regular. Creo que pasé allí cerca de una hora poseído de inexplicables angustias. No estaba ya dotado de filosofía como cuando me hallaba bajo Jos cerrojos. Veía la libertad y la vida que se me presentaban de nuevo, y no tenía fuerzas para apoderarme de ellas. MI sangre, que se había reanimado por un instante, empezaba a helarse otra vez. Una especie de rabia delirante se apoderaba de mí. Mil fantasmas pasaban por ante mis ojos, y mis rodillas se envaraban sobre el suelo. Aniquilado de fatiga y de desesperación, caí al pie de una de las paredes de la sala, y por segunda vez traté de buscar dentro de mí la resolución de morir en paz. Pero mis ideas eran confusas, y la sabiduría, que me había parecido siempre una armadura impenetrable, no era en este instante más que un socorro impotente contra el horror de la muerte.

¡De pronto vínose a mi memoria el recuerdo ya borrado de la voz que me había llamado durante mi sueño, y entregándome a aquella protección misteriosa con la confianza de un niño, murmuré las últimas palabras que había pronunciado Fulgencio al espirar: «Sánete Spiridion ora me!»

« Alumbróse entonces la sala con una luz pálida parecida a la de un relámpago prolongado. Esto resplandor siguió en aumento y al cabo de un minutóse extinguió. Había tenido

tiempo suficiente para observar que esta luz partía del retrato del fundador, cuyos ojos se habían encendido como dos lámparas para iluminar la sala y mostrarme que hacia un cuarto de hora que estaba recostado sobre la tan deseada puerta. — Bendito seas, bienaventurado espíritu, exclamé; y reanimado instantáneamente, me arrojé fuera de la sala con impetuosidad. Un convertido que estaba ocupado en las salas bajas en preparativos extraordinarios para el día siguiente, me vió correr hacia él como un espectro. Mis cóncavas mejillas, mis ojos inflamados por la fiebre, mi aire extraviado, la causaron tal espanto que echó a correr dejando caer un cesto de arroz que llevaba y un hachón que me apresuré a recoger antes de que se hubiese apagado. Cuando hube satisfecho mi hambre, subí á mi celda, y al día siguiente, después de un sueño reparador, estuve en estado de trasladarme a la iglesia.

« Un ruido particular en el convento y un gran campaneó general me habían anunciado una ceremonia importante. Miré el calendario y me preguntó si durante mis días de inanición había perdido el conocimiento de Ja

marcha del tiempo, pues no veía señalada fiesta alguna religiosa para el día en que creía estar. Deslizóme en el coro y ocupé mi sitio sin ser observado. Estaban pintados en las paredes de todos una preocupación ó un recogimiento extraordinarios. La iglesia estaba adornada como en los grandes días feriados. Comenzáronse los oficios. Sorprendióme en extremo no ver al prior en su lugar; inclinóme para preguntar al de mi lado si estaba enfermo. Miróme este con aire estupefacto, y como si creyese haber entendido mal mi pregunta, se sonrió con aire embarazado y no me contestó. Busqué con la vista al padre Donaciano, mi mayor enemigo entre los religiosos, y al que acusaba interiormente del trato odioso que acababa de sufrir. Vi sus ardientes ojos que trataban de penetrar mi capucho; pero no le dejé ver mi fisonomía, y me aseguré de que la suya estaba desconcertada por la sorpresa y el temor; pues que no esperaba encontrar ocupado mi sitio, y se preguntaba a sí mismo si era yo ó mi sombra la que vea frente de él.

«No me puse al corriente de lo que pasaba hasta el fin del oficio, cuando el celebrante recitó una plegaria en conmemoración del prior, cuya alma había parecido ante Dios el 10 de enero de 1766 a las 12 de la noche, es decir una hora antes de mi encarcelación en la biblioteca. Comprendí entonces porque Donaciano, cuya ambición ansiaba ocuparla primera plaza entre nosotros, se había aprovechado de aquella súbita muerte para alejarme de las deliberaciones. Sabía que no le apreciaba, y que a pesar de mi poca afición al poder y un carácter falto de intriga, no carecía de partidarios. Gozaba una reputación de sabio en teología que me atraía el respeto sencillo de algunos; tenía un espíritu de justicia y una decidida propensión a la imparcialidad que ofrecían garantías a todos. Donaciano me temía; superior hacia dos años, y ejerciendo un poder sin límites sobre todos los que rodeaban al prior, había cubierto sus últimos instantes de una especie de misterio, y antes de propagar la noticia de su muerte había querido verme, sin duda para sondear mis disposiciones, para seducirme ó para atemorizarme. No encontrándome en mi celda y conociendo bien mis hábitos, como he sabido después, había seguido mis huellas hasta la puerta de la biblioteca que había cerrado tras de mí como por inadvertencia. Después había cerrado todas las salidas por las cuales podían acercarse a mí, y había hecho retirar a todo el monasterio al momento a fin de proceder dignamente a la elección del nuevo jefe.

«Gracias a su influencia, habia podido violar todos los usos y todas las regias de la abadía. En lugar de hacer embalsamar el cuerpo del difunto, y de exponerle durante tres días en la capilla, le habia hecho amortajar precipitadamente bajo pretexto de que habia muerto de una enfermedad contagiosa. Habia atropellado todas las ceremonias, abreviado el tiempo del retiro, y ya procedían a su elección cuando por un hecho sobrenatural alcancé mi libertad. Cuando se hubo terminado el oficio, se cantó el Veni Creator; después permanecimos un cuarto de hora prosternados cada uno en su sitio, entregados a la inspiración divina. Cuando el reloj dió las doce, la comunidad desfiló ¡enlámemente y subió a la sala del capítulo para proceder ó la votación genera! Permanecí con la mayor calma é indiferencia mientras duró aquella ceremonia. Nada me tentaba menos en el mundo que el deseo de contrabalancear los sufragios; aun cuando hubiese tenido tiempo para ello, no hubiera dado un solo paso para contrariar la ambición de Donaciano. Pero cuando oí salir cincuenta veces su nombre de la urna, cuando vien el último turno del escrutinio brillar sobre su frente la alegría del triunfo, apoderóse de mí un movimiento enteramente humano de indignación y de odio.

«Tal vez si me hubiese dirigido una mirada humilde ó tan solo temerosa, mi desprecióle hubiera absuelto; pero parecióme que trataba de ajarme, y tuve la puerilidad de querer destruir aquel orgullo basta cuyo nivel me bajaba combatiéndole. Dejé que el secretario contase lentamente de nuevo los votos. Solo dos habia en favor mío. No era pues una esperanza personal la que podía sugerirme lo que hice. En el momento en que se proclamó a Donaciano, y cuando este se levantaba con aire hipócritamente conmovido para recibir los abrazos de los ancianos, me levanté a mi vez y alzó la voz.

— Declaro, dije con una calma aparente cuyo efecto fue terrible, que la elección proclamada es nula, porque los estatutos de la orden han sido violados. Uno solo voto olvidado ó supeditado basta para anular las resoluciones de todo un capitulo. Invoco este articulo de los estatutos del abad Espiridion, y declaró que yo, Alejo, miem Ero de la orden y servidor de Dios, no he depositado mi voto hoy en la urna, porque no he gozado de la facultad de entrar en retiro como los demás, porque he sido separado, por casualidad ó por malicia, de las deliberaciones comunes, y porque ignorando hasta este momento la muerte de nuestro venerable prior, me hubiera sido imposible decidirme inopinadamente sobre la elección de su sucesor.

«Habiendo pronunciado estas palabras, que fueron un rayo para Donaciano, sentóme de nuevo y rehusé contestar la infinidad de preguntas que todos me dirigían. Donaciano, confundido un instante por mi audacia, no tardó en cobrar ánimo, y declaró que mi voto no solo era inútil, sino aún inadmisibles, porque habiendo cometido una falta grave, y estando sufriendo durante las deliberaciones, una corrección degradante, según los estatutos, carecía de aptitud para volar.

— ¿Y quién, pues, ha calificado ó apreciado mi falta? pregunté yo. ¿Quién se ha dado el derecho de imponerme un castigo? ¿El subprior? No tenía derecho para ello. Para juntarme indigno de tomar parte en la elección, debía hacer examinar mi conducta por seis de los más ancianos del capítulo, y declaro que no lo ha hecho.

— ¿Qué sabéis vos? me dijo uno de los ancianos que era ardiente partidario de mi antagonista.

— Digo, repuse yo, que esto no ha tenido lugar, porque tenía el derecho de saberlo, porque mi sentencia debía haberseme comunicado primero a mí después a toda la comunidad reunida, y finalmente fijado aquí en mi sitio, donde no está ni ha estado nunca.

— Vuestra falta, exclamó Donaciano, era de tal naturaleza....

— MI falta, interrumpí yo, pláceos calificarla de grave; más pláceme a mí también calificar de tal el castigo que me habéis impuesto, y digo que para vos es para quien es degradante. ¡Decid cual fue mi falla! Requíereos que la digáis aquí; y diré después yo el tratamiento que me habéis hecho sufrir, aún cuando no tuvieseis derecho para ello.

«Viendo Donaciano que estaba encolerizado y que empezaban a escucharme con curiosidad, se apresuró a terminar este debate llamando en su socorro la prudencia y la astucia.

Acercóse a mí, y con tono compungido me suplicó en nombre del Salvador de los hombres, término una discusión tan escandalosa y contraria al espíritu de caridad que debía reinar entre hermanos. Añadió que me engañaba al acusarle de maquinaciones tan pérfidas, que sin duda había entre nosotros alguna equivocación que se aclararía con una explicación amistosa.

— En cuanto a vuestros derechos, añadió, me parecía, y me parece aún, hermano, que los habéis perdido. Tal vez será este un asunto que deberá examinar la comunidad; pero basta que me hayáis acusado de temer vuestra candidatura, para que trate cuanto antes sea posible de sincerarme de una sospecha tan penosa para mí: para ello declaro que deseo teneros al momento por competidor. Suplico a la comunidad, que eche a un lado toda acusación contra vos, y que os permita depositar vuestro voto en la urna después que se habrá verificado un nuevo escrutinio, sin examinar si son ó no contestables vuestros derechos. No solo lo suplico, sino que en caso necesario lo mando, pues soy, mientras espero el resultado de vuestra candidatura, el jefe de esta asamblea.

«Este mañoso discurso fue acogido con aclamaciones; pero me opuse a que se empezase de nuevo la votación en aquella sesión. Declaré que quería entrar en retiro, y que puesto que los otros se habian contentado con tres días, aún cuando estaban prescritos cuarenta, me daría yo también por satisfecho; pero que por ningún pretexto creía poder dispensarme de aquella preparación.

«Donaciano habia andado demasiado para poder retroceder; y así fingió sufrir este contratiempo con calma y humildad. Suplicó a la comunidad que no se opusiese a mis deseos. Habíanse suscitado efectivamente algunos murmullos sobre mi obstinación, pero no tantos como él esperaba. La curiosidad, que es el elemento vital de los monjes, se habia excitado hasta el más alto grado por ese misterio que quedaba oculto entre ambos. Mi desaparición habia maravillado á muchos. Deseaban por lo tanto, antes de colocarse bajo el dominio de este nuevo jefe tan benigno y tierno en apariencia, adquirir algunas nociones más sobre su verdadero carácter. Nadie parecía más a propósito que yo para proporcionarlas. Su moderación conmigo en público, en medio de una crisis tan horrible para su orgullo y su ambición, había parecido sublime a algunos, sensata a otros, extraña y de mal agüero a los mas. Treinta votos que no habían convenido en la elección de candidato habían combatido su elección. Era evidente que iban a recaer sobre mí. Tres días de nuevas reflexiones y más amplios informes podían desmembrar muchos partidarios. Todos lo conocieron así, y la mayoría que habia sido sorprendida, y como alucinada por la precipitación de la minoría, se alegró del retardo que habia yo ocasionado.

«Una hora después de haberse cerrado aquella tempestuosa sesión, mi celda estaba asediada por mis partidarios; porque a pesar mío tenía un partido, y partido muy ardiente. Donaciano era bastante odiado, y debo decir en honor de la verdad, que todos los menos envilecidos y corrompidos de la abadía estaban contra él. Habíase apagado ya mi cólera, y las ofertas que me hacían no despertaban en mí ningún deseo de poder monacal. Tenía ambición, pero una ambición tan vasta como el mundo, la ambición de las cosas sublimes. Hubiera querido construir un buen monumento de ciencia ó de filosofía, hallar una verdad y promulgarla, producir una de esas ideas que llenan y ponen en movimiento a todo un siglo, gobernar por fin toda una generación, pero desde el fondo de mi celda, y sin manchar mis dedos en el fango de los asuntos sociales; reinar por medio de la inteligencia sobre los espíritus, por el corazón sobre los corazones; en una palabra, vivir como Platón ó Spinoza. Distaba mucho aquella de la fútil gloria de mandar cien embrutecidos monjes. La pomposa pequeñez de tal destino llenaba mi alma de disgusto; pero comprendí el partido que podía sacar de mi posición, y acogí a mis partidarios con prudencia. Antes de llegar la noche, los treinta votos que habían resistido se habían reunido ya a los míos. Donaciano quedó más irritado que asustado. Vino a buscarme a mi celda, y trató de intimidarme diciéndome, que si me retiraba de la candidatura no me reprocharía mis herejías que le eran bien notorias; que todo podía arreglarse honrosamente para mí, y tranquilamente para él, si me contentaba con la pequeña victoria que había alcanzado retardando su elección; pero que si intentaba disputarle el priorado, daría a conocer cuáles eran mis ocupaciones, mis lecturas, y sin duda mis pensamientos desde cinco años atrás. Me amenazó con descubrir el fraude y desobediencia en que había vivido todo aquel tiempo, ocultando los libros prohibidos y nutriéndome durante los santos oficios, y en el templo mismo del Señor, con las más infames doctrinas.

«La calma con que arrostré aquellas amenazas le desconcertó mucho. Sin duda trataba de hacerme hablar sobre mis creencias, tal vez había colocado testigos detrás de la puerta para que me oyesen apostatar en un momento de ira. Pero estuve sobre mí, y vi en aquella circunstancia cuanta superioridad tiene el hombre sencillo sobre el más hábil, cuando este es movido por pasiones infames. No estaba ciertamente adiestrado en el arte de intrigar como ese monje cauteloso y astuto; pero el desprecio que tenía al puesto por que él luchaba me daba toda la ventaja del partido. Estaba armado de una sangre

fría a toda prueba, y mis respuestas llenas de calma desmontaban cada vez más a mi adversario. Retiróse muy turbado. Hasta aquel momento no me habia conocido, decía él con tono amargamente jovial. Háblame creído embebido en mis libros, y seguramente no habia pensado nunca que obrase con tanta prudencia y cálculo en mis asuntos temporales. Añadió con sorna que hacía fervientes votos para que le fuese bien demostrada mi ortodoxia en materia de religión, porque en ese caso le parecía el más a propósito de todos para gobernar bien la abadía.

«Al día siguiente mis treinta partidarios maquinaron tan bien, que separaron más de quince poltrones que se habían echado por temor en el partido de mi rival. Donaciano era el hombre más temido y odiado de la comunidad, pero tenía en favor suyo á todos los ancianos, que habia sabido monopolizar, y cuyos vicios ofrecían a su secreto ateísmo todas las garantías deseables. El mayor azote para una comunidad religiosa es un jefe sinceramente devoto. Con él está siempre en vigor la regía, que es lo que más odian y temen los monjes, y viene a cada instante a turbar los dulces hábitos de pereza é intemperancia; su ardiente zelo suscita cada día nuevos chismes tratando de instalar de nuevo las prácticas austeras, y la vida de trabajo y de privaciones. Donaciano sabia presentar las apariencias de una fe viva con el pequeño número de fanáticos; con el mayor de indiferentes, sabia sin comprometer la dignidad de etiqueta de la regla, y sin prescindir de aquella apariencia de fervor, proporcionar a cada uno el pretexto más conveniente a su licencia. Por este medio su autoridad no tenía límites para el mal; explotaba los vicios de los otros en provecho de los suyos propios. Ese modo de gobernar a los hombres aprovechándose de su corrupción es de infalible éxito; y si fuese el favorito de uu rey se lo aconsejaría.

«Pero lo que contrabalanceaba la autoridad naciente de Donaciano, era lo que se sabía de su carácter vengativo. Los que le habian ofendido un día tenían motivo para arrepentirse por largo tiempo de ello, y temían con razón que el prior al recibir el báculo no olvidase las antiguas querellas del simple hermano. Por esta razón los débiles se habían afiliado en su partido por temor, creyéndole muy poderoso y no queriendo que los castigase por haber trabajado contra él.

«Desde que vieron estos formarse un poder contra él, y que ofrecía algunas garantías, se inclinaron fácilmente a este lado y al tercer día tenía ya una mayoría considerable. No me seria fácil explicarte, Ángel mío, cuanto

sufrió secretamente por aquella común preferencia fundada sobre los intereses del egoísmo y cubierta con el mentido velo del aprecio y afecto. Las asquerosas caricias de aquellos poltrones me repugnaban. Las protestas de otros intrigantes. que se prometían reinar en mi lugar mientras estaría absorbido en mis especulaciones científicas, no me causaban inultos disgusto y desprecio.

— Triunfaré V., me decían con un aire vilmente orgulloso al salir de mi celda.

— ¡Dios me libre de ello! respondía yo cuando no podían oírme.

« El día de la elección Donaciano vino a despertarme antes de amanecer.

— Duerme V. como un triunfador. ¿Está V. pues seguro de haber alcanzado la victoria?

" Afectaba mucha calma; pero su voz era trémula, y la turbación que se notaba en todo su continente revelaba las angustias de su alma.

— Duermo con una doble seguridad, le conteste sonriéndome; la del triunfo, y la de la más perfecta indiferencia sobre ese mismo triunfo.

— Hermano Alejo, repuso él, representa V. esta comedia con una maestría que excede a todo elogio.

— Hermano Donaciano, repliqué, no se equivoca V. Represento una comedia, pues solicito sufragios de que no pienso aprovecharme. ¿Á qué precio quiero V. pagármelos?

— ¿Cuáles serían sus condiciones de V.? dijo fingiendo seguir la chanza; pero sus labios se habían puesto pálidos de emoción y sus ojos brillaban de curiosidad.

MI libertad, contesté; nada mas. Amo el estudio y detesto el poder; asegúreme V. la calma y la más absoluta independencia en el fondo de mi celda. Deme V. las llaves de todas las bibliotecas, el cuidado de todos los instrumentos de física y astronomía, y la dirección de los fondos aplicados a su conservación por el fundador; deme V. la celda del observatorio, abandonada desde la muerte del último monje astrónomo; por fin, dispénseme V. de los oficios, y ó ese precio considéreme V. muerto. Yo viviré en mi observatorio y V. en su silla abacial, sin que nunca exista nada de común entre los dos. a la primera vez que me mezcle en cualquier asunto temporal, le

autorizo a V. para que me vuelva a colocar bajo la regla; pero también le prometo a V. mostrarle aún otra vez que no carezco de influencia, al primer chisme temporal que me suscite V. Cada tres años, cuando se renovará la elección de V., renovaremos igualmente nuestro contrato, si es que mis proposiciones le parecen á V. admisibles. ¿Promete V.? Vamos, despáchese V. ¿no oye la campana que nos llama a la iglesia?

«Prometió cuanto quise; pero retiróse sin confianza ni esperanza. No podía creer que renunciase a la victoria teniéndola en las manos.

«Sería imposible pintar la angustia que contraía su semblante, cuando fui proclamado prior por mayoría de diez votos. Parecía un hombre a quien el rayo hubiese convertido en ceniza en el momento que iba a alcanzar los astros. ¡Haberme tenido encerrado tres días y tres noches, haberse lisonjeado encontrarme muerto de hambre y de frío, y verme salir de pronto como de la tumba para arrancarle la victoria de las manos y sentarme en lugar suyo en la silla del honor!

«Todos vinieron a abrazarme, y soporté aquella ceremonia sin desengañar al vencido, hasta que a su turno vino a darme el ósculo de paz. Cuando le hube hecho pasar por esta humillación, le tomé por la mano, y depojándome de las insignias de que me habían revestido, le puse en el dedo el anillo y en la mano el báculo abacial; después le conduje a la silla, y arrodillándome ante él, le supliqué me diese su bendición paternal.

«Un inconcebible estupor reinó por un momento en el capítulo: al principio encontré mucho obstáculo en admitir esta sustitución de persona; pero los débiles y los poltrones llevaron la mayoría a donde me plugo constituir-la. El escrutinio de aquel día no dió resultado alguno; pero el del día siguiente produjo, gracias a mis diligencias y a mi influencia, el priorato para Donaciano. Mellizo el honor de dudar de mi lealtad hasta el último momento, sospechando siempre que fingía un exceso de humildad, a fin de asegurarme un poder sin límites para toda mi vida. Había pocos ejemplos de que el prior no hubiese sido reelegido cada tres años hasta su muerte; pero el estatuto no por eso dejaba de estar en todo su vigor, y la existencia de un rival importante podía turbar la vida del vencedor. Donaciano pensaba pues que trataba de atraerme por medio de una supuesta virtud y de un novelesco desinterés los que le quedaban más adheridos, a fin de no tener que temer reacción alguna a favor suyo al cabo de los tres años. Por lo demás debo a

este estatuto el que la tranquilidad de mi vida quedase casi asegurada. Desde aquel día cesaron las persecuciones con que se me había oprimido hasta entonces, y cuyo detalle he pasado en silencio, no siendo más que los accesorios de sufrimientos más reales y profundos. Tan solo hasta hace poco, viéndome Donaciano bajar a la tumba, ha cesado de temerme y ha alentado los viejos odios de sus criaturas.

«Cuando se hubo proclamado por fin su elección y no dudó ya de mi buena fe, su reconocimiento me pareció tan servil y tan exagerado que procuré evadirme de él.

— Pague V. sus deudas, lo dijo al oído, y no me agradezca una acción que no ha sido en mí un sacrificio.

«Se apresuró a nombrarme director de la biblioteca y del gabinete reservado a los estudios y colecciones científicas. Desde aquel momento gocé de la más amplia libertad en mis ocupaciones y de todos los medios posibles para instruirme.

« En el momento que dejaba la sala del capítulo para ir lleno de impaciencia a lomar posesión de mi nueva celda, levanté por casualidad los ojos hacia el retrato del fundador, y entonces el recuerdo de los acontecimientos que habían tenido lugar en aquella sala algunos días antes, vino a mi memoria de un modo tan distinto y sorprendente, que me asusté. Hasta entonces las preocupaciones que habían ocupado todas mis horas no me habían dado tiempo para pensar en ello; ó mejor, aquella parte del cerebro que conserva las impresiones que nosotros llamamos poéticas y maravillosas (á falta de exacta expresión para designar las funciones del sentido divino) se había abotagado en mí, hasta el extremo de no dar cuenta a mí razón de los prodigios de mi evasión. Aquellos prodigios de mi evasión permanecían envueltos en las misteriosas nubes de un sueño, como las vagas reminiscencias de los hechos que han tenido lugar durante una embriaguez, ó durante una fiebre. Mirando el retrato de Hebronijs, volví a recordar distintamente la animación de aquellos ojos pintados, que de pronto habían tomado vida y vuéltose luminosos; y aquella memoria se mezcló tan extrañamente a la situación presente, que me pareció ver otra vez adquirir vida a aquel lienzo, y mirarme aquellos ojos como ojos humanos. Pero esta no era con brillo, era con dolor y con reproche. Figuróseme que sus párpados se humedecían por las lágrimas. Sentíme desfallecer. Nadie reparaba en

mi; pero un niño de doce años, sobrino y discípulo de teología de uno de los hermanos, estaba casualmente frente del retrato, y casualmente también tenía los ojos fijos en el.

— ¡Ó padre mío Alejo, me dijo asiéndose a mi vestido con terror, no ve V.; el retrato llora!

«Estuve a pique de desmayarme; pero hice un gran esfuerzo sobro mí y le contesté:

— Callaos, hijo mío, y guardaos de decir semejantes cosas, particularmente hoy. Causaríais la desgracia de vuestro tío.

«El niño no comprendió mi respuesta, pero quedó como asustado, y no habló a persona alguna que yo sepa de lo que habia visto. Padeció desde entonces una enfermedad de la que murió al año siguiente en casa de sus padres. No he sabido bien los detalles de su muerte; pero se me ha dicho que en sus últimos instantes Labia visto una figura hácia la cual habia querido lanzarse llamándole pater Spiridion. Aquel niño estaba lleno do fe, de inteligencia y benignidad. Solo le he conocido algunos instantes sobre la tierra, pero creo le volveré a encontrar en más alta esfera. Era de aquellos que no pueden permanecer aquí bajo, y que tienen ya desde esta vida una mitad de su alma en un mundo mejor.

« Estuve ocupado algunos días en preparar mi observatorio, en escoger los libros que prefería, en colocarlos en mi celda y en arreglarlo todo en mi nuevo imperio. En el Ínterin que el convento so agitaba para celebrar la elección de su nuevo jefe, que los unos se entregaban a sus sueños do ambición mientras Jos otros se consolaban de sus frustradas esperanzas abandonándose a la intemperancia, recibía una infantil alegría en aislarme do esa turba insensata, y en buscar, el olvidado de todos, mis sosegados placeres. Cuando hube acabado de arreglar la biblioteca las colecciones de historia natural y los instrumentos de física y astronomía, lo que hacía con tanto zelo que todas las noches me acostaba extenuado de fatiga (pues todas aquellas preciosidades hacía muchos años que estaban descuidadas y abandonadas al mayor desorden), entré una noche en esta celda con un increíble bienestar. Creía haber alcanzado una victoria mucho mayor que la de Donaciano, y haber asegurado el porvenir de toda mi vida sóbrelas únicas bases que podían convenirle. Solo una pasión tenía, la del estudio. Iba a poderme entregar a él para siempre sin distracción y sin temor. ¡Cuánto rae aplaudía

a mí mismo por haber resistido al deseo de huir que tantas veces habia turbado mi espíritu los años anteriores!; Habia sufrido tanto en tener que observar las minuciosas prácticas del catolicismo, no abrigando ya fe alguna, simpatía alguna católica, y en ver consumirse en ellas un tiempo precioso! Háblame despreciado a mí mismo por el falso pundonor que me tenía ligado a mí.

«¡Votos insensatos, juramentos impíos! habia exclamado muchas veces, no es el temor ó el amor a Dios el que os ha recibido ni el que me impide violaros. Ese Dios no existe, no ha existido nunca. No debe guardarse fidelidad a un fantasma, ni los empeños contraídos durante el sueño tienen fuerza ni realidad. El respeto humano es pues el que os ha hecho conservar vuestro poder sobre mí. Porque en mis días de intolerante juventud y de fogosa devoción, he ajado en alta voz a los religiosos que apostataban; porque en otro tiempo he sostenido la absurda tesis quo el juramento es indeleble, por eso temo hoy día, retractándome, ser despreciado ‘por esos mismos hombres que desprecio.

«Háblame dicho esas cosas, háblame hecho esos reproches, habia resuelto partir, colgar mi cogulla en los zarzales del camino, é ir a buscar la libertad de conciencia, la libertad de estudios a un país más ilustrado, a una nación más tolerante, Francia ó Alemania; pero nunca habia tenido valor para hacerlo. Habíanmelo impedido mil razones pueriles ú orgullosos. Acostóme repasando en mi imaginación aquellas razones, que por una razón natural me complacía en encontrarlas excelentes, pues que desde entonces en adelante, el estado de monje y la morada en el monasterio eran para mí la mejor condición que podía desear. En el número de, aquellas razones, recordóme mi memoria el deseo de poseer el manuscrito de Espiridion, y la importancia que habia dado A la exhumación de aquel precioso escrito, Apenas esta reflexión hubo herido a mi espíritu, cuando evocó mil imágenes fantásticas. La fatiga y la necesidad de dormir empezaban a turbar mis ideas. Encontrábame en una disposición extraña y tal cual no la habia experimentado hacia mucho tiempo. MI razón, siempre soberbia, estaba en toda su fuerza, y despreciaba profundamente las visiones que me habian asaltado en el catolicismo: explicábame ella los prestigios de la noche del 10 de enero por causas enteramente naturales. El hambre, la fiebre, la agonía de las fuerzas morales, y también la secreta insuperable desesperación de perder la vida de un modo tan horrible, habian debido producir

en mi cerebro un desorden próximo a la locura. Entonces había creído oír una voz que salía de la tumba, y palabras que estaban en armonía con los sensibles recuerdos de mi precedente existencia católica. Las fantasmás que en otro tiempo había creado mi imaginación, debieron sin duda reproducirse por una ley fisiológica a la primera disposición febril, y la debilidad de mis fuerzas físicas había debido impedir, a la presencia de aquellas apariciones, las funciones de la razón y neutralizar las potencias del juicio. Un acontecimiento fortuito, la entrada de algún servidor en la sala del capítulo, habiéndome proporcionado la libertad mientras era presa de aquel delirio, debí por precisión atribuir mi salvación a causas sobrenaturales; y el resto de la visión se explicaba fácilmente por la lucha que se había establecido en mí entre el deseo de recobrar la vida y la debilidad de todo mi ser. No había pues en todo ello nada de que no triunfase mi razón con palabras; pero las palabras no reemplazarán nunca las ideas, y aún cuando la mitad de mi espíritu se diese por satisfecha de esas soluciones, la otra mitad permanecía en una gran turbación y rechazaba la calma del orgullo y la sanción del sueño.

«Apoderóse entonces de mí un malestar inconcebible. Conocí que mi razón no podía defenderme, por ingeniosa y prepotente que fuese, contra los vanos terrores de la enfermedad. Acordóme de que las apariencias me habían dominado de un modo tal, que había tomado mis ilusiones por realidades. No hacía aún mucho tiempo, que lleno de calma, fuerza y alegría, había creído ver salir lágrimas de un lienzo pintado, y oír las palabras de un niño que confirmaban aquel prodigio.

«Es verdad que había una tradición acerca de aquel retrato. Lu mi edad crédula había oído decir que lloraba cuando se elegían malos priores; y el niño, poseído a su vez de esta fábula, había sido fascinado por el miedo, hasta el extremo de ver lo que yo mismo me había imaginado también ver.

¡Cuántos milagros no habían sido contemplados y atestiguados por millares de personas, alucinadas todas espontánea y contagiosamente por la misma vehemencia del entusiasmo fanático! ¿Qué tenía pues de particular ni sorprendente que lo fuesen dos? pero que yo fuese una de ellas y que dividiese los sueños de un niño, he ahí lo que me maravillaba y humillaba extrañamente. ¡Y qué! pensaba yo, ¿las imposturas del fanatismo cristiano dejan tan profundas huellas en el espíritu de Jos que han seguido su doctrina, que después de tantos años de desengaño y de victoria no estoy aún libre de ellas? ¿Estoy condenado a conservar toda ni ¡vida semejante enfermedad?

¿No hay pues medio alguno de recobrar enteramente la fuerza moral que deséchalas fantasmas, y disipa las sombras con una palabra? ¿Por haber sido católico, no me será nunca permitido ser hombre, y debo a la menor languidez de mi estómago, al más pequeño acceso de liebre, ser presa de los terrores de la infancia? ¡Ay! quizás es esto un justo castigo de la debilidad con que el hombre se abato ante groseros errores. Tal vez la verdad, para vengarse, rehúsa ¡luminar enteramente los espíritus que la han despreciado largo tiempo; quien sabe si los miserables que como yó sellan postrado ante los ídolos y han adorado la mentira, están marcados con un indeleble sello de ignorancia, de locura y de cobardía; puede que mi aniquilado cerebro a la hora de la muerte se entregará a despreciables espantajos; ¿tal vez Satanás vendrá a atormentarme, y moriré quizás invocando a Jesús, como hacen muchos desgraciados filósofos, en quienes semejantes enfermedades del espíritu explican y revelan la lucha de la miseria humana con la luz celestial?

«Entregado a aquellos dolorosos pensamientos, me dormí muy agitado, temiendo aún ser de nuevo juguete de algún sueño, y aterrorizándome tanto más esto, cuanto que mi razón me demostraba las causas y consecuencias que podía acarrear.

Tuve entonces una extraña visión. Imaginóme haber

vuelto al tiempo de mi noviciado. Veíame vestido con el habito de lana blanca, un ligero bozo sombreaba apenas mi caía; pascábame con mis jóvenes compañeros, y Donaciano en medio de todos recogía nuestros sufragios para su elección. Dde mi voto como los demás, con indiferencia, para evitar las persecuciones. Se retiró entonces lanza nilones una mirada desdeñosa de triunfo, y vimos acercarse hácia nosotros un hombre jóven y hermoso, que reconocimos todos por el original del retrato de la sala mayor.

¡Pero como sucede en todos los sueños, olvidamos en seguida nuestra sorpresa! Aceptamos como cosa cierta y posible que hubiese vivido hasta entonces, y aún algunos de nosotros decían que le habían conocido siempre. En cuanto a mí, conservaba de él solamente un confuso recuerdo, y, fuese costumbre ó simpatía, me acerqué a él con afecto. Pero nos rechazó con indignación.

¡Jóvenes desgraciados! nos dijo con una voz llena de calma y melodía aún en medio de la misma cólera, ¿es posible que vengáis a abrazarme después de la cobardía que acabáis de cometer? ¡Y qué! ¿habéis descendido

hasta tal punto de egoísmo y embrutecimiento, que habéis elegido por jefe no al más virtuoso ni al más capaz, sino al que a todos os consta ser el más tolerante para el vicio y el más insensible a la generosidad? ¿Es así como observáis mis estatutos? ¿Es esto el espíritu que con tanto alán traté de dejar entre vosotros? ¿Es este el estado en que os encuentro ya, después de haberos dejado por algún tiempo?

«Entonces se dirigió a mí en particular, y señalándome a los otros:

— He ahí, dijo, el más culpable de vosotros, pues que por su espíritu es ya un hombre y conoce el mal que hace. Su ejemplo es el que os arrastra, porque le consideráis Heno de instrucción y sabiduría. Todos le amais, pero aún más se estima a sí mismo. Desconfiad de él, es un orgulloso, y el orgullo le ha vuelto sordo ó la voz de su conciencia.

«Y como una nube de tristeza y vergüenza cubrió mi frente, me reprendió severamente, pero cogiendo mis manos con una efusión de paternal enojo; y al propio tiempo que me echaba en cara mi egoísmo, mientras me decía que habia sacrificado el sentimiento de la justicia y el amor a la verdad al vano placer de instruirme en las ciencias, conmovióse, y viinundarse de lágrimas sus mejillas. Corrieron abundantemente las mías, porque sentía el aguijón del arrepentimiento y todos los agudos dolores de un corazón desgarrado. Apretéme entonces contra el suyo con ternura y sentimiento, y me dijo entrecortadamente:

— Lloro por tí, porque a tí mismo es a quien has causado el mayor mal, y tu vida entera está condenada a expiar esa falta. ¿Tenias acaso el derecho do aislarte en medio de tus hermanos y de decir: Todo el mal que desde hoy en adelante se hará aquí me será indiferente, porque no tengo la misma creencia que ellos, porque merecen ser tratados como perros, ¿y porque aquí yo solo estimo mi reposo, mis placeres, mis libros, mi libertad? ¡Óh Alejo ¡¡Desgraciado hijo! ¡serás un viejo desgraciado, porque has perdido el sentimiento del bien y el odio al mal; porque has sufrido en silencio el triunfo de la iniquidad; porque has preferido tu bienestar a tu deber, ¡y has levantado con tus propias manos el trono de Baal en este rincón de la sociedad humana a que te habías retirado para cultivare! bien y servir al verdadero Dios!

«Agitábame con angustia en mi lecho para escapar a aquellos reproches, pero no pude conseguir el despertarme: perseguíanme con una verosimili-

tud, con una consecuencia y tan al caso; arrancábanme lágrimas tan amargas y me cubrían de confusión tal, que me sería imposible decir hoy día si fue un sueño ó una visión. Poco a poco reaparecieron los personajes. Donaciano se adelantó furioso hacia Espiridion, cuya voz se extinguió y cuyas facciones se borraron. Donaciano gritaba a sus viles partidarios:

— ¡Destruidle! ¡destruidle! ¿Que viene a hacer entre los vivos? ¡Hacedla entrar de nuevo en la tumba, volvedle a la nada!

«Entonces trajeron los monjes leña y teas encendidas para quemar a Espiridion; pero en lugar del que me había anonadado con sus reprensiones ó inundado con sus lágrimas, solo vi el retrato del fundador que los secuaces de Donaciano arrancaban del cuadro y arrojaban a la hoguera. Desde que el fuego empezó a consumir el lienzo, tuvo lugar una horrible metamorfosis. Espiridion reapareció vivo agitándose en medio de las llamas y gritando:

— ¡Alejo, Alejo! ¡tú eres el que me das la muerte!

“Me lancé en medio de la hoguera y solo encontré el retrato hecho cenizas. Por repetidas veces la figura viviente de Hebronius y el inanimado lienzo que la representaba se cambiaron el uno en otro: tan pronto veía arder en medio del incendio la hermosa cabellera de mi maestro y volverse hacia mí sus ojos llenos de sufrimiento, de cólera y de dolor, como percibía arder solo una efigie al soplo de las groseras exclamaciones y estúpidas risas de los monjes. Desperté bañado de sudor y quebrantado por la fatiga. La almohada estaba empapada con mis lágrimas. Me levanté, abrí precipitadamente la ventana, el nacer del alba disipó mi sueño y mis ilusiones; pero todo el día permanecí abrumado de tristeza y conmovido de la fuerza y justicia de los reproches que resonaban aún en mis oídos.

«Desde aquel día consumiéronme los remordimientos. Reconocía en aquel sueño la voz de mi conciencia que me gritaba que en todas las religiones, en todas las filosofías, era un crimen elevar el poder del engañador y entrar en proposiciones con el vicio. Por aquella vez la razón confirmaba este decreto de la conciencia; mostróme ella en lo pasado a Espiridion como un hombre justo, severo, incorruptible, enemigo mortal del egoísmo y de la mentira; decíame, que en el paraje de la tierra donde nos haya lanzado la suerte, por falsa que sea nuestra posición, por degradados que sean los seres que nos rodeen, nuestro deber consiste siempre en trabajar en combatir el

mal y hacer triunfar el bien. Un instinto de nobleza y dignidad humana que abrigaba en mi pecho, me decía que en semejante caso, aún cuando no pudiésemos hacer bien alguno, era bello morir por el sufrimiento resistiendo al mal, y cobarde el tolerarlo para vivir en paz. Aquellos estudios, de que tanta alegría me había prometido sacar, no rae causaron ya más que disgusto. Mi alma entorpecida se extravió en vanos sofismas y trató inútilmente arrojar de sí el descontento por medio de malas razones. En tal extremo temía, en esta disposición enfermiza y penosa, ser presa de nuevas alucinaciones, que luché durante muchas noches contra el sueño. A consecuencia de aquellos esfuerzos entré en una excitación nerviosa peor que la debilidad de las facultades. Las fantasmas que temía ver durante el sueño se presentaron aún más espantosas ante mis ojos abiertos. Parecíame ver escrito en caracteres de fuego sobre todas las paredes el nombre de Espiridion. Indignado de mi propia debilidad, resolví poner fin a aquellas angustias con un acto de valor. Tomé el partido de bajar a la tumba del fundador y sacar el manuscrito. Hacía tres noches que no dormía. La cuarta, á eso de las doce, lomé un escoplo, una lámpara y una alzaprima, y penetré silenciosamente en la iglesia, decidido a ver aquel esqueleto y tocar aquellos huesos que mi imaginación hacía seis años revestía de una forma celeste, y que mi razón iba a restituir a la cierna nada contemplándoles con calma.

«Llegué a la piedra del Hic est, levántela sin mucho trabajo y empecé a bajar la escalera; acordábame que constaba de doce gradas. Pero había descendido tan solo seis cuando mi cabeza estaba ya extraviada. Ignoro lo que pasaba dentro de mí; a no haberlo experimentado, nunca pudiera creer que el valor de la vanidad pudiese encubrir tanta debilidad y tan cobarde terror. Apoderóse de mí el frío de la liebre; el miedo me hacía dar diente con diente; dejé caer la lámpara, y sentí que mis rodillas se doblaban bajo mi peso.

«Un espíritu sincero no hubiese tratado de superar aquel angustioso apuro. Hubiérase abstenido de llevar adelante una prueba superior a sus fuerzas; hubiera dejado su empresa para un momento más favorable y hubiera esperado con sencillez y paciencia a que se hubiesen serenado sus facultades mentales. Pero yo no quería tener siempre ante mí vista el mentís. Indignábame de mi debilidad, mi voluntad quería forzar y reducir mi imaginación. Continué bajando en medio de las tinieblas; pero perdí el espíritu y fui presa de las ilusiones y fantasmas.

« Parecíame que seguía bajando siempre y que me hundió en las profundidades del Erebo. Finalmente llegué con lentitud a un paraje sólido y liso, y oí una lúgubre voz que pronunció las siguientes palabras que parecía confiar a las entrañas de la tierra.

— No volverá él a subir la escalera.

En seguida oí elevarse hacia mi, del fondo de invisibles abismos, mil formidables voces que cantaban con extraña cadencia:

— ¡Destruyámete! ¡Que se le destruya! ¿Qué viene a hacer entre los muertos?; Que vuelva a sus sufrimientos! ¡Que se le vuelva a la vida!

"Un débil resplandor atravesó entonces las tinieblas, y vi que estaba en el último escalón de una escalera tan vasta como el pie de una montaña: detrás de mi había millares de escalones de hierro candente; delante de mi nada más que el vacío, así bajo mis pies como sobre mí cabeza el sombrío azul de la noche. Apoderóse de mí un fuerte vértigo • y dejando la escalera, pensando que me era ya imposible volverla a subir, me lancé blasfemando en el vacío.

Pero apenas hube pronunciado aquella maldición cuando se llenó de formas y confusos colores el vacío, y poco a poco me viá pie llano en una inmensa galería do avanzaba temblando. La oscuridad reinaba a mi alrededor; pero el fondo de la bóveda se iluminaba por un resplandor rojo y me mostraba las formas espantosas y extrañas de la arquitectura. Parecía haber sido (aliado lodo este monumento, por su fuerza y solidez gigantesca, en una montaña de hierro ó en una caverna de lavas negras. No podía distinguir los objetos más cercanos, y los hacia que me adelantaba tomaban un aspecto de más en más siniestro, y mi terror aumentaba a cada paso. Los enormes pilares que sostenían la bóveda, y los follajes de la bóveda misma, parecían hombres de sobrenatural estatura, entregados todos a inauditos tormentos; los unos, suspendidos por los pies y estrechados entre los anillos de monstruosas serpientes, mordían el pavimento y sus dientes se hundían en el mármol; otros, incrustados en el suelo hasta la cintura, eran tirados a lo alto, estos por los brazos cabeza arriba, aquellos por los pies cabeza abajo, hacia los capiteles formados por otras figuras humanas inclinadas sobre ellos y encarnizadas en torturarles. Otros pilares representaban todavía grupos de figuras ocupadas en devorarse unas a otras, y cada una de ellas solo ofrecía un pedazo roído hasta las rodillas ó hasta las espaldas, pero cuya

cabeza furiosa conservaba bastante vida todavía para morder y devorar a lo que estaba a su alcance. Había algunas que, medio desolladas, se esforzaban con la parte superior de su cuerpo en desprender la piel de la otra mitad enganchada en el capitel ó retenida en el zócalo, otras aún, que batiéndose se habían arrancado tiras de carne por las que se tenían suspendidas la una a la otra con la expresión de un odio y sufrimiento indecibles. a lo largo del friso, ó mejor a modo de friso, había a cada lado una hilera de sores inmundos, revestidos de forma humana, pero de borrosa fealdad, ocupados en despedazar cadáveres, devorar miembros humanos, torcer vísceras y repartirse sangrientos desperdicios. Pendían de la bóveda en forma de lazos y rosetones, niños mutilados que parecían arrojar lastimeros gritos, ó que huyendo con terror de los antropófagos, se lanzaban de cabeza, y parecía que iban a estrellarse sobre el pavimento.

« Cuanto más adelante iba, todas estas estatuas, alumbradas por la luz del fondo, más tomaban el aspecto de la realidad; estaban ejecutadas con una verdad que nunca el arte del hombre hubiera podido alcanzar. Hubiérase dicho que era una escena de horror a la que había sorprendido en medio de su realidad viva un desconocido cataclismo, y ennegrecido y petrificado como la arcilla en el horno. La expresión de la desesperación, de la rabia ó de la agonía estaba tan bien pintada sobre todos aquellos rostros contraídos; el juego ó la tensión de los músculos, la exasperación de la lucha, el estremecimiento de la carne desfalleciente estaba reproducidas con tanta exactitud, que era imposible sostener su vista sin disgusto y terror. El silencio y la inmovilidad de aquella representación acrecentaban tal vez el horrible efecto que roe Labia causado. Volví tan débil que me detuve y quise retroceder.

« Pero oí entonces en el fondo de aquellas tinieblas que había atravesado confusos rumores Como los de un tropel que anda. Pronto se hicieron más distintas las voces y más estrepitosos los ruidos, y se apresuraron los pasos tumultuosamente acercándose con una presteza increíble; era aquel ruido el de una carrera irregular, sofrenada, pero cada vez más próxima, más impetuosa, más amenazadora. Me imaginaba que era perseguido por aquel tropel desordenado, y traté de ganarle la delantera precipitándome bajo la bóveda en medio de las lúgubres esculturas. Pero me pareció que aquellas figuras empezaban a agitarse, a humedecerse de sudor y sangre, y que sus ojos de esmalte rodaban en las órbitas. Distinguí de pronto que todas me miraban y estaban inclinadas hacia mí, las mas con la expresión de una es-

pantosa risa, las otras con la de una aversión furiosa. Tenían todas levantado el brazo sobre mí, en ademán de aplastarme bajo los miembros palpitantes que se arrancaban las unas a las otras. Había algunas que me amenazaban con su propia cabeza que tenían entre las roanas, ó con cadáveres de niños que habían arrancado de la bóveda.

«Mientras que turbaban mi vista tan abominables imáyelies, retumbaban en mi oído siniestros ruidos que se aproximaban. Tenía delante de mí espantosos objetos, detrás de mí ruidos más horrorosos aún: risas, aullidos, amenazas, sollozos, blasfemias, y de pronto momentos de silencio durante los cuales parecía que el tropel, conducido por el viento, salvaba distancias enormes y ganaba sobre mí céntuplo terreno.

«Finalmente se acercó tanto el rumor que no pude esperar ya el escaparme; traté de ocultarme detrás de los pilares de la galería; pero se animaron de pronto las figuras de mármol, y agitando sus brazos, que extendían hácia mi con frenesí, trataron de asirme para devorarme.

« Echóme pues el miedo en el centro de la galería, donde los brazos no podían alcanzarme, y el tropel vino el espacio se llenó de voces y el pavimento se inundó de pasos. Fue como una tempestad en los bosques, como una ráfaga sobre las olas; fue la erupción de la lava. Me pareció que el aire se abrasaba, y que mis espaldas se doblaban bajo el peso de la oleada. Fui arrastrado como una hoja do otoño en el torbellino de los espectros.

«Iban todos vestidos de negro, y sus ardientes ojos brillaban bajo sus sombríos capuchos como los de un tigre en el fondo de su cueva. Había algunos que parecían estar sumidos en una desesperación sin límites, otros que se entregaban a una alegría insensata ó feroz, otros en Un cuyo selvático silencio me helaba y espantaba aún más. A medida que avanzaban, las figuras de mármol y bronce se agitaban y retorcían con tanto esfuerzo, que acababan por desprenderse de su asustador engaste, por despegarse del pavimento que encadenaba sus pasos, por arrancar sus brazos y espaldas de la cornisa; y los mutilados de la bóveda se desasían también, y arrastrándose como culebras a lo largo de las paredes conseguían alcanzar el suelo. Y entonces todos aquellos antropófagos gigantescos, todos los desollados, todos los mutilados, se unían al tropel de espectros que me arrastraban, y recobrando las apariencias de una compítela vida, se ponían a correr y a aullar como los oíros de modo que el espacio se agrandaba al rededor nue-

stro, y la muchedumbre se esparcía en las tinieblas como un río que ha roto sus diques; pero el lejano resplandor]» atraía y guiaba siempre. De pronto se hizo más viva esa pálida claridad y vi que habíamos llegado al fin. El tropel se dividió, se derramó por unas galerías circulares, y percibí bajo mis pies a una distancia inconmensurable el interior de un monumento tal que jamás la mano del hombre hubiera podido construirle. Era una iglesia gótica semejante en su gusto a las que los católicos erigían en el siglo undécimo, en aquel tiempo en que habiendo llegado a su apogeo su poder moral, empezaban a levantar cadalsos y hogueras. Los altos pilares, las arcadas ojivas, los animales simbólicos, los adornos raros, todos los caprichos de una arquitectura orgullosa y fantástica estaban allí desplegados en un espacio y bajo tales dimensiones, que un millón de hombres hubiera podido cobijarse so la misma bóveda. Pero esta bóveda era de plomo, y las galerías superiores donde se estrujaba la multitud estaban tan inmediatas al techo, que nadie podía estar en ellas de pie, y cotí la cabeza encorvada y las espaldas quebrantadas me vea obligado a mirarlo que pasaba en el fondo de la iglesia, bajo mis pies, a una profundidad que causaba vértigos.

«Al pronto solo discernía los rasgos de la arquitectura, cuyas partes inferiores flotaban en el vacío, mientras que las medias se iluminaban de rojos resplandores entrecortados de sombras negras, como si hubiese estallado un foco de incendio de algún punto a que no podía llegar mi vista. Poco a poco esta siniestra claridad se difundió a todas las partes del edificio, y distinguí una porción de personas arrodilladas en la nave, mientras que una procesión de sacerdotes con ricos vestidos clericales desfilaba lentamente por el medio, y se dirigía al coro cantando con voz monótona.

«Destruyámete! ¡destruyámete ¡¡sea devuelto a la tumba lo que pertenece en la tumba!»

«Este lúgubre canto despertó mis temores y paseé mi vista al rededor; pero vi que estaba solo en una balaustrada; el tropel había invadido las otras y parecía no ocuparse de mí. Traté entonces de escapar de aquel lugar de espanto, en donde un instinto secreto me anunciaba la ejecución de algún terrible misterio. Ví a mis espaldas muchas puertas; pero estaban guardadas por las horribles figuras de bronce que con fisgona sonrisa y hablando entre sí decían:

«Van a destruirle, y las trizas de su carne nos pertenecerán.

« Helado por estas palabras, acerquéme a la balaustrada, encorvándome a lo largo del pasamano de piedra para que no pudiesen verme. Sentí un tal horror a lo que iba a tener lugar, que cerré los ojos y me tapé los oídos. Con la cabeza envuelta en mi capuz y doblada sobre mis rodillas, llegué a figurarme que todo aquello era un sueño, y que estaba dormido sobre el hecho de mi celda. Hice inauditos esfuerzos para despertarme y librarme de la pesadilla, y creí despertarme en efecto. Pero al abrir los ojos no hallé aún en la balaustrada, rodeado a alguna distancia de los espectros que a ella me habían conducido, y vi en el fondo de la nave la procesión de los sacerdotes que habia llegado al medio del coro, y que formaba un grupo comprimido, en cuyo centro se llevaba a efecto una escena de horror que jamás olvidaré. Habia un hombre tendido en un ataúd, y aquel hombre estaba vivo. No soquejaba ni hacia resistencia alguna; pero partían de su seno ahogados quejidos, y sus profundos suspiros acogidos por un melancólico silencio se perdían bajo la bóveda que los transmitía al tropel insensible. Muchos sacerdotes armados de clavos y martillos permanecían a su alrededor, prontos a sepultarlo en cuanto hubiesen logrado arrancarle el corazón. Pero en vano venían por turno con los brazos sangrientos y hundidos en el entreabierto pecho del mártir a registrar y torcer sus entrañas; ninguno podía arrancar aquel corazón invencible, que lazos de diamante parecían retener victoriosamente en su hipar. De rato en rato los verdugos dejaban escapar un grito de rabia, al que contestaban de lo alto de la galería imprecaciones mezcladas a una rechifla. Durante aquellas abominaciones el genio prosternado en la iglesia permanecía inmóvil en actitud de meditación y de recogimiento.

«Entonces uno de los verdugos se acercó ensangrentado a la balaustrada que separaba el coro de la nave, y dijo a aquellos hombres arrodillados:

— ¡Almas cristianas, fieles fervientes y puros, ó mis queridos hermanos, orad! redoblad vuestras súplicas y lágrimas a fin de que se cumpla el milagro, y podáis comer la carne y beber la sangre de Cristo, vuestro divino Salvador.

«Y los fieles se pusieron a rezar en voz baja, a golpearse el pecho, y a cubrir de ceniza sus frentes, mientras que los verdugos continuaban torturando su presa, y la victima murmuraba llorando las siguientes palabras a menudo repelidas: ¡Oh hijos mío, ilumina esas víctimas de la ignorancia y de la impostura!

«Parecíame que un eco de la bóveda, tal cual una voz misteriosa, conducía estas quejas ¡¡mi oído. Pero estaba de tal modo envarado por el miedo, que en lugar de contestarle y levantar mi voz contra los verdugos, me ocupaba solo en espiar los movimientos de los que me rodeaban, temiendo no dirigiesen su rabia contra mí viendo que no era de los suyos.

«Después traté de despertarme, y durante algunos minutos mi imaginación me conducía a escenas risueñas. Veíame sentado en mi celda, en una hermosa mañana, rodeado de mis libros favoritos; pero un nuevo suspiro de la víctima me arrancaba de aquella dulce visión, y otra vez me encontraba frente de una agonía interminable y de infatigables verdugos. Miré al paciente y me parecía queso transformaba a cada instante. No era ya Cristo, era Abelardo, y después Juan Huss, y después Lutero.... Púdome arrancar aún a este espectáculo de horror, y me se figuraba que volvía a ver la claridad del día y que huía ligero y rápido por una risueña campiña. Pero una risotada feroz que partió de mi lado me sacó de repente de esta dulce ilusión, y apercibí a Espiridion en el féretro, en pugna con los infames que pulverizaban su corazón dentro su pecho sin poderse apoderar de él. Después ya no era Espiridion, era el viejo Fulgencio que me llamaba diciendo.

— ¡Alejo! ¡Hijo mío Alejo! ¿vas pues a dejarme perecer?

«No bien hubo pronunciado mi nombre, cuando vi en el ataúd en lugar suyo mi propia figura, con el seno entreabierto, el corazón despedazado por las uñas y tenazas. Sin embargo, yo seguía oculto tras de la balaustrada, y contemplando a otro yo mismo en las angustias de la agonía. Entonces sentíame desfallecer, mi sangre se heló en las venas, un frío sudor cubrió todos mis miembros, y experimenté en mi propia carne todas las torturas que vea sufrir a mi espectro. Traté de recoger las pocas fuerzas que me quedaban, y de invocar a mi vez los nombres de Espiridion y de Fulgencio. Mis ojos se cerraron, y mi boca murmuró palabras de que mi espíritu no tenía ya conciencia. Cuando volví a abrir los ojos, vi cerca de mí una bella figura arrodillada en una actitud de calina. La serenidad se reflejaba en su ancha frente, y sus ojos no se dignaban bajarse hacia mi suplicio. Dirigía sus miradas hacia la bóveda de plomo, y vi que sobre su cabeza penetraba por una ancha abertura la luz del cielo. Un fresco viento agitaba los bucles de oro de sus hermosos cabellos. Había en su fisonomía, en sus facciones, una melancolía inefable mezclada de esperanza y piedad.

— Ó tú, cuyo nombre no ignoro, le dije en voz baja, tú que pareces invisible a esas espantosas fantasmas y que te dignas manifestarte a mí solo, a mí solo que te conoce y adora, ¡sálvame de estos terrores, líbrame de este suplicio!...

«Volvióse hácia mi y me miró con ojos abiertos y profundos, que a la vez parecían compadecer y despreciar mi debilidad. Después con una sonrisa angelical, extendió la mano (y toda la visión se convirtió en tinieblas. Oí entonces solo su voz amiga, que me dirigió las siguientes palabras:

« Todo cuanto has creído ver aquí existe solo en tu cerebro. Tu sola imaginación ha forjado el horrible sueño contra que has estado luchando. Sírverte esto de ejemplo para ser en lo sucesivo más humilde, y acuérdate de la debilidad de tu espíritu antes de emprender lo que no eres aún capaz de ejecutar. Los demonios y larvas no son otra cosa que creaciones del fanatismo y de la superstición. ¿De qué te sirve toda tu filosofía, si no sabes distinguirlas puras revelaciones que el cielo otorga de las groseras visiones evocadas por el miedo? Observa que todo cuanto has creído ver ha pasado dentro de tí mismo, y que tus sentidos engañados no han hecho más que dar una forma a las ideas que largo tiempo hace le preocupan. Tú has visto en ese edificio compuesto de figuras de mármol y bronce, a su vez devoradoras y devoradas, un símbolo de las almas que el catolicismo ha endurecido y mutilado, una imagen de los combates a que se han entregado las generaciones en el seno de la Iglesia profanada, devorándose las unas a las otras, devolviéndose las unas a las otras el mal que habían sufrido. Esa oleada de furiosos espectros que te ha arrastrado consigo, es la incredulidad, es el desorden, el ateísmo, la pereza, el odio, la concupiscencia, la envidia, en una palabra todas las malas pasiones que han invadido la Iglesia, cuando la Iglesia ha perdido la fe; y esos mártires cuyas entrañas se disputaban los príncipes de la Iglesia, eran los Cristos, eran los mártires de la nueva verdad, eran los sanos de lo futuro atormentados y despedazados hasta el fondo del corazón por los bellacos, los envidiosos y los traidores. Tú mismo, en un instinto de noble ambición, te has visto colocado en ese ensangrentado cenotafio, a la vista de un clero infame y de un pueblo imbécil. Pero tú eras doble a 16.

tus propios ojos; y mientras que la más bella mitad de tu ser sufría con constancia la tortura y rehusaba entregarse a los fariseos, la otra mitad, que

es egoísta y cobarde, se ocultaba en la sombra, y para escapar a sus enemigos dejaba espirar sin eco la voz del anciano Fulgencio. Así es ¡ó Alejo! como el amor a la verdad ha sabido preservar tu alma de las viles pasiones del vulgo; pero también es así ¡ó monje! como el amor al bienestar y el deseo de la libertad te han hecho cómplice de! triunfo de los hipócritas, con los cuales estás condenado a vivir. Vamos, despiértale y busca en la virtud la verdad que no has podido hallar en la ciencia.

«Apenas hubo terminado de hablar, me desperté; estaba en la iglesia del convento, tendido sobre la piedra del Hic est al lado del sepulcro entreabierto. Había venido ya el día; los pajarillos cantaban alegremente revoloteando al rededor de los vidrios, el sol naciente arrojaba oblicuamente sobre el fondo del coro un rayo de oro y púrpura. Vi distintamente entrar en ese rayo al que me había hablado, y perderse en él como si se hubiese confundido con la luz celeste. Pasóme las manos por todo el cuerpo con espanto. Estaba abotagado por un sueño de muerte, y mis miembros envarados por el frío de la tumba. La campana tocaba maitines, apresuróme a colocar en su puesto la piedra, y pude salir de la iglesia antes que hubiesen entrado en ella los pocos fervientes que no se dispensaban de los oficios de la mañana.

« Al día siguiente me quedaba solo de aquella terrible noche una profunda lasitud y un penoso recuerdo. Las diversas emociones que había experimentado se perdían en la postración de mi cerebro. Parecíanme igualmente febriles la visión asquerosa y la aparición celeste; repudiaba la una como la otra y atribuía ya solo la dulce impresión de la última al recobro de mis facultades y al fresco de la mañana.

« Desde aquel momento solo una idea, solo un fin me dominó: entibiar mi imaginación como había conseguido entibiar mi corazón. Pensé que así como me había despojado del catolicismo para abrir a mi inteligencia una vía más extensa, debía también desprenderme de todo entusiasmo religioso para retener mi razón en un camino más recto y más firme. La filosofía del siglo había combatido mal en ni el elemento supersticioso. Resolví pues buscar las raíces de aquella filosofía, y retrocediendo un siglo me remonté a las causas de las ideas incompletas que me habían seducido. Estudié a Newton, Leibnitz, Kepler, Malebranche, y sobre todo a Descartes, padre de los geómetras, que habían zapado el edificio de la tradición y de la revelación. Persuadíame que buscando la existencia de Dios en los problemas de la

ciencia y en los raciocinios de la metafísica, me apoderaría en fin de la idea de Dios, tal cual quería concebirla, serena, invencible, infinita.

« Empezó entonces para mí una nueva serie de trabajos, de fatigas y sufrimientos. Háblame lisonjeado ser más fuerte que los especuladores a quienes iba a pedir la fe; sabía bien que la habían perdido al querer demostrarla, y atribula este funesto error a la inevitable extenuación de las facultades empleadas en estudios demasiado profundos. Prometíame guiar mejor mis fuerzas, evitar las puerilidades en que les habían extraviado concienzudas pesquisas, desechar con discernimiento cuanto había tenido ingreso a la fuerza en sus sistemas; en una palabra, marchar a pasos agigantados en la carrera do se habían ellos arrastrado con dificultad. Allí, como en todas partes, el orgullo me empujaba a mi perdición, y bien pronto fue consumada. Lejos de sor más firme que mis maestros, me dejé caer más bajo a espaldas de las cumbres que ansiaba alcanzar y en donde vanamente me engreía de permanecer. Habiendo llegado a esas alturas de la ciencia que escala la inteligencia, pero a cuyos pies el sentimiento se para, apoderóse de mí el vértigo del ateísmo. Orgulloso por haberme encumbrado tan alto, no quería comprender que había alcanzado apenas el primer grado de la ciencia de Dios, porque podía ya explicar con cierta lógica el mecanismo del universo, sin embargo que no podía penetrar el pensamiento que había presidido a su creación. Plúgome considerar el universo solo como una máquina, y suprimir el pensamiento divino como un elemento inútil para la formación y duración de los mundos. Habituóme a buscar en lodo la evidencia y a despreciar el sentimiento, como si él no fuese una de las principales condiciones de la certeza. Créome pues un modo raquítico y grosero de ver de analizar y de definir las cosas; y volvíme el más obstinado, el más vano y el más limitado de los sabios.

«Transcurrieron diez años de mi vida en estos trabajos, diez años que se hundieron en el abismo, sin hacer crecer ni un solo tallo herbóreo en sus bordes. Por largo tiempo luché contra el frío de la razón. a medida que me apoderaba de esa triste conquista, yo mismo me asustaba de ello, y preguntábame que baría de mi corazón si nunca llegaba a despertarse. Pero poco a poco los placeres de la vanidad satisfecha ahogaban esa inquietud. Nadie se figura las inconsecuencias y ligerezas en que cae el hombre dedicado en apariencia a las más graves ocupaciones. En las ciencias embriagan de tal modo las dificultades vencidas, que las' resoluciones juiciosas, los instintos

del corazón, la moral del alma, son sacrificadas en un abrir y cerrar de ojos a los frívolos triunfos de la inteligencia. Cuanto más me avanzaba hacia esos triunfos, tanto más quimérico me parecía lo que había pensado al principio. Llegué por fin a creerlo tan inútil como imposible; resolví pues no buscar más verdades metafísicas, de cuya vía mis estudios físicos me alejaban cada vez más. Había estudiado los misterios de la naturaleza, la marcha y el reposo de los cuerpos celestes, las leyes invariables que rigen el universo así en sus esplendores infinitos como en sus más imperceptibles detalles; en todas partes había vislumbrado la mano de hierro de una inconmensurable potencia, profundamente insensible a las nobles emociones del hombre, generosa con profusión, ingeniosa hasta rayar en minuciosa en cuanto tiende a sus satisfacciones materiales; pero consagrada a un inexorable silencio en todo cuanto se refiere a su ser moral a sus inmensos deseos ¿sería preciso decir a sus infinitas necesidades? Esa avidez con que algunos hombres privilegiados tratan de comunicar íntimamente con la Divinidad, ¿no era quizás urja enfermedad del cerebro, que se podía colocar al lado del arreglo de ciertas producciones anormales en el reino vegetal y de ciertos instintos exagerados en los animales? ¿Era acaso el orgullo, esa otra enfermedad común al mayor número de los hombres, que adornaba con sublimes colores y realizaba con pomposos nombres esa fiebre del espíritu, testimonio de lasitud y debilidad, más bien que de fuerza y salud? No, exclamaba yo; es una impudencia, una locura, y sobre todo una miseria el querer escalar el cielo, ¡El cielo que no existe en parte alguna aún para el más atrasado discípulo por poco que conozca el mecanismo de la esfera ¡¡el cielo en donde el vulgo cree ver en medio de un trono formado de exhalaciones de la tierra un ídolo tallado bajo el modelo del hombre, sentado sobre las esferas como un arador sobre el Atlas!; el cielo, el éter infinito, sembrado de soles y de mundos infinitos, que el hombre imagina deber atravesar después de su muerte, como las aves de paso van de uno a otro campo, y en donde los compadecibles preceptores teológicos escogen sin duda una constelación por dominio y los rayos de un astro por vestido! ¡el cielo y el hombre, es decir el infinito y el átomo! ¡qué extraña aproximación de ideas! ¡qué ridícula antítesis! ¿Cuál fue pues el primer cerebro humano que cayó en semejante demencia? y hoy día un papa, que se intitula rey de las almas, abre con una llave las dos medías hojas de la puerta de la eternidad a cualquier que dobla la rodilla ante su diploma diciendo: «Admitidme.»

Así es como yo hablaba, y entonces una amarga risa se apoderaba de mí, y arrojando por el suelo los sublimes escritos de los padres de la Iglesia y de los filósofos espirituales de todas las naciones y de todas épocas, pisoteábalos con una especie de rabia, mientras repella estas palabras favoritas de Hebroniús en las que creía bailar la solución de todos mis problemas: ¡Ó ignorancia, ó impostura;

«Empalideces, niño, dijo Alejo interrumpiéndose; tu mano tiembla entre las mías y tus azorados ojos parecen interrogar a los míos con ansiedad. Cálmate, y no temas que amarguen tu vida semejantes angustias, espero que esta relación te preservará de ello para siempre.

«Felizmente para el hombre, ese pensamiento de Dios, que desconoce y niega tan a menudo. ha presidido a la creación de su ser con tanto amor y cuidado como a la del universo. Hale hecho él perfeccionare en el bien, corregible en el mal. SI en la sociedad el hombre puede considerarse a menudo como perdido para la sociedad, en la soledad nunca el hombre está perdido para Dios; pues mientras le queda un soplo de vida, este soplo puede hacer vibrar una cuerda desconocida en el fondo de su alma, y cualquiera que ha amado la verdad tiene muchas cuerdas susceptibles de romperse antes de perecer. a menudo dormílanse las sublimes facultades do que está dolado para cobrar vida como el germen de las plantas en el seno de la tierra, y al salir de un largo reposo brillan con más poder. SI tanto aprecio el retiro y la soledad, si persisto en la creencia de que es preciso observar los votos monásticos, es porque he conocido más que otro alguno los peligros y la victoria de esa larga Sucha con la conciencia en que se ha consumido mi vida. SI hubiese vivido en el mundo, me hubiera perdido para siempre. El hálito delos hombres hubiera extinguido lo que el soplo de Dios ha reanimado. El incentivo de una vana gloria me hubiera embriagado, y encontrando siempre mi amor hácia la ciencia nueva excitaciones en la aprobación de los otros, hubiera vivido en el enajenamiento de una falsa alegría y en el olvido de la verdadera felicidad. Pero aquí, solo, sin ser comprendido de nadie, viviendo por mí mismo, y no teniendo más estímulo que mi orgullo y mi curiosidad, acabé por apagar mi sed y por cansarme de mi propia estima. Sentí la necesidad de dividir con alguno mis placeres y mis penas, a falta del amigo celeste que me habia enajenado, y sentirlo sin manifestármelo, sin querérmelo confesar a mí mismo. Además de los soberbios hábitos que el orgullo del espíritu habia dado a mi carácter, no estaba rodeado de seres

con quienes pudiese simpatizar, la grosería y la ruindad se levantaban a mi alrededor para rechazar en todas partes los afectos de mi corazón.

«Esto sin embargo fue una felicidad para mi. Conocía que la sociedad de hombres inteligentes hubiera encendido en mi una fiebre de discusión y una sed de controversias que me hubieran afirmado cada voz más en mis negaciones; mientras que en mis largas veladas solitarias, en lo más fuerte de mi ateísmo, sentía todavía en algunos instantes violentas aspiraciones hacia ese Dios que llamaba yo la ficción de mis años juveniles; y aún cuando en esos momentos concibiese un profundo desprecio hacia mí mismo, ¡o cierto es que volvía a ser bueno encelles, y que mi corazón luchaba con valor contra su propia destrucción.

« Las grandes enfermedades tienen fases en las que el mal reporta el bien, y después de las más espantosas crisis es cuando de pronto se efectúa la curación como por milagro. La época que precedió a mi retorno a la fe fue ¡a en queme creí el más firme sectario de la razón pura. Había conseguido ahogar todos los instintos de mi corazón, y triunfaba en medio de mi desprecio hacia toda religión, y de mi olvido de toda emoción religiosa. Apenas hube llegado a ese apogeo de mi fuerza filosófica, cuando se apoderó de mi la más fuerte desesperación. Un día que había trabajado durante muchas horas en no sé que detalles de observación científica con extraordinaria lucidez, sentíame más persuadido que nunca de la omnipotencia de la materia y de la imposibilidad de otro espíritu creador y vivificante, que el que yo llamaba en lenguaje de naturalista las propiedades vitales de la materia. Experimenté entonces de pronto en mi ser físico un frío glacial, y me metí en cama calenturiento.

«Nunca había lomado precaución alguna para conservar mi salud. Padecí pues una enfermedad larga y dolorosa. MI vida no estuvo en peligro, pero opusieron intolerables sufrimientos a toda ocupación de mi cerebro. Apoderóse de mi un profundo despecho; la mansión, la soledad y los sufrimientos me causaron una tristeza mortal. No quería recibir los cuidados de persona alguna, pero las instancias hipócritamente afectuosas del prior y las de un cierto convertido enfermero, llamado Cristóforo, me obligaron a aceptar su compañía por la noche. Padecía insoportables insomnios, y ese tal Cristóforo, bajo pretexto de aligerar y suavizar mi fastidio, venia cada noche a dormir cerca de mi cama con pesado y profundo sueño. Era seguramente la más buena y limitada de las criaturas humanas. Su estupidez había

encontrado gracia cerca los otros monjes en atención a su bondad. Tratábanle como una especie de animal doméstico laborioso, a menudo necesario y siempre inofensivo. Su vida no era más que una serie de beneficios y sacrificios. Como sacaban partido de él, le habían habituado a que contasen con la eficacia de sus cuidados, y esa confianza en que no quería tomar parte, hacia que me fuese excesivamente importuno. Sin embargo, un sentimiento de justicia que el ateísmo no había podido destruir, me obligaba a soportarle con paciencia y a tratarle con suavidad. Al principio me había algunas veces enojado contra él y le había arrojado de la celda. En lugar de darse por ofendido, afligíase de tener que dejarme solo, presa de mi mal; dirigía con gangosa voz un rezo detrás de la puerta, y al nacer el día le encontraba sentado en la escalera, con la cabeza entre las manos, durmiendo es verdad, pero prefiriendo hacerlo con el frío y sobre el duro suelo, antes que resignarse a pasar en su cama las horas que había resuelto consagrarme. Su paciencia y abnegación me vencieron. Soportaba su compañía por hacerle favor, porque, con gran sentimiento mío, solo yo estaba enfermo en el convento; y cuando Cristóforo no tenía alguien a quien cuidar, se consideraba el hombre más infeliz del inundo. Poco a poco me acostumbré a verle, así como a su perrito, que se había identificado de tal modo con él, quo tenía todo su carácter, todos sus hábitos, y que a poco más hubiera preparado las tisanas y lomado el pulso a los enfermos. Estos dos seres comían y dormían juntos. Cuando el monje iba y venia de puntillas del uno al otro lado del aposento, el perro daba igual número de pasos, y desde que el buen hombre se dormía, el paciente animal hacia otro tanto. SI Cristóforo rezaba, Baco, que así se llamaba el perro, se sentaba gravemente delante de él y permanecía en esta postura, arrugando la oreja y siguiendo con los ojos los menores movimientos de brazos y cabeza con que el monje acompañaba su oración. SI este último me animaban tomar paciencia con simples consuelos y con comunes promesas de próxima curación, Baco se ponía derecho sosteniéndose con sus piernas posteriores, y poniendo sus patas delanteras sobre mi camame lamia las manos con aire afectuoso. Me acostumbré tanto ¡ambos que uno y otro se me hicieron necesarios. En el fondo creo que tenía una secreta preferencia por Baco; tenía más inteligencia que su amo, su sueño era más ligero, y sobre todo no hablaba.

Hiciéronse tan intolerables mis sufrimientos que todas mis fuerzas se abatieron. Al cabo de un año de tan cruel suplicio estaba tan vencido que no deseaba ya la muerte. Temía tener que sufrir aún más para dejar la vida, y

hacia consistir el ideal de la felicidad en una existencia sin padecimientos. MI desazón era tan grande que no podía estar un instante sin mi enfermero: obligábale a comer en mi presencia, y el espectáculo de su robusto apetito era una diversión para mí. Todo cuanto me había antes chocado en él, me complacía luego, hasta su pesado sueño, sus interminables rezos, y sus cuentos de mujer. Había llegado hasta el extremo de recibir un placer en que me atormentase, y cada noche rehusaba la poción que me presentaba, para divertirme por espacio de un cuarto de hora con su infatigable importunidad y sus sencillas insinuaciones, que él consideraba ingeniosas para conducirme a sus Unes. Estas eran mis únicas distracciones, en las que encontraba una especie de alegría interior, que el buen hombre parecía adivinar. Aunque mis facciones enjutas y contraídas no pudiesen expresarla ni aún por medio de una sonrisa.

«Cuando empezaba a restablecerme se declaró en el convento una enfermedad epidémica. El mal se presentaba súbito, terrible, inevitable: era como fulminante. Mi pobre Cristóforo fue uno de los primeros atacados. Olvidé mi debilidad y el peligro, dejé mi celda y pasé tres días y tres noches al pie de su cama. Al cuarto espiró entre mis brazos. Fui tan sensible esta pena, que falló poco para que no le sobreviviese por mucho tiempo. Efectuóse entonces en mí una extraña crisis, curóme pronto y completamente; despertóse mi ser moral a la manera que si saliese de un largo sueño; y por la primera vez después de muchos años, comprendí por medio del corazón los dolores de la humanidad. Cristóforo era el único hombre a quien había apreciado después de la muerte de Fulgencio. Una separación tan pronta y tan amarga me recordó mi primer amigo, mi juventud, mi piedad, mi sensibilidad, todas mis felicidades perdidas para siempre. Volví a mi soledad lleno de desesperación. Buco me siguió a ella; yo era el último enfermo que su amo había cuidado; habíase por consiguiente acostumbrado a vivir en mi celda y parecía querer poner en mí su afecto, pero no pudo conseguirlo, pues le consumió la pena. No dormía ya, olfateaba sin cesar el sillón en que acostumbraba dormir Cristóforo, y que colocaba todas las noches cerca de mi cabecera para tener a la vista algo que me recordase la presencia de mi pobre amigo. No era flaco ingrato a mis caricias, pero nada podía calmar su inquietud. Al menor ruido, se levantaba y miraba la puerta con una mezcla de esperanza y de desaliento. Entonces experimentaba una necesidad de hablarle como a un ser simpático.

—No volverá ya nunca, le decía, solo a mí es a quien debes amar ahora.

«Comprendíame, estoy seguro de ello, porque venía a mi encuentro y me lamia las manos con aire triste y resignado. Después se echaba y procuraba dormirse; pero nunca llegaba más que a quedarse en un estado de sopor doloroso, entrecortado de débiles quejidos que me rasgaban el alma. Cuando perdió toda esperanza de hallar al que seguía siempre esperando, resolvió dejarse morir. Rehusó comer y le vi espirar sobre el sillón de su amo, mirándome con un aire de reproche, como si fuese yo la causa de sus fatigas y de su muerte. Cuando vi empañados sus ojos y sus miembros helados, no pude detener un torrente de lágrimas; llorábale aún más amargamente que a Cristóforo. Parecióme que perdía a este por segunda vez.

«Este acontecimiento, en apariencia pueril, acabó de precipitarme de lo alto de mi orgullo en un abismo de dolores. ¿De qué me Labia servido ese orgullo? ¿De qué mi inteligencia? La enfermedad habia vuelto impotente el uno; la humildad de un hombre caritativo, el afecto fiel de un pobre animal me habian socorrido masque la otra. Ahora que la muerte me arrebatava los únicos objetos de mi simpatía, la razón, de que habia hecho mi Dios, me enseñaba como único consuelo que nada quedaba ya de ellos, y que debían ser para mi como si jamás hubiesen existido. No podía acomodarme a esa idea de absoluta destrucción, y sin embargo mi ciencia me vedaba dudar de ello. Probé de continuar mis estudios, confiando librarme del despecho que me devoraba; pero solo sirvió esto para absorber algunas horas del día. Desde que entraba en mi celda, desde que me echaba en la cama para dormir, se me hacía cada dia más sensible el horror de mi aislamiento; volvíame débil como un niño, y bañaba de lágrimas mi almohada; echaba a menos aquellos sufrimientos físicos que me habian parecido insoportables, y que me hubiesen sido entonces agradables, si hubiesen podido traerá mi lado a Cristóforo y Baco.

«Convencime profundamente en aquella ocasión, de que la más débil amistad es un tesoro más precioso que todas las conquistas del genio, que la más sencilla emoción del corazón es más dulce y más necesaria que todas las satisfacciones de la vanidad. Convencime por el testimonio de mis propias entrañas, de que el hombre ha sido creado para amar, y que la soledad sin Ja fe y el amor divino, es el silencio de la tumba sin el reposo de la muerte. No podía esperaranzar volver a recobrar la fe: era un dorado sueño desvanecido que me dejaba lleno de arrepentimiento; lo que yo llamaba mi

razón y mis luces la habían desterrado para siempre de mi alma. Mi vida no podía ser más que una vigilia árida, una realidad mortificante. Agitáronse en mi cerebro mil pensamientos de desesperación. Pensé en dejar el claustro, en lanzarme en el torbellino del mundo, en abandonarme a las pasiones, hasta a los vicios, para procurar evadirme a mi mismo por medio de la embriaguez ó el embrutecimiento. Estos deseos se borraron prontamente. Había ahogado demasiado a tiempo mis pasiones, para que me fuese posible hacerlas revivir. El mismo ateísmo no había hecho más que robustecer por medio del estudio y de la reflexión mis austeras costumbres. Por otra parte, a través de todas mis transformaciones había conservado un sentimiento de lo bueno, un deseo de lo ideal, que no repudian fácilmente las inteligencias un poco elevadas. No me cernía ya en los sueños de la perfección divina, sino solamente en ver el universo material, en contemplar el esplendor de las estrellas y la regularidad de las leyes que rigen la materia; había tomado tal amor al orden, a la duración y a la belleza de las cosas exteriores, que no me hubiera sido nunca dable vencer mi horror hacia todo lo que hubiese turbado esas ideas de grandor, sublimidad y armonía.

«Traté de crearme nuevas simpatías; pero no pude encontrarlas en el claustro. En todas partes encontrábala malicia y la falsedad, y cuando daba con alguno de espíritu sencillo, vislumbraba la cobardía bajo la benignidad. Trate de establecer algunas relaciones con el mundo. En tiempo del abad Espiridion, tantos cuantos hombres distinguidos había en el país y viajeros instruidos en sus caminos venían a visitar el convento, a pesar de SU situación salvaje y de la dificultad de las travesías que a él conducen; pero desde que se había transformado en madriguera de pereza, ignorancia y glotonería, solo la casualidad nos conducía, cual sucede hoy día, de tiempo en tiempo algunos pasajeros indiferentes, ó algunos curiosos desocupados. Nadie encontré pues a quien abrir mi corazón, y permanecí solo entregado, a un sombrío abatimiento.

« Durante algunas semanas y meses viví así de esa manera sin placer y casi sin pena; tan quebrantada y postrada se hallaba mi alma bajo el peso del despecho. El estudio había perdido todo su atractivo para mí; poco a poco se me hizo odioso; solo servía para ponerme a la vista ese siniestro problema del destino del hombre abandonado sobre la tierra a todos los elementos de sufrimiento y de destrucción, sin porvenir, sin promesas y sin recompensa. Preguntábame entonces no solo de que servía vivir, si que tam-

bién de que el morir; nada por nada, dejé trascurrir al tiempo y mi frente se iba despejando sin oponer resistencia a ese abatimiento del alma y del cuerpo que me conducían lentamente a un reposo más triste aún.

«Llegó el otoño y la melancolía del cielo dulcificó un poco el amargor de mis ideas. Gustábame andar sobre las hojas secas, y ver pasar esas grandes bandadas de aves viajeras que vuelan con simétrico orden y cuyo grito salvaje va a perderse en las nubes. Envidiaba la suerte de aquellos seres que obedecen a instintos siempre satisfechos y a quienes la reflexión no atormenta. En cierto sentido me parecían más completos que el hombre pues no desean más que tu que pueden poseer; y si bien el cuidado de su conservación es un continuo trabajo, a lo monos no conocen el fastidio que es la peor de las fatigas. Complacíame también en ver abrirse las últimas flores del año. Toda suerte me parecía preferible a la del hombre, aún la de las plantas; y cobrando simpatía hacia aquellas existencias efímeras, no tenía más placer que cultivar un pequeño ángulo del jardín y rodearlo de encañizados, para impedir que pisoteasen mis céspedes pies profanos y que cogiesen mis flores sacrílegas manos. Cuando se acercaban rechazaba a los curiosos con tanto enfado, que creyeron me había vuelto loco. y el prior se alegró de verme caer en un embrutecimiento tal.

« Las tardes oran frescas, pero suaves; acontecíame a menudo, después de haber buscado en la fatiga de un trabajo manual la esperanza de un poco de reposo por la noche, acostarme sobre un banco de césped que yo mismo me había formado, y permanecer sumido en una vaga ilusión largo tiempo después de puesto el sol. Dejaba flotar mis espíritus como las hojas que el viento arranca a los árboles; estudiaba el modo de vegetar; hubiera querido olvidar el ejercicio del pensamiento. Quedábame de este modo en una especie de adormecimiento, que no era ni la vigilia ni el sueño, ni el sufrimiento ni el bienestar, y ese débil placer era el único aún que podía gustar. Poco a poco esta languidez se hizo más dulce, y el trabajo de mi voluntad para llegar a ella se hizo más fácil. MI beatitud consistía entonces sobre todo en perder la memoria de lo pasado y la aprensión del porvenir. No pensaba más que en ¡o presente. Comprendía la vida de la naturaleza, observaba todos sus diminutos fenómenos, penetraba hasta en sus menores secretos. Escuchaba aquellas caprichosas armonías, y el sentimiento de todas esas cosas inapreciables para los espíritus agitados conseguía distraerme de mí mismo. Por medio de esa suave admiración aliviaba sin saberlo mi corazón

lleno de un amor sin fin y de un entusiasmo sin alimento. Contemplaba la gracia de una rama blandamente cinbrada por el viento, enternecían el canto débil y melancólico de un insecto. Los perfumes de mis flores me inclinaban al reconocimiento; su hermosura preservada de toda alteración por mis cuidados, me inspiraba un sencillo orgullo. Por Ja primera vez, después de muchos años, me hacia sensible a la poesía de' claustro, santuario colocado en lugares elevados para que el hombre viva en él sobre el estrépito del mundo, absorto en la contemplación del cielo. Tú sabes ese ángulo que forma el terraplén del jardín por el lado del mar, al ha del emparrado que sostienen pilares cuadran glares de mármol blanco. Allí so levantan cuatro palmeras; yo fui quien ¡as plantó, y allí era donde habia formado el cuadro de mi jardín, hoy día borrado y confundido en la huerta que ha ocupado e! lugar del bello jardín creado por Hebronius. Este lugar era aún, en la época de que te estoy hablando, uno de los más pintorescos de la tierra, según el sentir de los pocos viajeros que ¡o visitaban. Las ricas fuentes de mármol, que hoy dia están solo consagradas a viles usos, murmuraban entonces con musical armonía. El agua pura del manantial caía en conchas (le mármol rojo quo la trasladaban de una a otra, y huía luego misteriosamente bajo la sombra de los cipreses y de las higueras. Las ramas de los limoneros y de los algarrobos se comprimían y entrelazaban estrechamente alrededor de ini retiro y le aislaban según mi gusto. Pero por el lado del glasis perpendicular que domina la ribera, habia formado una abertura en mis emparrados, y podía admirar a todo mí placer, a través de un cuadro de flores y de verdor, el sublime espectáculo del mar estrellándose contra las rocas y liñéndose en el horizonte con los fuegos del ocaso ó de la aurora. Allí, perdido en ilusiones sin fin, parecíame percibir armonías inapreciables a los sentidos groseros de los otros hombres, algún lastimero canto exhalado sobre la africana ribera, y conducido por cima los mares por el viento del sur, ó el cántico de algún dervis, santo ignorado, perdido en las ásperas soledades del Alias, y más feliz en su miseria cenobítica con la fe, que yo en el seno de mi opulencia monacal con la duda.

« Poco a poco llegué a descubrir un profundo sentido en los menores hechos de la naturaleza. Abandonándome al encanto de mis impresiones-con la sencillez que produce un desaliento, retrocedía insensiblemente los límites estrechos de lo cierto hasta los de lo posible, y bien pronto lo posible, visto con cierta emoción del corazón, abrió a mi alrededor horizontes más vastos de lo que mi razón se hubiera atrevido a presentir. Parecióme encon-

trar motivos de misteriosa previsión en todo lo que me había parecido entregado a la ciega fatalidad. Recobré el sentido de felicidad que había tan deplorablemente perdido. Busqué los goces relativos de todos los seres como había buscado sus sufrimientos, y maravillóme el verlos tan equitativamente repartidos. Cada ser tomó una forma y una voz nueva para revelarme facultades desconocidas para la Cria y superficial observación que había puesto en la ciencia. Desarrolláronse a mi alrededor infinitos misterios contradiciendo todas las sentencias de un saber incompleto y de un juicio precipitado. En una palabra la vida tomó a mis ojos un carácter sagrado y un fin inmenso, que no había entrevisto ni en las religiones, ni en las ciencias, y que mi corazón enseñó con nuevo trabajo mi inteligencia descarnada.

« Una noche escuchaba con recogimiento el ruido de la mar bonancible que venía a deslizarse sobre la arena; buscaba el sentido de esas tres olas, más fuertes que las otras, que vuelven siempre juntas a intervalos regulares, como un ritmo señalado en la armonía eterna; oí un pescador que cantaba a las estrellas echado de espaldas en su barca. Sin duda había muy frecuentemente oído el canto de los pescadores de la costa, y quizás ese tan a menudo como los demás; pero mis oídos habían permanecido siempre cerrados a la música como mi cerebro a la poesía. No había visto en los cantos del pueblo más que la expresión de groseras pasiones, y había desviado mi atención con desprecio. Aquella noche como las otras noches me incomodó al principio oír aquella voz que apagaba de las olas y que turbaba mi audición. Pero al cabo de algunos instantes observé que el canto del pescador seguía instintivamente el ritmo del mar, y pensé que quizás era él uno de esos grandes y verdaderos artistas que la misma naturaleza se loma el cuidado de enseñar, y cuya mayor parte mueren tan ignorados como han vivido. Correspondiendo este pensamiento a los hábitos de suposiciones en que hacia tiempo me complacía, escuché sin impaciencia el canto medio salvaje de aquel hombre medio salvaje también, que celebraba con voz lenta y melancólica los misterios de la noche y la suavidad de la brisa. Sus versos tenían poca rima y estaban mal medidos, sus palabras encerraban aún menos sentido y poesía; pero el encanto de su voz, la sencilla habilidad de su tonillo, y la maravillosa belleza de su melodía, triste, larga y monótona como la de las ondas, me chocaron tan vivamente, que de pronto me fue revelada la música. ¡La música!... parecióme deber ser la verdadera lengua poética del hombre, independiente de toda palabra y de toda poesía

escrita, sometida a una lógica particular y teniendo el poder de expresar ideas del más elevado orden, ideas demasiado vastas para ser emitidas en otro lenguaje. Resolví estudiar aquel divino arte a fin de proseguir mi descubrimiento, y lo estudié en efecto con algún éxito como te lo habrán dicho quizás. Pero una cosa paralizó siempre mi vuelo, y fue el haber hecho demasiado uso de la lógica aplicada ó otro orden de facultades. Jamás pude componer, y sin embargo esto es lo que más hubiera ambicionado. Cuando vi que no podía transmitir mi pensamiento en esa lengua, demasiado sublime sin duda para mi organización, me dediqué a la poesía é hice versos. No conseguí más ventajas en ella; pero tenía una necesidad de poesía, que buscaba una salida antes de pensar en poseer un alimento, y mi poesía era débil, porque quiere ella ser alimentada con un sentimiento profundo, del que solo tenía un vago presentimiento.

"Descorítenlo también de mis versos, púsome a escribir en prosa procurando conservarla una forma lírica. El único asunto en que podía ejercitarme con alguna facilidad era mi tristeza y los males que habia sufrido buscando la verdad. Te recitaré un trozo:

«¡Oh grandeza mia! ¡óh mi fuerza! habéis pasado como una nube tempestuosa y habéis caído sobre la tierra para asolar como el rayo. Habéis llevado la muerte y la esterilidad a todos los frutos y a todas las flores de mi campo. Habeiste convertido en un arenoso desierto, y me he sentado solo en medio de mis ruinas. ¡Ó grandeza mia ¡¡Óh mi fuerza! ¿Erais ángeles buenos ó malos? »

¡Óh orgullo mío! ¡Óh ciencia mia ¡os habéis levantado como los ardientes torbellinos que el viento esparce por el desierto. Al igual que oí casquijo, al igual que el polvo, habéis sepultado las palmeras, encenagado ó secado las fuentes. He buscado las ondas donde uñóse refrigera y no las he hallado ya; porque el insensato que quiere abrir su ruta hacia los orgullosos cimas del Horeb, olvida el humilde sendero que conduce al manantial umbrío. ¡Óh ciencia mia! ¡Óh orgullo mío! ¿Sois los enviados del Señor, sois los espíritus de las tinieblas?»

" ¡Óh mi virtud! ¡Óh mi abstinencia! Os habéis alzado como torres, como muros de mármol, como murallas de bronce. Me habéis abrigado bajo heladas bóvedas, me habéis sepultado en fúnebres antros llenos de angustias y terrores; y he dormido sobre un lecho duro y frio, donde a menudo he soñado

que habia un cielo propicio y fecundos mundos. Y cuando he buscado la luz del sol, no la he vuelto a hallar; porque habia perdido la vista en las tinieblas, y mis débiles pies no podían conducirme ya al borde del abismo. ¡Óh mi virtud! ¡Óh mi abstinencia! ¿Érais hijas del orgullo, ó consejos de la sabiduría?»

¡Oh religión mia ¡¡Óh mí esperanza! Habeisme conducido como frágil é incierta barquilla por mares sin riberas, por medio de brumas falaces, vagas ilusiones, informes imágenes de una patria desconocida. Y cuando cansado de luchar contra el viento y de gemir doblegado bajo la tempestad, os ha preguntado a donde me conducíais, habéis encendido luminosos faros sobre los escobos para mostrarme loque era preciso evitar, de lo que era necesario huir y no lo que era indispensable alcanzar. ¡Ó religión mia ¡¡Óh mi esperanza! ¿Erais el sueño de la locura, ó la voz misteriosa del Dios vivo?»

«En medio de estas ocupaciones ¡nocentes, mi alma habia recobrado calma y vigor mi cuerpo; pero sacóme do mi reposo un imprevisto azote. Al contagio que había suicido el monasterio y sus alrededores sucedió la peste que desoló todo el pais. Habia tenido ocasión de hacer algunas observaciones acerca de la posibilidad de preservarse de las enfermedades epidémicas por un sistema higiénico muy sencillo. Participé mis ideas ¡algunas personas; y como debieron darse el parabién de haberles prestado crédito, se extendió la reputación de que poseía remedios maravillosos contra la peste. Al paso que negaba la ciencia que se me atribuía, me prestaba gustoso a comunicar mis humildes descubrimientos. Entonces vinieron a buscarme de todas partes, y pronto ni el tiempo ni mis fuerzas pudieron apenas bastar al número de consultas que venían a pedirme; hasta fue preciso que el prior me concediese el extraordinario permiso de salir a todas horas del monasterio ó ¡r a visitar los enfermos. Pero a medida que la peste extendía sus estragos, los sentimientos de piedad y humanidad, que al principio habian impulsado a los monjes a mostrarse accesibles y compasivos, se borraron de sus almas, ün miedo egoísta y cobarde heló todo espíritu de caridad. Prohibídense el comunicar con los pestíferos, y cerráronse las puertas del monasterio, a los que venían a implorar socorro. No pude contenerme y manifesté mi indignación al prior.

« En otro tiempo me hubiera enviado a los calabozos, pero los espíritus estaban de tal modo consternados por el temor a la muerte, que me escuchó con calma. Entonces me propuso un término medio; que era el de estable-

cerme a dos leguas de aquí en la ermita de San Jacinto, y permanecer allí con el ermitaño, hasta que la terminación del contagio y la ausencia de todo peligro para nuestros hermanos me permitiesen volver a entrar en el convento. Faltaba solo saber si aquel consentiría en dejarme entregar a los deberes de mi nuevo cargo de médico y dividir conmigo su estera y su pan negro. Se me permitió irle a ver para sondear sus intenciones y me trasladé allí al instante mismo. No confiaba hallarle favorable a mi petición. Ese hombre que una vez al mes venía a pedir limosna a la puerta del convento me había inspirado siempre desapego. Aún cuando la piedad de las almas sencillas no le dejaba carecer de lo necesario, estaba obligado por sus votos a mendigar de puerta en puerta en épocas periódicas, más bien como un acto de abyección que para asegurar su subsistencia. Sentía un gran desprecio hacia esa práctica; y aquel ermitaño con su gran cráneo cónico, sus ojos pálidos y hundidos, que no parecían capaces de suportarla luz del sol, su encorvada espalda, su silencio feroz, su blanca barba acostumbrada a todas las intemperies del aire, y su grande y descarnada mano, que sacaba de debajo el hábito más bien con un gesto de mando que con la apariencia de la humildad, había llegado a ser para mí un tipo de fanatismo y de hipócrita orgullo.

«Cuando hubo trepado la montaña sorprendióme el aspecto del mar. Viéndole así desde lo alto hundirse en sus abismos, parecía un inmenso llano de azur sobremanera inclinado hacia las rocas enormes que se desplomaban. Y sus olas regulares, cuyo movimiento no era más sensible, presentaban la apariencia de paralelos surcos trazados por el arado. Esa masa azul, que se levantaba como una colina y que parecía compacta y sólida como el zafiro, me causó un vértigo tal de entusiasmo, que me apoyé en los olivos de la montaña para no precipitarme en el espacio. Parecíame que a la vista de ese demonio magnífico el cuerpo debía tomar las fuerzas del espíritu, y recorrer su inmensidad en tan sublime vuelo. Acordóme entonces de Jesús marchando sobre las olas y representóme a ese hombre divino, grande como los montes, resplandeciente como el sol. «¡Alegoría de la metafísica, ó visión de una confianza exaltada, exclamé, eres más grande y poética que todas nuestras certezas medidas con el compás, y todos nuestros raciocinios alineados con el cordel!...

« Mientras soltaba estas palabras, una especie de salmodiado lamento, débil y lúgubre plegaria que parecía salir de las entrañas de la tierra, me forzó a volverme. Busqué por algún tiempo con la vista y el oído el paraje

de donde podían proceder aquellos extraños sonidos; y habiendo por fin subido a una roca vecina, vibajo mis pies, a alguna distancia, en una separación de aquella, al ermitaño desnudo hasta la cintura, y ocupado en cavar una hoya en la arena. Cerca de él yacía tendido un cadáver envuelto en una estera, y cuyos pies azulados, manchados por las huellas que había dejado la peste, salían de aquella rústica mortaja. Un fétido hedor se exhalaba de la entreabierta fosa apenas cubierta el día anterior sobre otros cadáveres apresuradamente sepultados. Al lado del difunto había una pequeña cruz de madera de olivo toscamente labrada, único adorno del común mausoleo, ¡un cuerno de asperón con una rama de hisopo para la ablución lustra!, y una pequeña hoguera de humeante enebro para purificar el aire. Un ardiente sol caía a plomo sobre la calva cabeza y flacas espaldas del solitario. El sudor pegaba a su pecho las largas mechass de su barba de color de ámbar. Lleno de respeto y piedad me adelanté hacia él. No manifestó sorpresa alguna, y arrojando su azadón me hizo seña de coger el cadáver por los pies, mientras hacía él otro tanto por las espaldas. Cuando le hubimos enterrado, plantó de nuevo la cruz, hizo la inmersión de agua bendita; y rogándome que reanimase la hoguera, se arrodilló, murmuró una corta oración, y se alejó sin ocuparse más de mí. Cuando hubimos llegado a la ermita fue solo cuando observó que yo marchaba a su lado, y mirándome entonces con un poco de extrañeza me preguntó si tenía necesidad de descansar. Expliqué en pocas palabras el objeto de mi visita. Me contestó solo por un apretón de mano, después abriendo la puerta de la ermita, me mostró en una sala excavada en el seno de la roca cuatro ó cinco desgraciados pestíferos agonizando sobre unas esteras.

— Son, me dijo, pescadores de la costa y contrabandistas cuyos padres, apoderados de terror, les han arrojado desús chozas. Nada puedo hacer por ellos más que combatir la desesperación de su agonía con palabras de fe y de caridad, y después sepultarlos cuando han cesado de sufrir. No entro V. hermano, añadió, viendo que me adelantaba hacia el umbral; estas gentes no tienen ya recurso alguno, y ese lugar está infestado, conserve V. sus días para los que pueda salvar aún.

— ¿Y V., padre mío, le dije, no teme V. nada por sí?

— Nada, me repuso, sonriéndose, tengo un preservativo seguro.

— ¿Y cuál es?

— Es, dijo con aire inspirado, la misión que estoy obligado a cumplir que me hace invulnerable. Cuando" dejará de ser necesario, volveré a ser un hombre como los demás; y cuando caeré, diré: — Señor, cúmplase tu voluntad; pues que me recuerdas que nada tienes ya que mandarme.

«Mientras decía esto, animáronse sus extinguidos ojos y parecieron reflejar Jos rayos de sol que habian absorbido su brillo fue tal que volví los míos y los dirigí automáticamente hácia el marque centellaba a nuestros pies.

— ¿En qué piensa V.? me dijo.

— Pienso, respondí, que Jesús ha andado sobro las olas.

— ¿Qué tiene eso de asombroso? repuso el digno hombre que no me comprendía; lo único que puede causar admiración es que san Pedro que estaba cara a cara del Señor haya dudado.'

« Volví en seguida al monasterio para dar cuenta al abad de mi mensaje; hubiera podido ahorrarme ese trabajo, y acordarme que los monjes se inquietan muy poco por la observancia de la regla, sobre todo cuando el miedo les gobierna. Encontré todas las puertas cerradas, y cuando me asomé por la rejilla, me dieron con ella en tacara, diciéndome que cualquiera que fuese el resultado de mis gestiones no podía volver ya a entrar en el convento. Fuíme pocas dormirán la ermita,

«Tres meses pasé en compañía del ermitaño. Era verdaderamente un hombre de los antiguos días, un santo digno de los más bellos tiempos del cristianismo. Fuera del ejercicio de las buenas obras, era quizás un ser vulgar; pero su piedad era tan grande que en caso necesario suplía el genio. Parecíame sobre todo admirable en sus exhortaciones a los moribundos. Entonces estaba verdaderamente inspirado; borbotaba su elocuencia como un torrente de las montañas; lágrimas de compunción inundaban su cara arrugada por las fatigas. Conocía exactamente las libras de los corazones humanos. Combatía las angustias y los terrores de la muerte, a la manera que Jorge el celeste guerrero aterraba los demonios. Poseía una maravillosa inteligencia de las diversas pasiones que habían podido ocupar la existencia de dichos moribundos, y tenía un lenguaje y promesas apropiadas para cada uno de ellos. Notaba con satisfacción que estaba poseído del sincero deseo de darles un instante do alivio moral en su penoso despido de este mundo, y no preocupado por las vanas formalidades del dogma. En esto elevábase so-

bre sí mismo; porque su fe en la aplicación personal tenía todas las minuciosidades del catolicismo más estricto y rígido: pero tu bondad es un don de Dios superior a los poderes y amenazas de la Iglesia. Una lágrima de sus moribundos le parecía más importante que la ceremonia de la extremaunción, y un día lo oí pronunciar una palabra demasiado fuerte y grande para un católico. Había presentado el crucifijo a los labios del agonizante; este volvió la cabeza, y tomando la otra mano del ermitaño se la besó dando el último suspiro.

— ¡Y bien! dijo el ermitaño cerrándole los ojos ya le será perdonado puesto que has sido reconocido; y si has comprendido el afecto de un hombre en este mundo, sentirás la bondad de Dios en el otro.

«Con los calores del verano cesó el contagio. Pasé aún algún tiempo en la ermita antes que osasen llamarme al convento. Éranosá los dos muy necesario el reposo; y debo decir que aquellos últimos días del año llenos de calma, de frescor y de suavidad, en uno de los lugares más magníficos que sea posible imaginarse, lejos de toda sujeción, y en la sociedad de un hombre verdaderamente respetable, pueden contarse en el número de los pocos buenos de mi vida. Gustábame aquella existencia ruda y frugal, y parecíame ser otro hombre cuando volvía a la ermita, después que un trabajo útil, un afecto sincero me habían entonado. Mi corazón se dilataba como una flor al soplo de las brisas de la primavera. Comprendía el amor fraternal bajo un extenso punto de vista, el afecto hacía todos los hombres, la caridad, la abnegación; en una palabra, la vida del alma. Observaba ciertamente algo de puerilidad en las ideas de mi compañero, vuelto a la calma de su vida habitual. Cuando no le sostenía el entusiasmo, volvía a ser capuchino hasta cierto punto; pero no trataba de combatir sus escrúpulos, y estaba penetrado de respeto hacía la fe purificada en el crisol de una virtud tal.

«Cuando recibí la orden de volver al monasterio, estaba algo enfermo. El miedo de que condujese conmigo un germen de contagio hizo aguardar muy pacientemente mi retorno. Recibí inmediatamente licencia para permanecer fuera el tiempo necesario a mi restablecimiento, tiempo que no se limitaba, y que resolví alargar cuanto me fuese posible.

«Hasta entonces una de las principales ideas que me habían impedido quebrantar mi voto era el temor del escándalo. No que me diese cuidado alguno personal la opinión de un mundo con el que no quería establecer rela-

ciones de ninguna especie, ni que conservase respeto alguno hacia esos monjes que no podía apreciar; pero una rigidez natural, un instinto profundo de la dignidad del juramento, y más que todo esto quizás un invencible respeto hacia la memoria de Hebronius me habían retenido. Ahora que el convento me rechazaba, por decirlo así, de su recinto, parecíame podía abandonarlo sin dar una muestra de mal ejemplo ni variar mis resoluciones. Examinaba la vida que había observado en el claustro, y ¡a qué podía observar aún. Preguntábame si podía producir lo que no había aún producido, alguna cosa grande ó útil. Esa vida de benedictino que había Espiridion practicado y soñado sin duda para sus sucesores se había vuelto imposible. Los primeros compañeros del sabio retiro de Espiridion debieron hacerle vislumbrar los hermosos días del claustro, y los grandes trabajos llevados a cabo bajo estas antiguas bóvedas, santuario de la erudición y de la perseverancia. Pero Espiridion contemporáneo de los últimos hombres notables que haya producido el claustro, murió sin embargo disgustado de su obra, y a lo que se asegura, desilusionado sobre el porvenir de la vida monástica. En cuanto a mí, que puedo decir sin orgullo, puesto que se trata de penosos trabajos emprendidos y no de gloriosas obras terminadas, que he sido el último de los benedictinos de este siglo, veía bien que aún mi papel de paciente erudito no era ya aguantable. Para estudios sosegados se necesita un espíritu sosegado también, ¿y cómo hubiera podido estarlo el mío en el seno de la tormenta que tronaba sobre la humanidad? Veía las sociedades próximas a disolverse, temblar los tronos como cañas que las olas van a sepultar, despertar los pueblos de un largo sueño y amenazar a cuánto les había tenido encadenado, lo bueno y lo malo confundidos bajo la propia fatiga del yugo, en el mismo odio del pasado. Veía rasgarse de arriba abajo la cortina del templo, como en la hora de la resurrección del crucificado, cuya imagen eran esos pueblos, y quedar a descubierto, ante los ojos de la venganza, las torpezas del santuario. ¿Cómo hubiera podido permanecer mi alma indiferente a la proximidad de ese vasto destrozo que iba a tener lugar? ¿Cómo hubiera podido mi oído quedar sordo al rugido de la marca que subía, impaciente por romper sus diques y sumergir los imperios? En vísperas de las catástrofes, cuyos efectos sentiremos bien pronto, los últimos monjes pueden muy bien acabar apresuradamente de vaciar sus cubas, y repletos de vino y manjares, tenderse sobre su mancillado lecho, para esperar en él sin zozobra la muerte en medio de los vapores de la embriaguez. Pero yo no

soy de los suyos, no entro en ese número, inquietóme por saber como y porque he vivido, porque y como debo morir.

«Habiendo examinado con madurez el uso que podía hacer de la libertad que me arrogaba, no vi, fuera de los trabajos del espíritu, cosa otra alguna que me conviniese en este mundo. Al principio de mi separación del catolicismo habíanme agitado sin duda grandes ambiciones; había hecho gigantescos proyectos; había meditado la reforma de la Iglesia bajo un plan más vasto que el de Lutero; había ideado el desarrollo del protestantismo. Seguramente, porque al igual que Lutero, era cristiano, y concebido en el seno de la Iglesia, no podía imaginar una religión, por mucho que se emancipase, que no fuese en su principio engendrada por la misma Iglesia. Pero dejando de creer en Cristo, volviéndome filósofo como mi siglo, no me era ya posible encontrar medio de ser un novador, habíanse atrevido a todo cuanto era posible atreverse. En materia de libertad de principios, había ido yo tan lejos como los otros, y vea bien que para sentar un dictamen nuevo en medio de todos aquellos destructores, era preciso tener un plan de reedificación cualquiera que proponentes. Hubiera podido hacer alguna cosa en favor de las ciencias, y quizás debía haberlo hecho; pero además de que no tema anhelar alguno deformarme un nombre en ese reino de los conocimientos, verdaderamente solo sentía deseos y energía para las cuestiones filosóficas. No había estudiado las ciencias más que para que me sirviesen de guía en el laberinto de la metafísica, y para llegar a al conocimiento del Ser supremo. No habiendo logrado ese fin, no amaba ya esos estudios que me habían apasionado indirectamente, y me se figuró la pérdida de toda creencia una cosa tan triste de experimentar, que me hubiera igualmente parecido penoso el anunciarlo a los hombres. Por otra parte, ¿qué hubiera sido una voz más en ese gran concierto de maldiciones que se elevaba contra la espirante Iglesia? Hubiera sido una cobardía arrojar la piedra contra ese moribundo en pugna ya con la revolución francesa que empezaba a estallar, y que causará en nuestras comarcas, no lo dudes, Ángel, un estremecimiento más fuerte y más próximo de lo que se complacen en creer aquí. He allí porque a menudo le he aconsejado no desertar del puesto, do quizás honrosos peligros vendrán pronto a buscarnos. En cuanto a mí, si no soy ya monje por el espíritu, lo soy y lo seré siempre por el hábito. Es una condición social, no diré como otra cualquiera, pero lo es; y cuanto más desconceptuada esté, tanto más preciso se hace comportarse como hombre de honor. Si somos llamados a vivir en el mundo, puedes estar seguro que más de una mirada

de ironía y de desprecio vendrá a escudriñar la guarida de esas aves nocturnas cuya raza habita hace más de mil y quinientos años en las tinieblas y el polvo de las viejas paredes. Los que se presentarán entonces en medio de la sociedad con el oprobio de la tonsura, deben llevar la cabeza más erguida que los otros; porque la tonsura es indeleble, y en vano repulían los cabellos sobre el cráneo: nada oculta ese estigma en otro tiempo venerado, hoy día aborrecido de los pueblos. Sin duda, Angel, pagaremos la pena de crímenes que no hemos cometido, y de vicios que no hemos conocido. Huyan pues los que habrán merecido los suplicios; oculten su cara los que habrán merecido los bofetones. Pero nosotros, nosotros podemos presentar el rostro ó los insultos y las manos a la cuerda, y llevar en espíritu y verdad la cruz de Cristo, este sublime filósofo que raramente me oyes apellidar, porque su ilustro nombre, pronunciado sin cesar a mi alrededor por tantas bocas impuras, no puede salir de mis labios más que a propósito de las cosas más serias de la vida, y de los sentimientos más profundos del alma.

«¿De qué podía pues servirme mi libertad? de nada que me satisficiera. Si hubiese escuchado solo los impulsos de una vana avidez de estrepito, de variaciones y de espectáculos, hubiera partido por mucho tiempo, para siempre quizás. Hubiera explorado lejanas comarcas, atravesado extensos mares y visitado las naciones salvajes del globo. Vencí más de una viva tentación de ese género. a veces deseaba unirme a algún sabio misionero, é iré buscar lejos de! ruido de las naciones modernas la calma de lo pasado en pueblos religiosos conservadores de las leyes y creencias de la antigüedad. La China, y particularmente la India, me ofrecían un ancho campo de pesquisas y observaciones. Pero sentía enseguida una insuperable repugnancia hacia ese reposo de la tumba del que ciertamente no aventuraba a escapar y que iba vivo a colocarme ante la vista. No quise ver pueblos muertos intelectualmente, uncidos, encadenados como estúpidos animales al yugo labrado por sus abuelos, y marchando todos a la una como momias en su sudario de jeroglíficos. Por terrible, por violento, por sangriento que fuese el desenlace del drama que se preparaba a mi alrededor, era la historia, era el movimiento eterno de las cosas, era la acción fatal ó providencial del destino, en una palabra, era la vida lo que hervía bajo mis pies como la lava. Prefería ser arrastrado por ella como una paja, que iré buscar los vestigios de una vegetación petrificada bajo cenizas heladas para siempre.

«Al mismo tiempo que mis ideas lomaron este giro, vino a asaltarme otra tentación, y fue la de ir precisamente y lanzarme en medio del movimiento de las cosas, y abandonar esta tierra, en donde no parecía llegar la hora de que despertasen de su letargo, para ver estallar la tempestad. Olvidando entonces que era monje y había resuelto permanecer monje, me sentía hombre, y hombre lleno de energía y de pasiones; pensaba entonces en lo que puede llamarse la vida de acción, y cansado de reflexión, me dejaba arrastrar como un novel estudiante (debería más bien decir como un jóven animal, por la necesidad de remover y ocupar mis fuerzas. MI vanidad me cernía entonces en una atmósfera de mentidas promesas. Decíame, que tal vez me aguardaba allí un papel útil; que las ideas filosóficas habían terminado su tarea; que era llegado el momento de aplicar esas ideas; que en adelante se trataba ya de abrigar grandes sentimientos; que los caracteres iban a ser puestos a prueba, y que los grandes corazones serían tan necesarios como raros. Engañábame: las grandes épocas engendran los grandes hombres; y recíprocamente las grandes acciones nacen unas de otras. La revolución francesa tan calumniada a tus oídos por todos esos imbéciles a quienes espanta y todos esos gazmoños a quienes amenaza, produce todos los días, sin que de ella deba quedarte duda alguna, Ángel, falanges de héroes, cuyos nombres solo llegan aquí acompañados de maldiciones, pero cuyas huellas buscarás ávidamente un día en la historia contemporánea.

« En cuanto a mi, abandonaré este mundo, sin saber claramente la solución del gran enigma revolucionario ante el cual van a estrellarse tantos diminutos orgullos ó temerarias inteligencias. Habré pasado por esta vida como sobre una pendiente rápida que conduce a abismos en que seré lanzado sin tener el tiempo necesario para dirigir una mirada a mi alrededor, y sin haber servido para otra cosa que para señalar por mis sufrimientos una hora más de espera en el cuadrante de la eternidad. Sin embargo, como veo a los hombres actuales atraerse aún mayores males en vista del porvenir, de los que nos hemos hecho nosotros en vista de lo pasado, dícame a mi mismo que todos esos niales deben reportar grandes bienes. Porque creo hoy día que hay una acción providencial, y que la humanidad obedece instintiva y simpáticamente a los grandes y profundos designios del pensamiento divino.

« Pugnaba con ese nuevo entusiasmo de ambición, último rayo de una juventud de corazón mal comprimida, y prolongada por lo tanto más allá de

los tiempos propios de candor y de inexperiencia. La revolución americana me había tentado vivamente, la de Francia me tentaba más aún. Un buque que se dirigía a aquel reino fue arrojado a nuestras costas por vientos contrarios. Algunos pasajeros vinieron a visitar la ermita y a reponerse en ella mientras se preparaban a emprender de nuevo su camino. Eran personas distinguidas, a lo menos me lo parecieron tales, sin duda por la gran necesidad que experimentaba de oír hablar con libertad de los acontecimientos políticos y del movimiento filosófico que los producía. Estos hombres estaban llenos de fe en el porvenir y llenos de confianza en sí mismos. No estaban muy acordes sobre los medios que se habían de poner en juego: pero era fácil columbrar que todos les parecían buenos en los momentos del peligro. Este modo de considerar las más delicadas cuestiones de equidad social me gustaba y asustaba a un tiempo mismo; todo cuanto rebosaba valor y sacrificio despertaba ecos adormecidos en mi seno. Sin embargo, las ideas de violencia y ciega destrucción turbaban mis sentimientos de justicia y mis hábitos de paciencia.

«Entre aquellas gentes, había un joven corso, cuyas austeras facciones y miradas profundas no se han borrado nunca de mi memoria; su actitud descuidada, unida a una gran reserva, sus palabras enérgicas y concisas, sus ojos claros y penetrantes, su perfil romano, cierta desmaña graciosa que parecía desconfianza de sí mismo, pronta a convertirse en colérica audacia a la menor provocación, todo me llamó la atención en aquel joven: y aún cuando él afecte.

Iba a despreciar todas las cosas presentes y apreciar solo un cierto ideal de austeridad espartana, creí adivinar que ardía en deseos de lanzarse en la carrera de la vida, creí presentir que llenaría sus páginas con brillantes hechos. Ignoro si me he engañado. Quizás no ha podido abrirse paso aún, tal vez su nombre es uno de los que llenan y ocupan hoy día todo el mundo, puede ser también baya caído sobre el campo de batalla tronchado como una tierna espiga antes de haber llegado a la época de madurez. Si vive, si prospera, haga el cielo que su poderosa energía haya servido al desarrollo de sus rígidos principios, y no al de ambiciosas pasiones. Fijó poco su atención en el viejo ermitaño, y aun cuando yo fuese menos digno de ella, concentróla toda sobre mí, durante las pocas horas que empleamos en andar a lo largo y ancho del terraplén de rocas que rodea la ermita. Su andar era reprimido, siempre rápido, a cada instante bruscamente interrumpido, como

el movimiento del mar que se detenía para escuchar con admiración. Su pensamiento parecía abrazar el cielo y la tierra; pero se fijaba más en esta que en aquel, y las instituciones divinas no le parecían otra cosa que protectoras instituciones de los grandes destinos humanos. Su Dios era la voluntad, el poder su ideal, la fuerza su elemento de vida. Acuérdomé distintamente del rapto de entusiasmo que se apoderó de él cuando traté de escudriñar sus ideas religiosas.

¡Oh! exclamó él con viveza, no reconozco más que a Jehovah, porque es el dios de la fuerza.,

«¡Oh! ¡si, la fuerza! ¡allí está el deber, allí está la revelación del Sinaí, allí está el secreto de los profetas!

El deseo de la fuerza es la precisión de desarrollo con que la necesidad castiga a todos los seres. Cada cosa quiere ser, porque debe ser. Lo que no tiene la fuerza de querer está destinado a perecer, desde el hombre sin corazón hasta el tallo de la yerba privado de jugos nutricios. ¡O padre mío! ¡tú que estudias los secretos de la naturaleza, inclínate ante la fuerza!; Observa en todo qué ansia de invasión! qué obstinación de resistencia!; Cómo el liquen trata de devorar la piedra!; Cómo la yedra estrecha los árboles y procurando atravesar su corteza se enlaza a su alrededor como un áspid enfurecido! Ves al lobo escarbar la tierra y al oso ahondar la nieve antes de acostarse en ella. ¡Ay! ¿Cómo no se harían la guerra los hombres entre sí, nación contra nación, individuo contra individuo? ¿Por qué razón la sociedad no sería un perpetuo conflicto de voluntades y de necesidades contrarias, cuando todo es trabajo en la naturaleza, cuando las ondas del mar se levantan las unas contra las otras, cuando el águila destroza a la liebre y la golondrina al gusanillo, cuando la helada hiende los pedruscos de mármol y la nieve resiste al sol? Levanta la cabeza; ves esas masas graníticas que se alzan sobre nosotros como gigantes, y que hace siglos están sosteniendo los asaltos de los vientos desencadenados; ¿qué quieren esos dioses de piedra que cansan el soplo de Éolo? ¿Por qué la resistencia de Atlas bajo el peso de la materia? ¿Por qué los terribles trabajos del cíclope en las entrañas del gigante y las lavas que impetuosamente arroja por la boca? Es que cada cosa quiere ocupar su lugar y llenar el espacio mientras se lo permite su poder de extensión; es que para desprender una partícula de esos granitos es preciso la acción de una fuerza exterior formidable; es que cada ser y cada cosa encierra en sí los elementos de producción y destrucción, es que la

creación entera ofrece el espectáculo de un gran combate, en donde e) orden y duración reposan solo sobre la lucha incesante y universal. ¡Trabajemos, pues, criaturas mortales, trabajemos en nuestra existencia ¡¡O hombre! Ocu-
pate en reformar tu sociedad si es mala; en ello imitarás al industrioso cas-
tor que edifica su casa. Dedícate a conservarla si es buena; en ello te pare-
cerás al arrecife que se defiende contra las invasoras olas. SI te abandonas,
sí entregas a la quimera del acaso el cuidado de tu porvenir, si sufres la
opresión, sí descuidas la obra de tu libertad, morirás en el desierto como la
incrédula raza de Israel. SI té

duermes en la cobardía, si soportas los males que el hábito te ha hecho
familiares, a fin de evitar los que crees lejanos; si aguantas la sed, por de-
sconfianza del agua de la roca y de la vara del profeta, mereces que el cielo
te abandone, y que el mar ruede sobre ti sus ondas impasibles. Si, sí, el
mayor crimen que el hombre puede cometer, la mayor impiedad con que
puede manchar su vida es la pereza y la indiferencia. Los que han aplicado
la santa palabra de la resignación a esa sumisión cobarde y negligente, los
que han tenido por un mérito en los hombres el sufrir la insolencia y despo-
tismo de otros hombres, esos, digo, han pecado; son unos falsos profetas, y
han extraviado la raza humana en vías de maldición.

« Así es como se explicaba, mientras la brisa marina agitaba sus largas
cabellos negros. No he tratado de reproducirlo la fuerza y la concisión de su
palabra, me sería imposible conseguirlo; solo he conservado la memoria de
sus ideas y de su cara que ha permanecido impresa en mí larga tiempo de-
pués de su partida. Acompañóle en la lancha que le condujo a bordo del
buque. Apretóme la mano con fuerza al despedirse, y sus últimas palabras
fueron:

«¿Vamos, no se decide V. a seguirnos?

« Estremeciése en este instante mi corazón, como si hubiese querido
salirse del pecho; sentí hácia aquel hombre un movimiento de extraordina-
ria simpatía, como si su energía me comunicase un ignorado reflejo. Pero al
mismo tiempo esa faz desconocida de su ser que burlaba mi penetración,
me heló de temor y solté su mano blanca y fría como el mármol. Seguíle
largo tiempo con la vista desde Jo alto de las rocas, de donde le percibía de
pie sobre la cubierta del barco, con un antejo en la mano observando los
arrecifes da la costa; ya no se acordaba de mí. Cuando las velas del buque

se confundieron con el horizonte desapareciendo a mi vista, sentía no haberle preguntado su nombre. Hasta entonces no me había acordado.

«Cuando me halló solo sobre la orilla, parecióme que se acababa de extinguirse el último resplandor de mi vida y que entraba en la eterna noche. Constriñóse fuertemente mi corazón, y aún cuando el sol ardía sobre mi cabeza, me hallé de pronto como rodeado de tinieblas. Acudieron entonces a la memoria las palabras de mi sueño, y las pronuncié en voz alta y como en una especie de desesperación:

«¡Sea devuelto a la tumba lo que a la tumba pertenece!»

«Pasé el resto del día en una gran agitación. Mientras aquellos viajeros me habían animado a seguirles, me había sentido más fuerte que sus sugerencias; luego que no me era posible ya mudar de parecer, dudaba si mi negativa había sido más bien un rasgo de temor que de sabiduría. Hallábame abatido, incierto; lanzaba sombrías miradas a mí alrededor, mi hábito negro me parecía una capa de plomo, osaba disgustado de mí mismo. Arrastróme hasta mi cama de juncos y me dormí deseando no volver a despertar.

«Volví a ver en sueños al abad Espiridion, por la primera vez después de doce años. Parecióme que entraba en la celda, que pasaba junto al ermitaño, y que venía a sentarse familiarmente a mi lado. No le veía distintamente, y sin embargo le reconocía; estaba cierto de que se hallaba allí, de que me hablaba, y reconocía el mismo sonido de voz que tenía él en mis sueños precedentes, a pesar del largo tiempo que había transcurrido desde el último. Hablóme viva y extensamente y me desperté muy conmovido, pero me fue imposible acordarme de una sola palabra de lo que me había dicho. Sin embargo, conservaba la impresión de sus advertencias, y todo el día permanecí lánguido y pensativo como un niño reprendido por una falta cuya gravedad no conoce. Paseábame perseguido de la idea de Espiridion y no pensando por otra parte en rechazarla; no me causaba ya espanto, aún cuando se unía siempre en mi pensamiento a una amenaza de alienación mental; importábame poco desde entonces perder la razón, con tal que mi locura fuese

apacible; y como me sentía inclinado a la melancolía, prefería en mucho este estado a ¡a lucidez de la desesperación.

«La siguiente noche recibí la misma visita y tuve igual sueño, y lo propio la tercera noche. Empezaba a no preguntarme ya si era esa una de aquellas

ideas fijas que se apoderan de los célebres enfermos, ó si verdaderamente habia una comunicaci3n posible entre las almas de los vivos y las de los muertos. Tenia sí ya no el espíritu a lo menos el coraz3n bastante tranquilo, porque hacia alg3n tiempo que me dedicaba seriamente ála práctica del bien. Habia abandonado el deseo de volverme más ilustrado y más hábil, por el de hacerme más puro y más justo. Dejábame pues arrastrar por el destino. Mi último sacrificio, Aunque me habia sido muy costoso, habíase consumado; habia obrado lo que mi conciencia me habia dicho ser mejor. Ignoraba si esta sombra tan asidua en visitarme estaba descontenta de mi posar, pero no me causaba ya miedo alguno, pues me sentía bastante fuerte para hacer poco caso de los muertos, ya que habia podido romper para siempre con los vivos.

«Al cuarto dia recibí la orden formal del alto clero de volver a mi convento. El obispo de la provincia Labia oído hablar de mi conferencia con unos viajeros, cuyo rápido paso habia hurtado las fiscalizaciones de su policía. Temíase no tuviese algunas relaciones secretas con promotores de insurrección ó con extranjeros imbuidos de malos principios; prevenía ser que me trasladase al instante al monasterio. Cedí a esta expresa orden con la más completa indiferencia. Sin embargo, conmovióme la pena del buen ermitaño, aún cuando su respeto hácia las órdenes superiores lo hubiese impedido poner objeción alguna a mi partida ni mostrar descontento de ninguna especie. En el momento do verme desaparecer entre los árboles, me llamó, se arrojó en mis brazos, y se arrancó de ellos llorando para precipitarse en su oratorio. Entonces corrí tras él a mi turno, y por la primera vez después de muchos años, me arrodillé ante un hombre y ante un sacerdote y le pedí su bendición. Fue

este el último adiós: murió el invierno siguiente A los noventa años de edad; era un hombre demasiado oscuro para que pensasen en Roma canonizarlo; sin embargo, nunca cristiano alguno mereció más el patriciado celeste. Los paisanos de la comarca se repartieron su vestido de paño burdo, y llevan aún pedacitos de él como reliquias. Los bandidos de las montañas, para quienes jamás su puerta se habia cerrado, pagaron una magnífica función fúnebre en la iglesia de su parroquia para honrar su memoria.

«Apartóme do él a cosa de mediodía, y tomando el camino más largo para volver al convento, seguí por la playa, haciendo novillos por la última

vez de mi vida con las espaldas encorvadas por la edad y el corazón gastado por la tristeza.

«El día era ardoroso, pues que ya la primavera dejaba sentirse por el lado de las peñas. El camino que seguía no estaba trazado, habíale tan solo excavado el mar en la base de las montañas. Mil asperezas de la roca disputaban aún la orilla a la acción invasora de las olas. Al cabo de dos horas de marcha por aquellos arenales de fuego, sentóme, postrado de fatiga, sobre un pedrusco de granito negro, en medio de ¡a nevada espuma de las ondas. Era este paraje selvático, y el mar formaba allí lúgubres armonías. Una antigua y arruinarla torre, asilo de cernícalos y paviotas, parecía pronta a desplomarse sobre mi cabeza. Roldas sus piedras por el aire salitroso, habían adquirido el grano y color de las vecinas rocas, y la vista no podía ya distinguir en muchos parajes donde concluía el trabajo de la naturaleza y donde empezaba el del hombre. Comparóme a esas ruinas abandonadas que los huracanes arrebatan piedra a piedra, y pregúnteme si el hombre estaba obligado a aguardar así su destrucción del tiempo ó de la casualidad; si después de haber terminado su tarea ó consumado su sacrificio, no tenía el derecho de apresurar el reposo de la tumba; y agitáronse en mi cerebro extraños pensamientos de suicidio. Levantóme entonces y me puse a andar sobre el borde de la roca, con tanta rapidez y tan próximo al abismo, que ignoro como no caí en él. Pero en aquel instante oí detrás de mí como el crujido de un vestido que rozaba con los musgos y malezas. Volvíme sin ver a nadie, y emprendí de nuevo mi carrera. Pero por tres veces percibí pasos tras los míos, y a la última una mano fría como la nieve se posó sobre mi cabeza ardiente. Reconocí entonces al Espíritu, y aterrorizado, detúveme diciendo:

— Manifiesta tu voluntad y te pertenezco; pero que sea la voluntad paternal de un amigo, y no el antojo de un caprichoso espectro; porque puedo evadirme de todo y aún de ti mismo por la muerte.

No recibí respuesta, y dejé de sentir la mano que me había detenido: pero buscando con la vista, vi delante de mí, a alguna distancia, al abad Espiridion en su antiguo traje, tal cual se me había aparecido en el lecho de muerte de Fulgencio. Marchaba rápidamente sobre el mar siguiendo el largo rastro de fuego que el sol arroja en él. Cuando hubo llegado al horizonte, se volvió y me pareció brillante como un astro; con una mano me señaló el cielo, con la otra el camino del monasterio. Después desapareció de repente, y em-

prendí de nuevo mi camino, trasportado de gozo y lleno de entusiasmo. ¿Qué me importaba ser loco? Había tenido una visión sublime.

— ¿Padre Alejo, díjele interrumpiendo su narración, debióle a V. costar sin duda algún trabajo el volver a los hábitos de la vida monástica?

— Sin duda alguna, repuso él, la vida cenobítica era más conforme a mis gustos que la del claustro; sin embargo, poco me llamaba esto la atención. Una vana indagación de felicidad aquí bajo no era el fin de mis trabajos, una pueril necesidad de dicha y de bienestar no era el objeto de mis deseos; solo uno ocupaba mi vida, el de obtener la esperanza, sino la fe religiosa. Mientras que desarrollando las potencias de mi alma hubiese podido llegar a sacar el mejor partido posible para la verdad, la sabiduría, ó la virtud, me hubiera considerado tan feliz, cuanto lees dado al hombre serlo en este mundo: pero ¡ay! vino aún a asaltarme la duda sobre este particular, después del último ó inmenso sacrificio que había hecho. Es verdad que estaba más cerca de la virtud, que antes de salir de mi retiro. Fatigado de cultivar el estéril campo de la pura inteligencia, ó por mejor decir, comprendiendo más bien ¡a extensión de ese vasto dominio del alma, que una vana filosofía habia querido reducir al círculo de las frías especulaciones de la metafísica, conocía la vanidad de cuanto me habia seducido, y la necesidad de una sabiduría que me hiciese mejor. Poniendo en juego el afecto, habia hallado el sentimiento de caridad; con la amistad habia comprendido la terneza del corazón; con la poesía y las artes volvía a hallar el instinto de la vida eterna; con la celeste aparición del propicio genio de Espiridion, recobraba la fe y el entusiasmo; pero me quedaba todavía algo por hacer, lo sé bien, y era llevar a cabo un deber. Cuanto habia hecho para aliviar a mí alrededor algunos malos físicos no era más que una obligación pasajera, de la que no ¡podia hacerme un mérito, y por la que la Providencia me habia céntuplamente recompensado, dándome dos sublimes amigos: el ermitaño en la tierra, Hebronius en el cielo. Vuelto al convento, tenía sin duda alguna misión que llenar; pero la gran dificultad consistía en saber cuál era esa. Acudía pues aún a mi espíritu la idea de desconfiar de lo que en otro tiempo hubiera llamado las visiones de un cerebro propenso a lo maravilloso, y de preguntarme de que podía servir un monje en el fondo de su monasterio en el siglo en que vivimos, después que los trabajos concluidos por los grandes eruditos monásticos de los siglos pasados han dado sus frutos, y cuando no existen ya en los conventos tesoros ocultos que exhumar para la educación del género hu-

mano; cuando, sobre lodo, la vida monástica ha cesado de probar y de merecer para, una religión, que ella misma no prueba ni merece ya para las generaciones contemporáneas. ¿Qué puede pues hacerse para el presente, cuando se está ligado a lo pasado? ¿Cómo marchar y hacer marchar a los otros, cuando se está agarrotado a un poste?

« Esta es una gran cuestión, la verdadera gran cuestión de mi vida. Para decidirla he consumido mis últimos anos, y es preciso que te lo confiese, mi querido Ángel, no la he resuelto. Todo cuanto he podido hacer es resignarme, después de haber reconocido dolorosamente que nada más podía.

¡Oh hijo mío! ningún paso he dado hasta ahora para destruir en tí la fe católica. No soy partidario de las educaciones demasiado rápidas. Cuando se trata de echar por tierra convicciones adquiridas, y no se ha podido formular lo desconocido de una idea nueva, es preciso no apresurarse a lanzar una jóven inteligencia en los abismos de la duda. La duda es un mal necesario; todavía mas, puede decirse que es un gran bien, y que sufrida con dolor, con humildad, con la impaciencia y con el deseo de llegar a la fe, es uno de los mayores méritos que un alma sincera puede ofrecer a Dios. Si, ciertamente, si el hombre que se duerme en la indiferencia de la verdad es vil, si el que se enorgullece en una negación cínica es insensato ó perverso, el hombre que llora su ignorancia es respetable, y el que trabaja ardientemente para salir de ella es grande, aún cuando nada haya recogido todavía de su trabajo. Pero so necesita tener una alma fuerte, ó una razón ya madura para atravesar ese mar tumultuoso de la duda sin ser engullido por ella. Muchos espíritus jóvenes se han aventurado a ello, y privados de brújula, se han perdido en ella para siempre, ó se han dejado devorar por los monstruos del abismo, por las pasiones a quienes ningún freno encadenaba. En vísperas de abandonarte, te dejo en manos de la Providencia. Ella prepara la libertad material y moral. La luz del siglo, esa gran claridad de desengaño que se delinca tan brillante sobre lo pasado, pero que tan pocos rayos presta para lo futuro, vendrá a buscarte al fondo de estas enhebró las bóvedas. Mírala sin palidecer, y no obstante guárdale de que la embriague demasiado. Los hombres no reedifican acudía á otro lo que han destruido en una hora de lasitud ó de indignación. Esta seguro que la morada que te ofrecerán no será idónea a tus necesidades. Fórmate pues tú mismo ¡Cuando estar al abrigo el día de la tempestad! Ninguna otra lección puedo darle más que la de mi vida. Hubiera querido que esto hubiese sido algo más tarde, pero el tiempo

urge y los acontecimientos se hacían rápidamente. Voy ¡morir, y si he adquirido, a cosía de treinta años de sufrimientos, algunas nociones puras, quiero legártelas; haz de ellas el uso que tu conciencia te mostrará. Te lo he dicho y no te admire la calma con que le lo repito, mi vida ha sido un largo combate entre la fe y la desesperación; va a terminarse ahora en la tristeza y resignación, en cuanto concierne a esa vida en sí misma. Pero mi alma está llena de esperanza en el porvenir eterno. SI a veces aún me ves jiresa de grandes combates, lejos de escandalizarle, sirvan para edificarlo. Observa cuan imposible es la desesperación a la razón y a la conciencia humana, pues que habiendo agotado todos los sofismas del orgullo, todos los argumentos de la incredulidad, toda la languidez del desaliento, todas las angustias del temor, la esperanza triunfa en mí al aproximarse la muerte. La esperanza, hijo mío, es la fe de este siglo.

« Pero prosigamos nuestra relación. Había entrado en el convento en un estado de exaltación. Apenas hube atravesado sus verjas, cuando me pareció sentir caer sobre mis espaldas el enorme peso de estas heladas bóvedas, bajo las cuales venía por segunda vez a enterrarme. Cuando la puerta se cerró tras de mí con un estrépito formidable, mis lúgubres ecos despertados como en sobresalto me acogieron con fúnebre concierto. Aterroricéme entonces, y en un movimiento de espanto imposible de describir, volví atrás, y fui a tocar esa lata! puerta. SI hubiese estado entreabierta, creo que era cosa hecha y que huía para siempre. El portero me preguntó si había olvidado alguna cosa.

— Si, le respondí azorado, he olvidado el vivir.

« Esperaba que la vista de mi jardín me consolaría, y en lugar de ir en seguida a presentarme y ponerme bajo las órdenes del prior -, corrí hacia él. Pero no quedaba ya el menor rastro: la huerta lo había invadido todo; mis emparrados habían desaparecido; mis hermosas plantas habían sido arrancadas; solo las palmeras habían sido respetadas, ó inclinaban sus frentes alteradas en una actitud taciturna, como para buscar en el suelo recientemente removido los céspedes y las dores que tenían costumbre de abrigar. Volví a mi celda, conservábase en el mismo estado que el día de mi partida, pero ella solo me recordaba penosas memorias. Fui á ver al prior; mis facciones estaban trastornadas, observólo a la primera mirada que me dirigió y leí sobre su frente la alegría de un insultante triunfo. Devolviómelo entonces el desprecio toda mi energía; y Aunque nuestra conversación giró en apariencia

sobre cosas generales, le dí a entender en pocas palabras que no me equivocaba acerca la distancia que mediaba entre un hombre como él, atado a la regla por vulgares intereses, y un hombre como yo devuelto a la esclavitud por un acto heroico de la voluntad. Por algunos días fui el objeto de una cobarde y malévola curiosidad. No podían persuadirse que únicamente el miedo de la disciplina escolástica me hubiese reconducido al convento, y regocijábanse con la idea de mi sufrimiento. No les proporcioné la satisfacción de sorprender un suspiro en mi pecho ó una queja en mis labios. Mostróme impasible, pero me costó mucho.

El momento de entusiasmo que me habia causado mi magnífica visión a orillas del mar se disipó prontamente, porque no se renovó como me habia lisonjeado, y vuelto de nuevo a la lucha de las tristes realidades, tuve sobrado tiempo para considerarme aún otra vez como un ser racional condenado a sufrir una pasajera aberración, y a darse fríamente razón de ella el resto de su vida. En otro siglo esas visiones hubieran podido hacer de mi un santo; pero en el presente, reducido a ocultarlas como una debilidad ó enfermedad, no veía en ellas más que un asunto de humillantes reflexiones sobre la extraña pobreza del humano espíritu. Sin embargo, a fuerza de meditar sobre aquellas cosas llegué a decirme, que siendo la naturaleza del alma un profundo misterio, las facultades de esa misma alma debían ser también profundamente misteriosas; porque una de dos: ó mi espíritu gozaba en ciertos momentos el poder de reanimar ficticiamente lo que la muerte habia hundido en lo pasado; ó lo que la muerte habia segado con su guadaña tenía el poder de reanimarse para comunicar conmigo. Ahora bien, ¿quién podría negar ese doble poder en el dominio de las ideas? ¿Quién ha pensado jamás en admirarse de ello? ¿Todas las obras maestras del arte y de ¡a ciencia, que nos conmueven hasta el punto de hacer palpar nuestros corazones y correr nuestras lágrimas, son monumentos que cubren a muertos? ¿La huella de un gran destino bórrase acaso por la muerte? ¿No aparece aún más brillante a través de los transcurridos siglos? ¿Existe en el espíritu y en el corazón de las generaciones en el estado de un simple recuerdo? No, vive, y llena siempre a la posteridad con su luz y su calor. ¿Platón y Cristo no están siempre presentes y de pie en medio de nosotros? Ellos piensan, sienten por medio de millones de almas; hablan y obran por medio de millones de cuerpos. Por otra parte, ¿qué es recuerdo mismo? ¿No es una sublime resurrección de los hombres y de los acontecimientos que han merecido escapar a la muerte del olvido? Y esta resurrección, ¿-no es obra del poder de lo pasado

que viene a buscar lo presente, y del de lo presente que va a buscar lo pasado? La filosofía materialista ha podido pronunciar, que todo poder habiendo sido deshecho para siempre por la muerte, los difuntos no tenían otra fuerza entre nosotros que la que nos placía restituirles por la simpatía ó el espíritu de imitación. Pero ideas más adelantadas deben restituir a los hombres ilustrados una inmortalidad más completa, y hacer solidarios el uno de otro ese poder de los vivos y ese poder de los muertos que forman un lazo invencible al través de las generaciones. Los filósofos se han mostrado demasiado ávidos de la nada, cuando cerrándonos la entrada del cielo, nos han rehusado la inmortalidad sobre la tierra.

« Sin embargo existe allí de un modo tan sensible, que se ve tentado uno a creer que los muertos renacen en los vivos, y, por lo que respeta a mi opinión, creo en una engendracion perpetua de las almas, que no obedece a las leyes de la materia ni a los vínculos de la sangre, sino a leyes misteriosas, a vínculos invisibles. Algunas veces me he preguntado, si era tal vez yo el mismo Hebronijs, modificado en una nueva existencia por las diferencias de un siglo posterior al suyo. Pero como este pensamiento era demasiado orgulloso para ser completamente verdadero, díjeme a mi mismo que podía él ser yo, sin haber dejado de ser él, del mismo modo que en el orden físico, reproduciendo un hombre la estatura, las facciones y las inclinaciones de sus abuelos, los hace revivir en su persona, teniendo al mismo tiempo una existencia que le es propia y que modifica la existencia transmitida por ellos. Y esto me condujo a creer que gozamos dos inmortalidades, ambas materiales é inmatrimales: la una que pertenece a este mundo y que trasmite nuestras ideas y nuestros sentimientos a la humanidad por medio de nuestras obras y nuestros trabajos; la otra de que se toma cuenta en un mundo mejor por nuestros méritos y sufrimientos, y que conserva un poder providencial sobre los hombres y cosas de este mundo. así es como podía admitir sin presunción que Espiridion vivía en mi por el sentimiento del deber y del amor a la verdad que habia ocupado su vida, y sobre mí por una especie de divinidad, que era la recompensa y la indemnización de sus penas en esta vida.

« Abismado en estos pensamientos, olvidaba insensiblemente este mundo exterior, cuyo estrépito, que habia llegado hasta mí por un instante, tanto me habia agitado. Los instintos tumultuosos que una hora de desvarío habia despertado se apagaron, y díjeme que los unos eran llamados a mejorar la

forma social por medio de brillantes acciones, mientras que a los otros les estaba reservado el buscar en la calma y meditación la solución de esos grandes problemas que indirectamente atormentan a la humanidad; porque los hombres trataban, con la espada en mano, de abrirse una vía, la cual no había iluminado aún la luz de un nuevo día. Combatían en las tinieblas, asegurándose al principio una libertad necesaria, en virtud de un derecho sagrado. Pero conocido y aplicado su derecho, faltaría les conocer su deber, y eso es de lo que no pueden ocuparse durante esa tempestuosa noche, en cuyo seno los sucedía a menudo herir a sus hermanos en lugar de herir a sus enemigos.

«Ese trabajo gigantesco de la revolución francesa, no era, ni podía ser únicamente una cuestión de pan y abrigo para los pobres; era mucho más elevada; y a pesar de cuanto se ha llevado a cabo, a pesar de cuanto ha abortado en Francia acerca de este particular, según mi modo de ver, eran otras causas de mucho más interés las que en efecto producían y confirmaban esa revolución. Debía ella proporcionar al pueblo, no solo un bienestar legítimo, sino que debía y debe, no lo dudes hijo mío, acabar de dar, suceda lo que sucediere, la libertad de conciencia al género humano entero. ¿Pero qué uso hará el de esa libertad? ¿Qué nociones de su deber habrá adquirido, combatiendo como un valiente soldado durante siglos, durmiendo bajo la tienda y velando sin cesar, con las armas en la mano contra los enemigos de su derecho? ¡Ay! cada guerrero que cae sobre el campo de batalla, vuelve sus ojos al cielo y se pregunta porque causa ha combatido, porque es un mártir, si todo ha terminado para él en aquella amarga hora de la agonía. Sin duda alguna presiente una recompensa, porque si su único deber consistía en conquistar su derecho y el de su posteridad, conoce bien que todo deber cumplido merece una recompensa, y ve por otra parte que su recompensa no la ha recibido en este mundo, pues que no ha gozado de su derecho. Y cuando se habrá conquistado enteramente este derecho para las generaciones futuras, cuando todos los deberes de los hombres entre sí quedarán establecidos por el mutuo interés, ¿será esto bastante para la felicidad del hombre? ¿Esa alma que me atormenta, esa sed de lo infinito que me devora, quedarán satisfechas y apagadas porque mi cuerpo estará al abrigo de la necesidad, y mi libertad preservada de ataques? Por apacible, por benigna que supongamos la vida de este mundo, ¿llenará ella los deseos del hombre, y la tierra será bastante vasta para su pensamiento? ¡Oh! no es a mí a quien sería preciso contestar sí. ¡Sé demasiado lo que es la vida reducida a satis-

facciones egoístas; he sentido demasiado lo que es el porvenir privado del sentido de la eternidad! Monje y viviendo al abrigo de todo peligro y de toda necesidad, he conocido el fastidio, esa hiel vertida sobre todos los alimentos. Filósofo y sujetando al imperio de la fría razón todos los sentimientos del alma, he conocido la desesperación, ese abismo entreabierto ante todos, los despojos del pensamiento. ¡Oh! Que no me digan que el hombre será feliz cuando no tenga soberanos que le abrumen bajo el peso del servicio personal, ni sacerdotes que le amenacen con el interno. Sin duda no necesita tiranos ni fanáticos, pero si una religión; porque tiene un alma y es preciso que conozca a Dios.

« He ahí porque siguiendo con atención el movimiento político que se efectuaba en Europa, y viendo cuan quiméricos habían sido mis sueños de un día, cuan imposible era sembrar y recoger en tan corto espacio, cuan lejos de su objeto habían ido a parar los hombres de acción por la necesidad del momento, y cuan preciso era inclinarse a derecha é izquierda antes de dar un paso por esa aún no trillada vía, me reconcilié con mi suerte, y reconocí que no era yo uno de aquellos. Aún cuando sintiese dentro de mí pasión hacia el bien, perseverancia y energía, mi vida se había entregado demasiado a la reflexión; había abrazado la de la humanidad entera con miras demasiado extensas, para hacer, con el hacha en la mano, el oficio de azadonero en una selva de cabezas humanas. Compadecía y respetaba a esos intrépidos trabajadores, que resuellos a sembrar la tierra, y parecidos a los primeros cultivadores, echaban abajo las montañas, rompían las rocas, y sangrientos entre las zarzas y los precipicios, herían sin debilidad y sin compasión al temible león y al tímido ciervo. Era preciso disputar el suelo ¡¡devoradoras razas, era indispensable fundar una colonia humana en el seno de un mundo presa de los ciegos instintos de la materia. Todo era permitido, porque todo era necesario. Para matar al buitre el cazador de los Alpes se ve obligado también a atravesar el cordero que tiene entre sus garras. Las desgracias privadas destrozan el alma del espectador, sin embargo, la salud general hace inevitables esas desgracias. Los excesos y los abusos de la victoria no pueden ser imputados ni a la causa de la guerra, ni a la voluntad de los capitanes. Cuando un pintor traza a nuestra vista grandes hazañas, se ve obligado a diseñar en los extremos de su cuadro ciertos detalles espantosos que nos conmueven penosamente. Aquí los palacios y los templos se desploman en medio de las llamas; allí los niños y las mujeres son triturados bajo ¡os pies de los caballos; más allá espira un valiente sobre las

rocas teñidas de sangre. Sin embargo, el vencedor aparece en el centro de la escena en medio de una falange de héroes, la sangre vertida nada quita a su gloria, conócese que la mano del dios de los ejércitos se ha levantado ante ellos, y los rayos que brillan sobre sus frentes anuncian que han llenado una santa misión.

«Tales eran mis sentimientos hacia esos hombres, entre los que sin embargo no había querido colocarme. Admirábales; pero comprendía que no podía imitarles, porque eran de una naturaleza diferente a la mía. Ellos podían ejecutar lo que yo no podía, porque yo pensaba como ellos no podían pensar. Abrigaban la heroica pero romancesca convicción de que tocaban a su fin, y que un poco más de sangre derramada les haría llegar el reinado de la justicia y de la virtud. Error que no podía yo compartir, porque colocado sobre la montaña, veía lo que ellos no podían distinguir a través de los vapores de la llanura y del humo del combate; error santo, sin el cual no hubieran podido imprimir al mundo el gran movimiento que debía sufrir para evadirse de sus lazos. Es necesario para que llegue a término la marcha providencial del género humano, que existan dos especies de hombres en cada generación, los unos Henos de esperanza, llenos de confianza, llenos de ilusión que trabajen para producir una obra incompleta; los otros Menos de previsión, llenos de paciencia, llenos de seguridad que trabajen para que esa misma obra incompleta sea aceptada, apreciada y continuada sin desaliento, aún en el caso mismo de que parezca haber abortado. Los unos son marineros, los otros son pilotos; estos ven los escolios y los señalan, aquellos los evitan, ó van a estrellarse en ellos según el viento del destino les arroja hacia su salvación ó hacia su pérdida, y sea lo que fuere de unos y otros, el buque marcha y la humanidad no puede ni perecer ni detenerse en su carrera eterna.

«Era pues demasiado viejo para vivir en lo presente, y demasiado joven para vivir en lo pasado. Hice mi elección, proseguí de nuevo mi vida de estudio y de meditación filosófica. Volví a empezar todos mis trabajos, considerándolos con razón como incompletos. Volví a leer con austera paciencia cuanto había leído con impetuosa avidez. Osé medir otra vez la tierra y los cielos, la criatura y el creador, sondear los misterios de la vida y de la muerte, buscar la fe en mis dudas, reedificar cuanto había destruido y construirlo bajo nuevas bases. En una palabra traté de revestir la Divinidad de su sublime misterio con la misma perseverancia que había puesto en despo-

jarla de él. Entonces es cuando conocí ¡ay! cuanto más difícil es edificar que derruir. Solo un día basta para arruinar la obra de muchos siglos. En la duda y la negación habia andado a pasos agigantados; para rehacer un poco mi fe empleé muchos años, ¡y que años! ¡Cuán llenos de fatigas, de incertidumbres y de penas! Cada día ha sido señalado por lágrimas, cada hora por combates. Ángel, Ángel, el más desgraciado de los hombres es aquel que se ha impuesto una tarea inmensa, que ha comprendido su extensión e importancia, que no puede hallar fuera de ella ni satisfacción ni reposo, y que conoce que le venden sus fuerzas y le abandona su poder. ¡Ó infortunado entre todos los hijos de los hombres el que sueña poseer la luz negada a su inteligencia! ¡Ó deplorable entre todas las generaciones humanas la que se agita y destroza para conquistar la ciencia prometida a mejores siglos! Colocado sobre un suelo movedizo, hubiera querido construir un santuario indestructible; pero faltábanme para ello así los elementos como la base. Mi siglo tenía nociones falsas, conocimientos incompletos, juicios erróneos, así acerca de lo pasado como de lo presente. Sabíalo, aún cuando obraban en mis manos los documentos reputados por más perfectos de mi época sobre la historia de los hombres y sobre la de la creación; sabíalo, porque sentía en mí una omnipotente lógica, a la cual todos esos documentos sobre que yo hubiera querido apoyada venían a dar un desesperante mentís. ¡Oh ¡¡si hubiese podido transportarme en alas de mi pensamiento al manantial de todos los conocimientos humanos, explorar la tierra por toda su superficie y hasta el fondo de sus entrañas, interrogar a los monumentos de lo pasado, buscar la edad del mundo en las cenizas de que es su seno el vasto sepulcro, y en las ruinas de innumerables generaciones han sepultado el recuerdo de su existencia! Pero era preciso contentarme con las observaciones y conjeturas de sabios y viajeros, cuya incompetencia, presunción y ligereza conocía. Había momentos en que, enardecido por mi convicción, estaba resuelto a partir en clase de misionero, á fin de ir a escudriñar todos aquellos restos que no habian sido comprendidos, ó a desenterrar todos aquellos tesoros ignorados, cuya existencia ni aún se habia sospechado. Más era viejo, mi salud, que habia recobrado por un momento con el ejercicio y el aire libre de las montañas, se habia alterado de nuevo con la humedad del claustro y las vigiliass del trabajo. Y luego, ¡cuánto tiempo no hubiera necesitado para descorrer una imperceptible punta de ese velo que me ocultaba el universo! Por otra parte no era yo un hombre propio para entrar en pormenores, y esas pesquisas perseverantes y minuciosas que admiraba en los

hombres puramente estudiosos, no eran para mi carácter. No era hombre de acción ni en la política, ni en la ciencia. Sentíame llamado a cálculos más extensos y más elevados, hubiera querido manejar inmensos materiales, edificar con el fruto de todos los trabajos y de todos los estudios un vasto pórtico para servir de entrada a la ciencia de los futuros siglos.

«Era yo más bien un hombre sintético que analítico. Ansiaba sacar conclusiones de todo, concienzudo hasta el martirio, no pudiendo aceptar nada que no satisficiera á ;a vez a mi corazón y a mi inteligencia y condenado a un eterno suplicio ;porque la sed de la verdad es inextinguible, y cualquiera a quien no le satisfacen los juicios del orgullo, de la pasión y de la ignorancia, está llamado a sufrir sin intermisión. ¡Oh! exclamaba yo ¿menudo, ¿por qué no había de ser un cartujo embrutecido por el miedo del infierno y destinado a cavar, como una bestia de carga, un pedazo de tierra para hacer nacer algunas legumbres, mientras espera engrasaría con sus despojos. ¿Por qué todos mis quehaceres en este mundo no han de estar reducidos a recitar oficios para llegar a la hora del reposo, y manejar una azada para conservar mi apetito, ó para arrojar la reflexión importuna, y llegar ya en esta vida a un estado de muerte intelectual?

«Sucedíame a veces dirigir la vista sobre aquellos de nuestros monjes que por excepción se han conservado sinceramente devotos: Ambrosio, por ejemplo, que vimos morir el año pasado en olor de santidad, como dicen ellos, y cuyo cuerpo estaba enjuto por los ayunos y las maceraciones: aquel era seguramente un hombre de buena fe; a menudo le habia tenido envidia. Una noche se apagaba mi lámpara cuando no había acabado aún mi trabajo, buscaba luz en el claustro, y percibirla en su celda; la puerta estaba entreabierta, penetré en ella sin hacer el menor ruido para no distraerle, porque le suponía abismado en sus oraciones. Hallóle dormido sobre su cama, su lámpara estaba colocada sobre una mesita muy cerca de su caray frente de sus ojos. Tomaba hacia más de cuarenta años todas las noches esta precaución para no dormirse demasiado profundamente y no faltar un minuto a las horas de los oficios. La luz, cayendo a plomo sobre sus marchitas facciones, formaba profundas sombras, estragos de un voluntario sufrimiento. No estaba acostado, sino solamente apoyado sobre su lecho y enteramente vestido a fin de no perder un solo instante en inútiles cuidados. Estuve largo tiempo observando aquella cara estrecha y larga, aquellas facciones enflaquecidas por el ayuno del espíritu roas aún que por el del cuerpo, aquellas mejillas

pegadas a los huesos de la faz como una cubierta de pergamino, aquella frente blanca y alta, amarilla y reluciente como la cera. Verdaderamente no era aquel un hombro, sino un esqueleto secado con la piel, un cadáver que se habían olvidado de sepultar, y que los gusanos habían abandonado porque no les ofreció alimento alguno. Su sueño no se asemejaba al reposo de la vida, sino a la insensibilidad de la muerte, ninguna respiración elevaba las paredes de su pecho. Díome miedo, porque aquello no era hombro ni cadáver, érala vida en la muerte, una cosa que no tiene nombre en la lengua humana, ni sentido en el orden divino. ¿Ese es pues un santo varón? pensaba yo; ciertamente Jos anacoretas de la Tebáida no han ayunado ni orado mas, y sin embargo no veo aquí más que un objeto de espanto, nada que atraiga el respeto, porque todo rechaza aquí la simpatía. ¿Qué compasión puede tener Dios por esta agonía y esta muerte anticipadas ¡sus decretos? ¿Qué admiración puedo concebir, yo hombre, hacia esa vida estéril y ese corazón helado? Ó viejo, que cada noche enciendes tu lámpara como un viajero precisado a partir antes de la aurora, ¿a quién has pues iluminado durante la noche, a quién has guiado durante el día? ¿A quién pues ha sido útil tu larga y laboriosa peregrinación sobre la tierra? Tú nada de te has dado a la tierra, ni la sustancia de la reproducción animal, ni el fruto de una inteligencia productiva, ni el grosero servicio de un robusto brazo, ni la simpatía de un corazón tierno. ¿Crees que Dios ha criado la tierra para servirle de baño purificadorio, y consideras haber hecho bastante para ella legándola tus huesos? ¡Ah! razón tienes para temer y temblar en esta hora; haces bien en estar pronto siempre a parecer ante el juez. Ojalá puedas hallar a tu última hora una fórmula que te abra la puerta del cielo, ó un instante de remordimientos que te absuelva del peor de todos los crímenes, el de no haber amado nada fuera de ti. Y hablando así, retiróme silenciosamente, sin aún querer encender mi lámpara en la de aquel egoísta, y desde aquel día preferí mi miseria a la de los devotos.

« Aunque presa de toda la fatiga y de toda la inquietud de una alma que busca su vía; necesité muchos días de agotamiento y angustia para aceptar el decreto que me condenaba a la impotencia. No puedo ocultármelo hoy día, mi mal era el orgullo. Sí; creo que en todas épocas, y aún actualmente, he sido y soy un orgulloso. Ese zelo ardiente de la verdad es un sentimiento laudable; pero puede llegar a ser extremado. Es nos preciso hacer uso de todas nuestras fuerzas para desmontar el campo del porvenir, pero seria indispensable también que cuando nuestras fuerzas no bastasen, nos diésemos

por satisfechos de lo poco que hubiésemos hecho, sentándonos con ¡a sencillez del labrador al borde del surco trazado. Esta es una lección que he recibido a menudo del amigo celeste que me visita, y de la que nunca he sabido aprovecharme. Existe en mí una ambición de lo infinito que raya en delirio. SI hubiese sido lanzado en ta vida del mundo y no hubiese tenido ocasión de elevar mis miras a más alto punto, habría ambicionado la gloria y las conquistas; hubiera tenido siempre a la vista la existencia de Alejandro ó Carlomagno, como he tenido la de Pitágoras y Sócrates. Hubiera codiciado el imperio del mundo; hubiera tal vez hecho mucho mal. Gracias tí Dios he cesado de vivir, y todo mi crimen consiste en no haber podido hacer bien. Habia pensado, al entrar en el convento, rehacer mis estudios con fruto y escribir una gran obra sobre las más elevadas cuestiones de religión y de filosofía. Pero no habia tenido en cuenta mi edad y mis fuerzas. Tenía cincuenta años cumplidos, y habia sufrido durante mis veinte últimos un siglo por año. Viendo por otro parte cuan desprovisto estaba de materiales que me inspirasen entera confianza, resolví lo menos sentar las bases y trazar el plan de mi obra, a fin de legar aquel primer trabajo, si posible era, a algún hombre capaz de continuarlos ó de hacerlo continuar; recordóme vivamente esta idea mi juventud, y el secreto legado a mí por Fulgencio como lo habia sido por Espiridion a este último; y persuadime que habia llegado ya la hora de exhumar aquel manuscrito. No era ya esta una vulgar ambición, no una fría curiosidad lo que á ella me incitaba, tampoco una supersticiosa obediencia: era un sincero deseo de instruirme y de utilizar para los otros hombres un documento precioso, sin duda alguna, sobre ¡as importantes cuestiones de que me ocupaba. Miraba como un deber la publicación inmediata ó futura de este manuscrito; porque bajo cualquier aspecto que considerase las extrañas relaciones que habia tenido mi espíritu con el espíritu de Hebronius, siempre me quedaba la convicción de que habia adornado a aquel hombre una gran imaginación.

«Por la tercera vez, en el espacio de cerca veinte y cinco años, emprendí pues la exhumación del manuscrito. Pero un hecho muy sencillo vino a oponerse a mis designios, y por natural que fuese aquel hecho, me hundió en un abismo de reflexiones.

« Háblame provisto de los mismos instrumentos que me habian servido la última vez: aquella última vez que sin duda habrá quedado fija en tu memoria, a pesar de lo largo de esta narración; te acordarás que tenía en-

tonces treinta años cumplidos, y que tuve un acceso de delirio y una visión espantosa. También recordaba yo aquel terrible alucinamiento, pero no temía su reproducción. Hay imágenes que el cerebro no puede ya crearse, cuando ciertas ideas y ciertos sentimientos que las evocaban no existen en nuestra alma. Háblame desprendido desde entonces para siempre de los lazos del catolicismo; lazos tan fuertemente apretados y tan cortos, que se necesita toda la vida para salirse de ellos, pero por la misma razón imposibles de anudar una vez rolos.

«Hacia una noche clara y fresca, y mi salud era bastante buena; había escogido precisamente semejante concurso de circunstancias, porque parecía que el trabajo material sería bastante penoso. ¡Pero cómo ¡no pude, Ángel, ni aún mover la piedra del llic est. Gasté en ello tres largas horas, atacándola en todos sentidos, asegurándome de que solo estaba unida al piso por su propio peso, reconociendo aún las señales que había hecho en olla en otro tiempo con mi escoplo, cuando la había levantado ligeramente y sin fatigas. Todo fue inútil; resistida mis esfuerzos. Bañado en sudor, extenuado de lasitud, vime obligado ¿volverme a la cama, y permanecer en ella postrado y quebrantado durante muchos días.

« Este primer contratiempo no me desanimó. Recomendé mi trabajo a la siguiente semana; pero falló del mismo modo. Un tercer ensayo, emprendido un mes más tarde, no fue más feliz, y fue desde entonces preciso renunciar a ello; porque, las pocas fuerzas físicas que había conservado bastita entonces, me abandonaron para siempre desde aquella época. Sin duda empleé el resto de las que me quedaban en esa lucha inútil contra una fosa. El sepulcro permaneció mudo, los cadáveres sordos, la muerte inexorable. Fui á arrojar en un zarzal del jardín mi cincel y mi palanca, y volví triste y tranquilo a sentarme sobre esa tumba que no quería entregarme sus tesoros,

«Permanecí allí hasta el amanecer, perdido en mis pensamientos. El fresco de la mañana había helado en mi cuerpo el sudor de que estaba inundado, y quedé paralizado; perdí no solo el poder de obrar, sino aún la voluntad; no oí las campanas que señalaban los oficios, ni fijé atención alguna en los religiosos que vinieron a recitarlos. Estaba solo en el universo, no había entre Dios y yo más que esa tumba, que ni quería recibirme ni dejarme partir; imagen de mi existencia entera, símbolo que me había vivamente herido, y cuya comparación me absorbía enteramente. Cuando vinieron a levantarme, como no podía moverme ni hablar se figuraron que mi cerebro se

había aletargado como el resto. Engañábanse; poseía toda mi razón; no la perdí un solo instante mientras duró la enfermedad que siguió a aquel accidente. Es inútil decir que se achacó a casualidad, y que no se sospechó nunca lo que había intentado.

«Una ardiente fiebre sucedió a aquel frío mortal: sufrí mucho, pero no deliraba; tuve aún fuerza para ocultar bastante la gravedad de mi mal a fin de que no me cuidasen más de lo que quería serlo y para que me dejaran solo. Durante las horas que el sol brillaba en mi celda sentíame más aliviado; ideas más apacibles ocupaban mi espíritu; pero por la noche se apoderaba de mi una inexorable tristeza. La inacción es dichosa a los cerebros activos; el fastidio, que es el peor de todos los sufrimientos que acarrearán las enfermedades, me abrumaba con todo su peso, y la vista de mi celda me era insostenible. Esas paredes que me recordaban tantas agitaciones y desalientos sufridos sin llegar al conocimiento de lo verdadero; ese lecho en el que había soportado tan a menudo y por tan largo tiempo la fiebre y las dolencias, sin conquistar la salud por precio de tantas luchas con la muerte; esos libros a quienes tan en vano había interrogado; esos astrolabios y telescopios que no sabían más que buscar y medir la materia; todo ello me sumía en un sombrío furor. ¿De qué sirve sobrevivir a sí mismo? me decía, ¿y por qué haber vivido cuando nada se ha hecho? ¡Insensato, que querías por medio de un rayo de tu inteligencia iluminar la humanidad en los futuros siglos, y que no tienes siquiera la fuerza necesaria para levantar una piedra, a fin de ver lo que está escrito debajo! ¡Desdichado, que durante el ardor de la juventud solo has sabido ocuparle en resfriar tu espíritu y tu corazón, y cuyo espíritu y corazón se apresuran a animarse cuando ha llegado la hora de la muerte! muere pues, ya que no tienes ni cabeza ni brazo; porque si tu corazón abriga la temeridad de querer vivir aún y de arder por lo ideal, ese divino fuego no servirá más que para consumir tus entrañas, y poner en evidencia tu impotencia y tu nulidad.

«Y hablando así, me agitaba en mi lecho de dolor, y lágrimas de desesperación corrían por mis mejillas. En aquel momento una voz pura se elevó en el silencio de la noche y me habló en estos términos:

«¿Crees no tener falla alguna que expiar; tú que te aires ves a quejarte con tanta amargura? ¿A quien acusas de tus males? ¿No eres tú solo tu implacable enemigo? ¿A quién imputarás la falla de tu culpable orgullo, de ese

insaciable amor de tí mismo que te ha cegado cuando podías acercar te al ideal por medio de la ciencia, y que te ha hedió buscar ese ideal en tí solo?

— ¡Mientes ¡exclamé con fuerza, sin pensar siquiera en preguntarme quien podía hablarme de aquella suerte. ¡Mientes!, repetí, yo me he aborrecido siempre, siempre me he parecido fastidioso, molesto, insoportable a mí. mismo. He buscado el ideal en todas partes, con el ardor del ciervo que busca la fuente en un día abrasador; hume consumido la sed del ideal, y si no lo he hallado.

— La culpa la tiene el ideal, ¿no es verdad? interrumpió la voz con un tono de Tria conmiseración. Es preciso que Dios comparezca ante el tribunal del hombre, y que le de cuenta del misterio con que ha osado envolverse, mientras que el hombre se dignaba tomar el trabajo de buscarle, ¡y no llamáis a esto orgullo, vosotros!...

— ¡Vosotros! repuse Heno de admiración; ¿quién eres pues tú que miras con compasión la raza humana, y que te crees sin duda exento de sus miserias?

— Soy, respondió la voz, el que tú no quieres conocer, pues le has buscado siempre do no existe.

«A estas palabras cubrióse de sudor todo mi cuerpo, palpitaba mi corazón con tal violencia, que parecía iba A salirse del pecho, y levantándome sobre mi lecho, le dije.

— ¿Eres pues tú el que duerme bajo la piedra?

— Hasme buscado bajo la losa, repuso él, y la losa te ha resistido. Deberías saber que el brazo de un hombrees menos fuerte que la argamasa y el mármol. Pero la inteligencia atraviesa las montañas y el amor puede resucitar a los muertos.

— ¡Ó maestro mío! exclamé con trasporte, te reconozco. Esa es tu voz, esa tu palabra. Bendito seas, tú que me visitas en la hora del dolor. ¿Pero en dónde debía buscarle, donde te encontraré sobre la tierra'?

— En tu corazón, respondió la voz. Dispon en él una morada do yo pueda descender. Purifícale como una casa quo se adorna y se perfuma para recibir a un huésped querido. ¿Hasta entonces, que puedo hacer en tu favor?

« Callóse la voz y en vano hablaba; ya no me contestó. Estaba solo en medio de las tinieblas, hallábame tan conmovido que me deshice en lágrimas. Repasé mi vida entera en medio de la amargura que destrozaba mi corazón. Vi en efecto que toda ella había sido un largo combate y un grande error; porque había siempre querido elegir entre mi razón y mi sentimiento, y no había tenido fuerza suficiente para hacer aceptarlo uno por el otro ó viceversa. Queriendo siempre apoyarme en pruebas palpables, sobre bases sentadas por el hombre, y no considerando suficientes esas bases, no había tenido bastante valor ni bastante talento para saber prescindir del testimonio humano y para rectificarlo con esa poderosa certeza que el cielo prodiga a las almas grandes. No había sabido desechar la física y la geometría en aquellos casos en que destruían el testimonio de mi conciencia. Había fallado fuego a mi corazón y por lo tanto poder a mi cerebro para decir a la ciencia: Tú eres la que te equivocas; nosotros nada sabemos; tenemos todavía que aprenderlo todo. Si el camino que seguimos no nos conduce a Dios, es porque lo hemos equivocado; volvamos atrás y busquemos a Dios; porque lejos de él estamos en las tinieblas; y bien pueden gritar los hombres que nuestra Labilidad nos ha hecho a nosotros mismos dioses, seguimos nosotros sintiendo el frío de la muerte, y somos arrastrados en la vida como astros que se extinguen y desvían del orden natural.

Desde aquel día me abandoné a los más ardientes movimientos de mi alma, y efectuóse en mí un gran prodigio. En lugar de entibiarme moralmente con los años, sentí mi corazón, vivificado y renovado, rejuvenecerse a medida que mi cuerpo se inclinaba hacia la destrucción. Siento que la vida animal me abandona como un vestido usado; pero a medida que me despojo de ese terrestre envoltorio, mi conciencia me revela la certeza de mi inmortalidad. El celeste amigo ha vuelto a menudo; pero no esperes que entre en el detalle de sus apariciones, esto es siempre un misterio para mí, misterio que no he tratado de indagar y sobre el cual me sería imposible tenderla red de una fría análisis; conozco demasiado lo que se aventura en el examen de ciertas impresiones; el espíritu se hiela anatomizándolas, y la impresión se borra. Aunque he considerado un deber mío establecer mis últimas creencias religiosas lo más lógicamente posible en algunos escritos de que te hago depositario, me he permitido echar un velo de poesía sobre las horas de entusiasmo y ternura que, disipando a mi alrededor las tinieblas del mundo físico, me han puesto en relación directa con ese espíritu superior. Hay cosas íntimas que vale más callar que entregarlas al escarnio de los hom-

bres. En la historia que he escrito simplemente de mi vida oscura y dolorosa, no he hecho mención de Espiridion. SI el mismo Sócrates ha sido acusado de charlatanismo é impostura por haber revelado sus comunicaciones con el que el llamaba su genio familiar, ¡cuánto más lachado de fanatismo no lo sería un pobre monje, si confesaba haber sido visitado por un fantasma ¡No lo he hecho, pues, ni lo liaré; y sin embargo explicaría! sencillamente al sabio modesto y juicioso, que sin ironía y sin preocupación quisiese penetrar en las maravillas de un orden de cosas tan antiguo como el mundo, que espera una nueva explicación. ¿Pero dónde encontrar hoy día un sabio de esa especie? En estos tiempos la obra de la ciencia consiste en despreciar cuanto parece sobrenatural, porque la ignorancia y la impostura han abusado por demasiado tiempo de ello. Lo mismo que los hombres políticos se ven forzados a decidir con la espada las cuestiones sociales, se ven obligados los hombres de estudios, para abrir un nuevo campo al análisis, a arrojar confusa é indistintamente al fuego los libros mágicos de los hechiceros y los milagros de la fe. Llegará un día en que habiéndose terminado la obra necesaria de la destrucción, se buscará cuidadosamente entre los restos de lo pasado una verdad que no puede perderse, y que sabrán separar del error y de la mentira, al igual que Crespo reconoció en otro tiempo por positivos signos que todos los oráculos eran ¡impostores, excepto la Pitia de Belfos que le habia revelado sus acciones ocultas con un poder incomprendible. Quizás llegarás a ver tú la aurora de esa nueva ciencia, sin la cual la humanidad es inexplicable y su historia está desprovista de sentido. Todos los milagros, todos los augurios y prologios de la antigüedad, tal vez no serán a los ojos de tus contemporáneos, supercherías de brujos ó terrores imbéciles autorizados por los sacerdotes. ¿No ha dado ya la ciencia satisfactoria explicación de muchos de los fenómenos que parecían sobrenaturales a nuestros abuelos? Del mismo modo ciertos hechos que parecen imposibles y falaces en este siglo, tendrán tal vez una solución no menos natural y concluyente cuando la ciencia habrá ensanchado sus horizontes. En cuanto a mí, Aunque la palabra prodigio carezca de sentido para mi entendimiento, pues que lo mismo puede aplicarse a la salida del sol cada mañana que á la reaparición de un muerto, no he tratado de hacer indagaciones sobre esas cuestiones difíciles; hubiérame faltado tiempo para ello. He oido hablar de Mesmer, más no sé si es un impostor ó un profeta; pues desconfío de lo que he oído referir, porque los asertos son demasiado atrevidos, y las pretendidas pruebas demasiado completas para un orden de descubrimientos tan re-

ciente. No comprendo todavía lo que entienden por esa palabra magnetismo; te invito a que lo examines en su tiempo y lugar. Por lo que respecta a mí, no he tenido ocasión de extraviarme en esas atrevidas proposiciones; he evitado aún dejarme seducir por ellas. Tenía un deber más terminante y exigente que cumplir, el de escribir bajo la impresión de mis conversaciones con el Espíritu los interrumpidos fragmentos de mi eterna mediación.»

Interrumpióse aquí Alejo y puso su mano sobre un libro, que conocía bien por habérselo visto consultar muy a menudo, Aunque con gran extrañeza mía, me habia parecido siempre formado de hojas en blanco. Como le miraba con sorpresa se sonrió.

— No soy loco como presumes, prosiguió él, este libro está lleno de caracteres muy legibles para cualquiera que conozca la composición química de que me he servido para escribir. Parecióme necesaria esta precaución, para escapar al espionaje de la censura monástica. Te enseñaré un proceder muy sencillo, por medio del cual harás reaparecer los caracteres trazados sobre estas páginas, cuando llegue la ocasión. Ocultarás este manuscrito hasta tanto que pueda ser útil para algo ó para alguien; si se presentará ó no este caso es lo que ignoro. Tal cual está, incompleto, sin orden y sin conclusión, no merece ver la luz pública. Tal vez a tí, tal vez a algún otro loca el rehacerlo. Solo tiene un mérito, el de ser la relación fiel de una vida de angustias, y la sencilla exposición de mi estado presente.

— ¿Y ese estado, me será permitido, padre mío, rogaros me lo hagáis conocer mejor?

— Lo haré en tres palabras, que reasumen para mí toda la teología, respondió, él abriendo la primera página de su libro: Creer, esperar, amar, SI la Iglesia católica hubiese podido conformar todos los puntos de su doctrina a esa sublime definición de las tres virtudes teologales: la fe, la esperanza, la caridad, ella sería la verdad sobre la tierra, sería la sabiduría, la justicia, la perfección; pero la Iglesia romana ha asestado contra si misma el último golpe; ha consumado su suicidio el día en que ha hecho a Dios implacable y eterna la condenación. En ese día todos los corazones grandes se han separado de ella, y fallando a su filosofía el elemento de amor y misericordia, la teología cristiana no ha sido más que un juego de imaginación, un sofisma, en el que grandes inteligencias se han defendido en vano contra el testi-

monio interior de su conciencia; un velo para cubrir vastas ambiciones, una máscara para ocultar enormes iniquidades...»

Aquí se detuvo de nuevo el padre Alejo y me observó atentamente, para ver que efecto produciría en mí ese anatema definitivo. Comprendile, y cogiendo sus manos entre las raías, se las apreté fuertemente, diciéndole con voz firme y una sonrisa que debía revelarle toda mi confianza:

« ¿Así, padre, no somos ya católicos?

— NI cristianos, repuso él con fuerte acento, ni protestantes, añadió estrechando mis manos; ni filósofos corno

Voltaire, Helvecio y Diderot; ni aún somos socialistas como Rousseau y la Convención francesa, ¡y sin embargo no sumos paganos ni ateos!

— ¿Qué somos pues, padre Alejo? le dije; porque vos lo habéis dicho, tenemos un alma, Dios existe y necesitamos una, religión.

— Una tenemos, contestó él levantándose y extendiendo hacia el cielo sus flacos brazos con un movimiento de entusiasmo. Tenemos la única verdadera, la única inmensa, la única digna de la Divinidad. Creemos en la Divinidad, es decir que la conocemos y la queremos; esperamos en ella, es decir que la deseamos y trabajamos para poseerla; la amamos, es decir que la sentimos y la poseemos virtualmente, y el mismo Dios es una trinidad sublime de la quo es nuestra vida mortal el debilitado reflejo. Lo que es fe en el hombre, es ciencia en Dios; lo que es esperanza en el hombre es poder en Dios; lo que es caridad, es decir piedad, virtud, esfuerzo, en el hombre, es amor, es decir producción, conservación y progresión eterna en Dios. así Dios nos conoce, nos llama y nos ama; él es quien nos revela ese conocimiento que tenemos de él, él es quien nos manda la necesidad quede él habernos, él es quien nos inspira ese amor de que por él ardemos; y una de las grandes pruebas de Dios y sus atributos, es el hombre y sus instintos. El hombre concibe, aspira y prueba sin cesaren su esfera finita, lo que Dios sabe, quiere y puede en su esfera infinita. SI Dios pudiera dejar de ser un foco de inteligencia, de poder y amor, el hombre caería al nivel de los brutos, y cada vez que una inteligencia humana ha negado la Divinidad, se ha suicidado ella misma.

— Pero, padre mío, esos grandes ateos del siglo cuyas luces y elocuencia so preconizan....

—No hay ateos, repuso el padre Alejo con calor; no, no los hay; más en tiempos de investigación y de trabajo filosófico, cuando los hombres, disgustados de los errores de lo pasado, buscan un nuevo camino hacia la verdad yerran entonces por senderos desconocidos. Los unos cansados, se sientan y entregan a la desesperación. ¿Pero qué es esa desesperación sino un grito de amor hacia esa Divinidad que se oculta a sus fatigados ojos? Otros se encumbran a todas las cimas con ardiente precipitación, y en su sencilla presunción, exclaman que han alcanzado el fin y que no se puede ir más lejos. ¿Pero qué es esa presunción, qué esa ceguedad, sino un deseo inquieto y una impaciencia inmoderada de abrazar la Divinidad? No, esos ateos, cuya gran inteligencia con razón se ensalza, son almas profundamente religiosas que se fatigan ó se equivocan en su vuelo hacia el cielo. Si tras ellos vemos arrastrarse almas bajas y perversas que invocan la nada, el acaso, la naturaleza brutal, para justificar sus vergonzosos vicios y sus groseras inclinaciones, todavía se rinde ahí un homenaje a la magostad de Dios. Para dispensarse de inclinarse hacia el ideal, y de sostener por medio del trabajo y la virtud la dignidad humana, se ve la criatura forzada a negar ese mismo ideal. Pero si una voz interior no turbase el innoble reposo de su degradación, no se tomaría tanto trabajo en desecharla existencia de un juez supremo. Cuando los filósofos de este siglo han invocado la Providencia, la naturaleza, las leyes de la creación, no han hecho más que suplicar al verdadero Dios bajo estos nombres nuevos. Refugiándose en el seno de una Providencia, universal y de una naturaleza inagotablemente generosa, han protestado contra los anatemas que las sectas feroces se lanzaban las unas a las otras, contra las monstruosidades de la inquisición, contra la intolerancia y el despotismo. Cuando Voltaire, a la vista de una estrellada noche, proclamaba al relojero celeste; cuando Rousseau conducía a su discípulo a la cumbre de una montaña para revelarles la primera noción del creador al salir del sol; aun cuando fuesen estas pruebas incompletas y miras muy cortas en comparación de las pruebas brillantes é infalibles certitudes que el porvenir reserva al hombre, eran a lo menos gritos del alma dirigidos a ese Dios que todas las generaciones humanas batí proclamado bajo nombres diversos, y adorado bajo diferentes símbolos.

— Pero esas brillantes pruebas, esas certitudes, le dije, ¿de dónde las extraeremos, si desecharnos la revelación, y si el sentimiento interior no nos basta?

— No rechazamos la revelación, repuso él con viveza, y el sentimiento nos basta hasta cierto punto; pero nosotros añadimos aún otras pruebas: en cuanto a lo pasado el testimonio de la humanidad entera; en cuanto a lo presente la adhesión de todas las creencias puras al culto de la Divinidad y la voz elocuente de nuestro propio corazón.

— Si, os entiendo bien, repuse, aceptáis de la revelación lo que tiene de eternamente divino, las grandes nociones sobre la Divinidad y la inmortalidad, los preceptos de deber y virtud que de ella se derivan.

— El hombre, contestó él, arranca al cielo mismo el conocimiento de lo ideal, y la conquista de las verdades sublimes que a él conducen es un pacto, un himeneo entre la inteligencia divina que busca también el corazón del hombre, aspira a difundirse en él y consiente en reinar en él. Reconocemos pues maestros, sea cual fuere el nombre con que queramos designarlos. Héroes, semidioses, filósofos, santos ó profetas podemos inclinarnos ante esos padres y esos doctores de la humanidad. Podemos adorar en el hombre investido de una alta ciencia y de una alta virtud un espléndido reflejo de la Divinidad. ¡Óh Cristo! Llegará tiempo en que le levantarán nuevos aliados más dignos de ti, restituyéndote tu verdadera grandeza de haber sido verdaderamente el hijo de la mujer y el salvador, es decir el amigo de la humanidad, el profeta de lo ideal.

— Y el sucesor de Platón añadí yo.

— Como Platón fue otro de los reveladores que adoramos, y cuyos discípulos somos.

«Si, prosiguió Alejo después de una pausa, como para darme tiempo para pesar sus palabras, nosotros somos los discípulos de esos reveladores, pero sus libres discípulos-

Tenemos el derecho de examinarlos, comentarlos, discutirlos, y aún corregirlos; porque si gozan por su genio de la infalibilidad de Dios, participan por su naturaleza de la impotencia de la razón humana. Es pues no solo un privilegio nuestro, sino un deber y un destino nuestro, el explicarlos y ayudar a la continuación de sus trabajos.

— ¡Nosotros, padre mío! exclamé con espanto. ¿Pero da dónde nos viene pues esa orden?

— Es por haber venido después que ellos Dios quiere que marchemos; y si hace queso levanten profetas en medio del curso de las edades, es para impeler las generaciones delante de ellos, como conviene a hombres, y no para encadenarlos tras sí como es propio de viles rebaños. Cuando Jesús curó al paralítico no le dijo: «Prostérnate y sígueme.» Díjole. «Levántate y marcha.»

— ¿Pero a dónde iremos, padre mío?

— 'Iremos hácia el porvenir, iremos cargados de lo pasado y llenando nuestros días presentes por el estudio, la meditación, y un continuo esfuerzo hácia la perfectibilidad. Con valor y humildad, sacando de la contemplación del ideal la voluntad y la fuerza, buscando en la oración el entusiasmo y la confianza, obtendremos que Dios nos ilumine y nos ayude a instruir a los hombres, cada uno según sus fuerzas.... Las mías están agotadas, hijo mío. No he hecho lo que hubiera podido hacer si no hubiese sido educado en el catolicismo. Te he contado cuanto tiempo he necesitado y cuantas penas he sufrido para llegar ó poder proclamar sobre el borde de mi tumba esta sola palabra. «Soy libre. »

— ¡Pero esta palabra quiere decir mucho, padre mío' exclamé! En vuestra boca es omnipotente para raí, y solo de vuestra boca he podido oirla sin desconfianza ni turbación. Quizás sin esa palabra vuestra toda mi vida hubiera sido un continuo error. SI hubiese continuado mis días en este claustro, es probable que hubiese vivido agobiado y embrutecido bajo el yugo del fanatismo. SI hubiese vivido en el tumulto del mundo, es posible que me hubiese dejado extraviar por las pasiones humanas y las máximas de la impiedad. Gracias a vos, espero mi suerte a pie firme. Me parece que no puedo sucumbir ya a los peligros del ateísmo, y conozco que he sacudido para siempre las trabas de la superstición.

— Y si esta palabra de mis labios, dijo Alejo profundamente conmovido, es el único bien que he podido hacer en este mundo, esas de los tuyos son una recompensa suficiente. No moriré pues sin haber vivido, porque el fin de la vida es transmitir la vida, lie pensado siempre que el celibato era un estado sublime, pero enteramente excepcional, porque imponía inmensos deberes. Pienso aún que el que rehúsa dar la vida física a seres de su especie debe dar en cambio, por medio de sus trabajos y luces, la vida intelectual al gran número de sus semejantes. Por esa razón venero la fecunda vir-

ginidad de Cristo. Pero cuando después de haber abrigado en mi juventud orgullosas esperanzas de virtud y ciencia, me he visto encorvado bajo el peso de los años y sin haber hecho obra alguna grande, me he afligido y arrepentido de haber abrazado un estado a cuya altura no había sabido elevarme. Hoy día veo ya que no caeré del árbol como un estéril fruto. La simiente de la vida ha fecundado tu alma. Tengo un hijo, una criatura más preciosa que un fruto de mis entrañas; tengo un hijo de mi inteligencia,

— Y de tu corazón, le dije doblando mis rodillas ante él; porque tienes un corazón muy grande, ó padre Alejo, ¿un corazón más grande aún que tu inteligencia! cuando exclames: «Soy libre; a esa palabra poderosa envuelve esta otra: «Amo y creo.»

— Amo, creo y espero, tú lo has dicho, respondió él con ternura; si no fuese así no sería libre. Los brutos no conocen leyes en el fondo de las selvas, y sin embargo son esclavos, porque no conocen el precio, ni la dignidad, ni el uso de su libertad. El hombre privado de ideal es el esclavo de sí mismo, de sus instintos materiales, de sus pasiones feroces, Granos más absolutos, dueños más fantásticos que todos los que ha derrocado antes de caer bajo el imperio de la fatalidad.»

Seguimos hablando así todavía por largo tiempo. Ocupóse de los grandes misterios de la fe pitagórica, platónica y cristiana, que decía ser un mismo dogma continuado y modificado, y cuya esencia le parecía el fondo de la verdad eterna; pero verdad progresiva, decía él, en cuanto estaba rodeada aún de espesas nubes, y que pertenecía a la inteligencia humana ir rasgando uno a uno aquellos velos hasta el último. Esforzóse en reunir todos los elementos sobre los cuales fundaba su fe en un Dios Perfección: así es como él le llamaba. Y decía: 1. Que la grandeza y hermosura del universo, accesible a los cálculos y a las observaciones de la ciencia humana, nos mostraban en el Creador el orden, la sabiduría y la ciencia omnipotente: 2. que la necesidad que experimentan los hombres de reunirse en sociedad y de establecer entre sí relaciones de simpatía, de religión común, y de protección mutua, probaba en el legislador universal el espíritu de soberana justicia: 3. que los movimientos continuos del corazón del hombre hacia el ideal, probaban el amor infinito de! padre de los hombres, profusamente difundido en la gran familia humana, y manifestado a cada alma en particular, en el santuario de su conciencia. De ello deducía tres clases de deberes para el hombre. El primero, aplicado a la naturaleza exterior: deber de instruirse en las cien-

cias, a fin de modificar y perfeccionar a su alrededor el mundo físico. El segundo, aplicado a la vida social: deberde respetaré establecer instituciones libremente aceptadas por la familia humana y favorables ¿su desarrollo. El tercero, aplicable a la vida interior del individuo: deberde perfeccionarse a si mismo en vista de la perfección divina, y do buscar sin cesar para sí y para Jos otros las vías de la verdad, de la sabiduría y de la virtud.

Estas conversaciones y lecciones fueron tan largas como la narración que las habia motivado. Duraron muchos días, y nos absorbieron de tal modo a un» y otro, que apenas hacíamos uso del tiempo necesario para dormir. MI maestro parecía haber recobrado para instruirme una fuerza viril; No se acordaba ya de sus sufrimientos y me los habia hecho olvidar a mí mismo; leíame su libro y me lo iba al propio tiempo explicando. Era este una extraña obra llena de una magnanimidad y sencillez sublimes. No habia adoptado una forma metódica; confesaba no haber tenido tiempo para reasumirse, y haber escrito más bien como Montaigne, dia por dia, una serie de ensayos en donde habia expresado sencillamente, ya los fervores religiosos, ya los accesos de tristeza y desaliento bajo cuyo imperio so habia hallado. «He conocido, decía él, que no era yo capaz de escribir una gran obra para mis contemporáneos, tal cual la habia soñado en mis días de noble pero ciega ambición. Entonces conformando mi decisión a la humildad de mí posición, y mis esperanzas a la debilidad de mi ser, pensé en difundir mi corazón entero sobre estas intimas páginas, a fin de formar un discípulo que, habiendo comprendido bien los deseos y las necesidades del alma humana, consagrarse su inteligencia a buscar el alivio y la satisfacción de esos deseos y de esas necesidades, cuya importancia tarde ó temprano conocerán los hombres todos, después de las agitaciones políticas. Expresión lastimera de la triste época en que me ha arrojado la suerte, no puedo hacer más que despedir un grito de angustia a fin de que me devuelvan lo que me han quitado: una fe, un dogma y un culto. Conozco bien que nadie puede responderme aún y que voy a morir fuera del templo, lleno de turbación y de espanto, pudiendo conducir a los pies del juez supremo como único mérito el obstinado combate de mis sentimientos religiosos contra la acción disolvente de un siglo sin religión; pero espero, y mi misma desesperación hace nacer en mí nuevas esperanzas; porque cuanto más sufro por mi ignorancia, tanto mayor horror tengo a la nada, y lanío más siento que mi alma tiene sagrados derechos a esa celeste herencia, por la cual abriga un insaciable deseo...»

Hacía tres noches que duraban estas conferencias, y a pesar del poderoso interés que a ellas rae encadenaba, se apoderó de pronto de mí una pos-tración tal, que rae adormecí cerca la cama de mi maestro, mientras él seguía hablando aún, en medio de las tinieblas, porque todo el aceite de la lámpara se habia consumido y la aurora no aparecía aún por el horizonte. Al cabo de algunos instantes rae desperté. Alejo soltaba aún inarticulados sonidos y parecía hablarse a sí mismo. Hice esfuerzos increíbles para escucharle y resistir al sueño; sus palabras eran ininteligibles, y venciéndome ya la fatiga, dormirme de nuevo con la cabeza apoyada sobre el borde de su cama. Entonces, en medio de mi sueño, oí una voz llena de dulzura y armonía que parecía continuar los discursos de mi maestro, y yo le escuchaba sin despertarme y sin comprenderle. Finalmente sentí como un refrigerante soplo que corría por entre lúis cabellos, y la voz me dijo: « Ángel, Ángel, la hora ya ha llegado. » huaginéaie que espiraba mi maestro, y haciendo un gran esfuerzo, despertéme y extendí las manos hácia él. Las suyas estaban calientes y su normal respiración anunciaba un apacible reposo. Levánteme entonces para encender la lámpara; pero creí sentir el roce de un ser de una naturaleza indefinible, que se colocaba delante de mí y se oponía a mis movimientos. No tuve miedo, y le dije con voz segura:

— ¿Quién eres tú, y qué quieres? ¿Eres acaso el que nosotros amamos? ¿Tienes algo que mandarme?

— Ángel, dijo la voz, el manuscrito está bajo la piedra, y el corazón de tu maestro será atormentado hasta tanto que haya cumplido la voluntad de aquel...»

Aquí se perdió ja voz, no oí otro ruido alguno en el aposento, más que la débil é igual respiración de Alejo. Encendí la lámpara, me aseguré de que dormía, de que estábamos solos, de que todas las puertas estaban cerradas; sentóme incierto y agitado. Después al cabo de pocos instantes tomé mi partido, salí de la celda sin ruido, con la lámpara en una mano, y en la otra una barra de acero que quité de una de las máquinas del observatorio, y me trasladé a la iglesia.

Como yo, tan jóven, tan tímido y tan supersticioso hasta aquel día, tuve voluntad y valor para emprender semejante cosa solo, es lo que me seria imposible explicar. Sé únicamente que mi espíritu se elevó a su más alta fuerza en aquel instante, ya que me hallase bajo el imperio de una ex-

altación extraña, ya sea que un poder superior obrase en mi, sin mi conocimiento. Lo cierto es que atacué sin temblar la piedra del Hic est y que la levanté sin gran esfuerzo. Bajé a la-bóveda-y encontré el ataúd de plomo en su nicho de mármol negro. Ayudado de la palanca y del cuchillo conseguí desoldar sin trabajo una parte de él. Encontré en el paraje que correspondía al pecho, que es hácia donde habia dirigido mis pesquisas, harapos de ropa, que levanté y que se enroscaron al rededor de mis dedos como telas de araña. Después, deslizando mi mano hasta el paraje do había latido aquel noble corazón, sentí sin horror el frío de sus huesos. No estando ya retenido el paquete de pergamino por los pliegues del vestido, rodó al fondo del féretro; sáquelo, y cerrando apresuradamente el sepulcro, volvíme al lado de Alejo y depositó mi manuscrito sobre sus rodillas. Apoderóse entonces de mi una especie de vértigo y estuve ¡pique de perder el conocimiento; pero pudo más mi deseo, porque-Alejo desplegaba el manuscrito con mano firme y apresurada.

«¡Hic est veritas! » exclamó él dirigiendo sus miradas ala divisa favorita de Hebronijs que servia de epígrafe A este escrito: ¿Qué veo Angel? ¿Daré crédito a mis ojos? Toma, mira tú mismo, me parece que soy presa de alguna ilusión.

Miré-; era uno de esos hermosos manuscritos del décimo tercio siglo, trazados sobro pergamino con una limpieza,y

elegancia a que no puede compararse la imprenta; trabajo manual, humilde y lleno de paciencia, de algún monje desconocido. ¡Pero cuál fue mi sorpresa, cuál la consternación de mi maestro Alejo, viendo que ese manuscrito no era otra cosa que el libro de los Evangelios según el apóstol San Juan!

— ¡Hemos sido engañados! dijo Alejo. Aquí ha habido una sustitución. Fulgencio habrá dejado burlar su vigilancia durante los funerales de su maestro, ó bien Donaciano ha sorprendido el secreto de nuestras conversaciones; ha sacado el libro y puesto en su lugar la palabra de Cristo, sin notas ni comentarios.

— Esperad, padre mío, dije después de haber examinado atentamente el manuscrito; este es un monumento muy raro y muy precioso. Es de mano propia del célebre abad Joaquín de Flore, monje cisterciense de la Calabria.... Su firma lo atestigua.

— Si, dijo Alejo volviendo a tomar en sus manos el manuscrito y mirándolo con cuidado, ¡el que llamaban el hombre vestido de lino, el que miraban como inspirado, como un profeta; el mesías del nuevo Evangelio a principios del siglo trece! No seque profunda emoción conmueve mis entrañas ó la vista de esos caracteres. ¡Óh amante de la verdad, a menudo he percibido las huellas de tus pasos sobre mi propio camino! Pero observa, Ángel, nada aquí debe escapar a nuestra atención; porque ciertamente no sin objeto ha servido este precioso ejemplar de mortaja al corazón de Hebronius. ¿Observas estos caracteres trazados con letras más grandes y con más elegancia que el resto del texto?

— Están también señalados por un color particular, y quizás no son estos los únicos. ¡Veamos, padre mío!

Hojeamos el Evangelio de san Juan y encontramos en aquella maravillosa obra caligráfica de ¡abad Joaquín tres pasajes escritos en caracteres mayores, más adornados, y con otra tinta que el resto; como si el copista hubiese querido fijar la meditación del comentador sobre aquellos textos decisivos. El primero. El primero escrito en letras de hermoso azur, era el que encabeza tan magníficamente aquel Evangelio:

«En el principio eba el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas fueron hechas por él, y nada de LO QUE FUE HECHO SE HIZO SIN ÉL. En ÉL ESTABA LA VIDA, Y LA VIDA ERA LA LUZ DE LOS HOMBRES. Y LA LUZ EN LAS TINIEBLAS RESPLANDECE; MÁS LAS TINIEBLAS NO LA COMPRENDIERON. Era la luz verdadera que alumbra a todo hombre QUE VIENE a ESTE MUNDO. »

El segundo pasaje estaba escrito en letras de brillante púrpura. Era el siguiente:

« Mujer, creeme, que viene la hora en que ni en este MONTE, NI EN JERUSALEN ADORAREIS AL PADRE. MÁS VIENE LA HORA, Y AHORA ES CUANDO LOS VERDADEROS ADORADORES ADORARÁN AL PADRE EN ESPÍRITU Y VERDAD. »

Y el tercero, escrito en letras de oro, era el que dice así.

¡Y ESTA ES LA VIDA ETERNA. QUE TE CONOZCAN A TÍ, SOLO Dios verdadero, y a Jesucristo a quien enviaré. »

Había señalado aún otro pasaje, pero únicamente por el tamaño de los caracteres; era el que sigue del capítulo X: Jesús les respondió: Muchas buenas obras os he mostrado de mi padre, ¿por cual de ellas me apedreáis? — Los judíos le respondieron: No te apedreamos por la buena obra, sino por la blasfemia: y porque tú, siendo hombre, te haces Dios a ti misma. — Jesús les respondió: ¿No está escrito en vuestra ley: Yo dije, Dioses sois? Pues si llamó Dioses a aquellos a quienes vino la palabra de Dios, y la Escritura no puede fallar; ¿á mí, que el Padre santificó y envió al mundo, vosotros decís que blasfemo, porque he dicho: Soy Hijo de Dios?

«¡Ángel! exclamó Alejo, ¿cómo no ha llamado la atención de los cristianos este pasaje cuando han concebido la idea idólatra de hacer de Jesucristo un Dios Todopoderoso, un miembro de la divina Trinidad? ¿No se ha explicado él mismo sobre esa pretendida divinidad? ¿No ha rechazado la idea de ella como una blasfemia? ¡Oh! si, líanoslo dicho ese fiambre divino. Todos somos dioses, todos somos los Hijos de Dios, en el sentido en que san Juan lo entendía al exponer el dogma al fin de su Evangelio. «A todos cuantos han recibido la palabra (el logos divino) ha dado el derecho de ser instituidos hijos de Dios. » Si, el Verbo es Dios; la revelación es Dios, es la verdad divina manifestada; y el hombre es Dios, en el sentido de ser el hijo de Dios y una manifestación de la Divinidad, pero una manifestación finita, solo Dios es la Trinidad infinita. Dios estaba en Jesús, el Verbo hablaba por medio de Jesús ¿pero Jesús no era el Verbo.

«Pero tenemos otros tesoros que examinar y comentar, Ángel, pues hé aquí tres manuscritos en lugar de uno. Modera el ardor de tu curiosidad, como domino la mía. Procedamos con orden, y pasemos al segundo antes de mirar el tercero. El orden con que ha colocado Espiridion estos tres manuscritos bajo una misma cubierta debe ser sagrado para nosotros, y significa incontestablemente el progreso, el desarrollo y el complemento de su pensamiento.»

Desarrollamos el segundo manuscrito. No era menos curioso ni magnífico que el primero. Era aquel libro perdido durante siglos, desconocido a las generaciones que nos separan de su aparición en el mundo; aquel libro perseguido por la Universidad de París, tolerado al principio y condenado después, y entregado a las llamas por la santa sede en 1260, era la famosa Introducción al Evangelio eterno, escrito autógrafo del autor, el célebre Juan de Parma, general de los franciscanos y discípulo de Joaquín de Flore.

Al presentarse a nuestra vista este monumento de la herejía...apoderóse de Alejo y de mí un involuntario estremecimiento. Aquel ejemplar, probablemente único en el mundo, estaba en nuestras manos; ¿y qué es lo que íbamos a aprender por medio de él? ¡Con qué pasmo leímos el sumario escrito en la primera página!

« La religión tiene tres épocas, como los reinados de las « tres personas de la Trinidad. El reinado del Padre ha durado mientras la ley de Moisés. El reinado del Hijo, es «decir la religión cristiana, no debe durar siempre. Las ceremonias y sacramentos de que se rodea esta religión no deben ser eternos. Ha de llegar un tiempo en que cesarán estos misterios, y entonces debe empezar la religión del Espíritu Santo, en la que Jos hombres no necesitarán ya de sacramentos, y rendirán al Ser Supremo un culto puramente espiritual. El reinado del Espíritu Santo ha sido predicho por san Juan, y ese reinado es el que va á suceder a la religión cristiana, como la religión cristiana ha sucedido a la ley de Moisés.»

— ¡Cómo! exclamó Alejo, ¿es este el sentido bajo el que deben entenderse las palabras de Jesús a la Samaritana: Mujer, créeme, que viene la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adorareis al Padre, ¿sino que le adorareis en Espíritu y Verdad? ¡Si, la doctrina del Evangelio eterno ¡esa doctrina de libertad, de igualdad y fraternidad que separa a Gregorio VÍ de Lutero, así lo ha comprendido.

Pues bien, esa época es muy grande; ella es la que después de haber llenado el mundo fecunda aún el pensamiento de todos los grandes herejes, de todas las sectas perseguidas hasta nuestros días. Condenada, destruida, vive y se desarrolla esa obra en todos los hombres pensadores que nos han producido; y desde las cenizas de su hoguera, el Evangelio eterno arroja una llama que abrasa la serie de las generaciones. ¡Wiclef, Juan Huss, Gerónimo de Praga, Lutero! ¡Habéis nacido de esa hoguera, habéis sido incubados bajo esa ceniza gloriosa; y tú mismo, Bossuet, protestante mal disfrazado, último obispo; y tú también, Espiridion, el último apóstol; y nosotros también, ¡los postreros monjes! ¿Pero cuál era pues el pensamiento superior de Espiridion relativamente a esa revelación del siglo trece? ¿El discípulo de Lutero y de Bossuet se volvió hácia lo pasado para abrazar la doctrina de Amaury, de Joaquín de Flore y de Juan de Parma?

— Abra V. el tercer manuscrito, padre mío; sin duda será la llave de los otros dos.»

Efectivamente el tercer manuscrito era obra del abad Espiridion, y Alejo que habia visto a menudo textos sagrados copiados por su propia mano ó incluidos entre los de Fulgencio, reconoció en seguida la autenticidad de este escrito. Era muy corto, y se reducía a estos cuantos renglones: «Jesús (visión adorable) se me ha aparecido y me ha dicho: —De los cuatro Evangelios el más divino, el menos infesto de las formas pasajeras de la humanidad en el momento en que he llevado a cabo mi misión, es el Evangelio de Juan, de aquel sobre cuyo seno me he apoyado durante la pasión, de aquel a quien recomendé a mi madre al morir. Tu no observarás masque este último. Los otros tres, escritos bajo terrestre inspiración para el tiempo en que han sido escritos, llenos de amenazas ó anatemas, ó de restricciones sacerdotales en el seno del antiguo mosaísmo, serán para ti como si no existiesen. Responde; ¿me obedecerás?

«Y yo Espiridion, servidor de Dios, he contestado: Obedeceré.

«Jesús me dijo entonces: Cristiano en tu vida pasa« da, pertenecerás pues a la escuela de Juan, serás Juanista.

«Y cuando Jesús me hubo dicho aquellas palabras, sentí como efectuarse una división en todo mi ser. Parecióme morir. No era ya cristiano; pero pronto sentí renacerme y ser más cristiano que nunca. Porque háblame sido revelado el cristianismo, y oí una voz que decía a mis oídos aquel versículo del décimo séptimo capítulo del único Evangelio: y esta es la vida eterna: Que te conozcan a ti, solo Dios verdadero, y a Jesucristo a quien enviaste.

«Entonces me dijo Jesús:

«Recogerás a través de los siglos la tradición de tu escuela.

«Y acordóme entonces de cuanto habia leído en otro tiempo sobre la escuela de san Juan, y los que a menudo.

«habia apellidado herejes, se me presentaron como verdaderos vivientes.

«Jesús añadió:

«Pero borrarás y rayarás con cuidado los errores del espíritu profetice para no conservar más que la profecía.

«La visión había desaparecido; pero sentíala, por decir« lo así, continuarse secretamente en mí. Corrí hacia mis libros, y la primera obra que se vino a mis manos, fue un manuscrito del Evangelio de san Juan, hecho por Joaquín de Flore.

«El segundo fue la Introducción al Evangelio eterno de « Juan de Parma.

«Recibí el Evangelio de san Juan adorando.

«Y leí la Introducción al Evangelio eterno sufriendo y gimiendo. Cuando hube acabado de leerle, lo único que quedó fijo en mi imaginación fue la siguiente frase:

«La religión tiene tres épocas, como los reinados de las tres personas de la Trinidad.»

«El resto había desaparecido y borrádose de mi espíritu. Pero aquellas palabras brillaban ante los ojos de mi inteligencia, como un faro resplandeciente é inextinguible.

«Aparecióseme entonces Jesús de nuevo y me dijo:

«La religión tiene tres épocas, como los reinados de las tres personas de la Trinidad.

«Yo contesté: ¡Así sea!

«Jesús repuso:

«El cristianismo ha tenido tres épocas, y las tres épocas se han cumplido.

«Y desapareció. Y vi pasar sucesivamente ante mí visión adorable) a san Pedro, san Juan y san Pablo.

«Detrás de san Pedro estaba el gran Papa Gregorio VII.

«Detrás de san Juan, Joaquín de Flore, el san Juan del décimo tercero siglo.

«Detrás de san Pablo estaba Lutero.

«Perdí los sentidos»

Más lejos, después de un intervalo estaba escrito por la misma mano.

«El cristianismo debía tener tres épocas, y las tres épocas se han cumplido. Así como la Trinidad divina tiene tres fases, ¡a concepción que el es-

píritu humano ha tenido de esa misma Trinidad en el cristianismo debía tener tres fases sucesivas. La primera, que corresponde a san Pedro, encierra el período de la creación y el desarrollo jerárquico y militante de la Iglesia hasta Hildebrando, el san Pedro del oncenso siglo; el segundo, que corresponde a san Juan, abraza el período desde Abelardo hasta Lutero; el tercero, que corresponde a san Pablo, comienza en Luce tero y acaba en Bossuet. Este es el reinado de la libertad de examen y del conocimiento, como el anterior era el del amor y el sentimiento, como el que había precedido era el de la sensación y de la actividad. Allí acabó el Cristianismo, y allí comienza la era de una nueva religión. «No busquemos pues la verdad absoluta en la aplicación literal de los Evangelios, sino en el desarrollo de toda la humanidad anterior a nosotros. El dogma de la Trinidad es la religión eterna; la verdadera comprensión de ese dogma es eternamente progresiva. Nosotros pasaremos y volveremos a pasar eternamente quizás por estas tres fases de manifestaciones de la actividad, del amor y de la ciencia, que son los tres principios de nuestra esencia misma, pues que estos son los tres principios divinos que recibe cada hombre al venir al mundo, a título de hijo de Dios: ¡y cuanto más conseguiremos manifestarnos simultáneamente bajo esas tres fases de nuestra humanidad, más nos acercaremos a la perfección divina! Hombres del porvenir, a vosotros es a quienes toca realizar esta profecía, si Dios está en vosotros. Será ella la obra de una nución va revelación, de una nueva religión, de una nueva sociedad, de una nueva humanidad. Esta religión no abjurará el espíritu del cristianismo, pero le despojará de sus formas. Ella será al cristianismo lo que la hija es a la madre, cuando la una se inclina hacia la tumba, y la otra se halla en el pleno de su vida. Esa religión, hija del Evangelio; no renegará de su madre, sino que continuará su obra, y lo que su madre no ha podido comprender, lo explicará ella; lo que su madre no ha osado, lo osará ella; lo que su madre no ha hecho, lo empezará, lo acabará ella. Esta es la verdadera profecía que se apareció batida de un velo de luto al gran Bossuet en su hora postrera. «Trinidad divina, recibe y recobra de aquel a quien le has iluminado con tu luz, abrasado con tu amor, y creado de tu misma substancia, tu servidor Espiridion.»

Alejo dobló el manuscrito., le colocó sobre su pecho, cruzó encima sus manos, y quedó sumido en una profunda meditación. Pintábase sobre su frente una gran serenidad. Permanecí a su lado inmóvil, atento, espiando todos sus movimientos, y tratando de comprender los pensamientos que ag-

itaban su alma por medio de la expresión de su fisonomía. De pronto vi rodar de sus ojos gruesas lágrimas que inundaron sus marchitas mejillas, como una bienhechora lluvia sobre agostado erial. «¡Soy feliz! me dijo arrojándose en mi seno. ¡Óh mi vida! ¡mi triste vida! ¡ya no siento tantos dolores ni fatigas, pues que me han proporcionado este inefable instante de luz, de certeza y de caridad ¡¡Caridad divina, te comprendo por fin! ¡Lógica suprema, no podías fallar! Espiridion amigo, bien lo sabias tú cuando me decías: ¡Ama y comprenderás! ¡Óh frívola ciencia mia! ¡óh mi estéril erudición! ¡vosotras no me habéis ilustrado sobre el verdadero sentido de las Escrituras ¡Solo después que he comprendido la amistad, y por ella la caridad, y por la caridad el entusiasmo de la fraternidad humana, me he hallado en estado de comprender la palabra de Dios! Ángel, déjame esos manuscritos durante las pocas horas que me resta aún pasar a tu lado, y cuando no exista ya no los sepultes conmigo. Ha llegado ya la hora en que la verdad no debe dormir en los sepulcros, sino obrar a la luz del sol y remover el corazón de los hombres de buena no rímu;un.

voluntad. Volverás a leer esos Evangelios, hijo mío, y comentándolos aprenderás la historia; tu cerebro, que he llenado de hechos, de textos y de fórmulas, es como un libro que encierra en sí la vida, pero que no tiene conciencia de ello. Así es como habia hecho de mi propia inteligencia un pergamino durante treinta años. El que todo lo ha leído, todo lo ha examinado sin comprender cosa alguna, es el peor de los ignorantes, al paso que aquel que sin saber leer ha comprendido la sabiduría divina, es el sabio mayor de la tierra. Ahora recibe mis adioses, hijo mío, y prepárate a dejar el claustro y a volver a la vida.

—¿Qué decís? exclamé; ¿dejaros? ¿volver al mundo? ¿Es esa vuestra amistad? ¿son esos vuestros consejos?

— Ya conoces bien que nuestra suerte está decidida. Nuestra raza ha terminado ya, y Espiridion, á. decir verdad, ha sido el último monje. ¡Óh maestro infortunado, añadió levantando los ojos al ciclo, también tú has sufrido mucho, y tu sentimiento lo han ignorado los hombres ¡Pero Dios te ha recibido en expiación de tus sublimes errores y te ha enviado en tus últimos instantes el instinto profético que te ha consolado; porque tu grande corazón ha olvidado sin duda sus propios padecimientos al percibir el porvenir de la raza humana vuelta con su fe hácia el ideal! Así pues, he llegado el resultado mismo que tú. Aun cuando hayas consagrado tu vida solo a los estudios

teológicos, y haya la mía abrazado un más dilatado círculo de conocimientos, hemos hallado y sacado la misma conclusión; y es que lo pasado ha terminado ya y no debe poner trabas ni obstáculos al porvenir; es que nuestra caída es tan necesaria como lo ha sido nuestra existencia; es que no debemos ni el uno renegar, ni maldecir al otro. ¡Y bien! Espiridion, en la oscuridad sombría de tu claustro y en el secreto de tus meditaciones has sido más grande que tu maestro, porque este ha muerto lanzando un grito de desesperación, creyendo que el mundo iba a desplomarse sobre él; y tú te has dormido en la paz del Señor, lleno de una divina esperanza hacia la raza humana. ¡Oh! si, te amo más que a Bossuet; porque tú no has maldecido tu siglo, y has abjurado noblemente una larga serie de ilusiones, respetables incertidumbres, sublimes esfuerzos de un alma ardientemente prendada de la perfección. Bendito y glorificado seas: el reino de los cielos pertenece a aquellos cuyo espíritu es vasto y sencillo su corazón»

Cuando hubo hablado así, puso sus manos sobre mi cabeza y me dió la bendición; después preparándose a levantarse: «Vamos, dijo, ya sabes que la hora ha llegado ya.»

— ¿Qué hora, le dije, y que es lo que quiere V. hacer? Estas palabras han herido ya mis oídos esta noche, y creía ser el único que las había oído. ¿Decidme, maestro, qué significan?

— Esas palabras las he oído también yo, repuso él, pues, mientras tú bajabas a la tumba de nuestro maestro, yo tenía aquí una larga conversación con él.

— ¿Le habéis visto? le dije.

— No, no le he visto nunca de noche, y si solo de día, a la claridad del sol. Jamás le he visto y oído a un tiempo mismo: por la noche es cuando me habla, de día cuando se me aparece. Esta noche me ha explicado lo que acabamos de leer y más aún; y si te ha mandado exhumar el manuscrito, ha sido con el objeto de que nunca la duda se apoderase de tu alma, acerca lo que los hombres de este siglo llamarían nuestras visiones y delirios.

— ¡Delirios celestes, exclamé, y que me harían odiar la razón, si pudiese ella anonadar su efecto! Pero no lo tema V. padre mío; vivirá para siempre jamás en mi corazón la memoria sagrada de estos días de entusiasmo.

— ¡En el Ínterin ven! dijo Alejo poniéndose a andar por su celda con seguro paso, y enderezando su cuerpo quebrantado con la nobleza y facilidad de un jóven.

— ¡Pues qué! ¡andáis ¡¿Estáis pues curado? le dije; este es un prodigio nuevo.

— Solo la voluntad es un prodigio, repuso él, y el poder divino es el que la cumple en nosotros. Sígueme, quiero volver a ver el sol, las palmeras, los muros de este monasterio, la tumba de Espiridion y de Fulgencio, hállome poseído de una alegría infantil, mi alma se sale de su centro. Es preciso que abraze esa tierra de dolores y esperanzas, en la que las lágrimas son fecundas, y que no en vano han ahondado nuestras rodillas fatigadas de rezos.

Bajamos para trasladarnos al jardín; pero al pasar por delante del refectorio, donde estaban reunidos los monjes, se detuvo un instante y arrojó sobre ellos una mirada de compasión. Al verde pie delante de ellos a aquel Alejo que creían moribundo, quedaron aterrorizados, y uno de los convertidos que les servía y que se hallaba cerca de la puerta murmuró estas palabras;

«Los muertos resucitan, es el presagio de alguna gran desgracia.

— Si, sin duda respondió Alejo, entrando en el refectorio por efecto de una súbita resolución; si, una grande desgracia os amenaza. Y hablando en voz alta, con una cara animada de Ja energía de la juventud y centelleantes los ojos con el fuego de la inspiración:. ¡Hermanos, dijo, dejad la mesa, no acabéis vuestro pan, rasgad vuestros vestidos, abandonad estas paredes que el rayo conmueve, ó bien preparaos a morir!

Los monjes asustados y consternados, se levantaron tumultuosamente y como si hubiesen esperado ver algún prodigio. El prior les mandó que volviesen a sentarse. ¿No veis les dijo, que este anciano es presa de un acceso de delirio? Ángel, conducidle otra vez a su lecho y no le dejéis salir más de su celda; os lo mando.

— Hermano, ya nada tienes que mandar aquí, repuso Alejo con la calma de la fuerza; tú no eres ya jefe, tú no eres, ya monje, tú no eres ya cosa alguna. Es preciso huir, te digo, tu hora y la nuestra ha llegado ya.

Los religiosos se agitaron otra vez. Donaciano los contuvo de nuevo, y temiendo alguna violenta escena: Permaneced tranquilos y dejadle hablar, les dijo, veréis como sus ideas están turbadas por la fiebre.

¡Oh monjes! dijo Alejo suspirando; a vosotros es a quienes la fiebre ha perturbado el entendimiento; a vosotros, raza en otro tiempo sublime, hoy día abyecta, ¡a vosotros que habéis engendrado por medio del espíritu tantos doctores y profetas que la Iglesia ha condenado a las llamas! vosotros que habéis comprendido el Evangelio, y que habéis intentado valerosamente practicarlo. ¡O vosotros, discípulos del Evangelio eterno, padres espirituales del grande Amaury, de David de Dinant, de Pedro Valdo, de Segarel, de Dulció, de Eon de la Estrella, de Pedro de Bruys, de Lollard, de Wiclef, de Juan Huss, de Gerónimo de Praga, y finalmente de Lulero! ¡monjes que habéis comprendido la igualdad, la fraternidad, la comunidad, la caridad y la libertad! ¡monjes que habéis proclamado las verdades eternas que el porvenir debe explicar y poner en práctica, y que ahora nada producís ni podéis ya comprender! Esto es ocultarse por demasiado tiempo bajo los pliegues de la capa de san Pedro, Pedro no puede protegeros ya, en vano es que hayáis hecho paces con los pontífices y sometidos a los poderosos de la tierra. Estos nada pueden ya en favor vuestro. Acércase el reinado del Evangelio eterno, y vosotros no sois sus discípulos; y en lugar de marchar a la cabeza de los pueblos revolucionados para aniquilar las tiranías, vais a ser abatidos y exterminados como los pedestales de esa misma tiranía. ¡Huid os digo, solo una hora os queda, tal vea menos de una hora! Rasgad vuestros hábitos y ocultaos en el fragor de los bosques, en las cavernas de la montaña: liase desplegado la bandera del verdadero Cristo, y su sombra os rodea ya.

— ¡Profetisa! exclamaron algunos monjes pálidos y trémulos.

— ¡Blasfema, apostata! Exclamaron algunos otros indignados.

— ¡Qué se le saque de aquí; que se le encierre! gritó el prior trastornado y temblando de rabia.

Sin embargo, nadie se atrevió a llegarse a Alejo. Parecía estar protegido por un ángel invisible.

Cogió mi brazo, pues se le figuraba que no andaba bastante aprisa, y saliendo del refectorio me arrastró hacia las palmeras. Contempló por un rato el mar y las montañas con delicia, después volviéndose hacia el norte me dijo:

«¡Ellos vienen ¡vienen con la rapidez del rayo.

— ¿Quién, padre mío?

— Los terribles vengadores de la libertad ultrajada. Tal vez las represalias serán insensatas. ¿Más quién puede sentirse investido de semejante misión y guardar la calma de la justicia? Los tiempos han madurado; es preciso que el fruto caiga; ¿qué importan algunas briznas de yerba rotas?

— ¿Habíais de los enemigos de nuestro país?

— Hablo de centellantes espadas colocadas en mano del Dios de los ejércitos. Acérquense, el Espíritu me lo ha revelado, y este es el último de mis días, como dicen los hombres. Pero no muero, no te dejo, Ángel, tú lo sabes.

— ¿Vais a morir, exclamé cogiéndome a su brazo con insuperable esfuerzo ¡¡oh ¡¡no digáis que vais a morir! Me parece que empiezo a vivir yo hoy.

— Tal es la ley providencial de la sucesión de los seres y de las cosas, repuso. ¡Ó hijo mío, adoremos al Dios infinito! ¡Oh Espiridion! no le suplico que le aparezcas a mi en este día, ábrese ante mis ojos un mundo, en el que tu forma humana no es necesaria a mi certitud; tú estás conmigo, tú resides en mí. No hay necesidad que la arena rechine bajo tus pies para que sepa hallar tu huella en mi camino. ¡No! ¡no más visiones, no más prestigios, no más sueños extáticos! Ángel, los muertos no dejan el santuario de la tumba para venir, bajo una forma sensible, a instruirnos ó reprendernos; pero viven en nosotros, como lo decía Espiridion a Fulgencio, y nuestra imaginación exaltada los resucita y los pone en pugna con nuestra conciencia, cuando esa misma conciencia nuestra incierta, y esa sabiduría incompleta, rechazan la luz que hubiéramos debido hallar en ellos....

En. aquel momento un lejano rumor vino a retumbar como un debilitado eco en la falda de las montañas, y el mar lo repitió a lo lejos con sonido más imperceptible aún.

— ¿Qué es esto, padre mío? pregunté a Alejo que escuchaba sonriéndose.

— Es el cañón, repuso él, es el vuelo de la conquista que se dirige hacia nosotros».

Después se puso á escuchar, y oíase un regularizado estampido.

«No es esto combate, dijo; es un himno de victoria. Hannos conquistado; la Italia no existe ya. No se despedace tu corazón con la idea de haber per-

dido tu patria. No es hoy cuando la Italia ha dejado de ser; y lo que acaba de hundirse es la Iglesia de los papas. No reguemos por los vencidos: Dios sabe lo que hace, y los vencedores lo ignoran.»

Al entrar en la iglesia se dirigió precipitadamente hacia nosotros el prior seguido de algunos monjes. El semblante de Donaciano estábil desencajado por el miedo.

— ¿Sabéis lo que pasa? nos dijo; ¿oís el cañón? ¡se están batiendo!

— Se han batido, repuso (mámenle Alejo.

— ¿Quién os lo ha dicho, exclamaron todos; tenéis alguna noticia? ¿podéis comunicarnos algo?

— No son más que conjeturas mías, contestó tranquilamente; pero os aconsejo que huyáis, ó que preparéis un gran convite para los huéspedes que os van a llegar....

Y enseguida, sin dejar que le dirigiesen más preguntas, les volvió la espalda y entró en la iglesia. Apenas habíamos, puesto los pies en ella cuando se oyeron confusos gritos afuera. Eran una especie de cautos de triunfo y entusiasmo, mezclados con imprecaciones y amenazas. Ningún giro, ninguna amenaza contestó a aquellas extrañas voces. Todos los habitantes del país habían huido al acercarse el vencedor, como una bandada de tímidas avecillas al aproximarse el milano. Era un destacamento de soldados franceses enviados a merodear. Errando por las montañas habían descubierto las cúpulas del convento, y dirigiéndose hacia esa presa habían atravesado las avenidas y torrentes con esa espantosa rapidez que solo en sueños vemos. Descendían hacia nosotros como una tempestuosa nube. En un instante las puertas quedaron hechas añicos, é inundados los claustros de soldados ebrios, que hacían resonar las bóvedas con ronco y terrible canto, del cual entre otras palabras hirieron mi oído las siguientes:

Libertad, libertad adorada, Combate con tus defensores....

Ignoro lo que acaeció en el convento. Oí a lo largo de las paredes exteriores de la iglesia precipitados pasos, que parecían querer horadar los mármoles del pavimento en su lugar llena de espanto. Hubo sin duda un gran pillaje, violencias, una espantosa orgia.... Alejo, de rodillas sobre ¡a piedra del Hic est, parecía estar sordo a todos aquellos ruidos. Absorto en sus pensamientos, parecía una estatua sobre una tumba.

Abrióse de pronto estrepitosamente la puerta de la sacristía ;adelantóse un soldado con desconfianza; después creyéndose solo corrió hácia el altar, forzó la cerradura del tabernáculo con la punta de su bayoneta, y empezó á ocultar precipitadamente en su morral los viriles y cálices de oro y plata. Viendo entonces Alejo que yo estaba conmovido, se volvió a mí y me dijo:

«Sométete, ha llegado la hora; la Providencia que me permite morir, te manda a tí vivir.»

En este momento entraron otros soldados y armaron disputa con el que se les habia anticipado: injuriáronse, y se

hubieran batido sin duda, sino les hubiese parecido precioso el tiempo para ocultar otros objetos antes que llegasen sus compañeros de pillaje. Se apresuraron pues a llenar sus mochilas, chacós y bolsillos de cuanto en en ellos cupo. Para mejor conseguirlo, pusieron a romper con la culata de sus fusiles los relicarios, las cruces y los candelabros. En medio de aquella destrucción que Alejo contemplaba con impasible semblante, el Cristo del altar mayor, despegado de la cruz, cayó con gran estrépito. ¡Mira! exclamó uno de los soldados, ¡ahí tienes al descamisado Jesús que nos saluda ya ¡Soltaron los otros la risa, y corriendo hácia los pedazos de aquella efigie, vieron que no era más que de madera dorada! Pisoteáronla con alegría burlesca y brutal; y uno de ellos, cogiendo la cabeza del crucificado, la arrojó contra las columnas que nos protegían, viniendo a rodará nuestros pies. Alejo se levantó, y lleno de fe, dijo:

«¡Óh Cristo! pueden destruir tus altares y arrastrar tu imagen por el polvo. No es a ti, hijo de Dios, a quien so dirigen estos ultrajes. Desde el seno de tus padres vcslossin cólera ni dolor. Sabes que el estandarte de Roma la enseña de la impostura y de la concupiscencia, es lo que derrocan y rasgan en nombre de esa libertad, que tu hubieras sido el primero en proclamar hoy dia, si la voluntad celeste te hubiese llamado a la tierra.

¡Muera ¡¡muera ese fanático que nos injuria en su lengua ¡exclamó un soldado lanzándose hácia nosotros con el fusil en la mano.

¡Atraviesa con la bayoneta a ese viejo inquisidor! contestaron los demás siguiéndole.

Y uno de ellos, atravesando con un bayonetazo el pecho de Alejo, exclamó:

— ¡Abajo la inquisición!

Alejo se inclinó y se sostuvo sobre un brazo, mientras extendía el otro hacia mí para impedir que le defendiese. ¡Ay! Y a aquellos insensatos. Rábian apoderado de mí y rae ataban las manos.

« Hijo mío, dijo Alejo con la serenidad de un mártir, nosotros mismos no somos ya más que imágenes que destruyen, porque han dejado de representar las ideas que constituían su fuerza y santidad. ¡Esto es obra de la Providencia, y la misión de nuestros verdugos es sagrada, aún cuando no la comprendan aún! Sin embargo, ellos lo han dicho, tú lo has oído: a nombre del descamisado Jesús profanan el santuario de la iglesia. Este es el principio del reinado del Evangelio eterno profetizado por nuestros padres. »

Después cayó de bruces en el suelo, y habiéndole dirigido otro soldado un golpe a la cabeza, la piedra del Hic est quedó inundada de sangre.

«¡Oh Espiridion! dijo con voz moribunda, ¡base purificado tu tumba! ¡Óh Ángel! ¡haz que este rastro de sangre sea fecundado! ¡Óh Dios ¡¡te amo, haz, que los hombres te conozcan I...

Y espiró. Entonces una figura radiante apareció a su lado y yo caí exánime.

FIN DE ESPIRIDION.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB